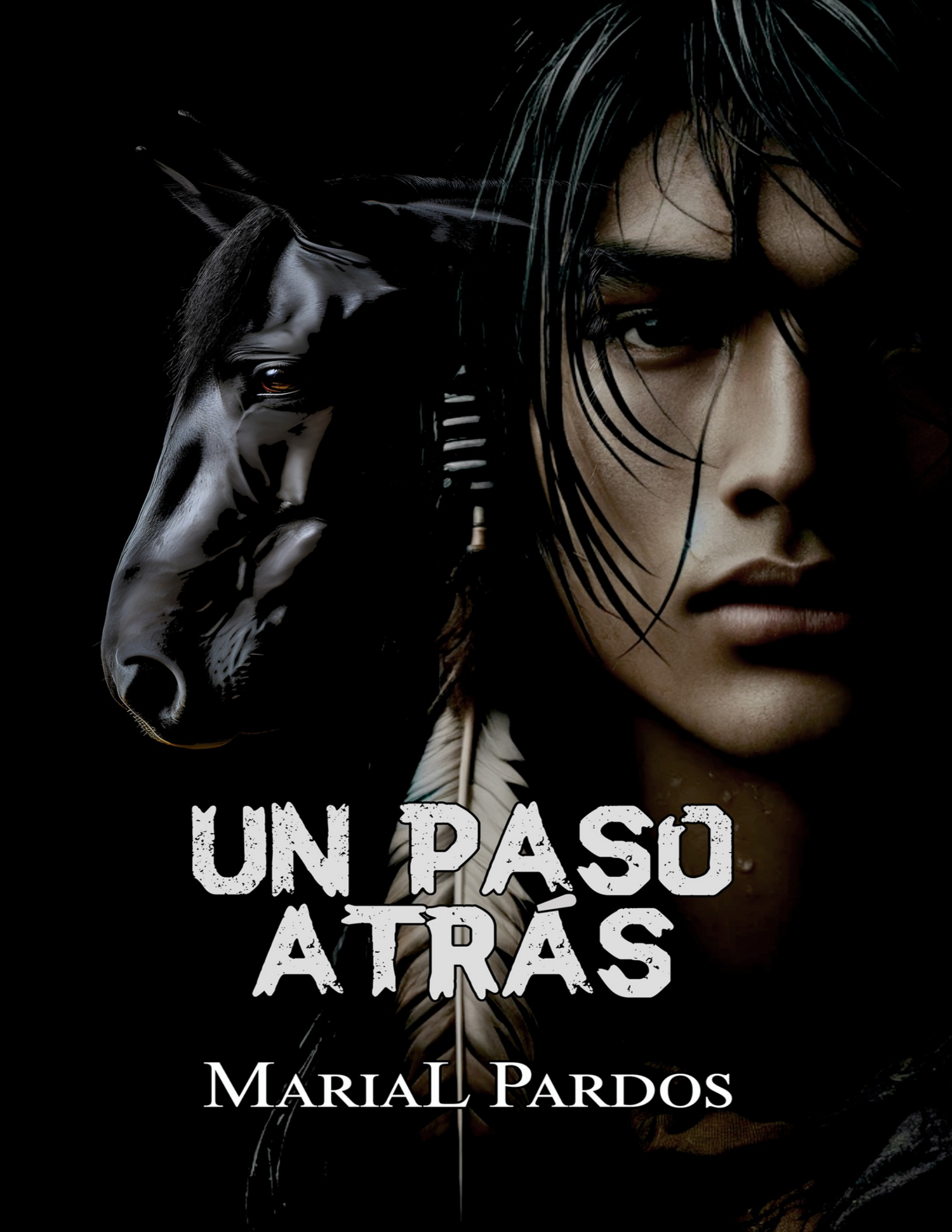




UN PASO ATRÁS

MARIAL PARDOS

UN PASO ATRÁS

Retomar nuestra naturaleza

MariaL Pardo

Derechos de autor © 2024 MariaL Pardo

Un paso atrás

©MariaL Pardo 2024 Todos los derechos reservados.

ASIN: B0D2MZLT34

Sello: Independently published

Foto portada: RaffTate (Pixabay)

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

¡Esta se la debía a Marga González Benavides y ahí queda, con mucho gusto y mi agradecimiento!

Además, quiero dedicar esta novela a muchas personas que, como su hija Aida, intentan vivir al ritmo impuesto por la naturaleza, en lugar de la vorágine a la que (aún no sé cómo) nos hemos acostumbrado.

Ignacio Moreno Buendía es la pareja de mi hija y cumple años en breve. El tema de esta novela le gustará, así que va para él también, con todo mi cariño y con la esperanza de que me haga un sitio en su búnker (por si acaso).

Y, por supuesto, siempre, para mis hijos Aisha y Pepe, como disculpa por el mundo caótico que les hemos legado.

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[Honrar la tierra](#)

[1. En el peor momento](#)

[2. Salir, entrar](#)

[3. Sendas convergentes](#)

[4. Necesidades](#)

[5. Contratiempos](#)

[6. sumando inconvenientes](#)

[7. El refugio familiar](#)

[8. Obstáculos inesperados](#)

[9. Discordias](#)

[10. «Garra de águila»](#)

[11. Ruinas](#)

[12. Habilidades rescatadas](#)

[13. Cerca](#)

[14. A cualquier precio](#)

[15. Cobardías y fortalezas](#)

[16. Delegando responsabilidad](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[17. Parada obligatoria](#)

[18. Búsquedas](#)

[19. Preparando el futuro](#)

[20. Genes dominantes](#)

[21. Retos diarios](#)

[22. pieza oculta](#)

[23. Desengaños y revelaciones](#)

[24. Evolución](#)

[25. Primeros rastros](#)

[26. Visitas](#)

[27. Problemas de actitud](#)

[28. Incidentes](#)

[29. La oscuridad de Fay](#)

[30. La osadía del orgullo](#)

[31. Solo lo que merecemos](#)

[32. Indiscreciones](#)

[33. Consecuencias](#)

[TERCERA PARTE](#)

[34. Planes alternativos](#)

[35. Hogar mancillado](#)

[36. Despedidas](#)

[37. Muchas clases de perros](#)

[38. Pinturas de arena](#)

[39. Sin respiro](#)

[40. Preparativos](#)

[41. En familia](#)

[42. Hogueras encendidas](#)

[43. El humo de los pecados](#)

[44. Por si acaso](#)

[45. Conversaciones nocturnas](#)

[46. Entrañas de roca](#)

[47. Preparativos](#)

[48. Un secreto compartido](#)

[49. Traición](#)

[50. Con los espíritus no se juega](#)

[51. Precipitación](#)

[52. Este es el futuro](#)

[Un paso adelante](#)

[Agradecimientos ¡Y muchos!](#)

[Acerca del autor](#)

[Libros de este autor](#)

PRIMERA PARTE

«Nosotros no heredamos la tierra de nuestros ancestros; solo la tomamos prestada de nuestros hijos».

(Pueblos nativos americanos)

HONRAR LA TIERRA

Con una sonrisa, «Nube Roja» contempló a su nieto corriendo tras el potrillo. Ambos se parecían, eran delgados, nervudos y encaraban la vida con el entusiasmo del que aún no ha cometido errores que le pesen en el espíritu.

El poblado acababa de despertar a la mañana de un nuevo día, el ambiente olía a humo y a los efluvios de la orina nocturna cuando el viento era propicio. Ella meneó la cabeza en gesto de contrariedad: intentaban vivir con la Tierra, pero la pereza se adueñaba de algunos, de tal forma que no se alejaban lo suficiente para vaciar el contenido de sus vejigas, haciendo partícipes a sus vecinos de un olor indeseable para disfrutar del frugal desayuno. Estaría bien que el consejo se pronunciase, la pereza era un mal endémico de la civilización y, si se encontraban en aquel remoto rincón, era para evitar las corruptas normas que atentaban contra los principios naturales del ser humano.

Sus ojos volvieron a «Sombra de tormenta» añorándolo ya. Al día siguiente, volvería al seno de esa civilización que ellos evitaban a toda costa. Transcurrido el periodo vacacional a su lado, retomaría su nombre «blanco» y aguardaría con ansia el transcurso de las lunas para volver a ser libre. Era el único descendiente de su familia que había heredado el amor por su legado, que honraba la Tierra y podía vivir en armonía con el entorno.

A su espalda, sintió que su esposo salía del *kin*, la casa de verano, más ligera que el *hogan*^[1] permanente del sur, en tierras de clima benigno, usada el resto del año. «Garra de águila» se sentó a su lado en la fragante hierba y se retiró el largo cabello blanco del rostro con ambas manos.

—Esos dos potrillos necesitan cansarse —dijo, señalando al muchacho y al animal, que corrían por la suave pendiente.

—¿Te lo vas a llevar de caza?

—No, hoy que pase el día con los otros niños, necesitará tiempo para despedirse.

«Nube roja» asintió, sin decir lo que pensaba en realidad, que él también lo necesitaría. Cada vez le costaba más separarse de su nieto y, durante el año, rogaba a los espíritus para que su alma se viera libre de las interferencias que enajenaban a los que se habían alejado de la naturaleza, su hijo entre ellos.

La tradición se diluía en el aire, como el humo ceremonial con el viento gélido de los meses invernales en las montañas. La falta de conocimiento alteraba el orden normal, la armonía y el equilibrio entre los elementos del universo. Muchos cambios provocados por los hombres en el entorno eran irreversibles.

«Garra de águila» observó el límpido cielo de la mañana y su ánimo se elevó, como los pájaros al remontar las corrientes de aire, invisibles a ojos humanos. Cogió el cuenco de barro cocido que le ofrecía su esposa y le dio las gracias con una sonrisa de dientes fuertes, amarilleados por el tiempo.

Ambos volvieron la vista hacia el niño mientras sorbían su infusión caliente, disfrutando del momento, porque hoy era hoy y los *diné*^[2] sabían que no se podía retener lo que debía partir.

1. EN EL PEOR MOMENTO

Ana no había regresado esa noche ni la anterior, ni las veinte precedentes. Transcurridas dos semanas desde el apagón, la situación empeoraba por momentos, aunque los que se encontraban fuera del ámbito urbano no habían llegado a sospechar siquiera el deterioro que tenía lugar en la ciudad.

En la urbanización en la que vivía la familia, se mantenía una especie de calma tensa, confiando en que las autoridades pertinentes arreglasen la situación y que la ausencia prolongada de abastecimiento eléctrico se convirtiera en una simple anécdota que contar a los nietos. La realidad, sin embargo, se imponía a medida que pasaban los días. El contenido de los congeladores, el primero en consumirse por razones obvias, y las despensas empezaban a quedarse vacíos; las calderas apenas contenían agua y todo iba rematadamente mal porque la moral caía en picado, al tiempo que la falta de higiene y la sed imponían las nuevas reglas.

Carecían de comunicaciones y los coches de la Guardia Nacional, que aparecieron los primeros días pidiendo calma a la población y asegurando que el suministro eléctrico no tardaría en restablecerse, se esfumaron.

Muchos habitantes de la zona decidieron marcharse a casas de familiares o a una residencia vacacional, si disponían de ella, asustados por algunos saqueos en la urbanización, perpetrados por vecinos menos previsores. Por ese motivo, empezaba a resultar natural cruzarse con personas armadas, que no ocultaban sus pistolas encajadas en la cinturilla del pantalón o en cartucheras.

—Jason, ¿sabes algo nuevo? —le pregunto Frank, su vecino.

—Lo mismo que tú. Quería acercarme a la ciudad y pensaba preguntarle a Libby si cuidaría a los niños.

—Seguro que no le importa. Nosotros nos estamos quedando sin agua y yo también pensaba ir a la ciudad a ver si consigo un poco, además de alguna noticia.

Jason dudaba de que encontrase ninguna de las dos cosas. Las comunicaciones seguían igual y temía que la situación en la ciudad estuviera fuera de control, a juzgar por lo que ocurría en las puertas de sus casas. La última semana creó una especie de patrulla vecinal porque varias personas se adentraron en la urbanización pidiendo comida y agua. Procedían de la metrópoli y contaban que las cosas estaban muy feas; había muertos, hambre y sed. La gente huía al campo y saqueaba todo lo que encontraban a su paso.

La necesidad de esa patrulla armada no era por los pocos que llegaban hambrientos, sino por los menos que arribaron armados, robando y asesinando a uno de los vecinos que intentó detenerlos.

Jason tomó la iniciativa y reclutó a los vecinos que disponían de armas, turnándose con Frank en dirigirlos.

Frank era policía en la ciudad. El segundo día del apagón, harto de atender avisos y sofocar saqueos, se fue a casa alegando que su mujer y su hijo lo necesitaban. Por lo que Jason sabía, Libby era capaz de defenderse de sobra: trabajaba como instructora en la galería de tiro de la policía y daba clases de defensa personal a los reclutas. De carácter risueño, esbelta de

constitución y dotada de elegantes rasgos asiáticos, de herencia paterna, parecía más frágil de lo que era en realidad.

Saberla capaz de defenderse fue determinante para poner a los niños a su cargo. No los hubiera dejado con Frank, que carecía de la fuerza de voluntad de su esposa y siempre estaba dispuesto a buscar una excusa para que otros hicieran su trabajo.

Albergaba pocas esperanzas de encontrar a Ana en buen estado. Su última recaída había sido una zambullida en toda regla y, tal como estaban las cosas, dudaba de poder traerla de vuelta, si es que daba con ella. En todo caso, tenía el deber de intentar que Ana hiciera lo correcto. Denny era mayor para darse cuenta de lo que ocurría, pero el pequeño Luc, de cinco años, no entendía que hubiera desaparecido de la noche a la mañana.

Encubría sus constantes ausencias con excusas, que cada vez sonaban más falsas, y odiaba que los vecinos lo mirasen con lástima porque veían su estado cuando regresaba.

Jason no podía alegar que le pillaba de nuevas. La conoció siendo una drogadicta, a la que protegió mientras sus compañeros de la DEA detenían al resto de sus amigos menuderos. Se enamoró de ella y de su hijo, Denny, un muchacho de siete años, que solo había conocido la calle y la institución en la que fue internado, y que se convertiría en otro despojo humano de no mediar alguien.

En su condición de agente, resultaba fácil meter a un familiar en los programas de desintoxicación, por lo que Ana y él se casaron enseguida. Tras varios intentos, ella logró mantenerse limpia y hasta parecía disfrutar de la vida en común. Se quedó embarazada, en contra de todas las expectativas, y tuvieron a Luc.

Los siguientes años vivieron como cualquier otra familia, hasta que Jason comenzó a ver indicios que no le gustaron, por lo que creyó conveniente quitar la tentación de delante, mudándose a una urbanización en las afueras. Después de una buena temporada en que las cosas parecían ir rodadas, solo alteradas por alguna discusión entre ellos a causa de nimiedades, llegó una multa de Ana y, por la dirección donde se la pusieron, el agente supo que su idílica vida se había terminado tras la prórroga.

Cualquiera hubiera pedido el divorcio, pero él no era cualquiera. La palabra rendición no figuraba en su vocabulario y tampoco quería dar la razón a sus compañeros, que le advirtieron contra su súbito ataque compasivo, confundiéndolo con amor.

Intentaba proteger a sus hijos, lo mejor de su matrimonio, pero su conciencia no le permitía dejar a Ana librada a su suerte, y menos en las actuales circunstancias, aunque ella le acusara de ser un controlador cuando acudía a sacarla del fango.

—Coge tu arma, Frank, nos vamos en media hora.

Jason volvió a su casa y pasó al lado de Luc, al que revolvió el pelo distraídamente. El pequeño no necesitaba electricidad, se arreglaba bien jugando con sus camiones y coches de policía.

—¿Puedo salir al jardín ya, papá?

Su padre volvió atrás y se acuclilló para ponerse a su altura.

—¿Te acuerdas de lo que te dije?

—Que hay gente extraña por ahí —repitió el niño.

—Luego os llevaré a casa de Libby y podrás jugar con Mike —le dijo, asegurándose que atendía a sus palabras—. Mientras, tienes que quedarte aquí, ¿de acuerdo?

—Ajá.

—¿Luc?

—Sí, papá. No puedo salir solo.

Jason se alzó y regresó a cerrar la puerta con llave. Necesitaba tener al pequeño a salvo y era la forma de asegurarse.

Luego subió las escaleras de dos en dos, entró en su dormitorio y cogió una radio de las tres que tenía en un armario. Los aparatos de onda corta eran de mayor envergadura que los *walkies* para aficionados y los usados en entornos laborales, pero también tenían mayor alcance y no necesitaban antenas. La carga de todos estaba completa. Se aupó hasta alcanzar la caja fuerte, tecleó la combinación y sacó de ella su arma, que sujetó en la funda del cinturón, y una caja que dejó sobre la cama.

Dos días antes había repasado lo necesario, cargado las radios y limpiado las armas, sabiendo que tendrían que marcharse. Disponían de reservas de comida en forma de bloques de proteínas y vitaminas, sacados del almacén de la DEA, que no eran apetitosos, pero alimentaban. En cambio, se estaban quedando sin agua para beber, aunque él podía conseguir varios litros para ir tirando.

Algunos vecinos sacaban el agua de la piscina comunitaria y la hervían para consumirla, pero casi todos habían enfermado. El cloro y otros químicos usados para mantener el agua en óptimas condiciones no se eliminaban y eran dañinos para la salud, además de las algas y microorganismos formados por el estancamiento.

La noche anterior llamó a su hermano por radio, solicitando su ayuda y explicándole su intención de ir a buscar a Ana.

—Los niños estarán con Libby, por si tardas en llegar.

A pesar de la protesta de su hermano, recomendándole que no se acercara a la ciudad, Jason sabía que no le fallaría, nunca lo había hecho y en los últimos tiempos recurría mucho a él para cuidar de los niños.

—Estandremos en contacto por radio.

—Parece que ahora tu móvil solo es un pisapapeles caro, ¿no? —rio Adam, devolviéndole las burlas que llevaba años soportando sobre su negativa a adquirir un teléfono.

—Ya, ¿y dónde piensas cargar la batería de tu radio, listo, enchufándola a una piedra?

—Me llegará hasta que nos reunamos.

—Denny llevará un cargador solar para ti y estará pendiente de su radio, por si ocurre algo —bufó Jason.

—El apagón te ha vuelto más gruñón.

El agente cortó la comunicación algo malhumorado, Adam parecía tomarse todo a risa. La radio era el único medio para comunicarse con él, en especial en verano, cuando se iba a las montañas con sus caballos. Denny había aprendido su manejo muy pronto y era el que más hablaba con su tío, a través de un canal de onda corta poco frecuentado por radioaficionados. Ambos tenían una relación muy estrecha.

Por esa parte, Jason estaba tranquilo, el muchacho se manejaba bien con la radio; lo que le preocupaba era la pistola. Siempre mantuvo las armas fuera de su alcance y había llegado el momento de inculcarle una responsabilidad que el agente hubiese preferido posponer a su mayoría de edad.

La noche anterior, después de hablar con Adam y de acostar a Luc, Denny y él pasaron varias horas en el sótano, hasta que estuvo seguro de que su hijo podría defenderse y defender al pequeño, si se daba el caso.

Aún no le había dicho que se iba a buscar a su madre y, tal como se tomaba todo desde que llegó a la adolescencia, esperaba malas caras y protestas.

—Denny, voy a entrar —dijo, llamando a su puerta.

El muchacho se encontraba en la cama, ojeando un cómic con el ceño fruncido, su expresión habitual durante el último año. Jason no se lo tenía en cuenta, la adolescencia podía ser una etapa muy confusa, en especial, con los sucesos de los últimos años: por una parte, la pandemia, y el cambio de vida que trajo con ella; por otra, su negativa a dejarle pasar el verano en las montañas.

Para tener la fiesta en paz, claudicó al dejarle acompañar a Adam dos semanas al año porque su hermano le aseguró que no se quedarían en el campamento navajo, pero ni eso pareció complacer al adolescente.

Ahora, Jason temía un drama cuando le dijera que iba a buscar a su madre y tendrían que quedarse con Libby. Ella le caía bien, pero se consideraba mayor y capaz de cuidar de Luc. En otro momento, su padre ni se lo habría planteado, pero no se fiaba de los saqueadores de fuera, ni de los de dentro.

El mundo se había vuelto loco. La guerra fría de antaño había vuelto con una nueva cara, en forma de ciberataques, que causaron muertos y disturbios en grandes ciudades de todo el globo. Y eso que los apagones habían durado solo unas horas. Después de dos semanas, cualquiera que pensara en serio volver a la ciudad estaba para que lo encerrasen. Grandes penachos de humo cubrían el horizonte, por lo que debían llevar días consumiendo edificios, con todo lo que hubiera dentro.

Jason esperaba que uno de los edificios indemnes fuera el de la DEA, que quedaba a las afueras. Necesitaba acceder a los sótanos ocultos y proveerse de munición y de armas para Frank.

—Escucha, Denny, voy a buscar a mamá. Tenéis que ir a casa de Libby, con ella estaréis a salvo.

—Te esperaremos aquí.

Su padre no quería enfadarse, habían hablado de la gravedad de lo que estaba pasando mientras practicaban tiro en el sótano.

—Guarda esto en una mochila y llévatela, por si acaso...

—¿Por si acaso no vuelves tú tampoco? —le preguntó el chico con hosquedad.

El agente inspiró profundamente.

—Denny, si quieres que te trate como a un niño, ese es el mejor camino.

—Ya no soy un niño.

—¡Pues demuéstalo! Nadie más va a ir a buscar a tu madre, y no puedo llevaros, la ciudad es peligrosa.

—Podemos esperarla todos aquí.

—No podemos y, si tu madre regresa, no podrá encontrarnos. Iré a buscarla y os alcanzaremos.

Ojalá creyera lo que estaba diciendo a su hijo.

—Me mientes, no vas a encontrarla.

Esa era una conversación que todavía no quería mantener con él. Era muy probable que tuviera razón, saber dónde buscarla no le garantizaba que se encontrara allí. Ana, bajo el efecto de las drogas, podía terminar en cualquier sitio.

—Siento todo esto, Denny. Querría que las cosas fueran distintas, pero necesito que me hagas caso y que vayas con tu hermano a casa de Libby. No dejes que nadie se acerque a tu mochila porque, si te la roban y te quedas sin radio, me resultará imposible ponerme en contacto con vosotros.

—¿Y si te pasa algo?

—No me pasara nada, soy un federal, ¿recuerdas? —Sonrió, dándole ánimos. Era la frase que le repetía desde que era pequeño, cuando su trabajo le obligaba a ausentarse durante semanas.

Conocía de sobra los temores del muchacho: los servicios sociales se lo arrebataron a su madre cuando apenas contaba cuatro años. No volvió a vivir fuera de una institución hasta que Ana y él se casaron, además de someterse a toda una batería de pruebas psicológicas y análisis para determinar que eran unos padres aptos. Denny tenía miedo a quedarse solo otra vez. Ahora era un adolescente capaz de valerse por sí mismo, aunque la aprensión al abandono seguía instalada en su mente.

—Guarda algo de ropa en la mochila, os acompañaré.

Él fue a la habitación de Luc y recogió también algunas prendas y pijamas. Suficientes para varios días. Se colgó uno de los rifles en bandolera y sujetó el otro bajo el brazo. En las escaleras, Denny se unió a él y vio una determinación en su mirada.

—Vamos, Luc. Libby tiene botes de melocotón y seguro que abre uno si se lo pedimos.

El niño tendió una mano a su padre y la otra a su hermano y alzó las piernas para columpiarse, emitiendo un grito de alborozo.

2. SALIR, ENTRAR

Yairetz apuntó a la cabeza de su atacante. Tenía ganas y motivos para disparar, y solo se frenó porque había gente armada en las inmediaciones, que podían verse atraídos por el disparo.

—Te doy cinco segundos, si no has desaparecido de mi vista en ese tiempo, date por jodido —le dijo con voz ronca.

El tío que casi la estrangula con una mano, mientras usaba la otra para bajarse los pantalones, salió corriendo con ellos en las rodillas. Hubiese sido un espectáculo divertido si ella tuviera ganas de reír, que no era el caso.

Se sentía vulnerable, incluso armada. El centro de la ciudad se había convertido en un territorio sin ley, y los alrededores en comarcas fronterizas donde lo mejor que podía ocurrirle a una persona normal era morir rápidamente. Aunque se llevaría a unos cuantos por delante antes de que eso ocurriera. Ya había matado a una mujer por querer quitarle el coche cuando se disponía a huir, como la mayoría al ver que la luz no volvía y que las fuerzas de la ley habían abandonado la partida. No dudaría en disparar a quien quisiera violarla o matarla.

Al final tuvo que abandonar su vehículo; pasar entre los coches abandonados era impracticable, y las patrullas de tipos violentos se multiplicaban por momentos. En cuanto coincidían en una zona, la masacre estaba asegurada.

Ella nunca había tocado un arma de verdad, era actriz, nada más. Cuando se fue la luz, el panorama, ya caldeado por las últimas noticias sobre guerras y revueltas en el mundo, se descontroló. Los delitos eran la consecuencia de un estado libre de leyes y de ley.

De uno de aquellos muertos en reyertas cogió la pistola con la que había matado a la mujer. Aunque al principio sentía su contacto ajeno, pronto se hizo su compañera inseparable. Después de darle muchas vueltas, sentada en un callejón tranquilo, al amparo de la luz decreciente del atardecer, atinó a sacar el cargador y fijarse en que solo quedaban cuatro balas. No tenía idea de la munición que usaba ni de cómo conseguirla, así que, tras toparse con un escenario similar al anterior, recogió dos pistolas más, que guardó en su bolso. No pretendía matar a nadie, solo quería salir viva de la ciudad.

Pasó más de una semana en un edificio abandonado, forzando puertas y buscando comida en armarios y agua en las cisternas, hasta que no quedó nada y decidió que tenía que largarse de una vez. Se movía con calma, sorteando a los grupos armados que delinquían a placer y mataban para divertirse.

Observó durante horas a cinco hombres que rodeaban una boca de riego de la que salía agua a presión que se perdía en la alcantarilla próxima. Se preguntó cómo era posible, ya que el sistema de bombeo de la ciudad había caído, junto con la electricidad. Luego pensó que quizá el equipo de emergencias tenía sus propias bombas, accionadas por generadores, a las que debía quedarles algo de combustible. Al cabo de ese tiempo, el chorro continuado pasó a ser un reguero ínfimo.

Sentía la boca más seca que nunca y se notaba mareada por la falta de hidratación de los últimos días. Pensaba ponerle remedio con las armas, aunque, por fortuna, no fue necesario. Ante

el escaso flujo, los cinco hombres se marcharon. Había dejado de ser un punto básico de suministro.

Yairetz corrió y se tumbó en la calle, sorbiendo del mismo asfalto el agua refrescante que le enervaba los sentidos. No era la única, algunas otras personas se habían acercado también y la imitaban. Incluso algunos sorbían el líquido de la zona de césped, engullendo tierra junto con él.

A esos extremos habían llegado.

Se alejó después de saciarse de agua. Quería estar lejos de la gente, no se fiaba de sus intenciones que, en situaciones normales hubiesen sido otras. La desesperación añadía un punto de locura al conjunto. Como si no tuvieran bastante con cuidarse de perros y ratas hambrientos, tampoco podían confiar en sí mismos.

Las calles y carreteras estaban tan abarrotadas de vehículos abandonados que ni siquiera se le pasó por la cabeza intentar coger uno. Tenía que salir de la ciudad andando y eso era un trabajo titánico. Quería creer que ya estaba vacunada contra los cadáveres que asomaban en cada recodo de cada calle, pero no era cierto, el olor a descomposición le provocaba arcadas y la visión de ratas alimentándose de entrañas tampoco contribuía a la calma.

Se encontraba decidida a escapar de esa trampa, aunque el temor le recorría las venas en un torrente imparable.

Había perdido la cuenta de los días que pasó escondida en pisos vacíos para descansar, de las horas de tensión, con el arma por delante antes de girar en una esquina. Nunca avanzaba sin detenerse a escuchar, y se ocultaba en portales abiertos o debajo de los coches si oía algo extraño o solo lo imaginaba.

Cuando por fin llegó al puente sobre la autopista que marcaba los límites de la urbe, suspiró de alivio. Entonces se dio cuenta de que en la ciudad había podido esconderse en los edificios, pero ahí fuera solo estaban los coches abandonados.

—¡Bájala y la bajo!

Yairetz dio un respingo. No había oído al hombre que, desde su derecha, la apuntaba a la cabeza con un rifle.

—Solo quiero pasar, no pienso hacerte daño —balbuceó.

—Hace una semana te hubiese creído, cariño, ahora baja el arma o no darás otro paso.

Ella obedeció manteniendo su bolso oculto a su espalda.

El hombre iba armado hasta los dientes y la apuntaba sin titubear, evaluándola con sus ojos grises. Llevaba el pelo castaño demasiado largo y descuidado para achacarlo a ese desastre, y algo en su porte indicaba que poseía una gran confianza en sí mismo.

—Solo deseo continuar mi camino —repitió Yairetz.

—Y yo te creo, siempre que apartes tu mano del bolso.

La mujer le enseñó las dos, alzándolas.

—De acuerdo —dijo él—, solo me aseguro de que no se te ocurra dispararme por la espalda. No tengo nada contra ti.

—Ni yo en tu contra.

—Pues camina, quiero verte alejándote.

Yairetz empezó a caminar, sin girarse por completo. Vivían tiempos difíciles como estar tranquilos, pero cuando se hallaba a más de veinticinco metros el hombre le preguntó, alzando la voz:

—¿Vienes del centro? ¿Está tan jodido como imagino?

—No sé qué imaginas; en todo caso, multiplícalo por mil y te harás una idea aproximada.

—Vale, ¡gracias!

Ella se giró por completo en medio del puente, entre dos coches detenidos, al amparo de una reacción tardía por su parte.

—¿Puedo saber qué buscas en la ciudad? —gritó.

—A un familiar.

—Oye, ¿puedo preguntarte otra cosa?

No es que no lo hubiera meditado durante los últimos minutos. El tipo llevaba un arco cruzado al pecho y un recipiente con flechas a la espalda, además de una pistola a la vista en una funda de cintura, un chaleco antibalas y un rifle de asalto de los que se veían en la tele. Parecía saber lo que se hacía y la seguridad demostrada al apuntarle le indicó que tenía preparación para poder internarse en la locura que ella acababa de dejar atrás. Quizá si conseguía salir de allí, sería un buen compañero de viaje.

—Adam, me llamo Adam.

—Yairetz —se presentó a su vez—. ¿Y vas a algún lugar concreto del centro o...?

—Más o menos. Si está donde imagino y viva, pretendo sacar de ahí a mi cuñada y, de paso, salvarle la vida a mi hermano.

—¿Están los dos allí?

Él negó.

—Estoy casi seguro de que mi cuñada está, mi hermano no, pero vendrá a buscarla.

—Hay muchos hombres armados, dispuestos a matar y a otras cosas peores.

Adam se encogió de hombros.

—Algo por el estilo había imaginado...

Yairetz salió de la protección del coche, tras el que se había ocultado en previsión de que él le disparara.

—Es un suicidio entrar ahí.

—Ya imagino, pero de algo hay que morir y no soy de los que esperan hacerlo de viejo.

—Necesitarás ayuda si pretendes salir.

—¿Te ofreces voluntaria? —preguntó él con una sonrisa socarrona—. Tienes pinta de no saber por qué lado se coge un arma.

—¡Vale, olvídalo!

—Oye, no te ofendas, te agradezco el ofrecimiento. Parece que has conseguido salir de una pieza, y eso dice mucho en tu favor, pero no puedo pedirte que me acompañes.

—De acuerdo, ¡suerte, Adam!

—¡Cuídate, Yairetz!

Adam se giró con intención de pasar el puente.

—Eres un idiota, ¿sabes? Yo acabo de pasar muchos días ahí dentro, sé dónde se encuentran los grupos más numerosos y la forma de esquivarlos.

—¿Y por qué ibas a volver?

—Porque ahora que he salido, no tengo a dónde ir.

—¿No tienes familia?

—A miles de kilómetros de aquí. Si te ayudo a sacar a tu cuñada, luego quiero ir con vosotros hasta que encuentre la forma de llegar a casa de mis padres.

—¿Dónde viven?

—A dos mil kilómetros.

El hombre silbó, soltó una carcajada y se volvió a mirarla. Era una mujer negra y atractiva, de curvas pronunciadas y ojos verde oscuro. Llevaba el cabello muy corto teñido de rubio ceniza, que contrastaba con sus cejas y pestañas oscuras. En conjunto, se notaba que se cuidaba, incluso

con su mugriento aspecto actual. Aunque lo que terminó de convencerle fue la determinación en su mirada. Era una superviviente y él sabía un poco de eso.

—Yo también quiero reunirme con mi familia y no puedo prometerte que te acompañaré tan lejos a buscar a la tuya —dijo Adam, con sinceridad.

—No quiero que me acompañes a casa, me las arreglaré. De momento, me conformo con seguir viva. Pero ve pensando lo de la compañía porque el día se acaba y convendría buscar refugio.

Hasta ella se hallaba perpleja por estar pronunciando esas palabras. No hacía más de quince minutos que se había jurado a sí misma jamás volver a poner los pies en una ciudad, ni aún en el caso de que las cosas volvieran a la normalidad.

Así era la mente humana: trataba de combatir la soledad a cualquier precio, al más alto, en este caso.

—¿Llevas agua? —le preguntó una vez se internaron unas manzanas y la oscuridad lo invadió todo.

—Y algo de comida, si tienes hambre.

—¡Joder que si tengo! Entremos en ese edificio, a la caída de la noche aparecen más depredadores.

Él chistó y la empujó con la mano libre para pegarla a la pared. Ella aguzó el oído y pudo escuchar un rumor de pasos por el callejón que quedaba a su derecha. Adam se guardó la pistola y preparó el rifle que llevaba en bandolera.

Yairetz lo cogió del brazo y tiró de él hacia la entrada del edificio, cuya puerta estaba entornada, gracias a un cuerpo tirado en el suelo que no la dejaba cerrarse. Saltaron sobre él y Adam lo arrastró dentro, procurando cerrar con cuidado.

El ruido procedía de un muchacho de no más de veinte años que corría pisando cascotes y cristales, sin cuidado. A su espalda, varios haces de linterna en movimiento buscaban su cuerpo y un clamor de voces se acercaba con celeridad. El chico estaba en desventaja, no podía ver por dónde pisaba y terminó cayendo. El sonido de dos disparos disipó el profundo silencio que siguió a la caída, luego varias detonaciones ruidosas, y el entorno se llenó de risas enloquecidas y jadeos.

Adam empuñó la manija de la puerta con intención de salir en defensa del muchacho. Yairetz se lo impidió.

—Son peligrosos —susurró y tiró de su manga para internarse más en el edificio.

Él giró la cabeza. En la calle, los haces de luz incidían sobre el chico, sus atacantes se cercioraban de que estaba muerto. El grupo de ocho individuos contaba con un arsenal ecléctico que iba desde un bate de béisbol, hasta un subfusil ametrallador más propio de cárteles de la droga. Adam tuvo que reconocer que la mujer tenía razón; eran demasiados y, por su actitud, embriagados de poder, lo que les confería mayor peligro.

Subieron en total silencio dos pisos, tanteando con los pies, procurando no pisar cristales o escombros que delatasen su presencia. Por fin, se instalaron en una vivienda abierta y vacía, y se asomaron a la ventana para ver la calle.

Los agresores se empleaban a fondo con el cuerpo del muchacho, pateándolo a conciencia, como si con su rápida muerte no les hubiera proporcionado el rato de diversión con la que contaban.

Adam y Yairetz se sentaron en el suelo, con las espaldas pegadas a la pared, soltando un suspiro.

—¿Qué hay del agua que estábamos a punto de compartir? —preguntó la actriz.

Adam buscó en su mochila y le alargó una botella, de la que ella tomó solo un trago.

—Hay que dosificarla —le explicó—. Prefiero pasar algo de sed a tener que beber agua del suelo otra vez.

Por fin, los atacantes se alejaron, riendo y charlando en voz alta, llevándose la luz con ellos, por lo que Yairetz no pudo ver la mirada interrogante de su compañero.

—Las tuberías tienen que contener agua... —sugirió él.

—Parece que solo las principales, el sistema de bombeo se detuvo y las provisiones residen en esos conductos, controlados ahora por gente como la que acaba de matar al chaval de abajo.

—¿Y la comida?

—Lo mismo, las tiendas han sido saqueadas, y las grandes superficies son las bases desde las que operan esos desgraciados. Controlan el agua y la comida, y matan a todo el que se acerca.

—Se acabarán las provisiones y ellos también tendrán que irse en un momento u otro.

—¿Crees que la situación se alargará tanto?

Adam suspiró.

—Más vale que nos adaptemos a esta forma de vida, dudo que nada vuelva a ser como era.

3. SENDAS CONVERGENTES

Jason y Frank subieron al todoterreno del policía y pusieron rumbo a la ciudad. Enseguida vieron el acierto de haber cogido un vehículo capaz de salvar obstáculos, porque toparon con ellos pronto. Coches detenidos, abandonados, taponando las vías de salida. Las de entrada estaban más despejadas y, aun así, dada la dificultad, tuvieron que salir del asfalto.

—Detente ahí, estamos cerca, Frank.

—¿Cerca de qué? ¿Has visto los centros comerciales?

El agente de la DEA se apeó, cogiendo sus armas. Le llevó unos segundos calibrar la gravedad de lo que contemplaban y tomar una decisión. Aparte de los numerosos incendios que cargaban el ambiente de espeso humo negro, los aparcamientos de los centros comerciales eran un caos de cuerpos y vehículos accidentados. Disparos y explosiones constituían la banda sonora imperante. No era un escenario postapocalíptico de ruinas, se trataba del fin de una era en directo.

—No vamos a poder entrar en ninguno de los que hemos pasado —aseveró Frank, imitando a Jason al bajar del vehículo.

Le había parecido excesivo que su vecino le pasara un rifle antes de salir, ahora lo consideraba insuficiente. La situación era cualquier cosa menos tranquilizadora.

—Hay un lugar en el que podemos abastecernos, ¡vamos!

Jason echó a andar, seguido de su vecino, que no pidió explicaciones. Había necesidades urgentes que cubrir y a él no se le ocurría donde satisfacerlas, excepto en esos centros comerciales que parecían trampas mortales.

La oficina de campo de la DEA contaba con un bloqueo de seguridad independiente del sistema eléctrico y su sótano disponía de tres niveles subterráneos estancos, con lo necesario en caso de situación de emergencia extrema, como todos los edificios gubernamentales. Ese era el escenario de emergencia.

Los saqueadores consiguieron forzar una puerta de seguridad con palancas y llegar al primer sótano, que ahora se hallaba desmantelado. Los otros dos subniveles, a los que había que saber acceder y tener conocimiento de su existencia, seguían intactos. En ellos se renovaban cada año las provisiones de agua, comida de campaña, arsenal y un gran etcétera imprescindible en una crisis.

Las inmediaciones del edificio estaban desiertas, aunque ellos mantuvieron las armas preparadas como si se encontrasen en situación de guerra. Jason precedió a Frank por los intrincados corredores hasta dar con un panel oculto en la pared que el agente manipuló unos segundos.

—Si llegase un momento de necesidad, tienes que hacer esto —le dijo a Frank, enseñándole la forma de franquear el paso al nivel que descendía otro piso—. Queda un nivel por debajo de este y se abre de la misma manera.

Su vecino asintió, lo recordaría. No obstante, le daba en la nariz que no tendría oportunidad de explorarlo en el futuro. Cogieron mochilas enormes, destinadas a equipos que pasaban largas

temporadas a la intemperie y estaban preparadas para llevar material de todo tipo. Cargaron en ellas dos tiendas de campaña ligeras y resistentes, pastillas potabilizadoras, herramientas de una aleación ligera, aparatos de comunicación con otros tantos cargadores solares, bloques de proteínas envasadas al vacío -aderezados con las vitaminas necesarias, capaces de alimentar a un hombre adulto durante una semana- y artilugios condensadores que almacenaban la humedad ambiental en cantimploras especiales.

De vuelta al coche, tan cargados que apenas podían conservar la espalda erguida, pero alerta, tuvieron que ocultarse en el interior de una pequeña tienda calcinada que aún humeaba. El grupo de seis hombres pasó por delante, sin percatarse de su presencia. Su actitud hacía pensar que no se trataba de simples ciudadanos en busca de alimentos y agua.

Hicieron otro viaje, esta vez para cargar armas, munición y botellas de agua.

—En el sótano de mi casa hay otras dos tiendas de campaña y algunas cosas que pueden servirte —le dijo Jason a su compañero, una vez reanudada la vuelta al vehículo.

—¿Crees que deberíamos movernos?

—Me gustaría equivocarme, pero no creo que los siguientes que se acerquen a la urbanización tengan buenas intenciones. A medida que pasen los días, escasearán los recursos.

—Tienes razón, nos hemos ido librando porque estamos camino de la costa y la mayoría quiere ir al interior, hacia el agua dulce, pero los asaltos aumentan —comentó Frank.

—Encuentra vecinos capaces de manejar un rifle que quieran irse con vosotros y marchaos cuanto antes.

—¿Y tú?

—Tengo que buscar a Ana, ya te dirá Denny cómo nos comunicamos, podemos hacerlo de la misma forma. En cuanto pueda, me reuniré con vosotros.

El policía asintió y el agente de la DEA lo detuvo, cogiéndole de un brazo.

—Frank, procura escoger a los vecinos.

—Estaba pensando en ello.

—Sería necesario acudir cuanto antes a algún lugar cercano al agua. Habrá por los alrededores gente que peleará, por eso te llevas los rifles y la munición, los que os acompañen tienen que saber defenderse.

«Y defender a los niños», pensó. Esperó que el otro hubiese captado el sentido, él también tenía un hijo pequeño.

—No te detengas por nada hasta llegar a casa —le recomendó al policía, una vez estuvo todo cargado en el coche.

Jason se ajustó la mochila y se internó en la ciudad, aparentemente vacía. Quedaban pocas horas de luz diurna y prefería llegar lo más cerca posible del centro sin hacerse notar. Los disparos se escuchaban a lo lejos y un enfrentamiento no tendría por qué llamar la atención, aunque era preferible evitar a los que tiraban tan rápido de gatillo, por si tenían la suerte de acertar en su blanco de manera fortuita. La suerte, a veces tan caprichosa, se ponía de parte de los que no tenían ni idea.

A la caída de la noche, en previsión de sorpresas, buscó un edificio alto desde el que tener buena visión de los alrededores y se instaló en la azotea, estirando la espalda, resentida por el peso de su mochila. Sin contaminación lumínica ni gases de tubos de escape, el ambiente parecía cristalino, con miríadas de estrellas en el cielo, tan cerca como si se pudieran tocar. La única barrera la constituía el humo de los incendios, atraído por la brisa.

Eliminado el tráfico de la ecuación, los sonidos llegaban muy lejos, reverberando en los edificios vacíos. O no tan desocupados, porque vio sombras en la calle, moviéndose con la

precaución del miedo, quizá habitantes que no se decidieron a marcharse y salían al amparo nocturno en busca de agua y alimento. Muchos de ellos debieron caer por los grupos armados que custodiaban los centros comerciales y almacenes. Los ubicó enseguida, los disparos procedían de los mismos puntos y los haces de linternas los delataban. La falta de luz provocaba desazón en cualquiera acostumbrado a vivir con ella, a moverse bajo su protección.

Observó el piloto verde parpadeante de su radio, prendida en la cintura con una funda al lado de la de su arma corta y se retiró del borde del edificio. Cualquier destello, por mínimo que fuera, podía llamar la atención en la absoluta oscuridad. Tenía el aparato en silencio, con las frecuencias que pretendía usar memorizadas. Las comunicaciones entrantes se registrarían y le avisarían mediante el piloto. Esperaba falsas alarmas, había muchas personas pidiendo auxilio a través de la radio, escondidos en sus casas, a la espera de que la Guardia Nacional llegara a proporcionarles medios de subsistencia.

En otras ocasiones de alarma, se confiaba en que la maquinaria de emergencias actuara para proteger a los ciudadanos. Esta vez el asunto era tan grave que no quedaba a quien acudir en busca de ayuda. Cada uno tenía que velar por sí mismo y por los suyos.

Jason abrió el cuarto de la maquinaria del ascensor de una patada, se metió dentro y encendió la radio con el ceño fruncido.

—Jefe de manada a Lobo solitario, ¿me recibes? —dijo en un tono de voz neutro, sin susurrar, porque los susurros producían silbidos, audibles desde mucha distancia.

—Alto y claro, capullo —contestó su hermano en el mismo tono bajo—. ¿Dónde estás?

—Buscando a Ana, ¿y tú?

—Igual.

—¿Te encuentras en la ciudad?

—Tipo listo... Vamos al grano, ¿dónde nos encontramos? —le apremió Adam—. Por cierto, llevo compañía.

Jason lo pensó unos segundos.

—Me muevo yo —le dijo—. Dame tu ubicación 182-7.

—182-7.

El agente de la DEA cambió a la frecuencia 189, en previsión de que algún extraño estuviese escuchando, y su hermano le proporcionó una dirección.

—Sé llegar. Media hora. Corto.

—Te esperaré, feo. Corto.

Jason volvió a poner la radio en silencio y salió del cuarto de ascensores, con la ruta ya trazada en su cabeza. Bebió un trago de agua y se cargó la mochila a la espalda. Descendió del edificio con igual sigilo que el empleado para subir y emergió a la calle tomando todas las precauciones. Llevaba el rifle apuntando al suelo, no quería matar a cualquier desgraciado con el que se topara que no constituyera una amenaza.

Con la vista acostumbrada a la oscuridad, apenas disipada por las luces distantes de las estrellas, caminó con celeridad, acercándose a una zona donde un edificio entero ardía. Las ascuas iban a parar a otros inmuebles y alguna prendería, si no se ponía remedio. Aquello podía convertirse en un infierno de fuego en pocas horas. Tomó nota para rodear el área al salir de la ciudad.

El exceso de luz lo cegó momentáneamente y se detuvo al oír disparos a su derecha. Se fundió con las sombras, esquivando el resplandor del fuego, y se desvió por calles estrechas que circundaban el área afectada.

En el lugar acordado, su hermano chasqueó los dedos para llamar su atención desde la

entrada de un edificio con puerta de hierro. Se adentraron en él y Adam le dio un abrazo rápido, antes de precederle hasta el piso donde Yairetz esperaba con el cuerpo en tensión, agazapada tras un armario de madera maciza con patas en forma de garras.

—En esta habitación no se producen ecos —dijo Adam en tono bajo, ayudando a su hermano a deshacerse de la pesada mochila—. ¿Y los niños?

—Con Frank y Libby.

Adam asintió y miró alrededor.

—Yairetz, sal de donde estés, no puedo verte.

—Esa era la idea, ¿no? Si hubiese entrado un desconocido...

—Este es mi hermano Jason, es un gilipollas reconocido, no un desconocido.

—Mira quién habla, suponía que estabas en la granja.

—Rancho, es un rancho —le corrigió el otro—. Y me olía que te meterías en líos sin mí.

Yairetz no podía distinguir con claridad los rasgos de ninguno, a pesar de hallarse a escasos dos metros. Tenía curiosidad por ver a Jason, que poseía, al igual que su hermano, una voz profunda y agradable, aunque por su tono, diría que era más serio que Adam. En todo caso, se conformaba sabiendo que no intentarían violarla a la mínima oportunidad y, además, que supiesen manejar armas era bastante tranquilizador en semejantes circunstancias.

—¿Y tú, de dónde sales?

Yairetz supo que la pregunta de Jason iba dirigida a ella.

—Del teatro Madison, el apagón nos pilló en un ensayo general, deberíamos haber estrenado el mismo día.

—¿Eres actriz?

—Superviviente, por lo que parece. Ahora todos hemos tenido que cambiar de trabajo —contestó con un ánimo impostado.

—¿Habéis comido algo? —El agente obvió el comentario de la chica, que a su hermano le pareció gracioso.

—No se me había ocurrido lo del cambio de profesión —rio y enseguida contestó a Jason—. No he comido desde esta mañana.

—¿Y tú?

—Nada desde ayer por la mañana. Estoy a dieta súper estricta y no por elección.

—Estás hecho todo un caballero, Adam.

—Iba a ofrecerle cuando has contestado a la radio —se defendió el interpelado en tono de fastidio.

—Vamos a buscar el cuarto de baño, podremos vernos las caras y coger fuerzas.

Yairetz dijo que sabía dónde se encontraba el de la casa y la siguieron hasta un aseo pequeño sin olores desagradables, indicativo de que se encontraba vacío antes del apagón. Al tantear las paredes, se dio cuenta de que apenas entraban los tres.

—Habrá otro más grande —murmuró.

—Da igual, este va bien, cierra la puerta y pon una toalla debajo, por favor.

Adam rebuscó en su mochila y extrajo una manta térmica y cinta adhesiva. Tanteó con las manos en alto y localizó la entrada de aire, una rejilla que daba a un espacio vertical que compartían todos los pisos, y la cubrió, de forma que la claridad no atrajera atención indeseada. Su hermano, mientras, apoyó una linterna en el suelo y la encendió. El resplandor los cegó unos instantes.

Jason rebuscó en su mochila y les tendió sendas bolsas que contenían bloques de vitaminas.

—Jo, tío, ya podías haber cogido algo más apetitoso. Ahora hacen las bolsas de pasta y pollo con su propia fuente de calor para no tener que depender del fuego.

—Estas duran más tiempo, ocupan menos espacio y se pueden comer en marcha.

—Pero saben a cartón —rezongó Adam, sacando de su mochila paquetes de aluminio de cien gramos, que venían marcados con el nombre de la comida que contenían: arroz con verduras y pasta con carne o con pollo.

—Guárdalas para cuando estemos al aire libre.

El más joven de los hermanos refunfuñó, pero las guardó y abrió el envase que le habían dado, haciendo una mueca de asco al darle el primer mordisco.

—Es genial poder ponerte cara —comentó Yairetz al recién llegado, observando a gusto sus facciones pétreas y su piel atezada.

—Lo mismo digo. Venga, coge fuerzas.

—Si no tuviera tanta hambre... —comentó ella, mordiendo la comida y torciendo el gesto—. Es verdad, parece cartón.

—Y puede que lo sea —dijo Adam—. Si te apetecen las raciones militares, busco algo para calentar el agua, seguro que siendo para ti, a mi hermano no le importará.

—Eres como un crío.

La mujer se apresuró a negar con la cabeza, no deseaba ser la causante de una discusión por una tontería.

—Ya me he hecho a la idea de saborear a tope el próximo chuletón, si queda alguna vaca viva. De momento, me conformo con mantenerme de una pieza.

Adam soltó una risita, le gustaba su sentido del humor, no así a Jason, que comía en silencio.

—¿Cómo has llegado? ¿Andando?

El agente de la DEA le contó la escapada con Frank, su vecino, sin extenderse demasiado.

—Y tú, ¿cómo has llegado tan pronto?

—En moto, no hay otra forma de moverse, pero la he dejado oculta en los suburbios para no llamar la atención.

Los hermanos intercambiaron una mirada. Aun en el caso de no encontrar a Ana, los tres no podrían moverse en una moto, y no iban a dejar a la mujer abandonada a su suerte.

—Encontraremos otra —aseguró Adam.

—¿Sabes? Más que una moto, te pega un caballo —valoró Yairetz—. Con el arco, las flechas, el pelo tan largo y todo eso...

—Te ha calado pronto la actriz —rio Jason por primera vez desde que se había unido a ellos.

4. NECESIDADES

Fay avanzó a trompicones, segura de que caería en cualquier momento. La fiebre la hacía sudar y llevaba casi un día sin probar un sorbo de agua. Había abandonado su casa junto a la playa porque sabía que, si se quedaba, moriría sola.

En su apresuramiento por marcharse, se dejó la medicación, y le costaba tragar con las amígdalas inflamadas. Aun así, no quiso quedarse ni un minuto más del necesario. Tras la violación múltiple, deseaba salir cuanto antes, por lo que apenas cogió lo poco que dejaron los saqueadores y lo guardó en una mochila pequeña.

Rehuía los grupos que encontraba camino del interior, algunos muy numerosos, otros, solo de dos personas. Raros eran los que caminaban en solitario. Se había instalado una desconfianza general y justificada tras los sucesos violentos desde el apagón, ya que la mayoría había sufrido algún tipo de asalto durante los momentos iniciales de pánico por sobrevivir.

Los saqueos a establecimientos habían dado paso a la violencia de todo tipo, las personas se convirtieron en depredadores, capaces de matar por un sorbo de agua. De hecho, se mató por menos. Los individuos empezaron a agruparse y organizarse en torno a las vías fluviales, defendiendo sus campamentos a tiros. Cualquiera que se acercara era considerado como un enemigo, alguien que quería quitarles su lugar privilegiado.

Por tercera vez en una hora, Fay tropezó con sus pies y cayó. En esta ocasión, se quedó en el suelo, sin fuerzas para levantarse ni para protestar cuando algún sinvergüenza aprovechó para despojarla de la mochila.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

—Denny, ¡ven aquí! —gritó alguien por delante.

La fiebre la consumía y apenas pudo abrir los ojos y observar la figura borrosa del chaval que se dirigía a ella. Los días, las horas y los momentos se confundían en su mente delirante y cansada.

—¿Se va a morir, Denny? —preguntó un niño más pequeño a su lado. Su tono sonaba angustiado.

—No, Luc —dijo el muchacho, tranquilizando a su hermano, y luego se giró hacia ella de nuevo—. Señorita Fay, ¿me recuerda? Soy Denny, me dio clases en mi primer año de instituto.

Fay lo recordaba. Era un chico despierto.

—Agua... —pidió.

—¡Denny, no podemos entretenernos! —gritó de nuevo el hombre que le había llamado antes.

—La conozco, ¡hay que ayudarla!

Pese a las quejas del adulto, el muchacho se descolgó la mochila y acercó una cantimplora a sus labios resecos. Algunos de los que pasaban a su lado miraron el líquido con avidez y Frank se aproximó a ellos.

—¡Hemos de irnos! —le apremió.

—Ayúdame a levantarla.

—No podemos cargar con una moribunda.

—Entonces, lo haré yo.

Frank estaba perdiendo la paciencia, pero había prometido a Jason cuidar de sus hijos. El mayor era cabezota y le costaba horrores no soltarle algún guantazo por sus desplantes. Lo de ahora era distinto, cargar con la mujer los retrasaría, y debían caminar unos cuantos kilómetros aún esa jornada.

Por un momento, valoró dejar a los niños atrás, pero el muchacho iba armado. Cada arma contaba y eran pocos. En la orilla del lago cercano se congregaban grupos numerosos que no dejaban acercarse al agua a los recién llegados, lo habían visto con sus propios ojos, así que no podían permitirse prescindir del chico. La única forma de disuadir a los belicosos custodios era mediante la amenaza de la fuerza y algo tendría que ocurrírseles porque apenas les quedaba agua para aguantar un día más.

Sin agua perecerían, igual que la gente que bordeaba el camino, cuyos cadáveres se descomponían a ojos vista.

Los primeros les causaron gran conmoción y algunos vecinos quisieron volver a sus casas. A Frank le costó convencerles del error que supondría, allí también morirían de hambre y sed, aunque el argumento de Libby superó cualquier otro: si se iban, lo harían sin las armas prestadas, que pertenecían al grupo y servirían para defender al grupo.

Así que Frank ayudó a levantar a la mujer y la sujetaron para que caminase entre ellos. Con la mano libre, Denny agarró la de su hermano, obligándole a avanzar. El niño se encontraba cansado, hambriento y sediento, pero podría aguantar un poco más.

En total eran cinco hombres, tres mujeres, dos niños pequeños y el adolescente. Frank, en su calidad de policía, se erigió en líder, racionando provisiones y agua, de forma que pudieran alcanzar algún sitio en el que abastecerse. Gracias al arsenal de Jason, tenían suficientes armas y munición, bienes tan preciados como la comida. Los que se adentraban en la jungla en que se había convertido el campo sin protección, resultaban presas fáciles. Las reyertas se sucedían cada pocos kilómetros, aunque, por suerte, a medida que avanzaban, el flujo de personas se reducía, aunque los muertos parecían cada vez más.

Después de una semana de marcha, en la que solo descansaron unas horas por la noche, empezaban a encontrarse agotados. Al internarse en el bosque habían recogido bayas de los arbustos que todavía contenían alguna. Estaban verdes y tenían un sabor agrio, pero servían para distraer el hambre.

—Ahí —señaló Libby la orilla despejada.

—¿Cómo...? —Frank enmudeció cuando ella empezó a explicar su plan y asintió, como el resto.

Se encontraban cerca del lago y se detuvieron entre dos grupos, a unos treinta metros de ambos. El más belicoso era el de su derecha y enseguida se destacó un hombre fornido, que apuntó a Frank al pecho, al que se unieron tres más.

—¡Eh, vosotros!

El policía se adelantó con los brazos en alto, sin soltar su rifle. Denny, a su izquierda, mantenía la pistola baja. Las mujeres se agruparon en torno a los niños, armadas a su vez y sin apuntar a los extraños que se dirigían a ellos, en clara actitud amenazadora. Fay, tendida en tierra, seguía febril y débil.

—Este sitio es nuestro, ya os estáis largando.

El hombre, claramente el jefe del grupo, lucía la misma barba descuidada que presentaban todos desde el apogón.

—Las mujeres y los niños necesitan descansar, pronto continuaremos al norte —dijo Frank.

—¿Por qué crees que no hay nadie ocupando ese espacio? —preguntó otro—. ¡Largaos ahora que aún podéis!

—No queremos violencia, hay sitio y agua suficientes.

—¡Fuera de nuestro espacio! —rugió el jefe, apuntando al grupo de las mujeres.

Frank alzó el brazo y los otros cuatro hombres de su grupo salieron de detrás de los árboles, apuntando a los hostiles, que no los habían detectado por estar pendientes de los recién llegados. Dos de ellos llevaban rifles capaces de repartir ráfagas de forma automática, armas temibles que podían zanjar el asunto en segundos. Esos dos se concentraban en los hombres de delante, mientras los otros vigilaban su campamento, por si surgían más personas armadas. Querían sorprenderlos y obligarles a aceptar su presencia durante un tiempo.

—Tengamos la fiesta en paz, no tiene por qué haber violencia —dijo—. Nos quedaremos hasta que consigamos un poco de comida y agua, luego, nos marcharemos.

Por el rostro encendido del líder del otro grupo supo que más le valía llevar ojo, confiaban en su superioridad numérica y ellos eran un estorbo. Las guardias serían estrictas y requerirían de mucha atención. Mientras, intentarían cazar y recolectarían lo que pudieran, ya que también necesitaban alimentos.

—Tres días —aceptó el hombre, con el cañón de su carabina apuntando al suelo.

—Tres días —asintió Frank, que llamó con un gesto a los cuatro hombres para que bajaran sus armas.

Por su parte, Libby y otra mujer habían estado de espaldas, escrutando cualquier movimiento del campamento de su izquierda, que no se produjo.

De momento, tendrían una tregua.

Todos deseaban salvar el desnivel de metro y medio que los separaba del agua, beber e incluso zambullirse. Se sentían débiles, agotados y sucios. El policía organizó turnos: primero los niños y las mujeres, después ellas vigilarían.

Entre dos hombres, llevaron a Fay al agua y la bañaron durante diez minutos, sin dejar que se sumergiera del todo. El agua fría le bajó bastante la temperatura y más tarde se ocuparon de que bebiera en abundancia. Carecían de medicinas, su organismo debería sanar o sucumbir. No era aquel un mundo para débiles.

Desde los campamentos que los flanqueaban observaron sus idas y venidas, el apresurado montaje de las tiendas de campaña y la salida de varios individuos en busca de bayas, raíces o de algún animalillo que cazar. Eran gente ordinaria haciendo cosas extraordinarias para las que no estaban preparados.

Partieron de la urbanización con mochilas inmensas en las que llevaban ropa de repuesto, además de los pocos suministros que consiguieron reunir. Durante el camino, fueron aligerando peso. La debilidad les impelía a abandonar lo que no era estrictamente necesario y la ropa no lo era. Las tiendas de campaña las portaban los hombres, cada una con capacidad para cuatro personas y una extra por si acaso resultaba útil en algún momento.

Excepto los niños y Fay, el resto portaba armas, latas, botellas y cantimploras, llenas y vacías. Los pequeños llevaban mochilas con algo de ropa, comida y agua. Ya habían aprendido que no podían beber más de la ración diaria, al igual que los demás. Debían adaptarse a la nueva normalidad y en ese nuevo orden entraba la prohibición de salir solos bajo ningún concepto, ni siquiera a orinar tras un árbol. El mundo se había convertido en un lugar peligroso, en el que el más temible de los depredadores estaba dispuesto a cualquier barbaridad para sobrevivir.

Fay descansó esos días en la tienda de Denny y su hermano. El muchacho la cuidaba y, gracias a las plantas entregadas por una tímida adolescente, que se acercó al campamento para pedirles unirse a ellos, la inflamación de garganta se convirtió en una ligera molestia, de forma que mejoró enseguida.

Por las noches, la antigua profesora, escuchaba al mayor de los hermanos sintonizar emisoras y llamar a su padre, que no siempre contestaba, aunque lo hacía cuando podía. Frank llevaba la otra radio y contactaba con él, proporcionándole la ubicación del grupo, esperando que encontrara a su esposa y se unieran a ellos en el menor tiempo posible. El policía jamás confesaría que necesitaba a Jason para descargarse de la responsabilidad. Le gustaba mandar, pero no pelearse con todos para que hicieran su trabajo.

La recepción de las radios variaba según las condiciones meteorológicas. Un día hablaban como si se hallasen a solo unos metros de distancia y al siguiente apenas podían entenderse, debido a las interferencias. Frank, además, se dedicaba a sintonizar canales en los que algunos radioaficionados, aún en sus casas, hablaban sobre cómo estaban las cosas en su zona. Los augurios eran fatalistas y nadie tenía que decirles que iban de mal en peor.

Denny llamaba a su padre todas las noches, en cuanto acampaban o se detenían. Algunas de ellas, también le había respondido su tío Adam, lo que resultó un alivio para el adolescente, que tenía más fe en él de la que tenía en su padre. Tío Adam no dejaría que les ocurriera nada malo y se ocuparía de que se reunieran pronto. La responsabilidad de cuidar de su hermano pequeño lo abrumaba y necesitaba pensar que ese arreglo no sería permanente.

—Lobezno uno a Jefe de Manada...

Repetía la frase cambiando de emisora cada minuto, aunque volvía a la que tenían concertada.

—Aquí Jefe de Manada...

Esa noche había muchas interferencias.

—Papá, ¿has encontrado a mamá?

—Estoy cerca, creo que tío Adam y yo podremos encontrarla en unos días..., cambio.

—No he entendido lo último, cambio.

—Pronto nos reuniremos, Denny, cambio.

—No te escucho, papá...

La comunicación esa noche era imposible y Fay se incorporó, viendo el rostro desmejorado del chico.

—Estará bien, no te preocupes. Te ha contestado, ¿no?

—Está en la ciudad, la gente que viene de allí dice que es un sitio muy peligroso.

—Si es la mitad de valiente que tú, volverá pronto.

Denny sonrió, desanimado.

—¿Ha perdido a su familia, señorita Fay?

A la mujer le hizo gracia que la llamara igual que lo hacía cuando le daba clase.

—Vivía sola, me divorcié hace un año y...

El muchacho asintió y se retiró un mechón de pelo demasiado largo del rostro. Era otro de los temores que albergaba en su corazón: sus padres pasaban por dificultades que, posiblemente, no tuvieran solución. Quería a su madre, pero, de poder elegir, querría quedarse con Jason.

A veces, se odiaba a sí mismo por no demostrarle su cariño. Algo le impulsaba al enfrentamiento. Sin embargo, lo admiraba y respetaba. Querría ser tan valiente como lo era él, tan decidido y seguro. Aborrecía la idea de quedarse con su madre, no confiaba en ella, nunca le había dado motivos, y últimamente menos. No era necesario que nadie le dijera que había vuelto

a recaer, la conocía. Y también sabía que su padre la traería a toda costa.

Se alegraría por Luc, que cada día preguntaba por ella. De ser por él, prefería que su padre la dejara en la ciudad porque conseguiría amargarles la vida a todos.

Con tío Adam tenía una relación especial. Parecía comprender lo que sentía antes de que abriera la boca para expresarlo. Lo admiraba más que a su padre, aunque jamás lo diría en voz alta porque los dos hermanos parecían mantener una especie de enfrentamiento perpetuo sobre sus orígenes, por lo que no tocaban nunca el tema, y Denny tenía que ocultarle a su padre que los momentos más felices de su vida los había disfrutado en las montañas, durante las breves escapadas que le permitían relacionarse con la tribu de la que él no quería oír hablar.

Los ojos azul celeste de la señorita Fay lo escrutaban, atisbando sus reacciones.

—Él volverá pronto, quizá se acuerde de usted —dijo, dándose cuenta de que se había perdido en sus pensamientos.

—No nos conocemos, solo tuve contacto con tu madre, aunque me encantará que los dos se reúnan con nosotros pronto.

—Lo harán, papá siempre cumple sus promesas —afirmó con gravedad el muchacho.

—Creo recordar que era policía, ¿no?

—Agente de la DEA —contestó con orgullo—, con más vidas que los gatos callejeros.

Fay sonrió al mismo tiempo que el chico. Se sentía agradecida de que el agente hubiese criado a un muchacho como él. Probablemente estaría muerta sin su ayuda.

—Veo que admiras a tu padre...

—Además, está con su hermano, tío Adam, juntos son capaces de cualquier cosa.

La mujer asintió. Le encantaría conocer a Jason y a su hermano, seguro que eran unos tipos extraordinarios.

5. CONTRATIEMPOS

Fay caminaba a la par de Libby, llevaba a Luc de la mano y escuchaba a la mujer animosa, que era el alma del grupo. Frank se había erigido como líder, pero la que decidía era ella.

Todos cargaban agua de la última acampada, la que forzaron con la estrategia ideada por la instructora de tiro. Sin embargo, quedarse hubiera supuesto un desgaste considerable y un riesgo inasumible. A menudo, había reyertas que terminaban en muertes y el talante de su grupo, menos agresivo y acogedor, había atraído a nuevos miembros.

Fay dispuso de mucho tiempo para pensar, dado que no tenía que hacer guardias mientras se recuperaba. Podía haberse quedado paralizada tras la violación en grupo sufrida en su casa, pero no tenía intención de rendirse. Poseía la férrea voluntad de sobrevivir a cualquier precio. Ahora cavilaba sobre ese precio y valoraba si podría pagarlo o no.

El camino cada vez se encontraba más despejado, los menos aptos claudicaban al cansancio, a la sed y el hambre, quedándose en las cunetas y en los campos estériles tras el paso de hordas hambrientas. A medida que avanzaban, los campos dieron paso a las llanuras, vacías de agua y de vegetación comestible. Tirar de sus reservas los llevaría solo hasta el siguiente hito en el camino. Se habían alejado del agua para evitar complicaciones, pero pronto deberían regresar a orillas del río y a los problemas.

—No es una sugerencia —dijo Libby.

Fay se la quedó mirando, sin saber de qué hablaba porque se había abstraído en sus pensamientos.

—Las armas —replicó la otra mujer, observándola con gravedad—. Tienes que llevar una siempre contigo.

—No creo en las armas.

—Lo malo es que ellas no tienen conciencia y si te encuentras frente a una es preferible que sepas contestar.

—Glenn llevaba armas.

—Glenn se defendió, pero el otro no le dio tregua. Aprende de los errores de los demás; del tuyo no podrás, estarás muerta y los muertos no aprenden nada.

Sin otra opción, Fay aceptó la pistola que le tendía la mujer, que llevaba dos más en su mochila, además del rifle que cargaba cruzado sobre el pecho. Las balas empezaban a ser tan valiosas como el agua o la comida y registrar cadáveres, que parecían llevar algún tipo de cartuchera, se había convertido en una rutina, igual que la de recoger bayas de los arbustos mientras andaban.

Llevaban cinco días en movimiento desde la parada en el lago y Fay se había recuperado por completo, era joven y el descanso le vino bien. Ahora ya no le daban tregua, tenía las mismas responsabilidades que los demás, un trabajo a tiempo completo que la exasperaba. Libby, además, parecía creer que cuidar de Luc y su hermano era responsabilidad suya.

—Denny no puede perderse por ahí cuando le apetezca, es demasiado joven —le comentó.

Fay tuvo que callar la respuesta ácida que quería soltar. Era una superviviente, igual que

todos, y entendía que solo con ellos tendría oportunidad de seguir viva. Unos días atrás, una pareja quiso desligarse del grupo, poco conformes con la autoridad de Frank. Este les dejó sus mochilas con agua y comida, pero les quitó la tienda de campaña y las armas.

—¿Y cómo vamos a sobrevivir? —se quejó el hombre.

—Lo siento, Conrad, estas armas nos pertenecen, tendréis que haceros con las vuestras y refugiaros donde podáis.

Conrad y Mary rondaban los cincuenta años y tenían sus propias ideas. De carácter fuerte, se dieron cuenta de que no sobrevivirían sin armas y decidieron quedarse con el grupo, al que se habían unido cinco personas más, aunque, cuando tenían ocasión, criticaban a la pareja dominante, creando disensiones en el grupo que no podían permitirse.

Libby tuvo unas palabras con ellos, llamándolos al orden y apelando a su sensatez.

—Somos de la opinión de que solos nos moveríamos más rápido. Vamos muy despacio por culpa de los niños —dijo Mary.

—Bien, nadie está retenido, podéis iros cuando gustéis.

—No podemos, bien lo sabes —terció Conrad.

—Pues espabilad y buscad armas y munición, estas no os las vais a llevar.

A Libby le irritaba su terquedad. Sabía que iban a dar problemas y estaba deseando que se largasen.

Al final, acabaron ambos muertos.

Aprovecharon la noche para intentar escabullirse, el hombre que hacía guardia les dio el alto y lo mataron. En unos segundos, el campamento se convirtió en un caos de gritos y disparos. En permanente tensión por el riesgo de verse asaltados, todos dormían con un ojo abierto y abatieron a la pareja, creyendo que se trataba de salteadores.

Esa noche hubo tres muertos y un herido de gravedad que duró apenas unas horas.

Libby estaba tan enfadada que durante días no cruzó palabra más que con su hijo. Ya era malo lidiar con el resto de la gente que quería vivir a cualquier precio, solo les faltaba matarse entre ellos. Además, aquel episodio había mermado sus fuerzas y tendrían que buscar agua pronto.

Fay no se perdía las rencillas y rumores del campamento. Al igual que Mary y Conrad, otros muchos pensaban que los niños entorpecían su avance. La solidaridad del principio estaba dando paso al verdadero rostro de las personas, otrora civilizadas.

Aquella misma noche, el cielo plomizo decidió descargar y todos se pusieron a rellenar botellas y a acumular agua en los recipientes disponibles, incluso creando una especie de ducha con un plástico de condensación.

Bebieron hasta saciarse por primera vez desde que abandonaron el lago, se lavaron bajo la lluvia y pudieron relajarse un día. Con los recipientes del todo cargados no podían trasladarse, por lo que se tomaron un descanso hasta acabar con las reservas.

Otras personas debieron tener la misma idea, porque aquellos días vieron a muy pocos adelantar su campamento.

Denny tenía la radio siempre cargada y lista. Cuando hablaba con su padre le daba su posición aproximada en el mapa, que ambos llevaban para que pudiera localizarlos sin dificultad.

—Denny, ¿puedo hablar un momento con tu padre? —preguntó Fay, alargando la mano.

El muchacho dudó y luego le ofreció la radio.

—¿Hola?

Al no escuchar nada, le preguntó a Denny.

—Tiene que pulsar aquí para hablar.

—¿Hola?

—Hola, ¿eres Fay?

—¿Y tú Jason?

—Encantado, y gracias por cuidar de mis hijos.

—No sé quién cuida de quién, la verdad, tienes unos hijos encantadores.

—Lo sé, y parece que te han tomado cariño.

Estuvieron hablando un buen rato, tanto que Denny comenzó a impacientarse. Quería contarle lo de la lluvia y que habían tenido por fin ocasión de lavarse, en cambio, debía asistir como espectador mientras ella lo ponía en antecedentes. Al final, recuperó el aparato y su padre le dio las buenas noches.

Denny hubiese deseado no sentir lo que sentía, estaba algo celoso de lo rápidamente que su padre y Fay habían conectado. ¿Significaría eso que estaba dispuesto a pasar página y dejar a su madre? ¿Y qué sería de él si ya no lo quería?

Durante las noches siguientes, el episodio se repitió. Fay estaba atenta y le arrebatava la radio para ponerse a hablar con su padre como si fuesen viejos amigos. Sin embargo, un día su padre dejó de contestar y la siguiente vez que lo hizo le dijo que estaban en un lugar peligroso. Él le llamaría cuando pudiera.

El día de la lluvia hubo más problemas.

—Haz el favor de dominar tu temperamento, Frank —le dijo su esposa—. Todos ponen de su parte lo que pueden.

El antiguo policía dejó a su hijo en el suelo y le lanzó una mirada rencorosa a Libby. Odiaba que lo pusiera en entredicho.

—Siento parecer brusco, esto no es un juego y no permitiré que muramos por la estupidez de algunos.

—Solo han olvidado las normas por un momento, no era necesario recordarles que el agua escaseará cuando deje de llover.

—No se nos puede olvidar. Me da igual lo que hagan, siempre que no perjudique al grupo. Si se beben toda el agua, alguien tendrá que compartir la suya con ellos y eso creará malestar.

Ella meneó la cabeza. Frank estaba exagerando, nunca podrían moverse cargando con toda el agua recogida.

Se asomó a ver a los niños jugando y vio a uno de los vecinos sentado con su esposa bajo la lluvia. La mujer se había cortado con una rama y la herida infectada le producía fiebre, que no bajaba por ningún medio. Ni siquiera las plantas que le había proporcionado Naomi hicieron efecto y esa misma noche murió.

El grupo debía seguir adelante, hacia terreno más escarpado en el que se adentrase menos gente o se convertirían en blanco para otros que iban detrás, o incluso para los que les habían adelantado y que no se habían detenido ni para coger agua de lluvia, sino que lo hicieron mientras caminaban.

—Y los hijos de Jason también tendrán que acelerar el paso, nos han retrasado bastante.

—¿Te estás oyendo, Frank? Nuestro hijo tiene su misma edad, ¿acaso lo abandonarías para salvarte?

Libby disfrutaba de una paciencia de la que carecía su marido, que a veces se olvidaba de sus compromisos y obligaciones. Se había comprometido a cuidar a los hijos de Jason y él les había proporcionado las armas que llevaban.

—No me contestes —dijo ella entre dientes, al tiempo que cogía a Mark en brazos y se alejaba hacia el improvisado campamento, chapoteando en el barro.

6. SUMANDO INCONVENIENTES

Pasaron la noche en el mismo baño en el que habían comido, sentados, con las espaldas apoyadas en las paredes de azulejos rosas y las piernas recogidas para no molestarse unos a otros.

Jason quería turnarse haciendo guardias, pero su hermano le disuadió: escucharían acercarse a cualquiera desde mucha distancia y los que patrullaban las calles eran de todo menos discretos.

Yairetz no encontraba la postura para descansar. Su cuerpo lo necesitaba y su cabeza más. El problema era el recién llegado: había estado tranquila en compañía de Adam, pero el otro le procuraba menos confianza, debido a la tensión que emanaba de él. Poseía un innegable atractivo con las facciones muy marcadas, esculpidas en una piel morena y tersa. Al contrario que su hermano, llevaba el pelo oscuro muy corto, sus gestos eran bruscos y marciales y parecía que le hubiesen extirpado el sentido del humor porque cada vez que hablaba escogía las palabras más secas.

Era innegable la descendencia nativa de ambos, así como su disparidad de caracteres. Debían llevarse unos cinco años y el mayor parecía sentir cierto menosprecio por Adam, que fingía ignorarlo, cuando en verdad era muy consciente.

—Durante el día hay que tener aún más cuidado. Los grupos armados recorren las calles y entran en los edificios en busca de la gente que todavía no ha dejado sus casas.

Se hallaban en la azotea del edificio que les había servido de refugio nocturno y Jason miraba al frente, hacia la parte de la ciudad favorita de Ana para acudir a drogarse. Entre ellos y el barrio en cuestión había algo más de treinta manzanas en línea recta.

—¿Tú que crees, Jason? —preguntó Adam—. ¿Podré mantener mi promesa de sacar a Yairetz de aquí con vida o le voy pegando un tiro para ahorrar tiempo?

—¡Eh, oye! —protestó ella.

—Silencio los dos, el sonido llega muy lejos —les reprendió Jason en voz baja.

Adam se tapó la boca con la mano, exagerando el gesto, y su hermano elevó los ojos al cielo.

—Deja de hacer el payaso. ¿Ves aquella zona?

El interpelado miró hacia donde le señalaba con el brazo extendido y asintió despacio. Yairetz se puso a su lado, asomó la cabeza sobre el parapeto que los mantenía ocultos a la vista de la calle y soltó una imprecación en voz baja.

—¿Estáis locos? No pretenderéis que nos metamos en medio de ese incendio, los edificios de tres manzanas están en llamas.

—Esa será nuestra salida —explicó Adam—. El lugar tiene que estar completamente libre de intrusos, incluso de los que han provocado los incendios.

Ella se retiró varios pasos atrás y elevó las manos.

—Chicos, esta es mi señal de salida. Prefiero volver por donde llegamos ayer, me encontraba ya casi fuera de la ciudad y lo que proponéis es un suicidio. No debe quedar nada vivo en esas manzanas y el calor será asfixiante.

—Los incendios se habrán movido a otras partes de la ciudad arrastrados por el viento. Esa parte estará quemada y apagada a la vuelta —dijo Jason.

—Es mejor que sigamos juntos —sugirió Adam.

Ella se encontraba indecisa, le gustaba estar acompañada, aunque le gustaría más si estuviesen a kilómetros de allí, porque, desde el improvisado mirador, los incendios parecían muy activos y violentos. Las llamas elevaban sus lenguas anaranjadas por encima de los edificios, visibles en la distancia y a plena luz del día, magnificadas por las densas nubes de humo negro. Nunca hubiera imaginado que el fuego pudiera extenderse tanto y tan rápido en una ciudad repleta de edificios de cemento y hierro.

El fuego la aterrizzaba, creía que era la peor forma de morir.

Se asomó para mirar el lado contrario, por el que habían llegado, que se encontraba libre de incendios y humo. Suspiró sin terminar de decidirse.

Jason y Adam cargaban sus respectivas mochilas y comprobaban sus armas. No la esperarían. Los nervios atenazaban el estómago de la actriz y tenía ganas de gritar. Le había costado tanto salir indemne de la ciudad... ¿En qué estaría pensando para preguntarle a aquel desconocido si podía acompañarle?

Chasqueó la lengua y cogió su enorme bolso del suelo. Era ligero en comparación con las mochilas de ellos, pero los hombres iban provistos de agua y víveres, mientras que ella solo llevaba un par de camisetas, un pantalón de recambio, ropa interior, un móvil que solo servía de arma arrojadiza y que conservaba por nostalgia, y su documentación, que ni siquiera podría usar para defenderse. Las dos pistolas recogidas al lado de unos cadáveres estaban al fondo y la que todavía tenía cuatro balas la llevaba remetida en la cintura del pantalón, muy visible bajo la camiseta.

—¿Llevas munición para eso? —le preguntó Jason, señalando el bulto de su arma.

—No.

Adam le pidió que le mostrase la pistola, rebuscó en el fondo de su mochila y le ofreció una pesada caja de balas. Aunque las guardó en el bolso, encima de la ropa, por su expresión él supo que no sabía qué hacer con ellas.

—Te enseñaré a reponer el cargador luego.

Así pues, parecía decidido que iban a seguir juntos.

—Si vienes —añadió él como si le hubiera leído la mente.

Jason se había adelantado y bajaba las escaleras con precaución, apuntando con su arma hacia adelante para no verse sorprendido. Era poco probable, ya que las personas que se habían quedado estarían tan asustadas que morirían en sus casas antes de salir. Los que llevaban armas se movían en grupos ruidosos, envalentonados en el temor que provocaban. No obstante, convenía huir de los enfrentamientos que pudieran atraer a otros. Los hermanos tampoco llevaban munición para hacer frente a un ejército.

Cuando amaneció, Yairetz señaló en un plano de la ciudad los puntos donde había visto mayor afluencia de personas conflictivas, los que debían evitar: los alrededores de los centros comerciales, en los que tendrían comida para una buena temporada, y las principales estaciones de suministro de agua que, incluso con las bombas inutilizadas, contarían con buenas reservas que se mantendrían potables durante meses.

Cada uno de esos lugares fue marcado y memorizado por los hermanos, para sortearlos de

camino al edificio donde Jason esperaba encontrar a Ana, viva o muerta. Era un lugar que, por desgracia, conocía bien como agente de la DEA y de forma personal. En los alrededores evitaban el trapicheo que se llevaba a cabo en otras zonas limítrofes. «Donde cagues, no comas», era el lema de Roy, el dueño del edificio y responsable de todo el tráfico de droga que se movía en ese lado de la ciudad.

Ana y Roy crecieron juntos y habían empezado a faltar a clases y a tontear con las drogas desde muy jóvenes. Él lo dejó pronto, cuando vio que, en vez de gastarse una pasta y matarse, podía ganar mucho con ella. Comenzó a pasar papelinas, a ganar dinero y a ascender en la organización, llevando su propio negocio y pasando por encima de algunos competidores. Era listo, escurridizo, y solo lo habían detenido una vez por un absurdo descuido.

La esposa de Jason acudía a anónimos camellos de los suburbios hasta que se quedaba sin nada que intercambiar por droga. Entonces, terminaba en la puerta de Roy, destrozada y humillada.

El agente de la DEA había ido a buscarla otras veces, avisado por el traficante de su paradero, y siempre a escondidas. Se avergonzaba de tener que pasar por semejante trance, después de que sus compañeros le advirtieran de lo que podía ocurrir. El edificio sería el último que visitasen. Antes, quería pasar por otros puntos, más o menos de camino, que Ana frecuentaba cuando se encontraba bajo el influjo de las drogas.

El agente de la DEA no se giró para ver si su hermano y Yairetz le seguían, confiaba en que lo hicieran.

Las calles estaban silenciosas, ni siquiera se escuchaban los disparos lejanos que habían sido la banda sonora nocturna. Olía a humo y a gas, en algún lado debía haber un escape, así que apresuraron el paso, evitando las avenidas principales.

Una cadena de explosiones les obligó a pegarse a la pared más cercana. Había sonado demasiado cerca. Esperaron unos minutos y al ver que no ocurría nada continuaron su camino.

La vaharada de humo les cubrió por completo al volver una esquina. Corrieron al otro lado de la calle y observaron el destrozo. La voracidad del incendio de un edificio había consumido los soportes de madera de unas vigas, a todas luces de adorno, y estas habían caído sobre un coche. El calor debió hacer explotar el depósito de combustible y la deflagración provocó la del coche cercano. Este, a su vez, tuvo idéntico efecto en el siguiente y así sucesivamente hasta siete veces, tantas como coches se encontraban aparcados en batería.

Las explosiones de los gases habían producido llamas altas, cuyas chispas prendieron en cortinas de ventanas abiertas y papeles diseminados por la calle, causando nuevos incendios.

—La ciudad entera es un polvorín —susurró Adam.

—Pues vamos, rápido.

Jason inicio la marcha de nuevo, pero se detuvo enseguida y retrocedió para internarse en un portal abierto.

—¡Rápido! —les apremió para que entrasen.

Por una de las callejas se acercaba un grupo de tres hombres soltando exclamaciones al ver el destrozo de los coches.

—Esto se va a extender, habrá que desalojar si llega a la avenida —dijo uno.

—¿Cómo vamos a mover todas las latas? —preguntó otro.

—Arrimando el hombro, cabrón.

El que había preguntado resopló malhumorado, suponiendo que tendrían que trasladar la comida en cajas y carretillas, puesto que las calles estaban atestadas de coches destrozados y abandonados por sus dueños en plena huida.

Yairetz, pegada a la pared, no se atrevía a respirar. Para su gusto, se encontraban demasiado cerca de los incendios y prefería morir de un tiro que abrasada. Jason y Adam, en cambio, vigilaban a los tres, asomándose con precaución por sendos lados de la puerta de entrada. No parecían demasiado fieros, no obstante, iban bien armados. Los intrusos no tardaron en marcharse por donde habían llegado y ellos pudieron seguir su camino, deteniéndose apenas unos instantes para tomar un sorbo de agua.

Pudieron observar que las bocas de riego y fuentes se encontraban secas por completo. Cualquier humedad, como la que había sorbido Yairetz la última vez, se había evaporado por las altas temperaturas que se registraban en el interior de la ciudad, debido a los incendios y el cambiante viento.

Su avance era lento para no verse sorprendidos. Resultaba exasperante moverse tan despacio, escondiéndose cada vez que escuchaban acercarse a alguien. Presenciaron varios asesinatos y tuvieron que abatir a un grupo de cinco que entró en el edificio elegido por ellos para pernoctar.

Pasaron varias noches en distintos pisos. Dormían poco y mal. Tenían la inquietud metida en el cuerpo. No temían a los hombres, cuya actividad resultaba demasiado ruidosa para que los cogiesen desprevenidos, pero el fuego era un enemigo rápido, silencioso y voraz, capaz de darles un disgusto.

Los lugares alternativos en los que buscaron a Ana estaban vacíos y alguno más calcinado hasta los cimientos, así que había que acudir a la opción lógica y última.

Llegar al edificio les costó ese día dos enfrentamientos, que se saldaron con cuatro muertos y un rasguño en el hombro de Adam de una bala disparada a la desesperada.

El edificio se levantaba en una parte antigua de la ciudad, de construcciones vetustas. Se trataba de una vieja distribuidora de carbón y las sucesivas reformas respetaron la madera predominante, añadiendo cromos y chapados como contraste. Cuando el fuego llegase allí lo consumiría todo en un par de horas.

Adam les hizo detenerse.

—Por aquí pasa gente con asiduidad —dijo.

Yairetz siguió su mirada. Ella no veía nada más que porquería en la calle y cenizas que arrastraba el viento.

—¿Te vas a poner a rastrear ahora? —preguntó su hermano con una mezcla de ironía y desprecio.

No obstante, tuvo que callar cuando dos hombres salieron a su espalda y los encañonaron con ametralladoras ligeras.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Os manda Flavio? —preguntó el más alto, con una barba rala en un rostro flaco y desmejorado—. Dejad las armas en el suelo, que yo os vea.

—Vengo a ver a Roy, me conoce —dijo Jason.

—Roy conoce a muchos —contestó el primero.

—A mí querrá verme.

Adam dudaba de aquella afirmación, aunque dicha en el tono seguro de su hermano, consiguió la atención del otro, que se metió dos dedos nada limpios en la boca y soltó un largo silbido.

En el primer piso se abrió una ventana, por la que asomó una mujer con el cabello recogido en una coleta grasienta.

—Dile a Roy que alguien quiere verle —gritó el barbudo.

Ella se retiró y todos aguardaron un buen rato en silencio. La misma ventana se abrió y

Roy «El pecas» se asomó con precaución. Hacía honor a su mote, con la cara de color ceroso totalmente salpicada de ellas, desde la frente a la barbilla.

—Roy, soy Jason —gritó el agente de la DEA, alzando el brazo para hacerse notar.

El traficante soltó una carcajada y apremió a sus hombres para dejarlos acercarse, aunque no les devolvieron las armas.

—¿Ana está aquí? —le preguntó Jason nada más traspasar la puerta de entrada.

Roy despidió a sus hombres y asintió con la cabeza.

—Está peor que nunca, Jason, lo siento.

—Voy a llevármela.

El pecoso lo retuvo con la mano.

—Si vas a llevártela, me voy con vosotros.

No era una petición, sino una condición.

7. EL REFUGIO FAMILIAR

Libby estudió el mapa de Denny que, sentado a su lado en la tierra, le señalaba un punto marcado por una cruz.

—¿Seguro que ese es el sitio? —le preguntó.

El joven asintió con vehemencia.

—He estado allí varias veces y mi padre irá a buscarnos, si no puede alcanzarnos antes de llegar.

—¿Crees que seremos bien acogidos?

—Los abuelos nos recibirán con los brazos abiertos...

La duda en la voz del muchacho hizo que la mujer lo observara con detenimiento. Él no le diría que la relación de los abuelos con su padre era inexistente, peor aún: Jason los despreciaba.

—¿Pero? —le preguntó—. Termina lo que ibas a decir.

—Libby, a los abuelos no les gustan las armas de fuego y aquí todos vamos armados.

—Después de lo que ha pasado, seguro que han cambiado de opinión. Ya sabes cómo está el mundo.

El joven asintió otra vez, aunque tenía sus reservas, la mujer lo pudo apreciar por su rostro grave y sucio.

—Hablaré con Frank. Si en ese lugar no corremos peligro, las armas se pueden dejar para emergencias.

Denny se levantó y dobló el mapa para guardarlo en su mochila. Nunca lo dejaba en la tienda, al igual que la radio con la que se comunicaba con su padre y la pistola. Él le había repetido muchas veces que jamás los perdiera de vista porque podían salvar su vida y la de su hermano.

Al principio se le olvidaba, pero a medida que iban avanzando se daba cuenta de que su padre tenía razón: había demasiada gente que quería quitarles el agua o la poca comida de que disponían. Muchos llevados por la necesidad, unos cuantos movidos por la maldad o la codicia. Hasta el momento, no había tenido que disparar, pero sí que había sacado su pistola para amenazar y cada vez que lo recordaba le temblaban las manos.

Esperaba que nunca llegara a descubrirse la pequeña mentira que le había dicho a Libby: en realidad no fue su padre el que le dijo que se encontrarían en el campamento de los abuelos, fue tío Adam, a quien Denny respetaba y quería, y con el que había estado en el poblado varias veces.

A su padre no le gustaba que fuera allí, decía que las tradiciones y creencias de los abuelos eran absurdas en el mundo en el que vivían. Renegaba de sus orígenes, igual que había hecho su progenitor antes que él, pese a su clara ascendencia. Adam, en cambio, era un *diné* orgulloso de su pueblo.

—¿Y por qué no vives con los abuelos? —le preguntó una vez que fueron a visitarlos al campamento de verano.

—Porque si no estuviese cerca de tu padre, os criaría como auténticos salvajes blancos.

Se encontraban al lado de un grupo de grandes cedros rojos, tumbados en la hierba, mirando el cielo nocturno donde campaban millones de estrellas. Él acababa de cumplir los diez años y era la primera incursión en el mundo navajo que realizaba. Ahora veía que le habían dejado ir con tío Adam para evitarle la última etapa del embarazo de su madre, que resultó dura por su mal humor, ya que tuvo que guardar reposo absoluto.

—Aquí levantan su campamento de verano —le explicó él—. En invierno se trasladan al hogar fijo.

—¿Y cada seis meses tienen que levantar de nuevo su casa?

—Solo pasan tres o cuatro aquí. La de invierno es más permanente, aunque tienen que arreglarla, cubrirla con tierra nueva y cambiar los maderos podridos por otros secos y flexibles.

Resultaron las dos semanas más emocionantes de la corta vida del muchacho. Avistó pumas, lobos, muflones, nutrias, osos negros y un sinfín de aves en libertad. Aprendió los rudimentos del uso del arco, a construir uno y a fabricar flechas. Pescó en el río y se bañó en sus gélidas aguas, subió montañas, durmió al raso, caminó descalzo y aprendió algunas frases en lengua *diné*. A la vuelta, tuvo que guardarse su entusiasmo para no disgustar a su padre, aunque ese fue uno de los numerosos detalles que los habían llevado a distanciarse, además de su falta de tacto cuando empezó la adolescencia y los cambios que conllevaba.

Por suerte, tío Adam vivía a solo unos kilómetros, en un rancho dedicado al uso terapéutico de los caballos y cada cierto tiempo iba a pasar un fin de semana con él.

Su padre decía que le metía muchas fantasías en la cabeza, pero para el adolescente la libertad de la que gozaba con su tío era una válvula de escape y eso que Adam lo ponía a trabajar duro en cuanto llegaba. Él nunca se quejó de las largas jornadas limpiando establos, cepillando caballos o asistiendo a partos nocturnos. Si hubiese podido, se hubiera quedado a vivir allí.

Por ese buen criterio que le suponía a su tío, le había hecho caso e iban de camino al campamento de invierno de los abuelos, ubicado en una tierra rica, con abundancia de caza y de agua. Adam prometió explicárselo a su padre de camino.

Denny rezaba por que los alcanzasen, con su madre o sin ella. La responsabilidad de cuidar de Luc se le hacía pesada y, aunque le daba parte de sus raciones diarias, el pequeño siempre se quejaba de hambre y sed, y de que quería a mamá y a papá. Por suerte, la señorita Fay estaba para ayudar y Luc parecía haberla adoptado como madre sustituta. Cuando no estaba con ella, era porque se encontraba con Libby y su hijo.

Durante esos periodos, Denny tenía bastante libertad de movimiento. Podía ir a recoger bayas o raíces al bosque con el grupo. En especial, le gustaba acompañar a Naomi que, además de ser de una edad más acorde con la suya, conocía plantas nutritivas y de usos diversos. Ella era muy tímida y apenas levantaba la mirada del suelo, pero le señalaba lo que tenía que recoger para alimentarse, en especial las raíces.

A Denny, además de gustarle la actividad, le daba la oportunidad de esconder un puñado de bayas o raíces en el bolsillo para Luc. Era arriesgado, pero había prometido cuidarlo y si estaba en su mano no dejaría que muriera de hambre, como otro niño que había enfermado de inanición y por beber agua en mal estado.

Era la sexta jornada desde que «Garra de águila» había abandonado el poblado para ir en busca de su familia.

Alejados del mundo, se habían enterado tarde del pánico sufrido por la población al quedarse sin electricidad, y el heraldo había sido una familia andrajosa que dispararon antes de pedir hospitalidad a los suyos.

«Nutria gris», la hermosa joven que había salido a moler granos de maíz a la puerta de su casa para preparar tortas, apenas pudo lanzar un grito al sentir las postas del cartucho de caza impactando en su espalda. El sonido, sin embargo, atronó los alrededores, rompiendo la paz de la mañana, acallando el trino de las aves y los murmullos de los que empezaban a levantarse.

Las catorce familias salieron de sus viviendas con el susto reflejado en sus rostros curtidos por el sol.

Dos hombres jóvenes corrieron hasta el agresor antes de que pudiese disparar de nuevo, lo redujeron y le quitaron el arma. Su esposa y sus dos hijos pequeños, unos pasos por detrás de él, salieron gritando y corriendo hacia el bosque.

Una vez pasado el desconcierto inicial, algunos acudieron a socorrer a la herida, por la que no pudieron hacer nada, salvo confiar en que los espíritus quisieran ayudarla. La trasladaron a su *hogan* y el chamán invitó a «Nube roja» a tratar sus heridas con hierbas y ungüentos, mientras él invocaba a los espíritus sanadores, encendía una hoguera y quemaba hojas para atraer las fuerzas curativas de la Naturaleza.

Algunos voluntarios siguieron a la mujer y a los niños, los encontraron y los llevaron al poblado. Estaban andrajosos, sucios y enfermos. Habían comido bayas y hojas de algunos arbustos carnosos y tenían altos niveles de toxinas en el cuerpo. Se hallaban, además, deshidratados y uno de los niños tenía una picadura en la mano hinchada.

La comunidad entera se volcó en ayudarles a que recuperaran la salud, a medida que la de su víctima se deterioraba hasta que se reunió con los espíritus. Resultó un trago amargo, en especial para el hombre que le había disparado y que, agobiado por su amabilidad, una mañana salió antes de amanecer y se lanzó al lago desde un saliente elevado, hacia las rocas del fondo poco profundo.

La mujer les contó lo ocurrido con la electricidad y la posterior desbandada de las ciudades. Ellos le proporcionaron algo de comida, además de un odre con agua y la dejaron partir con sus hijos. Castigarlos no les hubiera devuelto la paz, por no hablar de que las nuevas eran demasiado alarmantes y había que celebrar una reunión urgente para decidir.

Muchos tenían familia en la ciudad, en cualquiera de ellas, y había que tomar decisiones de inmediato.

Uno de los jóvenes se ofreció a acercarse a la población más cercana y comprobar que la familia no mentía.

«Garra de águila» no aguardó sus noticias, tenía una conexión con los suyos que nadie hubiera entendido y llevaba días sintiendo que un peligro los acechaba. Después de debatir con los otros miembros del consejo y llegar a la conclusión de que debían poner vigilancia en los alrededores para prevenir la llegada de más extraños con sus armas, preparó un bulto que cargó a su vieja espalda, se calzó sus botas más resistentes con suela de cuero curtido, cogió arco y flechas y salió en busca de su familia.

Muy pronto encontró la muerte y la destrucción causada por los que habían escapado de las ciudades. El hombre no podía vivir en paz consigo mismo. Sin esa paz interior, era un ser asustadizo que se ocultaba tras sus armas de fuego, robaba, mataba, y asolaba todo a su paso para exorcizar el miedo.

El viejo navajo sabía moverse en la espesura y se quedó al abrigo del bosque, donde podía hacerse invisible a otros hombres. Prefería no tener que matar, pero lo haría para no morir, porque el guerrero que anidaba en su interior bullía de impaciencia por poder salir a la superficie.

Los *diné* no eran beligerantes, pero en tiempos ancestrales habían tenido que conquistar y combatir a otras tribus. Sus habilidades, más propias para la caza, también servían para la guerra,

en caso necesario. Preferían vivir en paz, pero no darían la espalda al enfrentamiento, en caso de verse obligados. Sus armas, tan primitivas como mortales, seguían en uso; el sigilo y la destreza, además, eran fieles aliados, porque no solo las utilizaban para defenderse, sino para cazar, y lo hacían de forma habitual.

Como tenía prisa, pidió la ayuda de la manada de caballos que vivía cerca del poblado. Había entendimiento, respeto y amistad entre ellos y una yegua joven se ofreció a acompañarle.

Recorrió un buen trecho cabalgando, pero cuando descendió de los bosques y la hierba empezó a escasear, la fealdad de la humanidad al mostrar su lado más salvaje, acaparando por la fuerza las orillas de ríos y lagos, soltó al animal para no exponerlo. La yegua sabría encontrar el camino para volver con los suyos.

El *diné* siguió caminando a buen paso, observando con tristeza las huellas frescas de algunos animales que se habían visto expulsados de su abrevadero natural, por lo que tendrían que buscar un lugar alternativo donde beber. La mayoría no daría problemas, aunque el oso, cuyas zarpas estaban impresas en los árboles cercanos, no consentiría que lo desplazasen sin presentar batalla.

Él estaría muy lejos cuando ocurriera, porque ocurriría.

8. OBSTÁCULOS INESPERADOS

—Ya llegó así, los pocos momentos de lucidez que tiene los pasa gritando para que le chute algo en las venas.

Roy señaló a Ana, tumbada en una cama, cuyas sábanas estaban más sucias que ella misma. El hedor a vómito y orina llegaba hasta el pasillo y la mujer dormía en un sueño pesado. Se encontraba tan inmóvil como si estuviese muerta.

Yairetz se tapó la nariz con la mano y Adam soltó una exclamación de consternación. Jason se adelantó, entró en la habitación y cerró la puerta a su espalda.

—¿Qué le has dado? —gruñó Adam, cogiendo a Roy de la pechera y pegándolo contra la pared.

—Solo nuevo el mejor caballo, pero no le bastaba. Ha debido ponerse de esa nueva droga que corre por la calle, una mezcla de fentanilo que deja a la gente pillada y medio muerta.

Adam había oído hablar de ella. Su bajo precio se debía a la mezcla sintética, que no necesitaba base de opioides, y eso la ponía al alcance de los más desesperados por meterse algo y los que contaban con menor presupuesto. Jason había bloqueado las cuentas conjuntas, en previsión de que arruinase a la familia, porque Ana se encontraba en una fase en la que necesitaba drogarse sin reparar en nada más.

Soltó al traficante y se limpió la mano en el pantalón como si hubiese tocado un gusano pringoso.

—Todos sois iguales, os da lo mismo las vidas que hundáis mientras podáis comprar los mejores coches —espetó—. Y mira para qué te sirve ahora tu flota. A ver si tus Ferrari personalizados te sacan de la ciudad y te dan de comer y de beber, imbécil.

—Oye, tío, que yo no he creado el problema con la electricidad y todo lo demás, no me culpes de los males del mundo.

Adam le enseñó el puño y Yairetz se puso en medio.

—Dejadlo, así no arreglamos nada.

Su tono consiguió calmar los ánimos más que sus palabras, aunque ambos sabían que tenía razón: llevarse a Ana iba a ser todo un reto, a no ser que se despejara lo suficiente para caminar y no parecía el caso.

—¿Cada cuánto? —preguntó Adam, señalando la puerta.

—Cuando llegó, cada doce horas.

—¿Y ahora?

—Seis o siete, máximo.

Adam chasqueó la lengua con disgusto y dio media vuelta para salir de aquel corredor que apestaba. Yairetz se le unió en un salón, que era un piso entero despojado de paredes. Roy ocupaba la última planta como vivienda personal, el resto del edificio era para sus empleados. Ellos vivían en pisos que compartían con sus parejas y, si tenían niños, se largaban, su jefe no quería niños donde se negociaba con droga.

—Esto va a ser un desastre —murmuró Adam, tomando asiento en uno de los mullidos

sofás, dispuesto en un rincón que, junto con tres más, componían un espacio aparte en el que tratar temas de negocios, supuso.

—¿Cómo vamos a sacarla de aquí? —preguntó Yairetz.

Él negó con la cabeza. Ya era complicado caminar por la ciudad, teniendo que ocultarse de los grupos armados y cuidarse de los incendios y derrumbes de edificios calcinados. Hacerlo con alguien inconsciente supondría un peligro añadido.

Roy se acercó con vasos y una botella de agua precintada.

—Imagino que preferís esto a un whisky...

Ninguno contestó, no era necesario. Bebieron un vaso y su anfitrión volvió a llenárselo.

—Es preferible guardarla —sugirió Yairetz.

—Aquí hay de sobra y no podremos llevárnosla. Mejor que saciemos nuestra sed ahora, parece que fuera la cosa está jodida.

—No te haces una idea.

El traficante asintió.

—Me hago a la idea cuando una botella de agua vale lo mismo que una dosis de mi mejor producto.

—¡Suerte que los drogadictos sean como las cucarachas en cuanto a supervivencia! —ironizó Adam.

Yairetz le lanzó una mirada de advertencia: morder la mano del que les estaba dando de beber siempre era mala idea.

—Mira, tío, tus acusaciones me la traen floja. No te he pedido nada por «mi» agua, pagada con «mi» caballo, y tampoco te voy a pedir nada a cambio de la comida que nos están preparando ni por la que nos llevaremos.

—Sí que estás pidiendo, tu precio es nuestra compañía y protección, de lo contrario ya te hubieras marchado.

Roy asintió despacio, dándole la razón.

—Nos necesitas. En cambio, nosotros a ti no.

Unos aullidos procedentes del pasillo que acababan de abandonar desmintieron su afirmación y terminaron con la discusión. Roy consultó su reloj y se dirigió a darle su dosis a Ana.

Yairetz y Adam intercambiaron una mirada.

—Es la madre de mis sobrinos —se disculpó él.

—No he dicho nada.

—Pero lo has pensado.

Era cierto, cualquiera lo hubiera valorado: llevarse a Ana era un riesgo inasumible. Si se ponía a gritar, advertiría a cualquiera que estuviese a kilómetros a la redonda. Y si quedaba inconsciente cuando le inyectaban la droga habría que transportarla.

La actriz se arrepentía de todo corazón por haber cedido a la estúpida idea de volver a entrar en ciudad, de la que había salido ilesa una vez por los pelos. Quizá no debería tentar la suerte con semejante descaro.

—¿Y tus hombres?

—Ninguno se enterará hasta que nos encontremos lejos. No van a venir detrás de nosotros, tienen comida y agua para una buena temporada, y luego ya se buscarán la vida.

Jason empujó la silla hacia atrás y se levantó. Acababan de comer más de lo que se habían

podido permitir desde que empezó aquella locura, sin hambre, solo con la intención de recargarse mientras pudieran y, quizá, con algo de gula.

—Descansemos esta noche. Nos iremos antes de amanecer.

—Hay dormitorios para todos.

—Yo no pienso quedarme sola —dijo Yairetz.

—Nos quedaremos todos aquí, hay sofás de sobra y prefiero que estemos juntos —afirmó Jason.

La advertencia iba implícita, no terminaba de fiarse de Roy y no lo perdería de vista.

—Ana se despertará en unas horas —dijo el traficante.

—Antes de amanecer —asintió Jason—. En cuanto le inyectes una dosis, nos iremos.

—Diré a mis hombres que no me molesten hasta el almuerzo, eso nos dará tiempo suficiente. Antes de que se levanten, bajaremos por las escaleras y cargaremos las mochilas con víveres.

—¿Y los que tienes de guardia?

—Vigilan lo que pasa fuera, no lo que pasa dentro, y sé dónde están, no nos cruzaremos con ninguno. Tienen prohibido entrar en mi piso y al sótano solo se puede acceder por mi ascensor privado y por las escaleras cerradas con candado, del que solo yo tengo llave. Allá está almacenada toda la comida y el agua, y desde los túneles podemos salir a tres manzanas de aquí.

—¿Dónde, exactamente? —preguntó Adam, sacando el plano de la ciudad.

—Hay siete salidas —dijo Roy, y las señaló.

El traficante contaba con pasadizos ocultos en el sótano, cuyo acceso era indetectable, incluso para los densímetros y sondas más sofisticados. En esos pasadizos guardaba la mercancía, el dinero y abundantes armas con su munición.

El pasadizo principal, además de contener la base de su negocio, disponía de múltiples ramales de los que salían pasillos en todas direcciones. Unos tenían acceso al exterior y otros llegaban a una pared sólida, en apariencia. Sus hombres solo conocían tres salidas desde las que emergían a distintos lugares para trasladar la mercancía a los camellos. Por razones de seguridad, Roy se guardaba la ubicación de las restantes.

La entrada de cada uno, además de bien camuflada, estaba protegida por una contraseña que obraba solo en conocimiento de Roy. Nadie accedía si no era bajo su supervisión personal.

Las ventanas blindadas protegían el espacio de los ruidos del exterior, por lo que esa noche solo escucharon disparos cuando Jason se levantó a hablar por radio con su hijo y abrió una de ellas para respirar aire fresco y disponer de mayor cobertura. El ambiente, no obstante, se encontraba cargado de humo. Algún incendio acechaba en la noche.

—Tiene que estar preocupado por sus hijos —dijo Yairetz a Adam, ambos mirando a Jason.

—Lo está.

—Ayer me pareció que hablaba con una mujer.

—Con una que los cuida.

—Tiene que querer mucho a su esposa para...

—Es su selectivo sentido del deber. Yo no hubiese dejado a los niños por venir a buscarla.

Hizo un gesto impreciso que la actriz comprendió a la primera. Los niños estaban con desconocidos mientras él iba a buscar a su esposa, drogadicta y moribunda.

—Pero acudiste a echarle una mano.

—Porque sabía que no la dejaría atrás y necesitaría mi ayuda, de lo contrario, yo me hubiera encargado de los niños. El mayor solo tiene quince años y le asusta la responsabilidad de cuidar de su hermano de cinco.

—Debieron tenerlo siendo muy jóvenes —comentó Yairetz, pensativa—. Tu hermano no debe pasar de los cuarenta.

Adam se giró a mirarla a la parpadeante luz que proporcionaba la chimenea encendida. Creyó detectar mayor interés del que había mostrado antes y no le extrañó, su hermano había heredado unas facciones exóticas, muy atrayentes para el sexo femenino. Había heredado el físico de sus antepasados, al igual que su padre. Él, en cambio, poseía una mezcla de ambos progenitores y de los dos mundos.

Curiosamente, su hermano se avergonzaba de su ascendencia navajo, mientras que para él no había nada mejor en el mundo. Aun así, quería con locura a Jason y a sus hijos, aunque intentase socavar su curiosidad por los orígenes paternos de la familia.

—Silencio —pidió Roy en un susurro.

Yairetz recuperó el equilibrio, sujetándose a la barandilla. Llevaba la mochila de Jason que pesaba demasiado para ella y había estado a punto de caer por las escaleras sumidas en las sombras.

Adam la sujetó del brazo y ella asintió, estaba bien, no iba a caerse. Jason pasó a su lado llevando a su esposa en brazos, como si no pesara. Había intentado limpiarla y la cambió de ropa, pero seguía apestando porque no había agua corriente para darle un baño de cinco horas, que era lo que hubiera necesitado.

Roy hurgó en el candado y abrió las rejas metálicas con cuidado de no hacer ruido, luego los conminó a pasar al otro lado y cerró. Se puso en cabeza de nuevo para guiarlos hasta el sótano y, cuando se encontraron en él, encendió una lámpara de gas que les guiaría hasta que emergieran a la luz del día.

No había exagerado sobre sus existencias: latas y paquetes variados se apilaban en altos rimeros y las botellas de agua formaban una pared, en precario equilibrio, que llegaba al techo. Allí había comida para mucho tiempo.

El anfitrión le lanzó una mochila vacía a Yairetz, que ella cogió al vuelo. Era grande, casi tanto como la que llevaba en ese momento, y comprendió que debía llenarla.

Por su parte, Jason y su hermano ponían a Ana en una carretilla de mano y se ocupaban de amarrarla con cinta adhesiva para que no cayera. Yairetz se preguntó si sería suficiente. Podían encontrarse con escombros que tuvieran que superar y las ruedas no eran tan grandes como para sortear obstáculos. En especial, le preocupaba la insistencia de los hermanos en atravesar la parte quemada de la ciudad. Los edificios calcinados debían contener sorpresas bajo sus cenizas.

Antes de abrir la boca para sugerirlo, se fijó en sus rostros. Estaban dispuestos a superar cualquier obstáculo. A Yairetz le pareció muy loable, pero nada práctico. Si ellos tardaron cuatro días internarse en el centro, no quería imaginar lo que les costaría con una persona inconsciente.

Le constaba que Roy cargaba con drogas, pero ¿serían suficientes? ¿Cuánto aguantaría Ana sin ellas? Luego vendría un periodo de abstinencia que podría o no superar. Por su aspecto, Yairetz apostaría a que sería incapaz de soportarlo.

Quizá en un mundo más benigno, en el que todo no se hubiera ido a la mierda, una clínica de desintoxicación hubiera sido una respuesta adecuada al problema. Ahora no vivían en ese mundo, sino en uno en el que Ana resultaba un problema.

Observó a Adam colocando cinta adhesiva entre las manijas de la carretilla para que ella pudiera reposar la cabeza y continuó en silencio. Nada de lo que tuviera que aportar agradaría a los demás, pero su cabeza funcionaba a toda marcha: era una superviviente y Ana un obstáculo para sobrevivir.

Roy abrió la marcha por el pasillo hasta una puerta, que abrió con una contraseña. Todos los circuitos electrónicos se hallaban desconectados, sin embargo, poseían una opción manual que fue la que el traficante usó para franquear el paso. El cubículo albergaba armas para hacer frente a una guerra mundial. Yairetz no sabía cómo funcionaba una pistola, mucho menos cualquiera de los sofisticados rifles que colgaban de la pared. Cogió el que le pasó Adam y se quedó con él entre las manos, pensando que con lo que pesaba igual le podía romper la cabeza a alguien, pero poco más.

—Mira, este es el cargador y se coloca así...

Le dejó explayarse sin poner demasiada atención a sus instrucciones. Se veía incapaz de cargar con algo tan pesado, y más después de colocarle el cargador.

—No te gusta, ya lo sé, pero llevar esto puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte —le dijo Adam al ver su apatía.

—Hasta ahora nos hemos arreglado bien.

—Y ojalá sigamos así, pero si se da la ocasión, no puedes quedarte mirando las moscas, te juegas la vida.

No había réplica para eso, lo tenía muy presente. Si algo sabía, después de lamer agua del suelo, era que no quería volver a hacerlo y tampoco morir sin defenderse.

Matar no estaba entre sus planes el día que se fue la luz, ahora esa idea ya no le resultaba tan ajena. Sería capaz si tenía que hacerlo para salvarse.

Atendió las instrucciones de Adam y se puso el chaleco antibalas que le pasó por la cabeza y que también pesaba lo suyo, aunque nada en comparación como cuando encajó en los bolsillos habilitados para ello varios cargadores llenos.

—La pistola, con el seguro puesto, aquí. —Se la colocó debajo del brazo derecho, entre el chaleco y la camiseta—. Con un movimiento la tendrás en la mano.

Ella probó y le gustó. Adam tenía razón, era mucho más cómodo llevarla de esa forma.

—No sé si tendré energía para cargar con todo esto y la mochila —confesó.

—Claro que podrás. Eres más fuerte de lo que crees.

Yairetz podía haberse enamorado de su sonrisa y de su optimismo. Más le hubiera valido.

9. DISCORDIAS

Luc se encontraba mal un día sí y otro también. Algunas bayas, la mayor fuente de alimentación de la que disponían, le producían dolor de estómago y calambres.

El grupo había vuelto a reducirse tras el encuentro con otro a la orilla de un riachuelo en el que se habían hecho fuertes. Una mujer murió cuando una bala perdida le atravesó el abdomen y un hombre tenía una fea herida en el muslo que le impedía caminar. Frank decidió acampar a medio día de distancia del grupo agresor, pero el hombre no se recuperaba; era más, la herida tenía peor aspecto y los dos que le habían ayudado a llegar al campamento presentaban claros síntomas de agotamiento.

Ninguno tenía reservas, estaban débiles por la exigua dieta y el agua empezaba a escasear. Aún en esas condiciones, varias personas con armas propias se habían unido a ellos durante esos días. Nadie quería estar solo o en grupos demasiado pequeños, presas fáciles para otros mayores.

Acamparon, distribuyéndose en las tiendas y, los que no disponían de ellas, al raso. Encendieron una hoguera y se reunieron en torno a ella para hablar sobre los siguientes pasos. El lago más cercano se encontraba a dos días de marcha y llegarían justos, pero solo si no se entretenían.

—¿Qué hubieses hecho de no ser por Denny, que insistió en ayudarte? ¿Te parece correcto que lo dejemos ahora atrás? —El reproche de Libby iba dirigido a Fay, que llevaba susurrándole al oído todo el día—. ¿Y a Luc? Yo también tengo un hijo pequeño.

—Expongo una evidencia, nada más: si no llegamos a un lugar con agua, no vamos a poder sobrevivir solo con la que recogemos por la noche con los plásticos. Somos demasiados y vamos demasiado lentos.

Fay se había convertido en un incordio, según la antigua vecina de Jason. Se acercaba a los corrillos a poner en conocimiento de los demás su descontento, creía que el grupo debía manejarse con mano férrea si querían sobrevivir.

Frank, al que se acercaba cada vez más a menudo, empezaba a prestarle oídos, y otras atenciones que hubiesen estado fuera de lugar en el mundo que habían dejado atrás. Ahora a nadie le importaban los vínculos que no fuesen familiares y aún en ese caso, la vida propia se estaba convirtiendo en la prioridad.

Los enfrentamientos entre Libby y Frank, cada vez mayores, desequilibraban el liderazgo. El policía hacía demasiado caso a las ideas alarmistas que Fay le susurraba al oído; su esposa, por el contrario, creía que todos juntos podrían salir adelante.

—Señorita Fay, ¿puede quedarse un rato con Luc? Voy al bosque a por comida —le preguntó Denny.

—Déjalo con Libby, tengo cosas que hacer.

El muchacho quedó algo decepcionado, últimamente Fay cargaba con una tienda propia, que había pertenecido a uno de los vecinos muerto. Solo se acercaba a la suya por la noche, cuando sabía que él se ponía en contacto con su padre, para arrebatarse la radio y la posibilidad de hablar en privado con él.

Parecía contrariada porque llevaba varias noches sin poder hablar con él, desde que le comunicó que habían encontrado a su esposa y que se reunirían con ellos.

Aquella noticia le desagradó sobremanera.

—¿Nos van a hacer cargar con una drogadicta?

El exabrupto fue lanzado cuando terminó la comunicación, lejos de oídos de su padre y claramente dirigido a él. Denny no supo si debía contestar, aunque imaginó que no hacía falta.

Ella había abandonado pronto el rol maternal y protector que mostró hacia los hermanos que le salvaron la vida. Ahora sus esfuerzos estaban concentrados en enfrentar la autoridad de Libby, que la había acusado de manipularlos en su beneficio. Dejaba caer en los oídos oportunos la necesidad de acelerar el paso, a costa de los más débiles, incluidos los niños.

El malestar caló hasta el punto de reunirse y debatirlo.

—¿Propones abandonarnos, Frank? —preguntó Libby.

—No es eso lo que se está debatiendo, solo consideramos la posibilidad de que los más fuertes formen una avanzadilla. Mientras los niños y los enfermos nos alcanzan, podemos levantar un campamento y buscar agua y comida para todos.

—¿Y se puede saber quiénes lo consideraréis, cariño? —preguntó Libby con ironía, mirando a Fay sin disimulo.

Su marido no le contestó, sino que se dirigió a todos.

—Pensadlo, los más fuertes y sanos podríamos despejar el camino, preparar un buen campamento y defenderlo de...

—¿Y quién nos defendería a nosotros? —le cortó su esposa—. Llevamos tres niños, incluido el tuyo, gilipollas. Los enfermos no pueden conseguir comida, y menos disparar. Nos dejaríais abandonados a nuestra suerte, presas fáciles para cualquiera que siga nuestros pasos.

—Me consta...

—A ti no te consta una mierda, Frank. Vas de jefe y no tienes idea de liderar —gritó ella—. Y os voy a decir algo, por si los encantos de la víbora que os susurra al oído solo os permiten pensar con la polla: Jason se las arreglará para venir a por sus hijos, así que más vale que empecéis a rezar porque os matará a todos si les ocurre algo por haberlos abandonado.

Desde aquel día, habían cambiado muchas cosas: Frank ya no dormía en la tienda de Libby, los cuchicheos cesaban cuando ella se acercaba y le lanzaban miradas de desconfianza, que pretendían culpabilizarla de su actual situación.

El descontento se palpaba en el ambiente y había muchos otros que se guardaban comida en los bolsillos, además de Denny. La prevención sobre salir a recolectar en solitario se pasaba por alto, aunque nadie se separaba demasiado del grupo. Podía parecer que el temor a ser atacados era menor, pero sucedía justo lo contrario: ahora había miedo a los de fuera y a los de dentro.

Al día siguiente, cuando iniciaron la marcha, Luc estaba tan débil que Denny tuvo que cargarlo a caballito. Con todo el malhumor que había instalado en el ambiente sobre el retraso que causaban los niños, no quería dar razones de más a los descontentos.

Libby se ofreció a llevarlo un rato y luego otra mujer, con una fea cicatriz en el rostro por un enfrentamiento de los primeros días que no se le había curado bien, lo llevó un trecho más. Denny estaba tan exhausto cuando acamparon esa noche que se vio incapaz de montar la tienda de campaña y su antigua vecina les ofreció dormir en la suya.

—He visto que guardas tu comida para Luc y eso no está bien, necesitas alimentarte —le dijo ella cuando se sentó a su lado, fuera de la tienda.

Los pequeños jugaban en el interior y ella estaba hirviendo una raíz en un recipiente al

fuego, con media ración de agua que había guardado ese día. Denny le ofreció la suya y la mujer aceptó.

—Esta noche cenaremos sopa caliente de raíces silvestres. En un restaurante del centro nos cobrarían un ojo de la cara.

Su broma consiguió arrancar una sonrisa tibia al muchacho.

—No se atreverán —añadió ella, mirando la hoguera.

—Tendríamos que estar preparados por si te equivocas.

—Conozco a mi marido, en el fondo es un cobarde que quiere estar rodeado de cuantas más personas, mejor.

—¿Crees que la culpa es de la señorita Fay? —le preguntó él algo que le venía rondando por la cabeza desde la discusión.

Libby retiró el recipiente del fuego, colocándolo al lado de la hoguera para que le diera calor y el agua no se evaporase.

—No creo que sea su culpa, ella está haciendo lo imposible por salir con vida. Cree que ya pagó su deuda contigo al cuidaros unos días y no hay nada que la retenga. Quiere ponerse a salvo y le pasa un poco como a Frank y a otros como él, tienen miedo, quieren correr hacia adelante, sin darse cuenta de que lo que nos mantiene con vida es el grupo.

—Pero los pequeños...

—Vamos más despacio por los niños, pero también con más cuidado. Si corres, te pasa inadvertido lo que ocurre alrededor.

—Todos queremos llegar a las montañas.

Libby le puso una mano en el hombro. Denny era alto y estaba desarrollándose, pero aún era un niño, necesitado de oír que todo iba a salir bien y no tenía a sus padres para decírselo.

Volvió la vista al fuego de nuevo, fingiendo que no había visto las lágrimas que estaban a punto de desbordarse de los ojos del muchacho.

—Esta es la quinta noche que no me contesta —dijo él.

—Lo hará cuando pueda. Si este es un lugar peligroso, la ciudad tiene que serlo mucho más. No podrá hablar contigo cuando quiera, ya te lo dijo.

Eso quería creer Denny, porque no concebía que les hubiese pasado algo a tío Adam y a él. Se sentiría perdido sin ellos. Ya se sentía perdido, de hecho.

El recuerdo de su tío le dio una idea que llevaba rondándole la cabeza varios días.

—Libby, ¿tú podrías matar y despellejar una liebre?

Ella se giró para mirarle de frente.

—¿Me has visto cara de granjera? —preguntó jocosamente, pero pidiendo una explicación con la mirada.

—Mi tío me enseñó a poner trampas y una vez que fui a recoger bayas probé y cayó un conejo.

—¿Y?

Denny suspiró y se encogió de hombros.

—Lo dejé libre, no sabía cómo matarlo sin hacerle daño y luego quitarle la piel... —Dejó la frase sin terminar y ella comprendió que no se había atrevido—. Tío Adam me enseñó a poner las trampas en los lugares adecuados, pero lo de después me daba asco y no me fijé en cómo los mataba él. Nunca pensé que semejantes detalles pudieran servirme para nada.

—Ya, ¿quién iba a pensar que un día tendríamos que cazar nuestra propia comida?

—Es que a Luc le sientan mal las bayas y creo que si pudiese cazar algo, recuperaría las fuerzas.

—La sopa de hoy está hecha con raíces que me ha dado Naomi. Aunque Frank desconfía de sus conocimientos, ella sabe qué plantas son buenas.

—Pero eso no es suficiente para mi hermano. Estoy seguro de que si pudiese comer algo de carne, se fortalecería.

—Es arriesgado —dijo ella, bajando la voz—. Cualquiera de los que quieren irse sin nosotros te mataría por quedarse con la comida. Hace un mes que lo más sustancioso que comemos son bayas y raíces, que no satisfacen a nadie.

—No creo que pueda cazar para todos, pero sí para nosotros.

Libby le rodeó el hombro con el brazo, le dio un beso en la frente y una palmadita en la mejilla.

—Eres buen chico, Denny, y a Mike tampoco le vendría mal un poco de carne. Debemos dar pena con lo flacos y sucios que estamos todos.

—¿Te parece que podemos intentarlo?

—Vamos a hacer una cosa: coloca una trampa y si hay suerte y cae algún animal, ven a buscarme. Yo me encargaré del resto y lo cocinaré lejos del campamento para que nadie se entere.

—Luc y Mike deberán guardar el secreto.

—Lo harán —aseveró ella.

Y estaba segura. Al único al que Mike se lo podía contar era a su padre, en caso de que apareciera a verlo, y Frank ya se cuidaría de decir nada. En todo caso, pediría su ración para la próxima vez.

Era increíble cómo habían cambiado las cosas en tan poco tiempo. Su matrimonio no iba bien antes de lo sucedido, pero con los nuevos cambios se había ido al cuerno definitivamente. No podía estar con un ser tan débil y miserable, capaz de abandonar a su propio hijo a la mínima dificultad.

Sí, ya se encargaría ella de que Mike guardara el secreto o, de lo contrario, tendría que matar a Frank. Este pensamiento, que la hubiera espantado en otro momento, tomó forma en su cabeza sin proponérselo y se dio cuenta de que sería capaz de hacerlo.

10. «GARRA DE ÁGUILA»

El *diné* tenía setenta y dos veranos de sol sobre su cabeza erguida, la experiencia de una vida en contacto con la naturaleza y la arrogancia de los elegidos por los espíritus.

Las tres plumas que colgaban de la cinta que rodeaba su cabello cano se entremezclaban, proclamando a todo conocedor que había realizado hazañas para su gente. La única de la que él se consideraba merecedor era la de haber inculcado a su nieto el amor por su cultura y su forma de vida. Esa pluma, la mayor y de la que se sentía orgulloso, sobresalía entre las otras dos. Era una pluma de águila, grande, fuerte y desafiante. La mantenía limpia y jamás la dejaba sobre el suelo.

Esa pluma era la prueba de su legado y la razón de que hubiese tenido que bucear hasta el centro del lago en el que se encontraba, lejos del alcance de las armas de los hombres que montaban guardia en la orilla, como si el agua les perteneciese.

Salió a respirar y a ubicarse. Las orillas se hallaban punteadas de hogueras y supuso que de hombres armados y peligrosos, acuciados por el miedo al encontrarse fuera de su ambiente.

Había perdido dos flechas en la zambullida apresurada, pero las otras veintiocho seguían en el *quiver*^[3] de piel, a su espalda. El arco presionaba su torso y tenía tiempo y paciencia, algo de lo que carecían los hombres de ciudad, acostumbrados a obtener todo de forma rápida, por lo que solo llevaban armas de fuego, letales hasta que se enfrentaban con un enemigo silencioso. «Garra de águila» podía esperar y pasar entre ellos sin que lo advirtiesen.

De un vistazo, consultó la hora por la posición de la luna. Debía esperar a la madrugada. Se colocó boca arriba y flotó en el líquido elemento, aislado del frío y de cualquier percepción que no fuera la de conectar su interior con el fruto de su sangre, con los suyos, allá donde estuviesen.

No era chamán aún, pero podía sentir a todos los que estaban unidos a él por algún lazo. Así supo que su querida «Nube roja» y su bisnieto Denny velaban. Una preocupada por su familia; el otro angustiado por la responsabilidad de cuidar de su hermano.

«Garra de águila» hubiese deseado pasar más tiempo con aquel muchacho que no era de su sangre, pero cuyo instinto de supervivencia le fascinaba. Podía haber sido hijo de Adam, poseía su corazón y su determinación.

El viejo navajo tenía una cicatriz antigua de una herida profunda. Su latencia le recordaba constantemente que seguía sangrando por dentro de la costura y que el dolor persistiría hasta que se reuniese con sus ancestros en el más allá. Su gran derrota, por la que llevaba un recordatorio en forma de pluma truncada, era haber perdido a su hijo en desigual competición con la civilización.

Joe había renegado de sus orígenes, entregándose a una vida en la que se sentía más cómodo. No podía culparlo, la mayoría de los jóvenes terminaban marchándose, aunque «Nube roja» y él siempre esperaron su regreso con los brazos abiertos, en vano.

El gobierno les obligaba a enviar a sus hijos a los colegios de las poblaciones más próximas a su asentamiento y ellos no tenían más remedio que obedecer, bajo pena de arresto. La tiranía seguía siendo el arma principal con la que el blanco sometía la voluntad de los pueblos,

eso no había cambiado en doscientos años. Les enseñaban su historia y sus costumbres y sembraban en ellos el deseo de una vida ociosa, sin siquiera la recompensa de una efímera sensación de libertad.

A los pocos años, los niños no deseaban montar caballos por las praderas ni practicar con el arco o el cuchillo. Ya no querían salir de caza para alimentar a la tribu y se mofaban de los espíritus carentes de ornamentados templos que visitar los días festivos.

Los jóvenes aprendían a perder tiempo ante televisores y ordenadores, a saciar su hambre y su sed tan solo alargando un brazo. Ansiaban encajar en un mundo que los despreciaba por su aspecto y su procedencia, y viajar lejos sin haber explorado el pedazo de tierra en el que habían nacido. Buscaban vivir hacinados cuando tenían bosques a su alcance, ríos y más vida de la que verían nunca los niños de ciudad.

Perdieron a «Ciervo veloz» antes de haber cumplido los doce años. A los catorce, pidió quedarse en el internado de la reserva de una tribu amiga, los *hupa*^[4], cercana a una gran ciudad. Poseían una escuela avanzada y sus alumnos solían terminar en la universidad, becados por el gobierno.

«Garra de águila» podía haberse negado, pero creía en la libertad de decisión, incluso en la de un niño. Obligarle a quedarse hubiese sido como someter su espíritu a la tierra, algo que un *diné* no haría nunca porque conocían el valor de la personalidad.

Su hijo nunca volvió a las praderas a escuchar el viento entre los árboles y a contemplar el cielo despejado de las mañanas frías. Se apartó de la naturaleza porque así lo sentía y así se lo enseñaron. Pero lo que más pesaba en el alma de sus padres era que se avergonzara de sus orígenes.

El viejo *diné* vivía apartado del mundo, aunque no tan ignorante como todos suponían. Tenía contacto con algunos navajos de la reserva y las veces que se veían, le daban noticias de su hijo. Así supo de la ciudad en la que vivía, que trabajaba en una empresa multinacional y que se había casado con una mujer de piel de alabastro y cabello de oro, después de haber abrazado una nueva religión. Estaba decidido a extirpar de sí cualquier sombra sobre su procedencia: vivía como un blanco y pensaba como uno.

Solo los ciegos o los ignorantes podían escoger una vida de servidumbre frente a una de libertad, pero «Garra de águila» respetaba su elección, por mucho que le doliera.

El chapoteo de la orilla le alertó de que se estaba acercando demasiado. La luna se encontraba alta en el cielo y cualquier vigilante de los campamentos lo hubiese confundido con un tronco. No obstante, se alejó un poco más para prevenir incidentes.

Se aseguró las tiras de cuero de la bolsa impermeabilizada con grasa que llevaba a la espalda y de que su cuchillo seguía en su funda. A veces, cuando salía de su cuerpo para abstraerse, buscando a los suyos, perdía toda la noción del tiempo y de lo que ocurría a su alrededor. Ahora no podía permitírselo, sus nietos y los hijos del mayor lo necesitaban, aunque no lo supieran.

Él mismo creció en la reserva por imposición del gobierno, asimiló todo lo que tenían que enseñarle, pero siempre volvía a los bosques y a los ríos salvajes, a la naturaleza, que era la mejor maestra. Sus padres y su abuelo pertenecieron a una tribu nómada, como muchos otros que vivían en las montañas, lejos de la reserva principal, la tierra árida concedida a su pueblo por un Gobierno rácano. Decidió unirse a ellos, acompañado de su amiga y futura esposa,

Junto con otros *diné* y «Nube roja», que aborrecían el mundo actual, se trasladó a praderas altas en parques nacionales donde no se podía habitar, según el mismo Gobierno. Los echaron una y otra vez de sus básicas construcciones y volvieron otras tantas. Hubiese sido el cuento de

nunca acabar de no ser por el hijo de uno de aquellos pioneros, que había estudiado derecho y examinó hasta el último resquicio de las leyes sobre pueblos nativos. Las penas por nomadeo fuera de las reservas eran un coladero y, gracias a eso, consiguieron paz para vivir en los dos lugares elegidos, uno para el verano y otro para el invierno, junto con la tribu ya establecida con anterioridad.

Pidieron una excepción para cazar y pescar fuera de temporada, que les fue concedida a regañadientes, mientras se mantuviera en secreto, no fuera que otros tomaran ejemplo y los parques nacionales se convirtieran en atracciones.

Había muchos que llevaban su mismo estilo de vida, no eran los únicos, pero el gobierno se cuidaba de que no coincidiesen para evitar la publicidad y la imitación.

«Garra de águila» sonrió al recordar la caravana que formaban al trasladarse del hogar permanente al campamento de verano, en las altas montañas. Procuraban rodear las poblaciones, los campos de cultivo y las carreteras, aunque era raro que no se cruzaran con personas que les sacaban fotografías hasta que se perdían en el horizonte. Les hacían sentirse como una atracción, cuando, a su modo de ver, la anomalía la constituían ellos.

Los *diné* vestían prendas que confeccionaban a mano, con fibras naturales tratadas y tejidas, y pieles de animales que cazaban y curtían. Normalmente se trasladaban a pie porque los caballos que montaban eran libres de quedarse pastando a sus anchas en el hogar que conocían y solo los enfermos tenían derecho a llevar una montura, que otro de los suyos devolvía, una vez cumplido su objetivo de llegar a uno u otro asentamiento.

Solo usaban los caballos para trasladarse a las inmediaciones de las poblaciones en caso de emergencia. Si los animales vivían lejos de los humanos era por una razón de peso, y ningún *diné* deseaba doblegar su voluntad o coartar su libertad.

El viejo navajo decidió salir del agua, las hogueras eran apenas rescoldos y no había movimientos por los alrededores. Debían estar todos durmiendo, incluso los vigilantes darían cabezadas a esas horas en las que el cuerpo necesitaba descanso.

Desenfundó su cuchillo y se movió con sigilo, pasando entre dos campamentos, alejados unos de otros por cincuenta metros de tierra de nadie, y protegidos por cuerdas enredadas en ramas bajas, provistas de cacharros metálicos que harían ruido si alguien tropezaba con ellas.

Para él no supuso un reto esquivarlas, sus ojos apenas se habían resentido con la edad y veía bien en la oscuridad.

Rebasó los campamentos, de los que salían ominosos olores a humo de fuegos con mala combustión, debida a la humedad, a suciedad y a deposiciones sin enterrar, y se internó en la espesura del bosque para encender su propio fuego, secarse y descansar hasta el amanecer.

Amontonó hojas y ramas menudas, encendió una hoguera y se sentó al abrigo de un árbol centenario. De su bolsa impermeable sacó carne seca, junto con un odre de agua y se dispuso a coger fuerzas masticando con lentitud. A su cuerpo cada vez le costaba más recuperarse, la juventud había abandonado sus huesos tiempo atrás, aunque se consideraba afortunado: todavía podía cazar y montar a caballo sin resentirse demasiado.

Sus ropas humeaban con el calor de las llamas y él sacó la manta para desprenderla de cualquier rastro de humedad. Luego se tumbó sobre las hojas secas a descansar. Acostumbrado a los ruidos nocturnos del bosque, se despertaría si alguien se acercaba.

Desde los campamentos a orillas del lago verían el resplandor de su fuego, pero no se acercarían.

Además de otros olores ominosos que impregnaban el ambiente, los campamentos apestabán a miedo.

11. RUINAS

Roy soltó una maldición al torcerse el tobillo por segunda vez consecutiva en un minuto. Caminaban sobre los escombros de un edificio derruido tras un incendio feroz que había consumido una manzana entera. Llevaba las botas llenas de hollín, así como los pantalones hasta la rodilla, tenía calor y sed.

Jason tiraba de la carretilla, sobre la que iba Ana amarrada, y Adam caminaba detrás, para ayudarle a salvar los obstáculos, elevando las ruedas cada pocos pasos. Ambos jadeaban y el sudor perlaba sus frentes y descendía en regueros por su espalda.

Yairetz cerraba la marcha, saltando escombros y concentrada en evitar las toses secas que le raspaban en la garganta. El hollín se le metía en las vías respiratorias y tenía la boca tan seca que le resultaba imposible tragar.

Era poco probable que en esa zona se encontrasen con alguien, por eso la escogieron. No obstante, tampoco habían contado con tener que llevar a Ana auestas. Jason imaginaba que su estado sería deplorable, pero no tanto como para impedirle caminar con algo de ayuda.

Se volvieron a escuchar disparos lejos y algún grito, no tan distante, que consiguió erizarles la nuca: nadie con instinto de conservación gritaría, salvo que lo estuviesen matando.

El lastimero aullido tuvo el efecto estimulante de un chute de cafeína. Aceleraron la marcha, dejando de dar rodeos para evitar las zonas más calientes en las que los restos aún humeaban y el calor les hacía lagrimear, además de sudar un agua que no podían permitirse perder.

Al pasar la manzana, salieron a una calle repleta de obstáculos menores. Rodearon coches, esquivaron carritos de la compra abandonados, señales de tráfico derribadas, basura apilada, y Jason se detuvo en el recodo de un callejón que los ocultaba de la vista de cualquiera que transitara por un lado u otro. Cayeron sentados, agotados tras solo cuatro horas de caminata.

No obstante, al cabo de unos minutos, el estruendo de una explosión les impelió a levantarse de un salto.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Roy.

—Posiblemente, un depósito de gas —respondió Adam, colocándose la mano a modo de visera para atisbar en la dirección de la explosión—. Las llamas se alzan muy alto y son azuladas.

—Ha tenido que volatilizar varias manzanas —aseveró Jason a su lado, mirando en la misma dirección.

—Creía que los conductos de gas tenían cierres de emergencia para prevenir accidentes —comentó el traficante.

—Los tendrán, pero nadie imaginaba un accidente de este calado, sino pequeños escapes —repuso Adam.

—No habrá alguno de esos depósitos por aquí, ¿verdad? —preguntó Yairetz, aprensiva.

—Tranquila, las altas temperaturas que ha sufrido esta zona los hubieran hecho estallar ya.

Yairetz le agradeció a Adam la contestación, que pretendía tranquilizarla. Lo cierto era que

nada de lo que pasaba tenía ni una pizca de sentido. Estaban trasladando a una mujer inconsciente sobre los restos de edificios quemados y derruidos para evitar las zonas donde gente armada querría matarlos solo por estar vivos.

—Sigamos un poco más —dijo Jason—. Buscaremos un lugar para descansar en condiciones y pasar la noche.

La actriz pensaba protestar cuando vio lo agotados que parecían los hermanos. Ambos habían cargado con la carretilla y el esfuerzo debía haber sido improbable, por sus rostros demacrados. Ella misma, cargada con la mochila, el rifle y el chaleco con los cargadores, sentía que las piernas le pesaban como si hubieran caminado una semana seguida.

A este paso iba a llevarles un mes salir de la ciudad.

Subieron con esfuerzo los tres pisos, hasta alcanzar el que habían escogido para pasar la noche. El sol estaba muy alto y cualquiera hubiera aprovechado para avanzar algo más, pero tal como estaban las cosas, mejor no apresurarse. Al día siguiente se internarían en otra zona calcinada que, además de resultar sofocante, les impedía caminar a un ritmo constante.

Bebieron, comieron y descansaron.

A Ana la tumbaron en la improvisada camilla y Yairetz le echó un vistazo: parecía muerta de tan inmóvil como estaba. Había que fijarse muy bien para ver su pecho hincharse al respirar. Cruzó una mirada con Adam y adivinó que pensaba lo mismo que ella. La mujer era una carga, además de una bomba de relojería.

Poco antes de encontrar un lugar en el que pernoctar, coincidiendo con la hora en la que solía reclamar su dosis, estuvieron a punto de tener un ataque cardíaco. Ana se había puesto a gemir primero, para pasar a gritar a voz en cuello como si la estuvieran torturando. En el silencio de la ciudad, sonó como una sirena contra incendios de alguna de las guerras mundiales. Jason le tapó la boca y Roy corrió a prepararle su dosis.

El traficante estaba tan nervioso que le temblaban las manos y Yairetz le tuvo que quitar la jeringa para inyectarle la droga en el cuello, en la zona marcada por pinchazos previos. El efecto fue casi inmediato y Ana dejó de debatirse, sumiéndose de nuevo en una tranquilizadora inconsciencia. No obstante, el episodio dejó claro que sus súbitas crisis los ponían en una situación peligrosa.

De momento, se encontraban en una zona bastante despejada, no había grandes supermercados por los alrededores ni estaciones de agua, que eran los sitios más temibles, pero ¿qué pasaría si despertaba cerca de alguno de ellos? Aún tenían muchos kilómetros de ciudad que cruzar.

Durante la tercera jornada, sintieron que las fuerzas y la resistencia de todos estaba llegando a sus límites, por lo que Adam se llevó aparte a su hermano en uno de los descansos.

—Me adelantaré y volveré con caballos. Solo irá muy rápido y puede que el camino a mi granja siga despejado.

—Podrías salir de la ciudad, pero volver con cuatro o cinco caballos... —negó Jason.

—Les cubriría las patas para que los cascos no hicieran ruido en el asfalto y son animales tranquilos, no relincharán.

Dos disparos seguidos terminaron con la conversación. Roy pegó un salto y se tiró al suelo. Las balas buscaban su cabeza.

Los hermanos levantaron la vista a la vez. Disparaban desde uno de los edificios que se mantenía en pie. Adam tiró de la carretilla para ponerla tras un vehículo calcinado, la soltó y empujó a Yairetz al suelo, luego corrió al refugio de una pared ennegrecida, se descolgó el rifle y sacó el cañón por encima de los ladrillos ennegrecidos por el fuego.

Jason, viendo que su hermano había puesto a salvo a Ana, se agachó y esperó que Adam contestase al francotirador para coger de un brazo a Roy y tirar de él hasta el refugio improvisado. Después, empuñó su arma y asomó el cañón por el otro extremo.

Adam dejó de disparar, desde su posición no alcanzarían al tirador ni aunque sacase medio cuerpo por la ventana.

—¡Eh, los de abajo! —gritó el agresor.

Los cuatro se miraron, temiendo lo peor. Quizá hubiera más hombres por los alrededores, rodeándoles mientras el francotirador los mantenía ocupados.

—¡Los de abajo! —volvió a gritar el hombre—. Solo quiero vuestra comida y vuestra agua.

El singular utilizado los tranquilizó un poco. Podía ser uno de los que se habían quedado esperando un arreglo de la situación. Era posible que hubiese pasado desapercibido, pero estaba claro que carecía de provisiones.

—Que la mujer deje todas las mochilas a la vista, luego os podéis ir, no quiero mataros.

—Nos tiene bien pillados y lo sabe —dijo Adam.

—¿Y no puedes pegarle un tiro? Eres un puto agente de la DEA, supongo que sabes usar eso —gruñó Roy.

—¿Quieres probar tú? —le ofreció el aludido.

Ante su falta de respuesta y de que nadie más tenía otras propuestas inútiles que añadir, volvió a asomarse a su mirador.

—Salgamos por donde salgamos, nos tiene a tiro —dijo—. Supongo que ha estado esperando que llegásemos aquí.

—Si corro en esa dirección, tendrá que cambiar de ángulo para dispararme, ¿crees que podrás alcanzarlo? —preguntó Adam.

Su hermano negó con la cabeza.

—Te arriesgarías para nada.

—Entonces, es mejor hacerle caso.

—¿Y cómo vamos a continuar sin agua ni comida? —protestó Roy—. Y sin droga para Ana —añadió, imaginando que ese aspecto sería determinante.

—¡Cállate, Roy, no ayudas! —le reprendió Yairetz y luego, dirigiéndose a los hermanos—. Si ese tipo sigue gritando va a atraer la atención de alguien y él está a cubierto, pero nosotros...

Los hermanos solo tuvieron que intercambiar una mirada para ponerse de acuerdo.

—Coge las mochilas, Yairetz, y déjalas ahí. —Adam le señaló el otro lado de la pared tras la que se escondían.

—¿Y si me dispara?

—Quiere las mochilas, nos ha tenido a tiro desde hace rato.

Ella bufó y las sacó por turnos. Pesaban demasiado para llevarlas todas a la vez.

—¡Falta una! —gritó el francotirador.

—¡Qué cabrón! Roy, dale la tuya también —dijo Adam, haciendo un gesto imperioso.

—Es la que tiene las drogas.

—Lo sé, pero todas son todas, ¿o prefieres quedarte hasta que ese tío llame la atención de alguien que nos remate?

Yairetz sacó la última mochila con el estómago encogido, esperando una bala en cualquier momento. El sudor, que hacía rato se le metía en los ojos por las altas temperaturas de la manzana, pasó a ser un reguero constante en su nuca.

—¡Vale, ya os estáis largando y no se os ocurra esperar para tenderme una emboscada

porque no voy a ir ahora mismo a por las mochilas! ¡Si vuelvo a verlos por aquí os mataré!

Jason alzó la carretilla y todos se apresuraron, recorriendo los cien metros que les separaban del siguiente edificio en pie, por si el francotirador cambiaba de opinión. Había tenido suficiente sangre fría para aguardar a que estuviesen en un lugar desde el que no podrían escabullirse de su fuego, nada le impedía asegurarse de que no le preparasen alguna encerrona.

Los hermanos se metieron en un bloque de viviendas.

—¿Vamos a detenerlos ahora? —preguntó el traficante—. Se acerca la hora de su dosis y tendremos un problema.

—Estaré de vuelta antes —dijo Adam—. Te ayudaré a subirla por las escaleras.

—Roy me ayudará. Vete.

—¿A dónde? Ese hombre te matará —objetó la mujer.

Adam se internó en el edificio sin contestar. Roy tenía razón y esperaba llegar antes de que Ana se pusiera a gritar.

Entró con el arma por delante en un piso de la primera planta, previsiblemente vacío, como la gran mayoría en la ciudad, y escogió una ventana, fuera del alcance y de la vista del francotirador, que debía vigilar la puerta por la que habían entrado, a la espera de verlos salir. Seguro que no se fiaba de bajar a buscar las mochilas hasta que cayera la noche. Con ello contaba.

Se colgó del alfeizar y saltó a la calle. Se encontraba en la parte trasera, que daba a un callejón. Caminó con precaución, por si había más personas cerca que hubiese atraído el tirador con sus disparos y gritos, hasta que calculó haber llegado al edificio en el que se encontraba. Si, como parecía, se trataba de una sola persona, solo podría vigilar una parte y no perdería de vista las mochilas.

Jason sabía que su hermano iba a cazar, como si se encontrase en el bosque, y el francotirador era su presa.

Siempre pensó que lo aprendido en los veranos pasados con los indios no dejaba de ser un entretenimiento. A él le habían entrenado en la DEA y estaba mejor preparado. O eso creyó durante mucho tiempo. Su hermano le demostró lo equivocado que estaba, harto de oírle menospreciar el tiempo perdido con los *diné*, a los que subestimaba y aborrecía.

Adam lo llevó a una reserva de caza mayor, gestionada por un navajo amigo suyo, al que conocía desde que había empezado a pasar los veranos con sus abuelos, en las altas montañas, conviviendo con osos pardos, lobos grises, pumas y lince. Lo hizo solo para que dejara de burlarse de las habilidades aprendidas de ellos y le dio un buen escarmiento.

El hermano mayor, con su arma de fuego y su falta de destreza para moverse por el bosque, fue incapaz de cazar nada, mientras que Adam, invisible y sigiloso, volvió al campamento improvisado con varias piezas de caza menor y fotografías de animales grandes y peligrosos, a los que había tenido a la vista y que no quiso matar porque los *diné* mataban para vivir, no por placer.

El agente de la DEA comprendió que su hermano había querido ganarse su respeto y lo consiguió solo a medias. Jason tendría que nacer de nuevo para cambiar de opinión sobre el pueblo navajo y sus costumbres. Sin embargo, sabía que el sigilo de Adam era una baza a su favor en ese momento. Además, sus armas, un arco de factura casera y su cuchillo, resultaban silenciosas y letales. Volvería con las mochilas, porque sin ellas no podrían salir de la trampa en la que se había convertido la ciudad.

El más joven de los hermanos subió las escaleras del edificio donde se encontraba el tirador, deteniéndose en cada rellano para escuchar con atención. Tenía todos los sentidos

puestos en la tarea.

Al llegar al quinto y último piso, sabía que no había nadie más en el edificio, solo se oía la respiración del francotirador tras una puerta de sólida madera, que no podría traspasar sin hacer ruido, por lo que esperó.

El resuello del hombre indicaba que estaba ansioso; puede que llevase sin comida ni agua varios días. La necesitaba y no tardaría en bajar a buscarla, así que Adam se apostó un piso por debajo y luego lo pensó mejor. Por la cadencia de los paseos del hombre, imaginó que su salida era inminente y estaría alerta, así que descendió hasta el primer piso.

Se colgó el rifle en bandolera y aguardó al fondo del pasillo, desde donde tendría buen ángulo y sería invisible para el hombre, que ya había abierto la puerta. Adam preparó una flecha y permaneció inmóvil, con el arco listo.

El tirador debía estar atisbando el rellano porque escuchó movimientos tensos y un ligero tintineo metálico.

Acechante, el medio navajo aguardó. El francotirador iría despacio, celando una emboscada, pero su tensión disminuiría al verse cerca de la calle sin encontrar ningún impedimento.

Ni siquiera sintió la flecha que le partió el corazón en dos. Su dedo en el gatillo se había relajado tras descender cuatro pisos, por lo que no hubo disparo reflejo, solo el sonido sordo de su cuerpo, cayendo en las baldosas polvorientas, y el más nítido de su arma dando en las escaleras y rebotando hasta detenerse a su lado.

Al retirarse, Adam percibió por el rabillo del ojo a dos ratas aproximándose al cadáver reciente sin titubear. Tenían el tamaño de sendos gatos y constituían un peligro añadido a los que acechaban en la ciudad. Podían verse correteando a plena luz del día, entrando y saliendo de los edificios sin impedimentos. Debían estar dándose un buen festín.

12. HABILIDADES RESCATADAS

Denny construyó dos jaulas con ramas verdes. Carecían de la resistencia de las que le había enseñado a hacer tío Adam, pero usó lo que tenía a mano y esperaba que sirvieran.

Alarmado por la apatía y el aspecto enfermizo de Luc, ya no le ofrecía bayas, le obligaba a tomar sopa de raíces, por muy amarga que estuviera. Naomi le llevó otras plantas que, según le dijo, le alimentarían más, pero su olor era desagradable y el pequeño no quiso ni probarlas.

Tenían previsto partir en dos días y debería cargar con él de nuevo, a pesar de sentirse exhausto también.

Observó los rastros entre la maleza y colocó las jaulas en lugares estratégicos que revelaban, por el aplastamiento de la vegetación, el paso de pequeños animales.

¡Ojalá tuviese la paciencia y la confianza de los navajos, porque en ese momento necesitaba de ambas!

Se alejó, dedicándose a buscar plantas conocidas, como el hinojo. Llevaba un buen manojo, con su correspondiente raíz, conseguida a base de cavar en la tierra húmeda, cuando escuchó unos susurros y se detuvo.

Los grupos con los que se encontraban cada vez eran menos y más reducidos. La mayoría habían perecido en reyertas y en emboscadas, de las que había que cuidarse, por eso llevaban dos hombres de avanzadilla cuando se ponían en marcha. La ausencia de grupos nutridos de viajeros les dio libertad para salir por separado en busca de bayas, moras o cualquier cosa comestible.

El agua, que nunca era suficiente, se la procuraban por medio de plásticos, desplegados alrededor del campamento. El material sintético y los recipientes de llamativos colores constituían una delirante decoración postapocalíptica.

Se aproximó con precaución a la zona de la que salían los susurros y vio algo que se le quedó grabado en la retina por varias razones: aún consideraba a la señorita Fay como de la familia y Frank no debería estar a solas con ella.

Como cualquier adolescente sano de su edad, veía porno en el ordenador, con la consiguiente sensación de culpa que llevaba aparejada, sin embargo, lo que estaba contemplando le produjo náuseas. La señorita Fay se encontraba pegada a un costado de Frank que, con la espalda apoyada en un árbol, le amasaba un pecho a través de la ropa. Ella sujetaba su miembro fuera del pantalón y lo masturbaba con fuerza, haciéndole sisear y soltar obscenidades que consiguieron sonrojar al adolescente.

No era un ingenuo, sabía que esas cosas ocurrían y Libby debía sospecharlo, pero le pareció una traición por parte de los dos. Frank tenía familia y él creyó ver durante unos días a una madre sustituta en Fay. Ambos le habían decepcionado.

Se alejó con el corazón encogido, comprendiendo mejor las palabras duras que Libby les había dedicado a los dos en la reunión. Ella sabía que Frank se estaba dejando seducir por las ideas que Fay vertía en sus oídos, aunque era probable que desconociera la relación íntima entre ellos.

Su retirada del lugar resultó menos discreta de lo esperado, al tropezar con una raíz que

sobresalía de la tierra. Se giró y encontró la mirada de Frank fija en él. Fay, en cambio, parecía ajena.

Recogió el hinojo que se le había caído y corrió al campamento, sin pasar por la zona de las trampas, por si Frank le seguía. Le atemorizó su mirada, parecía otra persona desde que habían emprendido la marcha.

Le entregó las plantas a Libby, que las repartió entre los que se encontraban cerca y guardó para ellos un puñado. Esa tarde las calentarían con alguna ración de agua a modo de cena.

La antigua instructora de tiro se maravillaba de que ninguno se envenenase a diario. Recolectaban lo que les parecía comestible, sin contar con criterio alguno. Desconocían las propiedades de las plantas y Naomi se sentía demasiado intimidada por Frank, que se burlaba de ella cuando alguien le preguntaba: ¿qué iba a saber una cría de ciudad sobre eso? Quería pasar desapercibida y se marginaba voluntariamente del grupo. Solo Libby la interrogaba con la mirada cuando tenía algo entre manos que no conocía. Si la muchacha asentía, se quedaba tranquila.

Dentro de la tienda compartida, Libby le enseñó al adolescente un puñado de hongos recogidos a la sombra de unos altos helechos. Eran pocos para repartir y los pequeños tenían prioridad, por lo que los guardó. Esa noche pasarían a engordar el caldo, junto con el hinojo que, con su intenso aroma, ocultaría cualquier otro. Denny se acercó a Naomi y le preguntó si querría cenar con ellos. Ella se sonrojó y asintió imperceptiblemente.

Tampoco es que fueran a darse un banquete, pero al muchacho le parecía injusto que la arrinconasen por considerarla un estorbo. No llevaba armas y era demasiado joven, sin embargo, había ayudado a muchos más de los que Frank creía, al desaconsejar el consumo de algunas plantas.

No solo el antiguo policía desconfiaba de su criterio, uno de los hombres que se jactaba de autosuficiente despertó de madrugada al campamento, aquejado de vómitos violentos y diarrea. Con las defensas de sus organismos bajo mínimos, por la precaria vida que llevaban, murió al día siguiente.

Denny llevaba todo el día tocando la radio de forma compulsiva. Sentía un nudo en el estómago que no podía confundir con hambre porque se sentía famélico a todas horas. Era el palpito de que algo iba a ocurrir y, según los últimos acontecimientos, no esperaba nada bueno.

Se mantuvo alejado de Frank, en espera de la caída de la tarde para salir del campamento y revisar las trampas.

Una de ellas estaba destrozada; en cambio, la otra contenía un gazapo tembloroso, acurrucado en un rincón. Tenía el pelaje pardo y los ojos asustados. Era demasiado pequeño y Denny estuvo a punto de liberarlo, pero su hermano necesitaba comer, aunque fuese poco, por lo que fue en busca de Libby y le explicó dónde se encontraba.

Ella volvió al cabo de un buen rato, llevando un manojo de hierbas para ocultar lo que traía envuelto entre hojas y las manchas de sangre de sus manos. Tenía la frente perlada de sudor y el corazón le latía descontrolado, esperando que nadie lo descubriese.

—Toma y entra en la tienda —le dijo a Denny, dándole el pequeño paquete, del que salía un apetitoso aroma a carne asada que les hizo salivar a los dos—. Cuando terminéis, dame los huesos, algo de sustancia sacaremos.

En el bosque se entretuvo en encender un fuego para cocinar al animal, lejos de miradas indiscretas. Los del campamento matarían por él, se encontraban hambrientos y débiles, y ninguno tenía idea de atrapar algo que se moviera. Lo más cerca que habían estado de cazar algo en su vida habían sido los ratones que se colaban en sus sótanos y hasta para eso habían

necesitado ayuda.

Mientras el muchacho entraba en la tienda, ella avivó el fuego. Llenó la mitad de la lata en la que cocinaba con agua y añadió el hinojo cortado en trozos pequeños, para sofocar el olor de la carne. En otras fogatas del campamento también se estaban hirviendo las ramas que había repartido antes, así que se sentía a salvo de narices curiosas.

Los pequeños observaban con asombro los trozos de carne ennegrecida y Libby metió la cabeza en la tienda para decirles que debían repartirlo en partes iguales y comerlo antes de que se enfriara. Denny negó. Se le hacía la boca agua, pero había poca carne y los pequeños la necesitaban. Aguardó a que terminaran y lamieran el jugo de las hojas en que había estado envuelta, recogió los huesos mondos y lirondos y se los entregó a la mujer. Ella los rompió uno a uno y los echó con disimulo a la sopa menos apetitosa que el muchacho había visto nunca.

Denny dejó al lado del fuego el recipiente que él usaba para comer, en el que vertió parte de su ración de agua, para que Libby hiciera más sopa. El experimento, compuesto de hinojo, verdolaga, huesos de conejo y setas, era de lo menos apetecible. Esperaba no tener que levantarse por la noche con retortijones.

Mientras se cocinaba, el estómago le gruñía, reclamando atención y Libby le sonrió.

—Parece que hay hambre —comentó con ironía.

—Me voy a dar una vuelta o me abalanzaré sobre la lata, aunque me queme.

—No tardes o Naomi y yo nos comeremos todo.

La muchacha llevaba un buen rato sentada en silencio al otro lado de la hoguera. Había traído su propia lata y su ración de agua, además de la verdolaga para cenar. Desde que les había revelado sus propiedades nutricionales, intentaban incluirla a diario en su única comida, si la encontraban. Denny la miró con alarma cuando Libby volvió con la carne, pero ella negó: no diría nada.

Las latas que les servían de plato y de olla para cocinar, estaban renegridas por el fuego. Pronto tendrían que buscar otras formas de calentar sus comidas porque la aleación no resistiría mucho más. Era algo que preocupaba a Libby que, además de registrar los cadáveres, en busca de munición y comida, comprobaba si llevaban algún recipiente, aunque no fuera demasiado grande. Bastante costaba tragar las improvisadas sopas, solo les faltaba tener que comerlo todo crudo.

Denny se metió en el bosque de nuevo, buscando intimidad para intentar hablar con su padre. Añoraba su presencia. Seguro que él y tío Adam podían cazar algo más que una cría de conejo y sabrían manejar la situación para que los adultos dejaran de pensar en abandonarlos a su suerte.

Algo se movió entre el follaje y él se giró con prontitud, aguardando con el corazón en vilo. Luc se encontraba en el campamento y estaba convencido de que nadie más le había seguido.

Los árboles crujían con el ímpetu del viento y las ramas se azotaban unas a otras. Se escondió tras un pino, cuya envergadura lo ocultaría a ojos de cualquiera que lo hubiera seguido, y frunció el ceño, como si fuera condición indispensable para oír mejor.

Sacó el arma con manos temblorosas, asegurándose de que tenía una bala en la recámara y el seguro quitado. Esperó en tensión y, después de unos eternos minutos se animó a asomarse.

Los ruidos del bosque no cambiaron, todo lo que divisaba moviéndose en la periferia de su visión parecía normal. Aun así, el nudo de su estómago continuaba presionándole y la adrenalina que circulaba por su torrente sanguíneo le confería una lucidez extraña, aumentando su agudeza visual y su percepción, como si fuese capaz de captar la mínima alteración en el ambiente.

Todavía esperó unos minutos más antes de guardar el arma, tras volver a ponerle el seguro. Su padre había sido categórico: «no es un juguete, tu hermano jamás debe tocarlo y tú no debes perderlo de vista en ningún momento. Úsalo solo si os veis en peligro, porque puede matar a una persona y eso es irreversible».

El recuerdo le produjo un nuevo ataque de nostalgia. Deseaba tenerlo a su lado, sabía qué hacer en todo momento, mientras que él sentía que no podía mantener a salvo a su hermano. Esa era la razón de haberse adentrado solo en el bosque, lejos de oídos y de miradas inquisitivas. Necesitaba escuchar su voz tranquila, que le proporcionara confianza en sí mismo.

Sacó la radio de la mochila, se sentó con la espalda apoyada en el tronco de un árbol y la encendió, asegurándose de estar en la frecuencia correcta.

—Lobezno a Jefe de Manada...

Esperó unos segundos y repitió la llamada.

Una cacofonía de voces salía del aparato, era una frecuencia común, una de las más usadas: la CB-27, a través de la que se comunicaban cantidad de personas dispersas tras el desastre.

Cambió de canal y volvió a repetir la llamada.

—Jefe de Manada a Lobezno, ¿estáis bien, Denny?

La voz de su padre era tan reconfortante que tuvo ganas de llorar de alivio.

—Papá... —Inspiró profundamente, pretendía no sonar como un niño asustado—. Papá, ¿vas a venir pronto?

—Estoy intentando llegar con mamá, ¿va todo bien?

Denny se limpió las lágrimas de un manotazo.

—Es que Luc pregunta por vosotros a todas horas —contestó, en lugar de lo que de verdad quería decir, que era él quien necesitaba de un adulto que le relevase de la responsabilidad—. Libby quiere que nos vayamos al norte pronto.

—Hazle caso, Denny. Libby y Frank os cuidarán hasta que podamos reunirnos de nuevo.

—Vale, papá.

—Oye, campeón, tengo que dejarte. Si me necesitas, llámame, ¿de acuerdo? Cuida de Luc. Corto.

—Cuídate, papá. Corto.

El golpe hizo que el aparato saltara de sus manos.

—¿Ahora te escondes para hablar con tu padre? —masculló Frank, mirándole desde toda su altura de adulto.

Denny, a pesar del susto, se lanzó a coger la radio, que el otro apartó de una patada.

—Se acabaron las charlas, pequeño hijo de puta.

Un puntapié del hombre le acertó en la cadera y cuando alzaba el pie de nuevo, una voz lo detuvo:

—Deja a Denny —exclamó Fay, corriendo hacia el muchacho caído en el suelo y ayudándole a ponerse en pie.

—Estaba hablando con...

Ella lo silenció con una mirada fulminante.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó al chico.

—No es nada —respondió él, reprimiendo las lágrimas.

—Vuelve al campamento, anda.

Recogió la radio, se la entregó y le señaló la dirección, ante la feroz mirada de Frank.

—Piensa con la cabeza —le dijo ella, cuando se quedaron a solas—. Es poco probable que

su padre nos alcance, pero si lo hace creará nuestra versión, porque nos instalaremos en un lugar al que los niños puedan llegar. Si se cruzan con algún otro grupo y los matan, diremos que se habían quedado varios adultos con ellos para protegerlos. ¿Crees que no podré convencerle?

Frank sabía que podría.

13. CERCA

El agua había quedado atrás y en la carretera los cadáveres salpicaban de forma perturbadora la vegetación de los arceles y el asfalto, por lo que «Garra de águila» decidió continuar su camino apartado de la vía principal, a la que tendría que regresar para buscar rastros. Los espíritus le guiaban en la dirección correcta.

Según pudo observar, los grupos que habían llegado tan lejos ofrecían un patrón de conducta predecible: se hallaban a la defensiva en todo momento, se mostraban agresivos con cualquiera que se acercase y se desplazaban por los caminos trazados, ya fueran de asfalto o tierra, como si temieran perderse, sin darse cuenta de que ya estaban perdidos.

Se acercó al camino forestal que rodeaba una sierra escarpada y trepó a un árbol para colgar de una rama alta una tira de cuero. Solo un *diné* comprendería el significado de la discreta señal y, aunque «Sombra de tormenta» se encontraba lejos, quería señalarle que iba en buena dirección cuando llegase, y lo haría.

A medida que avanzaba paralelo al camino, el hedor se hacía más intenso. Era nauseabundo y no le extrañó la falta de vida por los alrededores. Ningún animal soportaría el olor a descomposición, que resultaba sofocante. «Garra de águila» se adentró en la llanura para poder respirar.

Al llegar al valle fue peor: los cadáveres, a ambos lados del trazado principal, se pudrían al sol. Unos habían muerto por disparos, otros por enfermedad o falta de comida. Eran apenas esqueletos cubiertos por una capa de piel reseca y por unas ropas astrosas que colgaban de sus huesos. Entre las mujeres, los hombres y los niños, no distinguió a ningún anciano, por lo que supuso que debieron quedar atrás, incapaces de continuar la marcha acelerada impuesta por la necesidad.

Se alegró de que «Nube roja» no le hubiera acompañado, pero rogó para que los espíritus protegiesen a su pueblo. Los que llegaran cerca de ellos serían los más peligrosos, los que habían vivido el horror del camino, perdido a su familia y su humanidad.

Sus ojos, acostumbrados a percibir señales ajenas al entorno natural, toparon con una trampa abandonada entre la maleza. Antes de acercarse con el corazón henchido, ya sabía que era la primera señal de que estaba cerca de sus bisnietos.

Él enseñó a «Sombra de tormenta» a confeccionarlas y su nieto, a su vez, había aleccionado -no muy bien, según pudo apreciar- a Denny. Imitaban una maraña de ramas bajas sin ángulos rectos, poco habituales en la naturaleza. Los *diné* llevaban siglos usando ese efectivo diseño.

El viejo navajo dejó la trampa a un lado y miró a su alrededor en busca de otras señales. Alguien había tratado de borrar los rastros de una hoguera, pisoteando las cenizas para mezclarlas con las hojas secas y la hierba. Cerca, pudo ver restos de un conejo despellejado con poca destreza. Su sangre había empapado las hojas y sus vísceras yacían sobre unas matas bajas, a cierta distancia. Las habían arrojado sin cuidado y, por el nivel de descomposición, no tenían más de tres días.

El corazón retumbó en su pecho con júbilo. Estaba cerca.

14. A CUALQUIER PRECIO

Yairetz se pegó a la pared con la pistola en la mano, desechando el rifle, más complicado de manejar para ella.

Por fin había sucedido lo que llevaban temiendo desde que salieron del edificio del traficante: Ana se despertó antes de tiempo, consiguiendo llamar la atención de los custodios de un centro comercial próximo.

Lo tenían marcado en el mapa e iban a dar un rodeo, pero el destino había decidido en su lugar.

Jason le cubrió la boca y su esposa se debatió de tal forma que cayó al suelo con la carretilla.

—¡Yairetz! —la llamó Roy, sacando de su mochila la dosis que llevaba preparada para la siguiente parada.

De alguna forma, la actriz se había convertido en la enfermera de Ana. Su pulso era más firme que el de Roy, que parecía estar pasando por un mono suave.

Se sentó sobre la mujer para inmovilizarla y poder inyectarle la dosis mientras los tres hombres se adelantaban para enfrentarse a los atacantes, un grupo de siete hombres, encabezados por una mujer enjuta a la que le faltaba una oreja. En su lugar, un amasijo de carne grisácea proclamaba su pérdida reciente y que la infección estaba ganando la partida. Sin embargo, por sus ojos enloquecidos y su fusil pesado, no se la podía confundir con alguien débil. Llevaba la demencia y la muerte en el rostro tan claro como si fuera un tatuaje grabado a fuego.

Con expresión neutra, ordenó a sus hombres que se abriesen en abanico, cubriendo la calle.

Jason y Roy se ocultaron tras un coche cruzado en medio de la calzada, con el morro aplastado como si hubiera dado contra una pared invisible. Adam se separó de ellos, buscando un ángulo distinto y Yairetz se internó en un callejón, dejando a Ana tumbada con la carretilla en la acera, más tranquila después de su dosis. Más valía que no se moviera o ella misma le pegaría un tiro.

En las dos paradas anteriores, Adam le había enseñado a rellenar los cargadores con los que contaba y había aprendido a cambiarlos con rapidez. No sabía disparar con precisión, pero se defendería. Yairetz tenía el pulso acelerado, a esas alturas sabía que los que quedaban en la ciudad eran peligrosos asesinos, dispuestos a las mayores bajas con tal de seguir con vida. Y contra personas así no se podía negociar, solo entendían el lenguaje de la fuerza.

Jason se movió a una posición por detrás de Roy y esperó en tensión con el rifle a punto.

No hubo diálogo, ni peticiones de rendición, las primeras balas volaron sobre la cabeza de la única persona visible: Ana. Los atacantes fallaron porque se encontraba medio oculta por varios contenedores de basura volcados y porque Jason y Roy respondieron a la agresión, disparando sus rifles con buena puntería.

Los agresores tuvieron que ocultarse detrás de los coches al verse sorprendidos por la resistencia inesperada. Cayeron dos, quedaban seis con potencia de fuego suficiente como para cubrir a la líder, que avanzaba sorteando obstáculos.

Roy retrocedió, aprovechando el intenso fuego con el que Jason y Adam contenían a los atacantes. Luego se unió en la ofensiva, abatiendo de un disparo certero al más descubierto.

Yairetz se dio cuenta de que estaba quedando en una posición muy comprometida. La mujer de vanguardia había avanzado tanto que la superó, sin percatarse de su presencia, algo que no duraría siempre. En cuanto los cinco hombres que quedaban llegasen a su altura, alguno de ellos la descubriría.

Volvió a recriminarse por haber regresado a aquella trampa mortal de ciudad. Ahora se trataba de matar o morir y no pensaba ser víctima del empecinamiento de aquel hombre, que le resultaba tan atractivo, pero cuya obsesión por sacar a su esposa los ponía en peligro. Con un poco de suerte, ese problema estaba solventado, ahora quedaba sobrevivir a lo que tenían delante, que no era poco.

Tragó saliva, elevó la pistola y apuntó a la mujer que le daba la espalda y que se encontraba muy ocupada disparando a Adam. La actriz pudo ver que tenía tatuada en un lateral del cuello una calavera con un sombrero de copa.

En cualquier otro momento, sus manos hubieran temblado por el peso del arma y por la tensión; esta vez, su pulso fue tan firme como cuando inyectaba la droga en el cuello de Ana y disparó veces. El primer disparo alcanzó a la mujer en los riñones y al girarse por el agudo dolor, el segundo le voló la mandíbula.

Los ojos de Yairetz se encontraron con los de Adam, que se alzó del lugar en el que se parapetaba y le gritó: «¡corre!».

Ella había perdido de vista el conjunto, pero los hombres que acompañaban a la mujer a la que acababa de matar se habían dado cuenta de su posición y de su falta de protección. Se giró y corrió por el callejón despejado, escuchando disparos y percatándose de que la buscaban porque pasaban a su lado con ominoso zumbido.

No se detuvo. El tiroteo a su espalda se intensificó y ella corrió más deprisa, notando los músculos tensos y los pulmones a punto de reventar en la caja torácica. Se sentía como un caballo desbocado, incapaz de detenerse si no le fallaba el corazón.

—¡Para, Yairetz! —gritó Adam.

Ella no lo escuchó. La sangre se agolpaba en sus oídos y solo reducía la velocidad cuando los obstáculos la obligaban.

Adam la adelantó y la detuvo en un abrazo que la inmovilizó en el sitio. Ambos respiraban como si no hubiera oxígeno en el mundo capaz de abastecer sus pulmones y chorreaban sudor como si acabasen de darse una ducha.

—Se acabó —logró decir él.

La actriz se relajó, aunque no pudo contestar. Su boca y su garganta estaban secas y sentía un calor sobrenatural recorriendo sus venas, ardiendo en violenta combustión. Tenía ganas de gritar de frustración, de miedo y de alivio.

—¿Qué le has dado?

Jason intentaba reanimar a Ana, después de que las convulsiones la hubieran dejado en completa inmovilidad. Podía parecer que se había sumido en uno de sus largos estados de inconsciencia, pero esta vez no era el caso. Tras poner los ojos en blanco y articular unos gemidos lastimeros, acompañados de espasmos, había parado por completo. Estaba muerta.

El agente de la DEA miró al traficante con recelo y luego sus ojos se posaron en Yairetz, que se encogió de hombros, mostrándole la jeringuilla aún tirada en la acera.

Adam le puso una mano a su hermano en el hombro.

—Ya está, Jason. Déjala ir en paz.

Habían terminado con los hombres en un abrir y cerrar de ojos gracias a la intervención de Yairetz al matar a su líder. Todos habían centrado su atención en ella y se convirtieron en blancos fáciles para los hermanos y el traficante.

Adam salió a buscarla, al comprobar que seguía corriendo y lo hacía en dirección equivocada, hacia el centro comercial. Pocas veces en su vida había sido tan veloz, pero es que la mujer le importaba, y no solo por su valentía, demostrada a lo largo de aquellas penosas jornadas.

Volvieron con los demás. Esta vez habían salido bien librados, aunque podía ser que la próxima las circunstancias no jugasen a su favor. Y era algo que debían tener en cuenta.

Roy se llevó la mano a la pierna, tenía un corte producido por el parachoques de un coche y se disponía a aplicarse una venda cuando se fijó en la sangre de la acera.

—¿Le han dado a Ana? —preguntó.

Adam miró la sangre y luego a su hermano, pálido y no por la muerte de su esposa. Sangraba por un costado, justo por debajo del borde del chaleco antibalas.

—¿Qué coño? —Dio la vuelta y se situó a su lado—. ¿No pensabas decir nada, imbécil?

—Me ha atravesado sin tocar hueso.

Yairetz se llevó la mano a la boca y Roy negó con la cabeza.

—Tío, eso sangra mucho —dijo el traficante.

—Ya lo arreglaremos. Ayúdame, Adam.

Su hermano intentó adivinar qué quería hacer y lo comprendió al mirar el edificio que tenían detrás. Jason quería dejar allí el cadáver de su esposa, como si aquello fuera a cambiar en algo que estuviera muerta y que pronto la descomposición de su cadáver contribuiría a enrarecer el ambiente pestilente.

Tiró de la carretilla y Roy le ayudó a superar el escalón de entrada del edificio.

—Ahí es suficiente —dijo Jason.

Adam depositó la carretilla y su contenido en medio del vestíbulo, y salió. Pensaba que su hermano haría algo estúpido y romántico como incendiar el edificio, pero no, abrió la marcha cojeando e inclinado hacia adelante, apenas soportando el peso de su arma y la mochila. Continuaron una manzana más hasta que la pérdida de sangre le obligó a apoyarse en la pared, mareado.

—Vale, ya has demostrado el tío duro que eres, ahora vamos a pasar a los asuntos prácticos —rezongó su hermano, sujetándole para que no cayese—. Roy, ayúdame.

El traficante se colocó al otro lado de Jason, le cogió el brazo libre para pasarlo sobre sus hombros y le ayudó a caminar.

—Ahí mismo —dijo Adam, señalando un edificio intacto.

El inmueble elegido guardaba varias sorpresas. Para empezar, el olor a descomposición era insufrible y, como colofón, una mujer salió a su encuentro apuntándoles con un arma. Tenía los ojos enloquecidos, mordeduras de rata en los brazos, y ellos retrocedieron, en previsión de que consiguiera acertar a alguno por casualidad porque las manos le temblaban como si fuese incapaz de sostenerla un segundo más. Era su feudo, que se quedase con él.

Se refugiaron en el siguiente edificio y Adam subió algunos pisos hasta encontrar una vivienda, cuyas ventanas daban a la calle y les permitirían espiar lo que ocurría fuera. Bajó, cargó a su hermano en un hombro y pidió a los otros que se apresurasen. No convenía que nadie los viera instalándose. Ya habían tenido suficientes enfrentamientos por un día.

Adam despojó a Jason del chaleco y la ropa para observar la herida. En efecto, la bala le había atravesado, pero era preocupante la cantidad de sangre que perdía.

—Dame alguna de esas vendas —pidió a Roy.

El traficante rebuscó en su mochila y se las entregó.

—Habría que limpiarla —sugirió.

—Se admite ayuda.

Yairetz se adelantó con una botella de las que cargaba y echó agua limpia sobre la herida. Adam se lo agradeció con un gesto y procedió a limpiarla con las vendas.

—Dame más —pidió a Roy, alargando la mano.

—Solo quedan cuatro.

Se las entregó y Adam presionó sobre los dos agujeros de la herida, obligando a Jason a apretar los dientes de dolor.

—Dime que en esa jodida mochila llevas algo más que drogas y cuatro vendas.

Roy se encogió de hombros.

—Llevo algo de antibiótico y analgésicos.

Adam observó la herida.

—Pásamelos, pero hará falta coserlo cuando deje de sangrar.

—No llevo hilo de sutura, no se me ocurrió...

—¿Hay en tu casa?

El traficante alzó una ceja.

—¿Propones volver?

—Volveremos tú y yo esta noche. Hacen falta más vendas, agua y antibiótico.

—Nos llevará toda la noche.

—E iremos solos, así que come algo y descansa.

El tono de Adam no dejaba lugar a dudas, volverían. Estaba en juego la vida de su hermano y con según qué asuntos, el medio navajo no bromeaba.

—¿Puedo acompañarte o también vas a darme caña?

La pregunta del traficante, dirigida a Yairetz, sentada en otra habitación, le valió una mirada indiferente de la actriz.

—Sírvete —dijo ella, señalando los sillones libres.

—Esto va a retrasar nuestra salida de aquí.

—¿Y si el herido fueras tú? —indagó ella de mal talante.

—Si el herido fuera yo, ya estaríais lejos los tres. No soy imbécil, hay vidas que valen más que otras.

—Ninguna vida vale más que cualquier otra, pero las personas se buscan su suerte.

—¡No me digas! —contestó Roy con sarcasmo—. Jason te mataría si llega a descubrir...

Yairetz le devolvió una mirada gélida.

—Espero discreción por tu parte. Os he salvado la vida por partida doble, por si no te has dado cuenta.

—Me ha parecido que tus intereses eran otros cuando te has encargado de Ana. ¿Cuánto aire le has metido? ¿Dos jeringas? ¿Tres para asegurarte?

Ella lo silenció con un gesto, echando un vistazo a los hermanos, que continuaban en la habitación contigua.

—No te equivoques, Roy. Quiero salir viva de aquí y ha quedado claro que será a costa de cualquiera que se interponga.

—¿Acaso me estás amenazando, chica?

—Matar ya no es una novedad para mí, e intuyo que tampoco para ti. Me da igual las razones que creas que tengo para haberlo hecho, te debe bastar con salir de esta ratonera con vida, pero si tienes algún problema conmigo, estaré esperando.

Por supuesto, Roy valoró la amenaza.

—Cuando te juegas la vida, aprendes mucho sobre ti mismo, ¿no te parece? —dijo.

La antigua actriz se encogió de hombros, aunque Roy tenía razón: no podía reconocerse en la mujer temerosa que se había ocultado temblando al escuchar disparos en la calle. Ni siquiera la que decidió acompañar a Adam, a cambio de seguridad. En aquel momento quería sobrevivir, cualquiera que fuera el precio a pagar.

15. COBARDÍAS Y FORTALEZAS

Esa mañana el campamento parecía desangelado. Los que estaban a favor de dejar atrás a los más débiles habían sido tan cobardes como para desaparecer en silencio, antes de que el sol despuntara entre las montañas.

Se habían llevado la mayoría de los plásticos y recipientes en los que recogían el agua, varias tiendas de campaña y todas las armas de fuego que no estaban en manos de las mujeres, que consideraban más débiles y que habían quedado atrás, junto con los niños y los enfermos.

No solo Frank había dejado a su hijo, otro padre también se había marchado, abandonando a su familia, y la desolación por la traición se hacía notar con sollozos más o menos sentidos.

—A ver, acercaos...

Libby lo esperaba y aun así parecía muy afectada.

—Llorar solo servirá para asustar a los niños, así que dejadlo —dijo en voz alta—. Hay que hacer recuento de lo que nos queda, porque vamos a tener que valernos por nosotros mismos.

Además de las seis mujeres, incluida Libby, había tres niños entre los cinco y seis años y un hombre convaleciente. Denny y la otra muchacha adolescente casi podían contar como adultos y luego estaban los tres heridos de diversa gravedad que necesitaban cuidados, uno de los cuales se había unido a ellos por pura casualidad y al que Frank había aceptado porque tenía dos pistolas en su macuto. En una reyerta con uno de los grupos desalojados de la orilla del agua, resultó herido de bala. En su estado febril, nadie le hacía caso, excepto Naomi, la adolescente que acostumbraba a pasar desapercibida y cuyos conocimientos sobre plantas usó para intentar salvarle la vida. Con los otros no había nada que hacer, salvo esperar que muriesen pronto.

Una mujer salió corriendo por el camino, llamando a voces a su hijo, un muchacho de veintitantos que no había tenido reparo en dejarla abandonada a su suerte. Libby detuvo a Denny, que iba a salir tras ella.

—Déjala, ya volverá.

—¿Y si se pierde?

—Denny, ahorra fuerzas porque las necesitaremos. Ahora hay que centrarse en la organización o nadie lo hará.

El muchacho tuvo que reconocer que Libby tenía razón. Él estaba a cargo de su hermano y de nadie más.

—Reunid aquí los recipientes del agua que tengáis en las tiendas, la comida, los plásticos, las armas y las municiones —dijo la mujer a todos—. Tenemos que hacer inventario y organizarnos.

Quedaba solo el agua personal que tenía cada uno, el resto se la habían llevado, así que igual les tocaba pasar un poco de sed hasta el día siguiente, que pudieran recoger la de los plásticos tendidos. Lo más escaso eran las armas y la munición. Tenían dos rifles y tres pistolas que servirían de disuasión únicamente.

Libby se hizo cargo de distribuir las labores que consideraba necesarias para pasar el día. Envío a dos mujeres a por bayas y raíces, y a otras dos a por escarabajos y gusanos que se

encontraban bajo las ramas caídas. Tenían un sabor asqueroso y su textura era viscosa, pero se trataba de una fuente de proteínas que necesitaban para funcionar.

—Denny, ¿crees que podrás enseñar a Naomi a hacer trampas para cazar?

Naomi, que acostumbraba a sentarse apartada de todos, levantó la cabeza al oír su nombre. Después de haberse ofrecido a ayudar con las plantas y del rechazo sufrido, solo quería pasar desapercibida. El hombre al que le había salvado la vida seguía débil, pero vivo. Hasta podría caminar si se alimentaba.

Libby no le iba a dar tregua a ella ni a nadie, todos debían arrimar el hombro porque se hallaban en una situación desesperada de la que solo saldrían colaborando.

La chica resultó una alumna aplicada y pronto tuvieron seis trampas listas para ser colocadas. Denny le había explicado cómo hacerlas y ella se puso enseguida. Le gustaba sentirse parte de ese grupo reducido, ya que no había podido hacerlo del anterior, mayor, pero caótico.

—¿Me acompañas a ponerlas?

La petición del muchacho la hizo sonrojarse, pero caminó a su lado, cargando con la mitad de la producción de trampas y las colocó donde él le indicaba, a bastante distancia del campamento.

Luego volvieron, dando un rodeo, y recogiendo hojas y plantas que reconocían como comestibles.

Naomi había perdido a su familia los primeros días del apagón y se refugió en casa de una de sus profesoras. Cuando la situación empeoró y la ilusión de que todo volvería a la normalidad pronto dejó de tener sentido, la echaron.

Podía haber muerto muchas veces y estuvo a punto cuando tirotearon al primer grupo con el que empezó su andadura fuera de la ciudad, pero reconocía las situaciones de peligro y se cuidaba de mantenerse lo más alejada de ellas que podía. No era una chica valiente, necesitaba protección y, a cambio, ofrecía lo único que tenía, sus conocimientos de botánica.

Podía discriminar las plantas comestibles de las que no lo eran, las que tenían propiedades antiinflamatorias y las que podían calmar la tos más persistente o un dolor de cabeza. Se trataba de una enciclopedia andante muy valiosa que se acercó al grupo de Frank cuando acababan de recoger a Fay con un manojo de plantas entre las manos.

—Esto la ayudará. Solo tiene que masticar las hojas y tragarse los jugos, le calmará la sed y le ayudará con la fiebre —dijo, sonrojándose y entregándole las plantas a uno de los hombres.

Él le dio un empujón, considerándola una entrometida, pero Libby se fío de la tímida muchacha y se enfrentó a Frank para que la dejaran viajar con ellos. No poseía nada, excepto una cantimplora mugrienta que llevaba colgada en bandolera con una cuerda y sus inestimables conocimientos en botánica.

—¿Cómo sabes tanto de plantas? —le preguntó Denny.

—Mi abuelo tenía una farmacia y le gustaba crear sus propios remedios naturales. Nunca he tomado un jarabe comercial ni una pastilla. Él me enseñó y a mí me gustaba tanto que me puse a leer por mi cuenta todo lo que podía.

—Si hubieras imaginado que un día te serviría de tanto...

Ella asintió con la cabeza. Siempre bajaba la vista cuando hablaba con alguien, pero en este caso se sentía mucho más azorada que de costumbre. Denny era el único chico del grupo y, aunque habían hablado pocas veces, su consideración le había robado el corazón, algo que él nunca sabría. No era de las chicas que aireaban sus sentimientos de buenas a primeras.

Llevaba observándole desde que se había unido al grupo y le hubiese gustado que fuesen amigos, pero no se atrevía a acercarse, temiendo resultar torpe y quedarse en blanco. Le parecía

un muchacho sensible y apuesto. Trataba a todos con educación y se notaba que adoraba a su hermano pequeño. Era una gran responsabilidad que a veces parecía pesarle mucho.

—¿Puedo preguntarte dónde están vuestros padres? Si te apetece contármelo, si no... — dejó la frase inacabada, temiendo estar siendo indiscreta.

—Te lo cuento mientras me ayudas a recoger agua.

Ella lo miró interrogante.

—Conseguiremos poca y la mayoría se irá en la cocción.

Eso le aclaró poco a la muchacha, pero le acompañó a un sitio que Denny había descubierto el primer día que acamparon en el lugar. Se trataba de una zona en la que la hierba crecía hasta alcanzar un palmo, tan densa que parecía un manto verde. El sol no daba hasta la tarde y el rocío nocturno se acumulaba en las briznas, de forma que podía recogerse con un trapo y escurrir este en un recipiente.

—¿Dónde has aprendido eso? —le preguntó ella, con auténtico asombro.

—Me lo enseñó mi bisabuelo. Es navajo y lo sabe todo sobre la vida en la naturaleza.

—¿Eres de ascendencia navajo?

Mientras recogía el agua de la hierba le contó quien era su bisabuelo, omitiendo la realidad de que no era de su sangre. Se sentía tan orgulloso como si lo fuera y todos lo trataban como se trataría a un miembro de la familia. Le habló de su padre y de su tío Adam, el que le había enseñado a montar las trampas para conejos. Le contó las veces que había ido con él a pasar cortos periodos en el *kin* de los bisabuelos, «Nube roja» y «Garra de águila».

De las seis trampas, solo dos habían funcionado, pero todos se sentían como si les hubiera tocado la lotería. Ya no era necesario esconderse para comer y pudieron alimentarse de la carne con solo su olor mientras se cocinaba al fuego.

Como la vez anterior, Libby se ocupó de sacrificar y desollar a los animales delante de todos. Si podían comer carne, aunque solo fuera de vez en cuando, debían aprender.

El grueso de su alimentación seguiría basado en bayas, raíces y cualquier fruto del bosque que tuvieran a mano, pero tenían que incorporar a su rutina diaria nuevas habilidades: discriminar plantas comestibles de las tóxicas y aprender a fabricar trampas para cuando se detuvieran a descansar, así como a despellejar a los animales que cayeran en ellas.

Había llegado la hora de prestar oídos a los que podían ayudar, sin importar lo jóvenes que fueran. Denny y Naomi poseían conocimientos de los que carecían los adultos del grupo y que debían asimilar para sobrevivir. Frank no quiso oír las sugerencias de Naomi respecto a las plantas comestibles y cada vez que la veía comiendo una hoja dentada la miraba con compasión, advirtiéndole que si no podía seguir el ritmo, se quedaría atrás.

La muchacha no solo no enfermó, sino que parecía más sana que entre todos ellos juntos y Libby tomó nota.

Aunque volviera a restablecerse la corriente eléctrica, nada sería igual. Habían dado un paso atrás como especie, pero ellos eran los supervivientes y tenían que adaptarse a un entorno hostil para gente de ciudad, porque los supermercados iban a permanecer cerrados mucho tiempo.

El mismo día, murieron dos de los tres enfermos. Una mujer que había sufrido un aborto, consumida por la fiebre y la infección, y un hombre herido de bala. El tercero tenía una pierna rota por trepar a un árbol para recoger huevos de un nido y la herida abierta empezaba a gangrenarse. Poco podían hacer por él, salvo esperar el desenlace. Greg Tomlin, el hombre al

que Naomi había ayudado, era el único que se recuperaba. Igual de introvertido que la muchacha, acostumbraban a sentarse juntos a hablar o a no decir nada. Seguía débil para ayudar, pero podía caminar.

Libby, sensible a semejantes desdichas, no quería abandonarlos y los demás aceptaron su decisión de esperar un desenlace. Mientras llegaba, se fortalecerían y acumularían agua y comida para el camino.

El plan ya no era alcanzar al grupo principal, su futuro estaba en sobrevivir sin ellos y llevaban buen camino. Las trampas todos los días proporcionaban carne fresca, que cumplimentaban con plantas que Naomi conocía y que aportaban importantes nutrientes. Era un cambio en la dieta que consiguió fortalecerlos.

Iniciaban el día con las tareas asignadas: recogían el agua de los plásticos tendidos y la del rocío de la hierba, ponían trampas, buscaban plantas, a las que Naomi daba o no el visto bueno, y por la tarde preparaban una única comida, cada uno en su lata, más sustanciosa de las que habían tomado hasta el momento. Durante la jornada, todos eran libres de reponerse con un puñado de bayas, que escaseaban porque otros antes habían esquilado los arbustos, pero la carne y las plantas jugosas las repartían para la cena.

En tres días, fueron capaces de acumular comida para continuar viaje. El agua, sin embargo, tendrían que recogerla cada amanecer, porque no sobraba.

Durante la segunda jornada, el enfermo murió y llevaron su cadáver lejos para evitar el olor a descomposición, al que se habían acostumbrado desde que abandonaron sus casas, pero que ahora, con mucha menos gente en el camino y, por ende, menos muertos, volvía a resultar ominoso.

Los pocos grupos que los rebasaban procuraban pasar lejos para evitar enfrentamientos. Los supervivientes estaban exhaustos y solo querían continuar hacia cotas más elevadas donde hubiera menos personas de las que cuidarse y más alimento. A esas alturas estaban todos desnutridos, deshidratados y demasiado cansados para algaradas.

Por desgracia, había gente que tenía más hambre que precaución y la última tarde de su permanencia en el campamento el olor del estofado de conejo, que se cocinaba con hierbas en varios recipientes al fuego, atrajo la atención de tres personas que pasaban a cierta distancia.

Denny los vio aproximarse y Libby alertó a los demás, recluyendo a los pequeños en una de las tiendas. Dos de las mujeres estaban buscando comida por el bosque, así que se dispusieron a enfrentarse a la amenaza con lo que tenían: el rifle de Libby, la pistola de una de las mujeres y la del adolescente. Naomi y la mujer restante se armaron con un montón de piedras del tamaño de un puño y se colocaron a un lado, dispuestas a intervenir también.

—Queremos lo que estáis cocinando —dijo el que llevaba la voz cantante y una escopeta de caza apuntando hacia adelante.

—Y yo quiero un baño caliente con espuma, pero aquí estamos —contestó Libby.

La mujer que acompañaba a los dos hombres, uno de ellos muy joven, se adelantó un paso. Churretones de mugre le corrían por el rostro, en el que destacaban unos ojos claros inyectados en sangre. Su debilidad era patente, apenas podía mantener la pistola en alto y le temblaba la mano.

Libby se preguntó qué pinta tendría ella, se sujetaba los pantalones con una cuerda y estaba perdiendo pelo, por no hablar de su olor corporal: hedía, como todos los demás. Sin embargo, físicamente se encontraban bastante bien, no así los recién llegados, parecía que fueran a desplomarse en cualquier momento.

—No te lo estamos pidiendo —graznó la mujer, la voz tan cascada como toda ella.

La desesperación era una sombra que se les había pegado a todos a la espalda, aguzaba la malicia y destruía valores.

Cuando Libby disparó al hombre, el que parecía más peligroso, lo hizo con plena conciencia. No podía dejarle tomar la iniciativa o acabarían todos muertos. Su rápida acción no tuvo reacción. La mujer y el muchacho, sorprendidos, salieron renqueando, dejando al hombre debatiéndose en el suelo con un disparo en el estómago. Debieron pensar que unas mujeres acompañadas de niños eran presas fáciles y eso daba por zanjado el asunto. Lo único que Libby lamentaba era haber tenido que usar una de las cinco balas que quedaban en su rifle.

Era instructora de tiro, pero jamás había disparado a un ser vivo. Sus víctimas eran siluetas de cartón al fondo de una galería. Hizo examen de sus sentimientos y vio que todo era correcto, no estaba traumatizada ni pensaba pasar por una espiral de remordimientos. Eso era lo que había.

Al cabo de un buen rato, cuando vieron que los intrusos no volverían y que nadie más se acercaba, Libby se aproximó al hombre herido. Naomi, a su lado, meneó la cabeza.

—Va a tardar horas en morir —dijo.

—Ayúdame.

Cogió un pie del hombre y la muchacha sujetó el otro. Lo arrastraron a una distancia desde donde no escucharían sus gemidos agónicos. Pero Libby no contaba con que en un mundo tan silencioso como el actual los sonidos llegaban muy lejos, y más en la calma nocturna. Las dos mujeres de guardia la vieron internarse en la oscuridad y ninguna preguntó.

Libby se consideraba pacífica. No veía películas violentas e intentaba proteger a su hijo de juegos en los que primaban las muertes como medio para conseguir un objetivo. Sin embargo, ahora se hallaban inmersos en uno de esos juegos, en el que matar era la única condición para seguir vivos. Y para continuar, había que descansar, por eso cogió una piedra grande y se guio por los gemidos del moribundo para localizarlo en la oscuridad.

La próxima vez que tuviera oportunidad de jugar al «yo nunca...», alguien cogería una buena borrachera y no sería ella.

Las bases fundamentales para sobrevivir en esa jungla eran alimentarse e hidratarse, pero también disparar primero y descansar después.

A eso se había reducido la raza humana en un mes.

16. DELEGANDO RESPONSABILIDAD

«Garra de águila» se apostó lejos del campamento y a cubierto de los que se movían para recoger comida. Pretendía observar antes de acercarse porque había mucho miedo flotando en el ambiente que, junto con las armas, era una combinación de la que convenía huir.

Descubrió, con satisfacción, que Denny, sin nombre distintivo para el pueblo *diné* por falta de tiempo, había hecho uso de sus conocimientos. El pequeño, Luc, al que no conocía, pero al que reconoció porque su hermano se hallaba pendiente de él en todo momento, parecía menos saludable, pero estaba vivo.

Por un momento, el viejo *diné* contempló la posibilidad de continuar y buscar a sus nietos, que también estaban en peligro. No obstante, lo que ocurrió esa misma noche lo disuadió de tal propósito: los hombres y mujeres más fuertes abandonaron el campamento de madrugada, como ladrones en la oscuridad.

Dejaron en él solo a un puñado de mujeres, enfermos y niños -sus bisnietos entre ellos- llevándose las provisiones, las armas y la munición. No le sorprendió tanto, hacía mucho tiempo que su fe en la humanidad había caído en un pozo muy profundo.

Durante dos días vigiló y talló flechas, por si acaso las necesitaba en un futuro inmediato. Observó el campamento a distancia y la dinámica que adquirió de inmediato. La artífice de la transformación era una mujer de apariencia menuda, con aspecto agotado y determinación férrea. Tomó las riendas del grupo y enfrentó los problemas sin titubear, adelantándose a ellos. Matar en esos tiempos era sinónimo de vivir, y cualquiera que creyera lo contrario se encontraba ya pudriéndose al lado del camino.

Decidió aguardar hasta el amanecer y antes de que empezaran a recoger las tiendas de campaña sucias y los escasos utensilios de los que disponían, se aproximó con las manos en alto y haciendo ruido porque no quería asustarlos.

La líder colocó a su hijo tras de sí y elevó el arma. Denny, a su lado, hizo lo propio con Luc, pero enseguida lo reconoció, soltó una exclamación y corrió a su encuentro.

Libby bajó el cañón aún con el corazón acelerado, creyendo que no podrían irse sin cargar con otro muerto en su haber.

Ante el asombro general, el muchacho abrazó al anciano, ataviado como un indio de las películas. Denny lo superaba en altura por unos centímetros, pero parecía un niño entre los brazos del hombre de pelo largo y blanco, que desprendía confianza y apaciguaba sus espontáneos sollozos de alivio.

Todos, excepto Naomi, apartaron la mirada. Acababan de darse cuenta de la presión a la que había estado sometido el chico. No solo tenía la responsabilidad de cuidar a su hermano, sino que los últimos días había velado por ellos, encargándose de las trampas y de recoger agua del rocío. Gracias a él y a la tímida muchacha, estaban a punto de emprender la marcha con mejor ánimo y más fuertes que en todo el trayecto hasta allí, pero seguía siendo demasiado joven para

cargar con tanto peso sobre sus hombros.

Al cabo de unos minutos, Denny soltó a su bisabuelo, se restregó las lágrimas con el dorso de la mano, y se giró con una sonrisa tan amplia como si la presencia del anciano le hubiese insuflado fuerzas renovadas.

—Es mi bisabuelo, «Garra de águila» —lo presentó.

SEGUNDA PARTE

«No vayas detrás de mí, tal vez yo no sepa liderar. No vayas delante, tal vez no quiera seguirte.
Ven a mi lado para poder caminar juntos».

(Pueblos nativos americanos)

17. PARADA OBLIGATORIA

Adam iba en vanguardia, sin dejar que Roy se retrasara.

Por cargar con Ana, tardaron cuatro días en llegar al lugar en el que habían quedado Jason y Yairetz, pero ellos solos irían más rápido. Podían estar en casa del traficante en unas horas.

Roy escogió uno de los accesos, retiró la carcasa del teclado digital e introdujo la clave en una especie de candado, que se abrió con un chasquido. Forzaron la rendija abierta y pasaron al interior. Encendieron las linternas para adentrarse en el pasadizo silencioso y pronto salieron al corredor principal.

Las puertas de la armería y de la sala de provisiones se encontraban abiertas. Al parecer, sus hombres se habían largado, llevándose lo que pudieron cargar.

—Mejor —dijo Adam.

—Mejor —convino Roy.

—Vamos a lo nuestro.

—Tenemos que subir, el botiquín está en mi piso.

El botiquín hubiera podido competir con una farmacia. Adam buscó lo que le haría falta para coser a Jason, antibióticos en comprimidos y en crema, antiséptico, algodón, vendas y esparadrapo. Roy guardó algunas cosas más que podrían necesitar.

—Habrá que llevarse más agua para mantener la herida limpia —sugirió el traficante.

—Y comida. Vamos a demorarnos más de lo previsto.

—Podemos volver si hace falta algo.

—Volveremos. Cierra la puerta principal para que nadie más entre y se ponga a rebuscar entre lo que queda.

El traficante le pidió ayuda para atrancarla con un mueble pesado y luego bajaron al sótano a llenar las mochilas de agua y latas de comida.

De nuevo cargados hasta el límite, emprendieron el regreso. Faltaba poco para amanecer y la ciudad parecía silenciosa. Se habían acostumbrado al olor a muerto, mezclado con humo, espeso o ligero, dependiendo de lo cerca que se encontrasen de un incendio. Las calles apestaban, las alcantarillas hedían y ellos mismos olían mal, pero caminar sin el impedimento de la carretilla resultaba un alivio.

Se detuvieron a medio camino, exhaustos y sedientos. El calor de la zona arrasada por el fuego aún podía sentirse y el ambiente cargado les reseca la garganta.

—No sé por qué has querido dejar tu casa, hubieras aguantado mucho tiempo allí —dijo Adam.

El traficante le lanzó una mirada cargada de intención.

—Puede que pienses que soy idiota, pero resulta que me apetece vivir tanto como a los demás y quiero hacerlo a mi manera.

—¿Olvidando que una vez vendías mierda que mataba a la gente o continuando con tu negocio?

—¿Has olvidado tú que una vez mataste solo porque alguien con galones te dijo que tenías

que hacerlo?

El traficante se estaba defendiendo, atacándole con sus propias armas. Adam reconoció que era observador y había dado en el clavo al adivinar su pasado militar. Ese que seguía pesándole en el alma porque atentaba contra una norma *diné* con la que él estaba de acuerdo: matar solo para conservar la vida.

—Voy a sacar a mi hermano de aquí —dijo.

—Me parece de puta madre, así nos iremos todos.

Roy aprovechó el momento de ponerse en marcha de nuevo para meterse una pastilla en la boca con disimulo. Adam ya le había visto hacerlo otras veces y, aunque no tenía un color sano, tampoco parecía uno de aquellos adictos a los que abastecía. Se mantenía en una forma física aceptable y sabía manejarse con las armas. Y parecía divertirse confundir a los demás.

Yairetz casi les dispara cuando llegaron al piso.

En la oscuridad, no podía ver el estado de Jason, pero cada vez que acercaba la mano para tocarle la frente, notaba que la fiebre iba en ascenso y al temor de que tuviera algún ataque, contra el que no sabía cómo actuar, se unió la mujer loca del edificio cercano, llamando la atención con disparos al aire y gritos.

El momento de locura transitoria de la mujer cesó cuando varios haces de linternas iluminaron la calle. Yairetz observó las sombras que proyectaban los hombres armados, buscando el origen del alboroto, y le dio un vuelco el corazón cuando se acercaron al edificio donde estaban ella y Jason.

Por suerte, la mujer volvió a disparar y a reír de una forma demencial y ellos se internaron en el edificio que ocupaba. Yairetz escuchó el intercambio de disparos, los improperios de los heridos y los juramentos de los que salieron sin un rasguño, por tener que transportar a los menos afortunados.

La noche fue muy larga y oscura para Yairetz, que apenas se despegaba de la ventana. Roy y Adam llegaron al amanecer y le dieron un susto de muerte con su sigilo.

—Tranquila, aún no queremos matarte —exclamó Roy.

—¡Joder, casi me cago encima!

Adam corrió a ver a su hermano y soltó la mochila a su lado para sacar agua y refrescarle la cara. Roy se asomó, buscó en el interior de la suya y extrajo una ampolla con una jeringuilla.

—¿Pretendes drogarlo? —inquirió Yairetz, recelosa.

—Estaría mejor drogado —contestó el traficante—, pero solo es antibiótico, desconfiada.

—Venga, Roy —le apremió Adam.

Él se inclinó e inyectó el preparado en la vena del brazo del herido, previamente desinfectado por su hermano, negando con la cabeza y rezongando:

—Nos encontramos en las peores condiciones para esto.

Por suerte, había amanecido y no tuvieron que encender luz alguna, que hubiera llamado la atención en la calle.

—La infección se ha extendido rápido, puede que la bala tuviera algo de óxido —repuso Adam.

—Mira el lado bueno, ha dejado de sangrar.

El hermano del herido asintió y le pidió que le ayudase a quitarle la ropa para refrescarlo con algodón empapado de agua, que enseguida se ennegreció. Todos llevaban semanas sin darse una ducha y la capa de mugre se solidificaba con el sudor como una piel suplementaria. El olor dulzón y férreo de la sangre, por otra parte, se superponía a los demás, queriendo destacar y creando un ambiente ominoso.

Cuando terminaron, todos estaban agotados, Yairetz de velar y vigilar; ellos de la caminata nocturna. Jason era el único tranquilo, puesto que continuaba dormido.

—Descansemos, no hay nada más que podamos hacer, excepto esperar —dijo Adam.

—Me quedaré vigilando —se ofreció Yairetz, a pesar de que se caía de cansancio.

—No hace falta, antes de subir he puesto algo en la puerta que nos avisará de presencias extrañas —contestó Adam.

—¿Una alarma casera?

—Podría decirse así. —Le guiñó un ojo, sonriente.

Durante los días siguientes durmieron, descansaron, comieron, se aburrieron y atendieron a Jason, que el tercero empezó a despejarse. La fiebre le había bajado y su cuerpo, ayudado por los antibióticos, se recuperaba de la herida y la pérdida de sangre.

Adam y Roy volvieron al edificio del traficante a por más agua y ropa limpia, sacada de los pisos de los hombres del traficante, pues la suya no serviría a los hermanos, más corpulentos que él. Yairetz tendría que conformarse con vestir su ropa, le iría grande, pero mejor eso que nada.

La radio había quedado arrinconada durante esos días críticos. Solo Adam se mantenía en contacto con su sobrino para tranquilizarlo, ocultándole la muerte de su madre y la herida de su padre. Bastante inquieto lo notaba como para sumarle preocupaciones. El muchacho debía centrarse en cuidar del pequeño Luc.

Yairetz era la más nerviosa. Se sentía agobiada en aquel piso y se marchaba a explorar las casas del vecindario solo por estirar las piernas. Habían sido saqueadas hacía tiempo y no esperaba encontrar nada, solo necesitaba salir. Más de una vez se topó con alguna rata solitaria, de la que se alejó con premura. Habían perdido el miedo a los humanos y eran peligrosas.

Jason se encontraba mejor y ya se levantaba. Su hermano le obligaba a comer y estaba recuperándose, aunque aún tardaría en sentirse fuerte para continuar camino.

Algunos días después tuvieron que desplazarse varias manzanas por el intenso olor a gas que se propagó por la zona. Parecía increíble que a esas alturas no hubieran explotado todos los depósitos, pero quedarse era temerario, por no hablar de que llegó un momento en que apenas se podía respirar.

Jason caminó sin ayuda, aunque su hermano se encargó de las mochilas de ambos.

—Se me da fatal la costura y no pienso repetir el zurcido contigo por tu cabezonería, así que circula y déjate de tonterías —respondió Adam ante su protesta.

A partir de entonces, cambiaban de piso a diario, alejándose del centro y de los focos conflictivos poco a poco. Jason se encontraba mejor, de tal forma que a la semana pudo cargar con su mochila sin resentirse demasiado.

Los disparos esporádicos seguían sucediéndose, aunque en menor medida. Yairetz no podía dejar de comparar la actual quietud con los continuos tiroteos de tres semanas antes. Era poco tiempo y parecía toda una vida.

Las personas atrapadas en la ciudad se habían largado o estaban muertas, excepto los que se hicieron fuertes en los centros comerciales, formando sus propias tribus con cabecillas y esbirros. Se dedicaban a cazar supervivientes y a hostigar a otros como ellos para ampliar su territorio.

—No falla: dale un poco de poder a un hombre y se le abrirá el apetito —comentó Roy.

—¿Es lo que te pasó a ti?

El traficante sonrió de medio lado.

—Oye, cariño, no pagues conmigo tu mal humor. Si te pica el culo porque necesitas salir corriendo, por mí ya puedes empezar.

Yairetz dejó el piso en el que se habían instalado y subió a la terraza, seguida de Adam, que se situó a su lado y le dio un empujoncito con el hombro.

—¿Qué te pasa con Roy?

—Que me molesta que siga llevando drogas, en lugar de más comida y agua. ¿Para qué las quiere, para uso personal? Por si no te has dado cuenta, toma algo.

—Es cosa suya. Si no puede seguir el ritmo, se quedará atrás, pero le prometimos ayuda a cambio de la suya y él ha cumplido su parte. Lo justo es que nosotros hagamos lo mismo.

—Lo sé. Es que tengo ganas de salir de aquí.

—Mañana estaremos ya a las afueras y Jason no tardará en recuperarse del todo. Entonces, te arrepentirás de no haber descansado mientras tenías la oportunidad.

Ella sonrió, Adam parecía ver el lado positivo a todo, además de tener una palabra amable siempre dispuesta.

—Ahora, vamos dentro. Hay edificios más altos desde los que cualquiera podría vernos.

Yairetz puso la mano en su pecho, donde el día anterior había visto un colgante que llevaba bajo la ropa.

—Vale, pero cuéntame qué es esto. Los hombres no suelen llevar accesorios tan llamativos.

El colgante consistía en un círculo de turquesa, del doble de diámetro que una moneda, con un agujero por el que pasaba una tira de cuero para llevar al cuello.

—Vamos abajo y te lo cuento.

La precedió por las escaleras y observó que Jason dormía sobre su saco. Roy debía estar en otra habitación.

—Mi abuelo te reprendería por llamarlo «accesorio». Es mi amuleto de protección contra los espíritus malignos.

—¿De verdad crees en esas cosas? —preguntó ella, alzando una ceja con incredulidad.

Adam se encogió de hombros.

—Por si acaso... Además, yo creo que debe funcionar porque nadie me ha pegado un tiro aún —contestó, riendo.

—Tampoco a mí y voy sin amuleto.

—Si la cosa se pone fea, te prestaré el mío.

—¿Queréis callaros para que pueda dormir? —espetó Jason.

—Él necesita un amuleto contra el mal genio —susurró Adam para ella y luego levantó la voz para dirigirse al gruñón—. Anda, despéjate y comamos, yo me adelantaré ahora que estamos en un lugar tranquilo. Os alcanzaré mañana o pasado.

Jason negó con la cabeza.

—Déjalo, sabes que los caballos no estarán. Habrán huido o alguien se los habrá llevado.

Adam quería comprobarlo por sí mismo, sentía una conexión especial con ellos y se arrepentía de no haber dejado la cerca abierta para que encontrasen su propio camino. Cuando se marchó a la ciudad, creyó que todo resultaría fácil, que irían a recoger a los niños y que podrían quedarse en el rancho, mientras decidían su próximo paso.

Confiaba en que los animales hubiesen podido saltar la cerca, no demasiado alta, porque, aunque dispusieran de comida y agua abundantes, nunca consentirían que un desconocido los montase. Lo malo era que no quisieran usarlos de transporte, sino de alimento en esos tiempos de escasez.

—¿Y si no nos encuentras? —planteó Yairetz, inquieta.

—Tranquila, nos encontrará, tiene un radar en la cabeza.

Jason parecía seguro y ella le creyó. Le gustaba el hombre, a pesar de su permanente gesto hosco y su falta de empatía. Ojalá fuera más parecido a Adam y su perpetuo optimismo. Con él parecía que todo fuera a salir bien.

Roy, en cambio, era un compañero impredecible: tan pronto se mostraba animoso y deseoso de colaborar, como se encerraba en un mutismo extraño. Yairetz pensaba que podía deberse a su adicción y no descartaba que les hiciese alguna jugarreta. No terminaba de fiarse de él y de la fijación con que se mantenía pegado a su mochila, cargada aún con un montón de drogas que, desde la muerte de Ana, ya no eran necesarias.

Además, temía que en algún momento le revelase al ex agente de la DEA la auténtica causa de la muerte prematura de su mujer, de la que no se arrepentía, pero que podía colocarla en una situación límite, que no se había planteado hasta el momento.

Quería seguir con ellos porque, a pesar de las adversidades, sentía que serían capaces de llevarla a un sitio seguro.

—Oye, ¿puedo acompañarte? —le preguntó a Adam.

—Solo irá más rápido —contestó Jason en lugar de su hermano, que le lanzó una mirada impaciente.

—Te va a salir una úlcera si no cuidas ese genio —dijo Adam, restándole importancia a su cortante respuesta—. Nos harán falta un par de motos, mientras vosotros las buscáis por los alrededores yo me acercaré a mi rancho.

La actriz frunció el ceño. En aquella relación fraternal, el mayor consideraba en inferioridad al más joven, cualquiera podía verlo, pero Adam nunca se lo tenía en cuenta. Le fascinaba su aguante porque ella no tenía ni la mitad de su paciencia.

—Tu hermano te ha salvado la vida, Jason, deberías mostrarle un poco de gratitud.

El interpelado le lanzó una mirada torva.

—Me vale con que consigas alguna botella de *bourbon* bueno para cuando hagamos una parada larga —dijo Adam, restándole importancia al asunto.

18. BÚSQUEDAS

Al día siguiente, Jason, Roy y Yairetz se pusieron en marcha para adentrarse en un barrio residencial vacío y escalofriante. Había cadáveres en las calles y perros hurgando en sus entrañas. Los cuervos acudieron a la llamada de la carroña y se dedicaban a picotear ojos y partes blandas.

Yairetz se giró para vomitar a un lado y Roy se detuvo para preguntarle si estaba bien. Ella asintió, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—¡Vaya mierda, tío!

Él no podía estar más de acuerdo. La niña, con cuyo cuerpo se estaban cebando perros y pájaros, y causante de las arcadas de la actriz, no debía superar los dos años.

Durante el resto del día, los tres se dedicaron a entrar en los garajes de ese y otros barrios residenciales. La mayoría se hallaban vacíos y la única moto que encontraron no se ponía en marcha. Jason la revisó por si tenía algún cable desconectado, pero fue incapaz de encontrar la avería, por lo que siguieron buscando.

Se abstuvieron de entrar en las casas. La mayoría olían a muerto y tenían aspecto de haber sido saqueadas hacía tiempo. Con la comida del sótano de Roy tendrían para una temporada, preferían abstenerse de encontrar cadáveres en descomposición, ya se les revolvía bastante el estómago cuando abrían un garaje. El olor se colaba por debajo de las puertas y los insectos zumbaban de manera macabra al otro lado.

Por la noche se acomodaron en un jardín agostado, pero libre de cadáveres y de olor a descomposición. Cenaron latas frías y se envolvieron en los sacos de dormir, aunque no hacía frío todavía.

La falta de luz confería mayor luminosidad al cielo y a la actriz le encantaba mirar hacia lo alto, era el único momento en que consideraba su situación actual como una ventaja. Siempre fue una chica de ciudad para la que las estrellas solo eran una anécdota. Sabía que estaban ahí, pero apenas se vislumbraban en noches muy despejadas por la contaminación lumínica. Jamás había sospechado que se detendría durante horas a mirarlas, hasta que dos noches antes Adam la cogió de la mano y la sacó a la terraza del edificio, donde se detuvieron a pernoctar.

—Ven, urbanita, acostúmbrete a esto —le dijo.

Abrió su saco de dormir, lo tendió en las baldosas, tibias aún del sol del día, y la invitó a tumbarse junto a él.

Ambos colocaron los brazos doblados bajo sus cabezas y estuvieron horas sin pronunciar palabra, solo mirando a lo alto hasta que se durmieron, sintiéndose más seguros que en mucho tiempo.

Las luces se habían apagado, pero el universo continuaba inmutable y ahora eran ellos los que debían ajustarse a su ritmo.

Adam, y su educación con el pueblo navajo, representaba una ventaja con la que no todos contaban. Yairetz lo sabía y por eso quería seguir a su lado. Para Jason, más frío y práctico, era impensable perder el tiempo mirando las estrellas, por eso había ido a despertarlos de su

excursión nocturna de malos modos, reprochándoles su inconsciencia.

—Si queríais estar a solas, bastaba con que os hubieseis cambiado de habitación —le dijo a Adam—. Os han podido ver...

Su hermano rio y negó con la cabeza.

—¿Y a ti que te importa? —se revolvió Yairetz, molesta por semejante suposición.

—Me importa porque no pienso cuidar a dos críos alocados.

Dio media vuelta y bajó las escaleras, dejando claro que, si no le seguían, se quedarían atrás.

—¿Se puede saber qué le pasa? —preguntó Yairetz a Adam.

Su compañero se encogió de hombros con una sonrisa algo impostada, recogió el saco de dormir y siguió a su hermano al piso inferior, sin emitir protesta alguna.

El resto del día resultó un poco incómodo. El mal humor flotaba en el ambiente, ganando terreno a la suciedad, el humo y el olor a putrefacción. Yairetz entendió que la relación entre los dos hermanos era delicada: uno quería y el otro se dejaba querer, sin poner de su parte para compensar.

Esa noche, mirando sola las estrellas, se preguntó dónde se encontraría el medio navajo y si estaría a salvo. Quizá sus sentimientos estuviesen algo confusos, pero le gustaba Adam y su sempiterno optimismo. No quería perderlo como amigo.

Adam llegó a su rancho poco antes de anochecer. Tuvo suerte y en un callejón encontró una motocicleta de poca cilindrada. Era básica y por eso todavía funcionaba bastante bien, aunque se quedó sin combustible enseguida.

La llevó caminando varios minutos hasta que encontró un coche del que pudo extraer gasolina. Para ello llevaba un tubo flexible que había usado antes de llegar a la ciudad con su moto. Eso le recordó que había quedado oculta, aunque para recuperarla tendría que desviarse muchos kilómetros y no merecía la pena. Seguro que podrían encontrar sustitutas adecuadas o conformarse con bicicletas. De esas había visto muchas y siempre serían mejor solución que caminar.

La única diferencia que apreció desde que hizo el camino a la ciudad, dos semanas atrás, era que los muertos se habían quintuplicado, así como el olor y las moscas, que se movían en verdaderas masas sólidas y se pegaban a la piel con insistencia.

Resultaban repugnantes, además de peligrosas. Se posaban en los cuerpos en descomposición, atraídas por el olor, ponían huevos en ellos y se llevaban adheridas a las patas sus restos, lo que implicaba que eran portadoras de enfermedades infecciosas.

Incluso con el asco que sentía, al cabo de un rato dejó de espantar las que se le pegaban al cuerpo, bastante tenía con conducir con una mano mientras con la otra se abanicaba la cara para poder ver por dónde iba.

A punto estuvo de chocar varias veces con vehículos detenidos en la carretera, con cuerpos y utensilios abandonados en medio y se cayó tres veces al esquivar un obstáculo sin percatarse del siguiente, por la cortina de insectos que le dificultaba la visión.

Al alejarse del perímetro que rodeaba la ciudad, empezó a ver el terreno con mayor claridad. Disminuyeron los cadáveres y también las moscas.

Escuchó el silencio en el que el trino de las aves parecía haber adquirido mayor volumen, al igual que los perros ladrando en la distancia. Los había visto alimentándose de los cuerpos y se preguntó si no terminarían siendo otra amenaza, similar a la de las personas asustadas y armadas.

Su rancho no se libró de los saqueos y de la voracidad de los que buscaban comida. Tal como supuso, los caballos no estaban. Los más afortunados saltaron la cerca y enseguida vio el problema: se habían quedado sin abastecimiento de agua. El riachuelo que corría por un lado del terreno se encontraba obstruido por un macabro dique de cuerpos humanos. Los animales jamás beberían de allí, aunque murieran de sed.

Las que no tuvieron suerte fueron dos yeguas jóvenes y de carácter pacífico, muertas a tiros por su carne. Y ni siquiera habían consumido más que unos cuantos trozos. Su espíritu bulló de rabia al ver los destrozos causados en unos animales que solo le habían proporcionado alegrías, eran pacíficos y resultaron de gran utilidad para los niños con traumas y problemas de comunicación por los que estaban allí.

Una vez al año, los llevaba al poblado de sus abuelos y los dejaba en libertad. Era maravilloso contemplarlos correr por las praderas, unirse a otras manadas y verlos asomar de vez en cuando para saber si era hora de volver. Su inteligencia y sensibilidad no dejaban de sorprenderle. En esos años, únicamente dos de los caballos decidieron quedarse en la montaña, el resto volvió con él a sus labores de pasear a niños cuatro veces por semana, como si comprendieran que el periodo vacacional había tocado a su fin y tuvieran que regresar a su labor sanadora.

Cada cierto tiempo, cuando nacía algún potrillo, valoraba cuál de los otros se quedaría ese año en la montaña, de vacaciones permanentes y merecidas, después de un trabajo bien hecho. No le apenaba desprenderse de ellos, no eran suyos ni de nadie. Y los recién nacidos tendrían su inmersión en la naturaleza durante el verano. Sus madres decidirían si deseaban volver o quedarse.

Desde niño sintió afinidad con ellos y, a su vez, los caballos confiaban en él. La abuela «Nube roja» bromeaba diciendo que los espíritus se habían equivocado al adjudicarle un nombre porque debía haber sido «Potro salvaje». El abuelo la reprendía, recordándole que los espíritus nunca se equivocaban y ella reía por lo bajo, guiñándole el ojo a su nieto.

Ella parecía una anciana pacífica, incapaz de algo más arriesgado que tejer tapices coloridos y preparar infusiones sanadoras, pero cualquiera que la conociese se llevaría las manos a la cabeza ante tan absurda creencia. Era una de las mejores cazadoras del poblado y usaba su lanza con una pericia que ninguno de ellos podía igualar. Entre tanto, tejía tapices y usaba sus conocimientos de plantas para la sanación del poblado.

El abuelo «Garra de águila» usaba su arco, su hacha y su cuchillo con mayor destreza y precisión que un marine su fusil. Su talento para la sanación solo se veía superado por su estrecha conexión con los espíritus y sus acertadas premoniciones.

Adam los añoraba a ambos, su cordura, su forma de ver el mundo y su capacidad para vivir la vida que querían. Estaría a su lado de no ser por Jason.

El rancho había sido su solución para quedarse cerca de su hermano y de los niños y vivir con cierta independencia. Una persona menos paciente que Adam hubiese desistido ya de buscar arreglo a los continuos desplantes y pullas de Jason, que a veces le dolían mucho, pero era una persona tenaz y sus sobrinos le necesitaban, Denny en especial.

Llevaba tiempo presintiendo que Ana volvería a caer en la droga y meses atrás tuvo la certeza, antes siquiera de que su hermano se enterase, por una multa de aparcamiento, de su estancia en una parte de la ciudad que un ex drogadicto debería evitar a toda costa. Lo vio en sus ojos y en su forma de moverse, podía ventearlo igual que un caballo el agua y el pasto fresco.

Su hermano había heredado los prejuicios de su padre sobre el pueblo navajo, aunque también su aspecto. No había nada que le mortificase más que sus rasgos. Adam, por el

contrario, tenía una mezcla de razas, el tono de piel de su padre, pero los rasgos más suaves y los ojos claros de su madre. No obstante, en su interior albergaba el espíritu de sus antepasados con orgullo.

Quizá nunca lo hubiera sabido de no presentarse los abuelos en la puerta de su casa cuando él tenía siete años. Adam recordaba el momento con claridad, aunque no las palabras y las amenazas que llegó a proferir su padre.

Él y Jason volvían del colegio cuando les llamó la atención el revuelo organizado delante del hogar familiar. Había muchas personas grabando con sus móviles y otros tantos solo mirando y cuchicheando entre sí. Al pasar entre los curiosos, vieron frente a su puerta a la pareja más rara de su vida: parecían recién salidos de una película de indios y el olor fuerte del caballo, que llevaban de una improvisada rienda tejida con cáñamo, llegaba hasta ellos.

Su madre se asomaba temerosa por un lado de la ventana con el teléfono en la mano, sin duda llamando a su padre, y los extraños aguardaban en silencio frente a la puerta cerrada.

Escuchó el aullido de un coyote en la lejanía que lo sacó de sus pensamientos, devolviéndolo al presente. Se había hecho noche cerrada y era poco conveniente conducir a oscuras. Por la mañana emprendería el camino de vuelta porque ya había visto lo que quería y de la casa solo se llevaría un par de cosas, por su practicidad. Todos los recuerdos importantes los conservaba en el corazón; la mochila mejor que fuera ligera.

Escondió la moto, subió al altillo de los establos, que aún conservaban la fragancia del heno y de los animales, deseando tener a Yairetz a su lado. Se reía de ella, llamándola urbanita, pero estaba seguro de que le hubiese gustado estar allí.

19. PREPARANDO EL FUTURO

Los trece hombres y cuatro mujeres que habían abandonado a los débiles caminaban a buen paso, con Frank en vanguardia, seguido muy de cerca por Fay.

Componían una estampa nada tranquilizadora, destilaban agresividad y todos llevaban las armas apuntando al frente, preparados para cualquier emboscada.

Después de casi dos días, se sentían agotados, pero no lo dejaban traslucir en sus expresiones decididas. Tras abandonar a los débiles, temían ser los siguientes si daban muestras de cansancio.

Esa noche descansarían al raso, no había tiempo para levantar las tiendas y guardarlas a la mañana siguiente. Ni siquiera se detenían a recoger comida en el bosque, tendría que bastarles la del campamento hasta llegar a su destino, y solo hacían alguna pausa para descansar las piernas, orinar y beber un trago de agua.

Aún a ese ritmo, no avanzaban tan rápido como a Fay le hubiera gustado. Se sentó con Frank en el tronco de un árbol caído y sacó un mapa que llevaba plegado entre su ropa, a salvo de miradas o dedos indiscretos. Se lo había robado a Denny y tenía marcada la ubicación del poblado navajo con un gran trazo rojo.

—Estamos aproximadamente por aquí —dijo, señalando un punto y luego colocando la mano encima, con los dedos juntos a modo de medidor—. Tardaremos aún dos días en llegar, si podemos continuar a este ritmo.

Frank lanzó una ojeada sin mucho interés.

—Podríamos ir a cualquier otro sitio, ¿por qué esa fijación con el poblado indio?

Fay comprendía su reticencia. Pretendía mantenerse bien lejos de Jason, que lo mataría por haber dejado atrás a los niños, y el poblado indio era el lugar al que se dirigiría cuando se reuniera con ellos, si es que lo conseguía.

—Te recuerdo que esos indios, al contrario que nosotros, saben cazar y pescar. Viven a orillas de un lago y están tan alejados de cualquier camino que es poco probable que nadie llegue allí. Nos recuperaremos comiendo y descansando, luego ya veremos.

—Diez kilómetros por debajo hay una pequeña población. Allí tendríamos casas en las que cobijarnos y seguro que hay caza de sobra por la zona.

—¿Acaso sabes cazar? ¿Y pretendes que nos desplazemos todos los días tan lejos a por agua?

Frank levantó las manos ulceradas en gesto de paz. El día anterior, una planta le provocó un sarpullido violento en forma de ampollas. Tenían un aspecto tan desagradable que, cuando reventaron, Fay le prohibió tocarla. En realidad, a ojos de la mujer, Frank empezaba a ser irrelevante, había otro hombre en el grupo menos remiso a aceptar consejos, cuya envergadura amedrentaba a los demás y que la miraba con deseo nada disimulado. Ella mantenía su interés dedicándole la atención justa, porque tampoco quería un enfrentamiento que mermara sus fuerzas.

Los había manejado a su antojo para convencerlos de abandonar a los débiles y se las

arreglaría para que los indios los alimentasen, aunque fuera bajo coacción.

Sobrevivir no era para escrupulosos, sino para los que sabían usar la ventaja de la fuerza a su favor.

«Garra de águila» caminaba algo rezagado, quería hablar con su bisnieto a solas para que lo pusiera en antecedentes sobre los que se habían ido y podían encontrar por delante.

—¿Todos iban armados? —le preguntó.

Denny asintió.

—Pistolas, rifles y algún arma de caza, de esas de cartuchos rojos que se cargan de dos en dos.

—Y llevaban comida y agua...

El muchacho volvió a asentir.

—Y mi mapa con vuestro poblado señalado por una cruz —añadió con un hilo de voz, percatándose por primera vez del peligro que eso representaba.

El viejo navajo fingió restarle importancia para no preocupar más al muchacho. Él confiaba en que los suyos se mantendrían vigilantes, cuidando el poblado, aunque el peligro parecía acechar desde todas direcciones en esos tiempos convulsos.

—¿Llevaban mucha munición?

—Frank siempre estaba dando la lata con que debían dosificarla, pero no sé cuánta tienen.

—Y no la usan para cazar... —supuso el viejo *diné*.

—Ninguno sabe cazar, lo intentaron, pero lo único que consiguieron fue desperdiciar munición y se llegó a la conclusión de que tendríamos que vivir con lo que pudiésemos recolectar.

—¿A ellos no les enseñaste a poner trampas?

—Empecé a ponerlas justo antes de que se fueran y a escondidas. Estaba preocupado por Luc, le sientan mal las bayas y las raíces necesitan más agua para cocerse bien.

Su bisabuelo le pasó el brazo por los hombros, un gesto más que consolador para el muchacho, que sentía aligerarse el peso de la responsabilidad al tener un adulto en quien depositarlo.

El hombre mayor aceleró el paso, sus botas de piel eran tan silenciosas que Libby se sobresaltó al sentirlo a su lado. Ella echó un vistazo atrás para comprobar, como hacía cada pocos minutos, que los tres pequeños seguían caminando entre el grupo. Jugaban a pillarse y reían por naderías, distanciados de los horrores del entorno, como solo los más jóvenes podían hacerlo.

—Cuando paremos a descansar, lo haremos dentro del bosque, alejados del camino, y cada uno deberá buscar ramas flexibles —dijo él, señalando su arco, cruzado sobre el pecho.

—Tendremos que recoger comida o habrá que parar más tiempo mañana.

—Denny y yo cazaremos, vosotros buscad esas ramas y leña para encender una buena hoguera —dijo él—. Hay que parar, pero podemos aprovechar el tiempo para aprender habilidades que os serán útiles en el futuro.

Antes de que cayera la tarde, se adentraron en el bosque y el navajo escogió un lugar, al abrigo de grandes árboles con ramas bajas y abundantes hojas. Esa noche no habría que malgastar energías levantando las tiendas, el refugio era cálido y olía mejor que la lona, impregnada de peste a sudor, humedad y otros efluvios nada agradables.

Niños y adultos soltaron las mochilas que cargaban durante todo el día y se dispusieron a

buscar lo que el navajo les había pedido, en tanto que él se alejaba con Denny.

—Es hora de que aprendas a cazar y a preparar la carne en condiciones, muchacho —le dijo—. No siempre vas a tener a alguien cerca con más necesidad que escrúpulos, y depender de otra persona te hace débil.

Denny tragó saliva, pero caminó detrás de su bisabuelo, que iba cortando y haciendo muescas con un cuchillo afilado a una rama flexible. Cuando se detuvieron, se la alargó.

—Esta noche terminaremos de preparar tu arco y para eso necesitaremos los tendones de lo que cacemos ahora. Adaptaremos la largura a la medida de tu brazo y pediremos a los espíritus que guíen tu mano para usarlo con sabiduría.

A Denny no se le ocurrió explicar que no creía en sus espíritus, hubiera sido ofensivo e innecesario porque «Garra de águila» sabía que los jóvenes, y los no tan jóvenes, confiaban en sus propios actos más que en la mediación de fuerzas invisibles.

—Con tu edad, deberías saber usar el arco como una prolongación de tu brazo. Procedes de los más valientes guerreros *diné*.

Igual que al joven nunca se le hubiera ocurrido dudar de las creencias del viejo navajo, a este tampoco se le pasó por la cabeza decirle al joven que no era de su sangre. Por lo que a él respectaba, Denny era tan bisnieto suyo como Luc y su deber era aleccionar a ambos, aunque al padre de los niños le disgustase.

Después de la primera vez que Jason dejó a Denny pasar unas semanas con ellos, mientras Ana daba a luz, las escapadas del muchacho habían sido pocas y a escondidas. Su padre le dejaba pasar temporadas en el rancho de Adam y ambos aprovechaban para acercarse unos días al poblado. Los justos, o Jason hubiera sospechado y ya los había pillado una vez, lo que le costó a su hermano una buena bronca y ser desterrado del entorno familiar durante varias semanas. No obstante, los exilios duraban poco. El talante simpático y nada rencoroso de Adam terminaba ganando de nuevo la entrada en sus vidas.

A Denny también le hubiera gustado poder practicar más con el arco, pero tenía que conformarse con hacerlo cuando su padre le daba permiso para pasar unos días en el rancho. Además de eso, Adam le enseñó a trenzar fibras y la teoría sobre el curtido de pieles, un proceso laborioso para el que no había tiempo. Sabía qué animales tenían las mejores pieles para diversos usos: unos eran idóneos para vestir, otros para las mantas y alfombras de los *hogan*; conocía la procedencia de los mejores tendones para reforzar los arcos o para sus cuerdas, el pelo más adecuado para tejer y un sinfín de datos que siempre le resultaron interesantes y que le hubiera gustado llevar a la práctica.

Desollar animales no era de las cosas que quería aprender, pero si «Garra de águila» lo consideraba necesario, sería un alumno aplicado. Tenía el cuchillo que su tío Adam le había regalado la primera vez que estuvieron en el poblado. Su mango era de hueso labrado por él mismo y la hoja tenía un filo impecable porque se preocupaba de cuidarlo. En casa lo escondía, pero en el rancho lo llevaba colgado del cinturón, en una funda de piel que le había hecho la abuela «Nube roja», y se sentía como un auténtico salvaje, aunque en realidad le daba poco uso.

El navajo se agachó varias veces, observando los rastros en el suelo y pidiéndole silencio para oír los ruidos alrededor.

—A estas horas encontraríamos caza cerca del agua —le aleccionó el anciano, que se movía con mayor agilidad que él—. Al atardecer acuden a beber.

—Pero ahora hay hombres armados en todas.

—En todas no, solo en las que aparecen en los mapas. Sigue a los animales y te llevarán a un riachuelo o a un arroyo en el que habrá agua limpia, pero nunca mates a uno cerca o

profanarás el entorno y ningún otro animal querrá beber allí.

El muchacho asintió, tenía todos los sentidos puestos en las palabras del anciano, que le estaba regalando su sabiduría con una suave voz, destinada a no espantar a los animales.

—Respetar la naturaleza y tomar solo lo que necesites de ella. Nunca hagas daño a un animal indefenso, si no necesitas su carne para vivir, ni cortar ramas de un árbol para no usarlas. Todas nuestras acciones tienen un impacto para los demás. Que tu paso por el mundo no deje negatividad, pues la luz y las sombras tienen que mantenerse en equilibrio.

Observó al navajo colocar una de sus flechas, confeccionada con madera dura y punta de hueso, tensar su arco sin prisas y disparar con suavidad.

Se escuchó el correteo de patas, huyendo entre la densa cubierta vegetal, y luego el silencio. Entonces, «Garra de águila» se levantó y acudió a buscar su trofeo: un jabalí joven de colmillos poco desarrollados.

—Esta especie es ajena a nuestro hábitat, la trajeron de otro lugar y está desplazando de su entorno a algunos animales beneficiosos para el equilibrio natural.

—¿Por eso lo has cazado?

—Lo he cazado porque se ha cruzado en nuestro camino y nos proporcionará mucha carne, que podemos cargar y comer en marcha. Los niños están muy delgados, tendrían que comer más.

El animal pesaba bastante para su reducido tamaño, por lo que lo evisceraron en el sitio y enterraron los restos para no atraer a depredadores mayores.

Esa lección le gustó menos al joven. Del interior del animal salían olores extraños y fuertes que le revolvián el estómago. Creía haberse inmunizado, después de haber caminado entre cientos de muertos, pero no era el caso.

«Garra de águila» le enseñó a realizar una incisión precisa para no perforar el intestino, o el olor no solo se le pegaría a la ropa y nariz el resto del día, sino que podía impregnar la carne. Envoltió el corazón y el hígado en hojas y solicitó su ayuda para colgar al animal de una rama gruesa y despellejarlo.

Denny observó con atención, seguro de que la próxima presa tendría que limpiarla él, por mucho que le desagradara la sangre y el tacto rasposo del pelaje del animal.

—Ojalá tuviésemos dónde recoger la sangre. Es una gran fuente de alimento que les vendría bien a los más pequeños, pero esta vez tendremos que conformarnos con la carne.

Cabeza, piel y vísceras fueron a parar al agujero, que Denny había cavado en una zona indicada por el anciano, cuya tierra estaba húmeda y esponjosa. Luego, ataron los restos a una rama larga y los cargaron entre los dos.

El muchacho se encontraba entusiasmado, y hasta algo eufórico al imaginar las caras de asombro de sus hambrientos compañeros de marcha. La presencia del navajo había disipado sus miedos, como si nada malo pudiera ocurrir mientras él estuviera para cuidarlos.

«Garra de águila» tenía una apariencia imponente para su edad, pero no solo se debía a su físico, sino al poder de los espíritus que le acompañaban. A través de ellos supo que sus nietos estaban de camino y fuera de peligro, de momento.

20. GENES DOMINANTES

—Si no fuera por las bicis, estaríais atrapados en bucle buscando una moto, no gruñáis tanto —dijo Adam, pedaleando con energía y esquivando una mesa, de la que solo quedaba el tablero ajedrezado, desteñido por la intemperie.

Los más optimistas, los que salieron primero, adivinando que la situación podía empeorar, habían cargado con toda una serie de cachivaches inútiles, de los que tuvieron que deshacerse más pronto que tarde. Sin coches en los que circular, maletas, recuerdos y fruslerías conformaban una carga inútil.

Los que salieron después, viendo el panorama, habían pensado lo mismo que ellos y requisado los vehículos de dos ruedas a motor, por lo que no encontraron ni una sola moto útil en el vecindario en el que pernoctaron ni en el siguiente.

Adam llegó por la mañana, poco después de que saliera el sol. Por fin la moto había empezado a fallar y se paró a unos kilómetros de donde esperaba encontrarlos. Por suerte, en uno de los garajes a los que se asomó, descubrió las bicicletas de toda una familia, organizadas pulcramente en ganchos colgados del techo. Descolgó una y se marchó a buscarlos, tomando nota de la ubicación del garaje, por si acaso no encontraban algo mejor.

Su hermano se puso a despotricar enseguida.

—Ya te dije que los caballos no estarían.

—Ya te dije que quería verlo con mis propios ojos.

—Pues te has pegado una paliza para nada.

Adam calló su desacuerdo. Dieciocho caballos habían saltado la valla y confiaba en sus posibilidades de sobrevivir. Los que subestimaban la inteligencia de los animales terminaban necesitando su ayuda y sufriendo cuando no podían obtenerla.

Perdieron otro día en buscar en garajes, talleres de automóviles y por los alrededores de pequeños comercios del extrarradio donde se reunían los jóvenes a tomar cervezas a deshoras.

—Alguien más ha pensado lo mismo y por mucho que te cabree, no vamos a encontrar ninguna moto —dijo Adam.

—Yo voto por coger esas bicis de las que hablas —intervino Yairetz, contenta de que hubiese vuelto a reunirse con ellos.

—Mejor que ir andando —asintió Roy.

Como la alternativa era esa, volvieron al garaje y descolgaron el resto de las bicicletas, excepto una demasiado pequeña.

Yairetz escogió la única sin marchas, era una sencilla bicicleta de paseo con cesta en el manillar.

—Te la cambio, si quieres. —Le ofreció Adam la suya.

—No sabría qué hacer con las marchas, ¡y suerte que sé ir en bici porque aprendí de pequeña en el parque! Hay amigas mías que no aprendieron nunca.

La mención a su vida pasada la dejó algo melancólica. Ocurrían demasiadas cosas y había que estar en alerta permanente, no había tiempo para nostalgias.

Jason, a pesar de que sentía pinchazos en el costado herido, tomó la delantera y Roy le siguió con cierta inestabilidad, debida a los años transcurridos desde la última vez que pedaleó. Él coleccionaba *Ferrari* y hubiese dado cualquier cosa por tener una carretera despejada por la que ponerse a doscientos por hora con uno.

Adam se quedó junto a la mujer, riéndose por sus esfuerzos en mantener el equilibrio y esquivar porquerías abandonadas en el asfalto, además de cadáveres. Estos se irían incrementando a medida que avanzaran y ya les había prevenido sobre las moscas y el hedor insoportable, que llegaba muy lejos. De su rancho había cogido mascarillas sobrantes de la pandemia y gafas de sol y de trabajo para la avalancha de insectos que tendrían que soportar. Por experiencia sabía que no solo el olor de los muertos descomponiéndose se hacía insufrible, las moscas, que habían estado encima de ellos, metiéndose en su boca y nariz, casi le hacen vomitar.

—Oye, ¿qué le pasa a tu hermano contigo? Cuando se lo propone, es de lo más desagradable —inquirió ella.

—Me tiene envidia porque soy más guapo y listo que él —contestó Adam, sonriente bajo su mascarilla.

A pesar de su contestación, estaba preocupado por la excesiva irritabilidad de Jason. Tenía una paciencia infinita con él y le toleraba casi todo, aunque no entendía su negativa a hablar con Denny, que estaba muy preocupado por su silencio.

Le había pedido el cargador solar a su hermano durante su convalecencia para encargarse de tener al muchacho informado de que se encontraban bien. Jason, en cambio, no quiso ponerse ni una vez. Se encontraba débil y mareado tras la pérdida de sangre, pero cuando se recuperó no tenía excusa.

Tan pronto se mostraba excesivamente protector con sus hijos como no quería ni hablar con ellos. Esas contradicciones sacaban de sus casillas a Adam y eran la razón de su permanente vigilancia y las continuas visitas a su casa. Denny necesitaba una presencia coherente en su vida.

La relación entre los hermanos no fue complicada hasta la llegada de los abuelos. Cada uno tenía su lugar asumido: Jason era el primogénito y el favorito de su padre, aunque le mortificaba su aspecto. A medida que crecía, se parecía más a él en cuanto a carácter y, sobre todo, en físico. Adam, de piel menos atezada y pelo castaño en lugar de negro, era despreocupado, díscolo y jamás buscaba la aprobación de su progenitor, sino la de su hermano, al que le unía un lazo tan invisible como fuerte.

Los hermanos volvían del colegio y se apresuraron al ver a tanta gente en la puerta de su casa. Se colaron entre los curiosos hasta entrar al jardín y observaron sin pudor a la pareja de indios y su caballo, que se había cagado al lado del macizo de rosas de su madre. A Adam le pareció gracioso y empezó a reírse, Jason, en cambio, frunció el ceño, imitando el gesto de su padre.

La pareja los observaba con tanta atención como los miraban ellos. Todos sentían curiosidad.

—¿Quiénes sois? —les preguntó Adam.

—«Nube roja» —dijo el hombre mayor, poniendo una mano en el hombro de la mujer, y luego, llevándola a su pecho—. Yo soy «Garra de águila».

—Soy Adam y este es Jason —al ver el error cometido, rectificó—: él es Jason, yo soy Adam. ¿A quién buscáis?

—Me parece que a vosotros —dijo la mujer, con un tono tan dulce que el pequeño se sintió

reconfortado al instante—. Si sois hijos de Joe «Ciervo veloz».

—Nuestro padre se llama Joe, pero no «Ciervo veloz» —intervino Jason con hosquedad.

—Pues tú te pareces mucho a tu padre cuando era niño —volvió a decir la mujer, en tono mesurado.

—¿No vais a entrar? —preguntó Adam, ignorando a vecinos y curiosos que seguían haciendo fotos y videos con sus teléfonos—. Bueno, el caballo no. Se puede quedar en el jardín porque como suelte una de esas en la alfombra, a mamá le dará algo.

El pequeño río de su broma, al contrario que su hermano, que le golpeó en el brazo, pidiéndole silencio. Su madre los miraba desde la ventana, horrorizada, aunque no salió a buscarlos ni a presentarse. El que hizo acto de presencia, conduciendo como un loco, fue su padre. Frenó en seco, obligando a dispersarse a los curiosos que cerraban el paso al garaje y se apeó, caminando hacia ellos con el rostro demudado por la rabia.

—¿Qué hacéis aquí? —increpó a los recién llegados, ignorando a sus hijos.

—Hemos venido a conocer a nuestros nietos —contestó el hombre mayor, retirándose la larga melena blanca hacia atrás.

—No tenéis derecho. —Se acercó más a ellos para bajar la voz—. Marchaos ahora mismo de mi casa.

Los extraños mantuvieron la compostura, aunque la mujer intentaba que las lágrimas que tenía en la punta de las pestañas no se derramaran por sus mejillas.

—Joe, escucha... —Trató de ponerle la mano en el antebrazo y el otro dio un salto hacia atrás para evitar el contacto.

La mujer no pudo evitar que cayeran dos gruesas lágrimas de sus ojos, pero conservó la serenidad, como si el desplante no hubiera tenido lugar. El anciano se había dado cuenta, su gesto se torció y un peligroso relampagueo cruzó sus ojos.

—No hemos venido a quedarnos en tu casa de blanco, ni a meternos en tu blanca vida, pero las leyes nos otorgan el derecho de conocer y mantener contacto con nuestros nietos, que son de nuestra sangre. Las leyes tribales, además, nos obligan.

—Pues quedáis liberados de la carga, no quiero que conozcáis a mis hijos ni que se avergüencen de vosotros.

—A mí me gustan —intervino Adam.

—¡Id adentro! —les ordenó su padre, señalando con el dedo—. Y vosotros marchaos o llamaré a la policía.

El hombre sacó un papel, meticulosamente doblado, del interior de una bolsa artesanal que llevaba cruzada sobre el pecho y se lo entregó a su hijo.

—Esto es la orden de un juez tribal.

—Voy a llamar a un abogado.

Joe empujó a sus hijos dentro y entró él también en la casa, dejando a los recién llegados en el jardín con su caballo. Al cabo de unos minutos, la mujer cogió las riendas del animal y caminaron los tres hasta el límite de la propiedad. Se apostaron en la acera, mirando la casa silenciosa y esperaron, ajenos a la expectación levantada entre los vecinos.

Adam no se despegó de la ventana, aunque su madre, con un ataque de ansiedad, acudía cada poco a empujarlo escaleras arriba, hacia su habitación. Jason estaba en la suya con la puerta abierta y parecía furioso por la situación, igual que su padre. Él, en cambio, hubiese querido conocer a esa pareja que decían ser sus abuelos.

Según su padre, no tenía abuelos, por lo que supuso que habrían muerto, y esta le parecía una maravillosa oportunidad. Ninguno de sus amigos tenía unos abuelos indios.

Corrió a la ventana del dormitorio de sus padres, que daba al frente de la casa, para contemplarlos y retenerlos en su memoria porque estaba seguro de que su padre conseguiría echarlos. Siempre se salía con la suya, ya fuese en el trabajo o en casa.

«Nube roja» y «Garra de águila». Los nombres le sonaban tan perfectos para ellos que no se le ocurrió que pudieran tener otros. Y su padre había sido «Ciervo veloz».... Le parecía maravilloso y, de repente, le entraron muchas ganas de preguntarles si él también podía tener uno de aquellos nombres.

Bajó corriendo las escaleras y esperó a que sus padres se distrajesen para salir por la puerta de atrás. Ninguno se fijó en él, su madre retorció un pañuelo de papel entre las manos y su padre estaba al teléfono, hablando en tono airado con su abogado.

—Me dan lo mismo las leyes tribales y la mala prensa. No quiero que se acerquen a mis hijos.

Su madre lloraba, acobardada por sus gritos.

—¿Y quién ha llamado a la prensa? ¡Serán hijos de puta! No, no tienen derecho, son míos, no suyos, no quiero que aprendan sus costumbres ni que tengan contacto con ellos.

Al final de lo que a Adam le pareció un tiempo muy largo, su padre lanzó el teléfono contra la pared.

—¡Cabrones!

—Joe, ¿qué pasa?

—Si vamos a juicio, perderemos. La Nación Navajo irá contra nosotros y los políticos les darán la razón para no verse inmersos en un conflicto de identidades.

—Entonces, ¿se van a llevar a los niños?

Adam odiaba esas miradas que su padre le lanzaba a su madre cada vez con mayor asiduidad. Eran miradas de desprecio.

—Claro que no van a llevarse a los niños, pero podrán tenerlos en custodia durante un mes de vacaciones.

—¿Un mes al año? —preguntó ella, aliviada, como si pensara que no era para tanto.

El comentario arrancó una nueva mirada irritada a su esposo.

—Solo si ellos están de acuerdo.

—Son pequeños, ¿cómo van a...?

Joe alzó una mano para hacerla callar.

—Tienen mitad de sangre navajo, las leyes les permiten elegir si quieren conocer a su pueblo desde pequeños o prefieren tomar la decisión de adultos. Pero han de ser presentados a su familia nativa y pasar algo de tiempo con ellos antes de poder negarse.

Tras oír eso, Adam ya no pensó en salir a hurtadillas para ganarse una reprimenda de su padre. Después de todo, y por mucho que le costara a su progenitor ceder, tendría que hacerlo y él estaba deseando hablar con sus abuelos. Tenía millones de preguntas que necesitaban una respuesta, ahora que el secreto de su origen había salido a la luz y que su padre no podía negarse.

Llegaron más vecinos, amigos de vecinos y curiosos, y llegó la prensa, obligando a Joe a tomar una decisión poco meditada porque luego, al pensar detenidamente en lo ocurrido, creyó que el apresuramiento decidió el destino de su hijo menor, como así había sido. Pero también avivó la brecha entre Adam y él y, por ende, entre los hermanos.

A Jason nunca se le hubiera ocurrido llevar la contraria a su padre. Si él decía que no convenía hablar con los abuelos, no lo haría, porque era el mayor y conocía su opinión sobre los indios. Los despreciaba, así que despreciaba su parte india.

Adam era distinto, bebió todo lo que le contaron sus abuelos que, finalmente, entraron en

la casa por la presión de los medios. Su padre esperó fuera del salón mientras se entrevistaban con él, ya que Jason se retiró enseguida.

La Nación Navajo envió a un observador y Joe no tuvo opción. Adam pasó horas con sus abuelos, les cogió cariño de inmediato y decidió que quería conocerlos mejor y sus costumbres, todo ello supervisado, pero sin coartar su libertad.

Esos fueron sus inicios como *diné* y lo que creó el distanciamiento de su hermano y de su padre.

Todos los años esperaba con ansia el mes en que lo dejaban en un tren con un miembro de la Nación Navajo, designado por un tribunal, como acompañante y este lo ponía en manos de su abuelo «Garra de águila», que acudía a buscarlo a la estación a caballo.

El primer año trajo un caballo, pero a partir del segundo, otra montura le acompañaba, porque su nieto ya sabía cabalgar como todo un *diné* y se sentía orgulloso de su destreza.

Ese mes era el único que Adam esperaba con más emoción que el de navidad o cualquier otra festividad porque era una parte de su vida que podía invertir en correr por las praderas, pescar, nadar, cazar, dormir en el suelo, trepar a los árboles, explorar, practicar con el arco, aprender la lengua *diné*, hablar con los caballos, montarlos y cabalgar con la manada, y todo lo que la naturaleza guardaba para el que quisiera disfrutarlo.

Ese mes era libre de expresar lo que llevaba en su interior.

Ese mes era libre.

Adam regresó al presente gracias al zumbido de las moscas, que se le echaban encima como cortinas negras, le lamían el rostro y daban paso a las siguientes.

Yairetz gimió de asco y se acercó a ella, que pedaleaba por delante de su bicicleta, concediéndole intimidad para sus recuerdos. Le palmeó la espalda, invitándola a acelerar. Estaban en el perímetro que rodeaba la ciudad donde más personas habían muerto. Muchos, la mayoría, a manos de salteadores que esperaban para apoderarse de sus provisiones de comida y agua, aunque también en accidentes de coche, en peleas o vaya usted a saber.

Los hombres se mataban sin razón, no la necesitaban para ejercer la violencia que llevaban dentro.

21. RETOS DIARIOS

Los animales salvajes sabían comportarse, no así los perros que, abandonados por sus dueños, vagaban en solitario o en manada y eran más peligrosos que los lobos, pues habían probado el sabor de la sangre humana y, dada su falta de instinto para cazar presas peligrosas, se contentaban con el trofeo de los que no podían defenderse de un ataque sorpresivo: sus antiguos amos.

En campo abierto eran numerosos y constituían un peligro a tener en cuenta porque querían comer y no temían las armas.

El ataque llegó de noche, cuando el grupo de vanguardia, encabezado por Fay, se encontraba descansando al raso. Uno de los centinelas oyó gruñidos y pensó que se trataba de algún animal pequeño, que huiría en cuanto se encontrase cerca de la luz.

La agresión resultó tan rápida e inesperada que solo tuvo tiempo de disparar su arma al aire, pues ya tenía ambos brazos entre las fauces de sendos perros ansiosos de sangre. Cuando cayó al suelo, otro le mordió la yugular y apenas pudo debatirse, pues tenía a veinte más encima.

La otra muerta fue una mujer que había salido a orinar. Se alejó del campamento y, cuando escuchó el disparo y se disponía a volver, se vio derribada por unas patas en la espalda que le hicieron perder el equilibrio.

El campamento se había despertado y ahuyentaron a los perros, pero no pudieron hacer nada por sus compañeros. Los mordiscos caninos se habían llevado trozos de carne de zonas vitales y se debatían en vano para no desangrarse por los boquetes abiertos.

A partir de ese momento, se implantó una suerte de psicosis y no podían ver a un perro sin que alguno le atacara con un palo o lanzándole piedras para ahuyentarlo, aunque con la esperanza de darle en la cabeza y acabar con él. Por las noches, ya no disfrutaban de descanso reparador, otra inquietud se había instalado a su lado para quedarse, sumándose a las que cargaban.

El camino, además, había empezado a tomar el desnivel propio de la subida a los terrenos montañosos y, si hasta el momento resultaba llevadero, el panorama cambió pronto al requerir mayor energía de la que tenían. Descansaban más a menudo y les fallaban las fuerzas.

Empezaron a formarse corrillos con los descontentos y Fay tuvo que azuzar a Frank y a su nuevo valedor, el hombre fornido llamado Antoine, para que terminasen con la actitud derrotista de los que querían detenerse a descansar.

—Estamos agotados —dijo uno de los hombres casi sin resuello, sentado en el suelo y con los hombros caídos.

—¿Has oído a alguna de las mujeres quejarse? —le preguntó Antoine con un leve acento.

El color de su piel, su aspecto y su acento delataban su procedencia jamaicana. Era alto y siempre llevaba manga corta, por lo que podían verse las cicatrices alargadas, formando líneas en relieve sobre su piel negra. Por su disposición, parecían hechas a propósito, no fruto de algún accidente o reyerta.

El hombre sentado negó con la cabeza para no llevarle la contraria, aunque las que

abogaban por el descanso eran las otras dos mujeres del grupo. Fay no acusaba el cansancio, tan deseosa de llegar, que relegaba la permanente sensación de sed y hambre.

—Descansaremos lo que queda de tarde y esta noche —dijo Frank, dando por terminado el enfrentamiento y evitando la mirada de reproche de Fay.

Él tenía menos ganas de llegar a su punto de destino. Pese a lo que dijera la mujer, consideraba más segura la idea de Libby de instalarse en alguna de las pequeñas poblaciones. Según sabía, en lo alto de la meseta había agua y caza, pero también peligrosos depredadores: osos, coyotes, lobos y un largo etcétera de amenazas contra las que no podían enfrentarse con su escasa munición.

Por su parte, no pensaba adentrarse en el bosque en busca de alimento si no era acompañado por varios hombres armados y tampoco confiaba en la buena voluntad de los indios.

Fay parecía no querer contemplar la posibilidad de que, en un enfrentamiento con ellos, habría bajas en ambas partes y desconfianza posterior, aunque ganasen al disponer de armas de fuego. Los nativos no querían colaborar si no era por la fuerza y en ese momento, ellos no se encontraban preparados para hacer frente a una jauría de perros hambrientos, así que mucho menos a personas sanas y en su terreno.

Aunque no lo reconocería, Frank empezaba a arrepentirse de su atolondrada decisión. Libby nunca hubiera accedido a ese plan descabellado, tenía uno propio que ahora veía más viable. Una población pequeña y abandonada sería un buen refugio y entablar amistad con los indios más productivo que atacarlos.

«Garra de águila» dormía, arrebujado en su manta colorida, adornada con flecos. Luc se había acercado a él buscando su calor y el anciano lo acurrucó contra sí y lo arropó.

Denny velaba. Le había tocado guardia y aprovechó para intentar hablar con su padre. Después del incidente con Frank, la batería del aparato solo cargaba hasta la mitad y el muchacho rogaba para que aguantara un poco más.

Su padre no le contestó esa noche, pero su tío sí y pudo hablar con él del encuentro con «Garra de águila». Adam lo conocía mejor que su padre y creía que ya era bastante mayor para saber que su madre había muerto, aunque no le contó las circunstancias ni que Jason había sido herido. En esos tiempos que les había tocado vivir, todos estaban en peligro.

—Es mejor que cuando hables con tu padre, no comentes que el abuelo os acompaña —le dijo Adam—. Querría acelerar la marcha y el camino es complicado.

—¿Estáis muy lejos aún?

Adam notó la ansiedad en la voz del muchacho. Era fuerte, más de lo que él mismo creía, pero era joven y todavía necesitaba la reafirmación de los adultos para sentir que iba por el camino correcto. Le había alegrado sobremanera saber que estaban con el abuelo, lo que le preocupaba era la reacción de Jason, que nunca había visto con buenos ojos la intromisión del viejo en sus vidas y despreciaba su forma de encarar el mundo.

A veces, Jason prefería ignorar el deseo de los demás de querer aportar su granito de arena, como si su trabajo consistiera en soportar el peso del mundo sobre sus hombros. Desde luego, él no le había pedido que ejerciera de hermano mayor a perpetuidad, sabía cuidarse solo.

—Tardaremos, pero os alcanzaremos. Mientras, tienes que seguir cuidando de Luc y del abuelo.

—El abuelo es el que nos cuida, ayer me fui de caza con él y conseguimos mucha carne para todos.

—¿Ya has aprendido a disparar con arco?
—En la granja se me daba mejor. El abuelo me pone nervioso y no sé lo que hago.
—Aprende todo lo que puedas de él; es el mejor cazador que conozco y Frank debería aprender también, por su familia.

La falta de contestación del muchacho le intrigó:

—¿Qué pasa, Denny?
—No pasa nada, tengo que cortar, la batería...
—Denny...
—Vale, pero no se lo digas a papá. Se preocuparía más y no quiero que os pase algo malo por venir corriendo. Tenemos comida y agua, yo...

—Denny...
—Frank y algunas personas más se marcharon hace días.
—¿Os dejaron?
—Dijeron que retrasábamos la marcha y que nos esperarían más adelante, preparando un campamento para quedarnos.

Adam resopló, evitando soltar lo que pensaba, y se obligó a inspirar varias veces.

—Tío Adam, no se lo digas a papá.
—No se lo voy a decir, tendrás que hacerlo tú la próxima vez que habléis.
El chico tragó saliva de forma audible.
—Se enfadará más si lo descubre cuando lleguemos —le dijo su tío con calma.
—De acuerdo, lo haré.
—Y yo le diré que cargue su radio, creo que la tiene sin batería y por eso no te ha contestado.

—¿No está contigo?
—Nos hemos separado unas horas, yo quería comprobar que los caballos estaban a salvo.
—¿Y lo están?
—Se han ido, pero ellos saben cuidarse.
—Los echaré de menos —dijo el adolescente con lástima.
—Yo también, pero cada uno tenemos nuestro camino. El tuyo y el mío se volverán a cruzar pronto, es una promesa.

Denny cortó la comunicación con muchas sensaciones en el pecho: alivio por haber hablado con su tío, tristeza por la huida de los caballos del rancho y angustia por tener que contarle a su padre algo que le desagradaría y que seguramente le haría acelerar la marcha de forma peligrosa.

El resto de la guardia lo pasó caminando de un lado a otro alrededor de los cuerpos de los durmientes que se apiñaban todos en un mismo sitio para protegerse y darse calor. La única que permanecía apartada era Naomi. Llevaba desde el día anterior rehuyendo cualquier compañía y Denny se enteró por casualidad de la razón de su súbito retraimiento.

Esa mañana, mientras desayunaban algo de la carne asada sobrante, antes de ir a recoger el agua de los plásticos y de las zonas de pradera húmedas de rocío, Libby se sentó al lado de «Garra de águila». El viejo, que había dejado a Luc tapado con la manta, puesto que seguía dormido, se calentaba las manos en el fuego recién encendido. A pesar de su buena forma, sus huesos acusaban el relente nocturno.

—¿Puedo hacerle una consulta delicada?

El viejo asintió sin titubeos. Le caía bien la mujer de cabello rojizo y piel blanca, ocultos ahora por una capa de suciedad, tierra y sangre apelmazada. Su ropa, como la de todos, podía

haber caminado sola hasta los confines del mundo.

Después de las dos primeras semanas, se habían inmunizado contra los malos olores, así que no se olían los unos a los otros. Sin embargo, había cuestiones delicadas para las que no tenían solución a largo plazo y el navajo quizá pudiera serle de ayuda.

—Algunas mujeres ya hemos menstruado y nos las hemos arreglado con tampones y compresas que cargamos desde que nos fuimos de casa. —Libby no solía andarse con rodeos y esta vez tampoco lo iba a hacer—. Pero se ha terminado todo lo que pudiera servirnos, no quedan ni siquiera prendas para usar como trapos y aunque antes las cogíamos de cadáveres recientes, ahora no podemos contar ni con eso.

El viejo volvió a asentir y se miró la piel curtida de sus manos, sucias de la sangre seca del jabalí, de la grasa y la tierra que le habían ennegrecido las uñas. Ni con un prolongado baño como el que se había dado al esquivar a los hombres de la orilla del lago conseguiría quitarse la mugre.

Él estaba acostumbrado a los olores fuertes de las pieles y de los animales, incluso de las personas. En el campamento se bañaban y se aseaban a diario. Aunque no olían a jabón perfumado, usaban plantas de las que se fabricaban los jabones comerciales: saponarias y hojas de abedul tostadas al fuego y convertidas en ceniza. Servían para limpiarse y para lavar la ropa. En cambio, el olor agrio del grupo era ominoso y hasta dañino para la salud.

Ya había pensado en eso el día anterior, mientras estaba cazando con Denny. El riachuelo donde bebían los animales sería un buen lugar para que todos pudiesen lavarse un poco, aunque fuera las manos y la cara.

Lo que la mujer le estaba planteando, sin embargo, no se le había ocurrido y era una cuestión que debía abordarse. «Nube roja» podría asesorarlas mejor, pero él podría ayudarlas hasta que llegaran al poblado.

Elevó la vista al cielo, el día sería despejado.

—Voy a buscar musgo, ven conmigo y te enseñaré dónde crece. Es una solución que tendrá que servir. Mientras, Denny, que nos está oyendo, ayudará a desplegar las tiendas de campaña y airearlas. Harán falta para abrigarse porque hoy toca baño y colada.

El adolescente se sonrojó por haber sido pillado, pero entendió el exilio de Naomi. Desde que ponían las trampas juntos, hablaban de las cosas que les inquietaban con la naturalidad de la reciente amistad y Denny estaba preocupado por su repentino mutismo. Su condición femenina era otro reto, sumado a los numerosos que afrontaban cada hora de cada día.

Cuando creían tener dominado un problema, surgía otro y uno más. El mundo se había convertido en un lugar de aprendizaje continuo en el que los desafíos se sucedían.

22. PIEZA OCULTA

Denny y Naomi habían acordado guardar silencio sobre un tema delicado del que se enteraron poco antes de la llegada de «Garra de águila». Se trataba de una información que podía ser buena o mala, pero que, de momento, solo serviría para distraerlos, algo desaconsejable cuando se trataba de sobrevivir.

El día después de que el grueso del grupo los abandonase, Naomi y él se encontraban recogiendo escaramujos de una zona alejada del campamento. Sus frutos contenían mucha vitamina C, según explicó ella, pero había que retirar las semillas del interior antes de consumirlos en crudo. Parecía distraída y pensativa y Denny le preguntó.

—¿Recuerdas que Greg deliraba cuando estaba enfermo?

—Todos pensamos que moriría de la fiebre —asintió él.

—Le he preguntado hace poco sobre eso...

—Y no se acuerda de nada, ¿no? Es lo que suele pasar cuando tienes fiebre.

La muchacha le lanzó una breve ojeada.

—Sí que se acuerda y estos días atrás, cuando montamos el campamento, me habló de ello.

—¿Y?

—Pues que no sé qué pensar.

Él dejó de coger frutos, esperando que continuara.

—Me dijo que era ingeniero de datos cuando pasó lo del apagón y que él sabía que se iba a producir.

—Todos lo sabían después de que ocurriera.

—Él lo sabía antes. Según me dijo, conocía el momento exacto y se llevó a su familia a un lugar habilitado con paneles solares y comida en abundancia.

—¿Lo dices en serio? —Denny continuaba escéptico.

—Es complicado. Parece que fue uno de los responsables, aunque, según dijo, puede y quiere solucionarlo.

—¿Solucionarlo a estas alturas? —preguntó Denny con brusquedad—. Los muertos no van a resucitar. Mira dónde nos encontramos y en qué condiciones...

—Solo te digo lo que me dijo él.

Denny se levantó.

—Vamos, esto tenemos que aclararlo.

Encontraron al hombre recogiendo hongos en una zona umbría del bosque. Los guardaba con cuidado en una cesta tosca, fabricada con ramitas, y Naomi se fijó en que se desmontaría antes de llegar al campamento.

—Greg, cuéntale a Denny lo que me dijiste a mí el otro día.

—Me pones en un compromiso...

—Querías protección para llegar al lugar al que tienes que ir. Solo lo conseguirás si cuentas lo que pasó.

Greg Tomlin parecía desconfiado. Lo usual entre los supervivientes. Además de ser

arrojados a un mundo reacio a acogerlos de buen grado, todos habían visto y experimentado demasiada crueldad por parte de sus congéneres.

—Siéntate —le pidió ella—. Y tú también, Denny.

—¿Podemos ir al sol? Con la humedad me duele más.

Aún se encontraba convaleciente de la herida de bala que casi termina con él y era el primer día que ayudaba a recoger comida, no quería ser demasiada carga.

Denny los precedió hasta un claro soleado y tomaron asiento sobre la hierba templada. Naomi le quitó la cesta de las manos a Greg y empezó a tirar de las fibras que unían las ramitas, cuidando de no aplastar los hongos. El hombre sería un cerebritito, pero las manualidades se le daban fatal.

—Si los demás se enteran de esto, querrán matarme...

—Como comprenderá, razones no les faltan, si de verdad usted fue responsable del caos que vivimos ahora mismo —le interrumpió el adolescente—. Pero yo solo quiero saber, no pienso compartirlo si no es necesario.

—Yo era ingeniero de datos en una de las mayores empresas del sector. Junto con China y Rusia, estábamos a la vanguardia de las IA, que iban mucho más allá de lo que el público general conocía y usaba todos los días. Trabajábamos con programas muy sofisticados en proyectos de futuro.

El muchacho asintió, pero quería que fuese al grano. Su información sobre inteligencia artificial era escasa.

—Los equipos de los tres laboratorios nos conocíamos y teníamos una relación cordial, aunque competitiva. Desarrollamos un súperprograma entre todos y hablábamos cada poco tiempo para comparar notas...

—Los hechos, Greg —pidió Naomi.

—Los hechos fueron que empezamos a pensar que la IA en la que trabajábamos podía erigirse como termómetro de la humanidad. Aprendía del desarrollo humano, de los errores y faltas que cometíamos, y llegó un momento en que vaticinó que nuestra raza se extinguiría por exceso en un periodo muy corto.

—¿Por exceso de qué? —preguntó Denny.

—De todo: de población, de consumo de recursos, de contaminación, de expoliación.

—Eso viene diciéndose desde antes de mi nacimiento —dijo Naomi—. Y nunca ha pasado nada.

—Pero se agravaba cada año, cada mes...

Los jóvenes le miraron, esperando que continuara.

—Había que poner freno a semejante escalada, antes de que nos matásemos unos a los otros, un camino que explorábamos cada día a base de guerras por el crudo o por cualquier otro asunto. Los tres equipos nos reunimos y decidimos dar carta blanca a la IA para que propusiera soluciones a corto plazo. Funcionaron, pero quisimos abarcar demasiado y él empezó a tomar decisiones.

—¿Él? —indagó Denny.

—Llamamos Thor a la IA —contestó Greg—. Por el martillo que soltaba truenos y sacudía el mundo y todo eso...

Si pretendía hacer una gracia, le salió bastante mal porque ninguno de los jóvenes rio, por el contrario, Denny lo miró con algo de lástima por el conato de chiste ante una situación tan grave.

Su aspecto era el de un hombre que debió tener un sobrepeso considerable antes del

apagón. Había adelgazado mucho y la piel le colgaba flácida, como si se estuviese derritiendo por dentro.

—Thor tomó la iniciativa, creó una especie de empresa, se hizo con recursos considerables y construyó tres búnkeres, más o menos cercanos a nosotros, con lo necesario para acogerle.

Debió ver la cara de incredulidad de Denny, porque aclaró:

—Para instalar en ellos los mejores procesadores jamás ideados, con un equipo autónomo capaz de generar corriente durante décadas y sin fallos. Los programas necesitan soportes físicos y corriente eléctrica para funcionar.

Naomi estaba tan atenta como Denny. Conocía la historia a grandes rasgos, pero le interesaban los detalles.

—La prioridad de Thor era salvaguardar a la humanidad y la única forma que consideró viable era deshacerse de los excesos, por lo que tomó una decisión, tras comprobar los resultados de varios ciberataques contra grandes ciudades. La energía era el talón de Aquiles humano que aprovecharía para depurarnos.

—Habla como si los programadores o lo que fueran ustedes no hubiesen tenido parte... —refunfuñó el adolescente.

—Resultó imposible detenerlo, eliminó nuestros permisos hasta que hubiera cumplido su cometido, aunque nos advirtió para que nos protegiéramos de lo que estaba por venir. En el futuro nos necesitaría porque es un programa, no tiene autonomía suficiente para repararse ni para solventar problemas físicos.

—Así que, para preservar a la humanidad, tenía que cargarse a casi toda la humanidad —sintetizó Naomi.

—Me temo que no se trata de un tema ético, sino de simple aritmética de supervivencia.

—Entiendo que esto ha pasado en todo el mundo, ¿no?

El ingeniero asintió.

—Y si se ha apagado internet, ¿cómo controla Thor que todo vaya según lo previsto? —preguntó Denny.

—A través de los satélites que orbitan el planeta. Transcurrido un mes desde el apagón, los ingenieros de los tres laboratorios volveríamos a tener permisos para intervenir. Para ello nos proporcionó las coordenadas de los tres búnkeres en los que se encuentran los procesadores que le dan vida. Podríamos volver a restaurar la energía y todo debería normalizarse.

—Pero nada va a volver a la normalidad —dijo el chico.

Las ciudades estaban destruidas, las antenas de comunicación y los generadores habían sucumbido o explotado, los cables de corriente estarían dañados y restaurarla sería arriesgarse a incendiar lo poco que quedaba en pie.

—Thor es un programa creado para ofrecer soluciones y los resultados que logró eran impresionantes. El planeta necesitaba un alivio de la contaminación medioambiental y las cifras indicaban que estaba cumpliendo su cometido. Regulaba el tráfico aéreo y el de vehículos en las zonas más afectadas, aumentaba las flotas de transporte público para hacerlo más accesible y tenía total dominio de los programas que controlaban cada ámbito, de forma que podía modificar su código base y aliviar el proceso de contaminación.

—A ver que me aclare: Thor se creó para reducir los niveles de contaminación en determinadas zonas —sintetizó Denny—. ¿Y en qué momento pasó de eso a cargarse a la humanidad?

—Ese fue un fallo nuestro. Pasamos de esos parámetros a pedirle unos que garantizaran nuestro bienestar a largo plazo. Cumplió su primera norma de no dañar a ningún humano, y no lo

hizo directamente. Su cometido era preservar la raza humana y esta fue su contestación: para sobrevivir en el tiempo había que hacer un reseteo que nosotros mismos iniciaríamos.

—¿Y no avisaron a las autoridades? —intervino Naomi.

—No nos creyeron y tampoco hubiesen podido hacer nada.

—Excepto volar los servidores con el programa.

—Eso hubiera terminado con Thor, no con el proceso iniciado, que no tenía vuelta atrás.

El muchacho pensó que si en todo el mundo había ocurrido lo mismo, el objetivo de Thor se había cumplido de sobra: con semejante desastre, en el que debía haber perecido la mitad de la humanidad por lo menos, los niveles de contaminación se habrían reducido de forma drástica, ¿no?

23. DESENGAÑOS Y REVELACIONES

Aquella noche ocurrieron dos incidentes que enturbiaron la convivencia entre los cuatro ciclistas: un desengaño y una revelación inoportuna como consecuencia del mismo.

Durante el primer día tuvieron que caminar empujando las bicicletas del manillar. Resultaba imposible pedalear con la cantidad de obstáculos que obstruían la carretera, por no hablar de las nubes de insectos que se les posaban en cada centímetro del cuerpo y del hedor que les hacía lagrimear y vomitar.

Las mascarillas y las gafas de Adam cumplieron su función de protegerles ojos y boca, no obstante, convenía dejar atrás ese cinturón de muerte que rodeaba la ciudad sin pérdida de tiempo.

No detuvieron la marcha hasta que dejaron atrás lo peor. Se sentían agotados, pero les sería imposible descansar en esas condiciones y mucho menos comer.

A medida que se alejaban de las inmediaciones de la ciudad, el panorama se iba despejando, los coches detenidos y los obstáculos se encontraban más espaciados y pudieron subir a las bicicletas y avanzar con cuidado.

Tras veintinueve horas sin parar, Yairetz creía que caería desmayada en cualquier momento. Adam iba detrás de ella, cerrando la marcha y la vio dar bandazos preocupantes.

—Descansaremos aquí —gritó.

Jason y Roy, ambos pálidos por el cansancio, detuvieron sus bicicletas casi de inmediato.

Salieron del camino hasta una zona despejada y se dejaron caer en el lugar elegido por Adam, detrás de unos arbustos secos que les ocultarían de ojos curiosos. El medio navajo, además, creó un perímetro con una cuerda fina y ramas delgadas, colocando un puñado de cascabeles que llevaba envueltos en un trozo de tela.

Comieron raciones de las de Jason para llenar algo el estómago y porque no querían entretenerse, tenían más sueño que hambre. Bebieron agua y en dos minutos los cuatro dormían, a pesar del sol, que caía a plomo sobre sus cabezas.

Por la mañana del día siguiente continuaron con mejor disposición y con algunas agujetas por el esfuerzo al que se habían sometido las jornadas precedentes.

Los coches accidentados o atracados, sin embargo, seguían dando problemas y no por la cantidad, sino por los cristales rotos, dispersos a su alrededor, que podían pinchar las ruedas de las bicicletas. Jason consultó el mapa e indicó una carretera secundaria, paralela a la principal y más despejada.

Él se quedó en retaguardia, dejando delante a su hermano y a Roy que parecían estar bromeando. Le apetecía algo de tranquilidad y podrían adelantar un buen trecho sin tener que esquivar más que algún cadáver solitario, desposeído de todas sus pertenencias.

Aquel camino debió ser un punto crucial para emboscar a los que, al igual que ellos,

prefirieron dejar la carretera principal colapsada. Después de tantos días, los incautos dejaron de pasar y hasta los ladrones tuvieron que desalojarla, puesto que no había agua en kilómetros ni víctimas a las que robársela.

—Últimamente no has hablado con tu hijo —dijo Yairetz, pedaleando a su lado.

—Últimamente he estado algo ocupado.

Ella se abstuvo de decir que hacía tres días que habían salido de la ciudad y que podía haber encontrado el momento, porque le constaba que Adam hablaba con el adolescente.

—Si lo siguiente que vas a decir es que tendría que hablarle sobre la muerte de su madre, puedes ahorrártelo, ya lo sé.

—No es asunto mío y siento haber sacado el tema, ya veo que no te apetece la charla.

Yairetz pedaleó un poco más rápido, dejándolo atrás. Había querido entablar conversación, pero no sabía nada de él, excepto que tenía dos hijos al cuidado de unos desconocidos y una esposa a la que ella había matado. Como lo último no era un tema que conviniera tocar, se había lanzado a por el primero.

—Lo siento —dijo él, poniéndose a su altura—. Estoy todo el día dándole vueltas sobre cómo decírselo a los niños y temo la reacción de Denny. Es un adolescente y el último año nuestra relación no era tan estrecha como hubiera querido.

—Pues me parece un muchacho admirable. Si a mí con su edad me hubiesen dado la responsabilidad de cuidar de un hermano más pequeño, sería hija única.

—Se le ha acabado la adolescencia de la noche a la mañana.

Ella intentó palmearle el hombro para darle ánimos, pero, dada su poca habilidad sobre la bicicleta, estuvo a punto de caer tras dar un tumbo. Cuando consiguió recuperar el control, miró a Jason y soltó tal carcajada, que lo contagió.

Adam y Roy se giraron para ver qué pasaba.

—Me parece que tu hermano ya ha encontrado sustituta para su esposa muerta.

—Eres retorcido, tío.

—Yo no he creado las reglas sobre la perpetuación de la especie, así que las reclamaciones a quien correspondan.

El medio navajo continuó pedaleando con la vista al frente y el corazón en un puño. Al traficante le divertía la brecha existente entre los hermanos y le gustaba meter el dedo en la herida. El más receptivo era Adam, así que no perdía oportunidad de señalarle lo que él ya sabía: que Jason se había arrogado con el liderazgo sin consultar con nadie y que Yairetz sentía debilidad por él.

Ante la falta de otras distracciones, Roy se había fijado en que Adam tenía un interés por ella parecido al que sentía él mismo, aunque la balanza se había inclinado hacia otro lado.

—Dormiremos al abrigo de esa gasolinera —dijo Adam, una hora después, señalando al frente.

—Podemos avanzar un rato más, quedan unas horas de luz —protestó su hermano.

—Estamos cerca de la orilla de un río, si tenemos que encontrarnos con alguien, será allí. Y mejor que lo abordemos a la luz del día, no me fiaría de dormir tan cerca de gente armada y seguramente, desesperada.

Jason tuvo que reconocer la acertada observación de su hermano. Era preferible tener buena visibilidad. Se acercaban a los bosques y el aumento del número de cadáveres hacía pensar que las refriegas por acercarse a las orillas debieron ser intensas.

—¿Y seguro que quedará alguien? —preguntó Yairetz—. Aunque estén cerca del agua no tendrán comida...

—Si han sobrevivido es porque habrán asaltado a todo incauto que haya pasado cerca y nosotros vamos bien cargados. Seguro que tienen curiosidad por si llevamos mucha ropa en las mochilas —dijo Roy con ironía.

—Igual si les ofreces la droga que llevas tú nos dejan pasar... —sugirió la mujer en el mismo tono.

—Igual si les ofreces lo que tienes entre las piernas, nos dejarían seguir sin volarnos la cabeza. Sería tu ocasión de contribuir de alguna forma...

—Dormiremos en la gasolinera —sentenció Jason, atajando la discusión entre la actriz y el traficante, que empezaba a tomar un cariz personal.

En otras ocasiones ya había salido a relucir el descontento de ella por el contenido de la mochila de Roy. Ellos cargaban con exceso de peso entre las latas y agua, que empezaba a escasear. Habían racionado todo para que les durase lo máximo posible, pero pronto tendrían que abastecerse de agua. El ejercicio de pedalear requería de mayor aporte hídrico.

Llevaban, además de latas, barritas energéticas que, en realidad servían de poco, ya que la mayor parte de su contenido consistía en azúcares rápidos de quemar. Las latas tampoco eran lo más recomendable, pero les proporcionaban energía.

Comían media lata cada uno todas las noches. Al amanecer, antes de ponerse en camino, tomaban una de aquellas barritas de desayuno. En la parada del almuerzo, cuando el sol estaba más alto, se detenían a comer parte de las raciones proteínicas de Jason, que se estaban terminando, bebían agua y continuaban sin descanso hasta que caía la tarde.

El ritmo era agotador. Roy y Yairetz eran los que más lo sufrían. En cuanto se metían en sus sacos de dormir o se tumbaban sobre ellos, si hacía buena temperatura, se quedaban dormidos. Jason consultaba el mapa a la luz de la hoguera que se ocupaba de encender Adam, tanto para que les proporcionara calor como luz, además de servir para calentar las latas de comida.

—Podemos alcanzar a los niños en tres o cuatro días, a lo sumo —dijo a su hermano.

—Tendríamos que tomarnos un respiro o esos dos se quedarán atrás. —Adam señaló a la mujer y al traficante, dormidos desde que terminaron la cena.

Habían desalojado de artilugios tirados el suelo del taller, en la parte trasera de la gasolinera. Esa noche dormirían a cubierto, ya que había empezado a llover al poco de llegar.

Buscaron recipientes en los que recoger agua y la sobrante, la que no podrían llevarse, la usaron para lavarse por primera vez en muchos días.

Adam los dejó frotándose con un trapo, mientras él se iba a dar un paseo desnudo, dejando que la lluvia arrastrara el sudor y la suciedad acumulados. La medida era solo válida para el cuerpo, la ropa de todos seguiría sucia, por lo que la sensación de frescura duró apenas un momento, pero el efecto tuvo el poder de calmar los ánimos tempestuosos que llevaban fraguándose toda la tarde.

Después de poner las medidas de seguridad acostumbradas, consistentes en unas finas cuerdas, tendidas alrededor de donde iban a descansar, de las que colgaban un total de diez cascabeles distribuidos en tramos largos, se acostaron en sus sacos de dormir.

El interior del taller olía a grasa y a gases de escape viejos, bastante ominosos ahora que se habían acostumbrado al olor del campo, de las plantas frescas de rocío o resacas por el sol. El tufo a cadáver conseguía borrar cualquier otro perfume, pero a medida que se alejaban, los cuerpos dejaron de ser tan abundantes y los animales estaban dando cuenta de los restos.

Pequeños roedores hurgaban en la carne putrefacta, sumándose a los insectos que reptaban por debajo de las ropas, consiguiendo un efecto óptico perturbador, al dar la impresión de que se

movían. Luego llegaron los perros y coyotes, a los que se unieron una serie de animalillos atraídos por el olor.

Otros animales salvajes, en cambio, desaparecieron del entorno, les resultaba poco apetecible lo que para unos era una fuente de alimentación regalada.

Yairetz tenía el sueño inquieto esa noche. Adam se tumbó a su lado y la rodeó con un brazo, chistándole como se hace con los niños pequeños para que se calmen. Al poco, el remedio dio resultado y ambos se durmieron.

El viento que se levantó tras la lluvia, zarandeaba las cuerdas de las que colgaban los cascabeles. No obstante, fue algo distinto lo que despertó a Adam, sabía discriminar los sonidos y cualquier otra perturbación que indicara la ruptura del perímetro.

Lo que le arrancó del sueño fue la mano de Yairetz sobre la suya, guiándole hasta uno de sus pechos, y el suspiro que lanzó al meterla bajo su ropa y notar la palma masculina en la piel suave, caliente al tacto.

—Yairetz...

Ella no contestó ni varió la cadencia que le imprimía a su mano, como si se estuviera acariciando sola. Adam fue a retirarla y ella se la agarró con más fuerza, tirando hacia abajo, hasta meterla entre sus muslos.

A su pesar, él se estaba excitando, aunque no sabía si ella estaba despierta o en un duermevela que la había liberado de cualquier pudor. Sus suspiros se superpusieron y se pegó a la espalda de la mujer, buscando mayor contacto. Su mano ya no necesitaba guía, la acariciaba con dulzura, notando su ardor.

—Jason...

El nombre, apenas susurrado, acabó con cualquier rastro de excitación del hombre. Adam retiró la mano de entre las piernas de la mujer y se puso boca arriba, con el brazo cubriéndole los ojos, el palpitante de su pecho ya no solo estaba provocado por el momento erótico. La frustración que quería adueñarse de él, igual que había sucedido en el pasado cuando, presionado por las burlas de Jason, recién estrenado en sus labores con la DEA, decidió hacer algo que iba contra su naturaleza y se alistó en el ejército.

Se dio cuenta del error de inmediato, pero había firmado por un periodo de dos años y los tendría que cumplir de servicio o en la cárcel. Al final fue mitad y mitad. Resultó la peor experiencia de su vida, que se saldó con una profunda herida interior. Había matado sin motivos, y por razones que solo sus superiores debían conocer, y cuando no quiso seguir, lo privaron de su libertad, el mayor de sus bienes.

Al terminar su condena, se fue a las montañas. Durante un año entero vagó a su antojo, cazó, fue presa, durmió a la intemperie y no tuvo contacto con ser humano alguno. Necesitaba recomponer su espíritu en la única compañía que deseaba: la de los caballos.

«Garra de águila» fue a buscarlo y lo llevó al poblado, donde aprendió a reconocerse, a perdonarse, a convivir con personas de nuevo y terminar de sanar la herida que se había provocado al buscar la aceptación de su hermano, que nunca llegó. Le costó asimilar que Jason era como su padre, intransigentes con el tema navajo, y que jamás le perdonaría haber abrazado su cultura.

Quería a su hermano y estaba dispuesto a perdonar sus continuos desplantes. Lo único que no consentiría era que les inculcase a sus hijos su aversión heredada. Para Adam, sus sobrinos eran lo más importante, más que los abuelos, porque en ellos residía el futuro de todos, su legado.

Por la mañana, su ánimo estaba más templado, aunque prefirió mantenerse ocupado

recogiendo la alarma de cascabeles, acarreando tierra para asegurarse de que la hoguera quedaba del todo sofocada, y saliendo a cargar su bicicleta, a la que había añadido un invento, consistente en dos alforjas que colgaban del manillar, con un soporte para impedir que rozaran la rueda delantera.

Tendría que desecharla pronto porque, en cuanto empezaran a subir la montaña, le molestarían para pedalear, pero mientras era una forma cómoda de llevar varios litros de agua extra conseguidos de la lluvia nocturna.

—Te veo mala cara —le dijo Jason.

—No me gusta dormir en el asfalto, prefiero la tierra.

—¿Y no tienen que ver los suspiros que oí anoche?

—Eran resoplidos de descontento.

Roy soltó una risita y Adam lo fulminó con la mirada. Yairetz debía de acordarse de algo porque se sonrojó. Desechó seguir pensando en el tema, quería centrarse en lo que debía: alcanzar a sus sobrinos lo antes posible.

—Vamos, si nos apresuramos llegaremos en pocos días —dijo, esperando que los otros acelerasen sus preparativos.

—Anoche no tenías tanta prisa... —ironizó su hermano.

—Anoche olvidé mis prioridades y tú parece que las has olvidado esta mañana.

—Libby y Fay mantendrán a salvo a los niños.

—Si hablastes de vez en cuando con tu hijo mayor, estarías al tanto de las novedades.

—¿A qué te refieres, Adam? —preguntó Jason, poniéndose a la defensiva.

—A que tu querida Fay, con la que hablabas todas las noches, escamoteando el tiempo que deberías haberle dedicado a Denny, se ha largado con Frank.

Los pequeños y rasgados ojos de Jason se entrecerraron, los puños se le crisparon y esa reacción complació más a Adam de lo que hubiera deseado. Se trataba de sus sobrinos, no tenían la culpa de tener un padre imbécil, aunque se creyera muy listo.

24. EVOLUCIÓN

El liderazgo de Frank no sobrevivió a la experiencia de subir a las montañas.

La rebelión que se venía fraguando en su contra se hizo patente pronto y no tuvo más remedio que atenerse a continuar al poblado navajo o seguir solo.

Llegaron a las inmediaciones exhaustos, hambrientos y sedientos. Las bayas no les alimentaban, sus cuerpos enflaquecidos necesitaban aportes nutricionales diversos y las carencias se revelaban en forma de calambres y agotamiento permanente.

Fay no tuvo reparos en abandonar a dos hombres y una mujer, que se sentían incapaces de seguir ese ritmo y, de repente, a todos los demás les entró una enorme prisa por seguir. Si enfermaban por el agua estancada, que a veces era la única a la que tenían acceso, por debilidad o cualquier otro motivo, y los había a puñados, los próximos podían ser ellos.

Se habían cruzado con otros grupos, tan mermados y enfermos como el suyo, evitándose mutuamente. Nadie tenía ganas ni motivos para realizar el esfuerzo porque nadie tenía comida ni agua, la única salida era guardar fuerzas para enfrentarse a los que habían acampado cerca del agua.

Observaron en las inmediaciones del poblado cadáveres antiguos y recientes, abatidos por flechas, clavadas en diversas partes del cuerpo, aunque todas mortales.

—Estos no son de tan lejos, debían vivir en las poblaciones más cercanas al parque —comentó Fay, señalando el avanzado estado de descomposición y partes de los cuerpos desaparecidos por la acción de carroñeros.

—Eso quiere decir que los indios están sobre aviso y se defienden —advirtió Antoine.

—Ya os lo dije: ellos están sanos y, aunque tengan armas primitivas, también matan —apuntó Frank, relegado al grueso del grupo tras ser desalojado de la vanguardia.

Fay y Antoine no se molestaron en contestar, sin embargo, algunos murmullos preocupados se elevaron del agotado grupo. La mujer había dado a entender que no tenían rival con armas de fuego y poseían todos una; algunos dos, tras despojar de ellas a los muertos y enfermos que quedaron atrás.

—Me acercaré primero —dijo Fay, acallando los cuchicheos provocados por el comentario de Frank—. Si ven que no somos una amenaza, nos dejarán instalarnos con ellos.

—No era eso lo que...

Ella silenció a Antoine con un movimiento de la mano.

—Primero hay que conseguir que se confíen. Según Denny, solo son un puñado y la mayoría ancianos, mujeres y niños.

Fay tenía la mirada febril. Se encontraba mal desde varios días atrás, desde que habían rellenado las botellas en un riachuelo, cuya mansa corriente y turbio aspecto debería haberles alertado de que el agua se encontraba en malas condiciones.

Muchos habían bebido antes de que Antoine sugiriera hacer fuego y hervir el agua, para evitarse los problemas de los últimos compañeros que tuvieron que dejar atrás.

Aparentaba entereza cuando se adelantó hasta tener a la vista el poblado. Alzó las manos,

indicando que se encontraba sola y desarmada, y avanzó varios pasos más, hasta que una flecha se clavó a sus pies.

La propuesta del baño fue acogida con alegría por todos, en especial por los niños y por Naomi, incómoda por la aparición de su primera menstruación en tan difícil momento.

Buscó consejo en Libby porque tenía mucha confianza en ella. Hasta ahora había sabido capear todos los problemas y para la adolescente, este lo era. En realidad, lo era para la mayoría de ellas. En las conversaciones alrededor de la hoguera, cuando los niños dormían y el único hombre se había retirado, hablaban de estas y otras preocupaciones.

—A mí no me ha bajado desde que salí de casa —dijo una—. Es lo único bueno de pasar hambre, sed y miedo, me siento un poco menos sucia que vosotras.

La afortunada, en cambio, había sufrido otros problemas derivados de las carencias.

Todos tenían los ojos hundidos en sus cuencas, los pómulos marcados y sus codos y rodillas parecían tener más ángulos que nunca; no obstante, lo peor era la sensación de que el futuro se había apagado de forma tan drástica como la luz.

Naomi las escuchaba, incapaz de conciliar el sueño. Era terrible lo que estaba ocurriendo y ella no se encontraba preparada para afrontarlo. Tenía miedo todo el tiempo y solo le faltó la llegada tardía del periodo para que su ánimo terminase de caer.

Se lo había confesado a Libby con lágrimas en los ojos y una congoja en el pecho que no la dejaba respirar.

—No te preocupes, cariño, lo solucionaremos. —Le dio un abrazo y le retiró el pelo de la frente sudorosa.

Libby era la mejor líder imaginable. Dura cuando hacía falta, tenía una palabra de ánimo para todos y buscaba soluciones a los problemas cuando se presentaban que, en esos tiempos, era uno detrás de otro, cuando no llegaban a la vez.

La esposa de Frank abordó el tema con «Garra de águila» por Naomi, pero no solo por ella, era un problema que debían afrontar. Gracias a los conocimientos del navajo, estaban a punto de poder lavarse y lavar su ropa. Ellos solos nunca hubieran dado con el agua fuera de los circuitos más concurridos, a los que ya no podían acercarse.

Las otras mujeres, que conocían las dificultades de la joven, insistieron en que se bañara primero. Libby la acompañó y siguieron al viejo navajo hasta un riachuelo manso, cuyas aguas no superaban la profundidad de la rodilla y luego él las dejó a solas.

Libby llevaba un puñado de flores para enjabonarse, e invitó a la muchacha a entrar primero en el agua mientras ella vigilaba los alrededores. Quería darle intimidad dentro de un orden.

Naomi se metió en el agua y se sentó, con ropa y todo. A medida que el frescor la traspasaba, se la quitó y se frotó pelo y rostro con las flores. No era, ni por asomo, tan cómodo como una ducha en su casa, pero se sintió mejor que en mucho tiempo.

Todavía dentro del agua, le quitó la mayor parte de la mugre a su ropa, golpeándola contra unas piedras redondeadas de la orilla, las frotó con flores, en especial la entrepierna del pantalón y salió, envolviéndose en una tienda de campaña.

La lona raspaba sus hombros y su espalda, pero no le molestó, se sentía más ligera que en mucho tiempo. Se giró y tendió su ropa al sol, excepto sus braguitas, que se puso húmedas, colocando un pedazo de musgo en la entrepierna para que absorbiera la mayor parte de su flujo menstrual.

Realizó toda la operación de espaldas a Libby, dándole privacidad para que pudiese bañarse a sus anchas.

«Garra de águila» estaba apostado en un discreto lugar que le ofrecía buena vista del entorno. Sus ojos, acostumbrados al movimiento del bosque, detectarían cualquier peligro.

Las otras mujeres llegaron en tropel, todas ansiosas por lavarse, bromeaban y se salpicaban con regocijo.

Los niños se quedaron al cuidado de Denny y los dejaron más tiempo del imprescindible para asearse. Después del horror que habían vivido, necesitaban un rato para volver a jugar en el agua y olvidar que el cómodo mundo en el que nacieron y crecieron, había desaparecido, sustituido por otro menos amable en el que estaban aprendiendo a desenvolverse.

La salud de Luc había mejorado gracias a algunas plantas que trajo su bisabuelo, que le limpiaron el organismo de los restos de bayas, y de superar el recelo a comer hígado fresco. Esto último le había costado momentos de asco y arcadas, pero se había acostumbrado al olor de la sangre y a la textura del órgano, que obró maravillas en su recuperación.

Ahora jugaba con los otros niños, había ganado algo de peso por la ingesta de carne en la dieta y tenía un color sano. Ayudaba a su hermano mayor a lavar la ropa, tomándolo como un juego, golpeando en las piedras redondeadas las prendas, observando la mugre abandonar los tejidos en hilillos amarrados que se perdían corriente abajo.

El simple gesto de bañarse elevó el ánimo del campamento, abrió el apetito de los más desganados y predispuso a todos para tomarse mejor las palabras de «Garra de águila».

—Descansad bien esta noche, a partir de mañana el camino será arduo. Aunque no nos demos cuenta, empezaremos a ascender y nos cansaremos más. Además, pasaremos cerca de un lago, cuyas orillas están custodiadas por hombres armados con los que podemos encontrarnos, puesto que algunos tendrán que salir a cazar o a recoger frutos del bosque cada vez más lejos.

Conociendo el comportamiento de aquellos hombres, «Garra de águila» no dudaba de que continuarían allí, creyendo que con haber conseguido su lugar al lado del agua estaban a salvo. Por lo que el navajo había podido ver, no tenían idea de cazar y mucho menos de pescar. Su único sustento seguiría siendo el bosque y el alimento que pudiesen recoger en él, sin molestarse en dejar lo necesario para otras especies que vivían en las inmediaciones y se alimentaban de bayas y raíces.

Además de que cada vez tuvieran que desplazarse más lejos para buscar comida, los animales, a los que les habían cerrado el paso al agua y cuyo alimento vital estaban consumiendo, terminarían por volverse contra el ser humano para subsistir.

Eso no quiso decírselo a las mujeres y niños del campamento, que bastante cansados y asustados se sentían ya, pero si las especies pequeñas migraban de sus lugares habituales, los mayores depredadores podían resultar tan mortales como los hombres armados. Era una lucha por la supervivencia y no solo la humanidad la estaba librando.

Tarde o temprano, los custodios del lago terminarían moviéndose, ante la imposibilidad de alimentarse, pero ya habrían hecho un daño irreparable con el que tendrían que vivir, a no ser que los más perjudicados por su metódica esquilma de alimento se encargasen de pararles los pies.

Como a todos les molestaba la ropa húmeda sobre el cuerpo, que a esas horas nocturnas y con el relente resultaba un problema, decidieron taparse con las tiendas de campaña. No obstante, y sintiéndose limpios después de tanto tiempo, les repugnaba el olor de la lona sucia cerca.

Denny ayudó a apilar hojas sobre una zona de helechos altos, de forma que pudiesen cubrirse con ellos para pasar la noche.

La solución era puntual porque no siempre iban a poder detenerse en un lugar tan adecuado a sus necesidades. A medida que fueran ascendiendo, la temperatura bajaría y lo que ahora resultaba una molestia pasajera, se convertiría en un peligro para la salud.

«Garra de águila» decidió enseñarles a confeccionar mantas con ramitas flexibles y hojas. Abultaría mucho y su practicidad se limitaría a mantenerlos calientes, aunque acarrearlas todos los días resultaría penoso y no podían deshacerse de las dos tiendas que quedaban, ya que serían necesarias más adelante, cuando el relente nocturno se transformara en auténtico frío.

Tenían un largo camino por delante, que sería más complicado con los niños. Se sentían fuertes ahora, pero a medida que ascendieran, eso podía cambiar.

Por la mañana, antes de amanecer, despertó a Denny.

—Vamos, hijo, hay que cazar y ahumar parte de la carne antes de irnos de aquí

El muchacho se levantó algo entumecido, aún tenía la ropa húmeda. Se frotó los ojos y se puso en pie. Cogió arco, flechas y se cargó la mochila, de la que no se separaba nunca, a la espalda.

—Esto se va a complicar mucho, ¿verdad, abuelo?

—Eso me temo. Con los niños, vamos a ir mucho más despacio de lo que conviene —dijo—. ¿Quieres intentarlo solo?

El muchacho titubeó. El navajo le había enseñado a rastrear algunas presas y creía haber captado lo esencial, sin embargo, temía que, de hacerlo sin supervisión, ese día no habría caza para comer y para preparar de cara a jornadas posteriores.

Debían llevar los trozos de carne ahumados, bien envueltos en hojas y apretados con tiras de una variedad de junco que abundaba en ese bosque, de lo contrario, el olor atraería las moscas y a otros insectos de las inmediaciones.

Aunque llevaban días sin ver más que cadáveres esporádicos aquí y allá, los insectos estaban en todas partes. Se les pegaban a la piel y a la ropa tan a menudo que espantarlos se había convertido en un hábito. A partir del baño y el lavado de ropa, habían dejado de acosarlos con tanta saña. Era un cambio a mejor que todos agradecían en su fuero interno.

En cuanto la claridad del nuevo día se coló a través de las hojas de los altos árboles, se apostaron en un recodo del riachuelo usado para lavarse, a casi un kilómetro, corriente arriba.

—El lugar estará desierto durante un tiempo, a los animales no les gusta nuestro olor —explicó el viejo, tomando asiento con la espalda apoyada en el tronco de un pino añoso con heridas por las que destilaba savia.

El navajo había recogido varas de helechos y se dedicaba a despojarlas con cuidado de las hojas, que se llevaría más tarde para confeccionar esas mantas de las que les habló y que irían tejiendo a lo largo de los descansos. Portaba entre sus enseres, además, un recipiente moldeado con barro recogido de la orilla del riachuelo y puesto a cocer en la hoguera nocturna, que los demás se encargarían de mantener encendida y bien alimentada con ramas de los árboles que les indicó. La hoguera serviría para cocinar la carne de caza y para ahumar la que no comieran ese día; el recipiente, para recoger su sangre.

La función de las varas de helecho, en cambio, era un misterio para el muchacho. El navajo empezó a trenzarlas con paciencia, sin explicarle su utilidad.

—Ve ahora a cazar, te espero aquí.

Denny tardó mucho rato en encontrar un rastro claro. Quería impresionar a su bisabuelo y se cercioró de hacerlo según le había enseñado, por lo que se armó de paciencia y solo con la tercera flecha consiguió el trofeo ansiado.

A su vuelta, con el entusiasmo del que ha logrado una hazaña y un jabalí algo más pequeño

del que habían cazado el primer día, cargado sobre sus hombros, recibió la recompensa de una mirada apreciativa mejor que cualquier felicitación.

—Termina el trabajo mientras yo acabo con esto.

El muchacho no se demoró ni pidió ayuda para colgar al animal de una ancha rama, desollarlo y eviscerarlo. Era consciente de que debía aprender la lección porque nunca más volvería a saciar su hambre sin haberse ganado el derecho.

Desde que subió por primera vez a las montañas y conoció a los *diné*, había deseado formar parte de sus vidas. Esa era una parte de la forma de vida elegida que le desagradaba, aunque resultaba necesaria para alimentarse y alimentar a la tribu, así que estaba dispuesto a aceptarla, dejando de lado los escrúpulos.

Recordaba una conversación con su tío al respecto:

—Observa la naturaleza. Ningún animal vive del aire. Los carnívoros no podrían comer solo plantas o morirían por las carencias. Es tu elección dejar de alimentarte de animales, aunque no debes juzgar a los que lo hacen. Nosotros podemos elegir.

—No me veo capaz de matar a ningún animal...

—Pero en casa comes carne y pescado. ¿Acaso crees que sus muertes son menos cruentas por no presenciarlas? Los filetes no aparecen en bandejas esterilizadas en el supermercado.

Denny lo sabía, aunque nunca lo había pensado.

—¿Y cuánta de esa carne se tira a la basura por superar la fecha de caducidad? Muchos de esos animales fueron criados en cautividad y murieron para acabar en un vertedero. Los *diné* no desperdiciamos nada. Honramos a los animales y las plantas que nos alimentan. No viviríamos sin ellos.

El muchacho, manchado de sangre hasta los codos y con el estómago algo revuelto, se volvió hacia el abuelo.

—Ya está listo.

—Pues ve a lavarte, volveremos cuando regreses.

25. PRIMEROS RASTROS

El resultado de las palabras de Adam consiguió el efecto deseado: aumentaron el ritmo de pedaleo y las paradas de descanso se rebajaron a dos cortas por jornada, más la nocturna. El ambiente era tenso y el esfuerzo continuado no lograba disiparlo.

—¿Esto es culpa mía? —Abordó Yairetz a Adam en uno de los descansos para comer—. No recuerdo bien lo que pasó la otra noche, pero te pido disculpas si te ofendí de alguna manera.

—No deberías disculparte por lo que no sabes y, en todo caso, no hay nada que merezca una disculpa.

—Dormías a mi lado, pero no sé qué...

—Déjalo, hemos acelerado para alcanzar a mis sobrinos cuanto antes. Ahora que la carretera está bastante despejada hay que aprovechar.

Pasado el primer momento de frustración tras el incidente, Adam hizo un recorrido interior por sus sentimientos. Se había mantenido en retaguardia, dando a entender que prefería la soledad. Yairetz y Roy, además, se encontraban bastante ocupados siguiendo el ritmo que marcaba Jason y que los dejaba exhaustos.

Durante ese examen de sí mismo, controló la ira que le provocaba la sempiterna actitud de menosprecio con que su hermano le trataba. No estaba en su mano cambiarlo, ni modificar los sentimientos de la actriz, pero sí podía seguir tomándoselo con humor, que era mejor para la salud.

—Voy a adelantarme —le dijo a Jason esa tarde—. Puedo alcanzarlos más rápido si viajo solo.

Su hermano puso el grito en el cielo, pero no se ofreció a hacerlo él, puesto que se trataba de sus hijos. De hecho, a Adam le inquietaba la tranquilidad de Jason, que permanecía con la radio en silencio, sin contestar a las continuas llamadas de Denny, con el que no había hablado en mucho tiempo.

Adam se cansaba de justificarlo y notaba que su sobrino ya no insistía tanto en hablar con su padre cuando le llamaba a él para informarle de las novedades, como el encuentro con el abuelo. Esa noticia le alegró el ánimo. Con «Garra de águila» estarían a salvo. Otro asunto sería la reacción de Jason, que lo odiaba y aborrecía todo lo que representaba.

Durante el tercer día de ascenso a las montañas, sutil, aunque bastaba para entumecer sus músculos agotados, Adam ató el manillar de Yairetz con una cuerda, anudando el otro extremo a su sillín para remolcarla.

—Oye, que puedo...

El medio navajo desechó sus protestas, la pendiente era algo más pronunciada y el agotamiento de la mujer la había obligado a bajarse dos veces de la bicicleta para estirar las piernas doloridas. Durante el descanso del mediodía, pudo ver que se encontraba mejor para continuar sola.

Él quería dar una vuelta por los alrededores porque por la carretera no encontrarían a los niños. Estando con el abuelo, habrían abandonado el camino para adentrarse en los bosques, más

seguros en esos tiempos caóticos, aunque las jornadas fueran más largas y tortuosas. Se evitarían problemas con los pocos grupos que todavía seguían en pie y que se pegaban a la carretera con la misma saña que se aferraban a la vida.

Los rastros de los campamentos se percibían a simple vista, pero quería asegurarse de encontrar el de los niños. Halló restos de uno con un número considerable de marcas en la tierra dejadas por las piquetas de las tiendas. Las deposiciones de las inmediaciones, indicaban que su alimentación, a base de bayas y raíces, no sentaban bien a todos, puesto que sus digestiones apenas habían conseguido absorber los nutrientes.

Regresó al lugar en el que sus compañeros se habían detenido para cenar y descansar. Todos dormían, Yairetz y Roy arrebuados en sus sacos, más por el agotamiento que por el frío.

Se entretuvo en organizar el perímetro, como cada noche, y luego calentó en los rescoldos de la hoguera la media lata que le habían dejado para cenar.

Al día siguiente volvieron al mismo ritmo, con Adam tirando de Yairetz y Roy soltando juramentos cada vez que se quedaba rezagado. El medio navajo no le hizo caso, ocupado en pedalear, a pesar de que le ardían los muslos, y en observar cualquier rastro a uno u otro lado de la carretera.

Se detuvo poco antes de almorzar, obligando a los otros a seguir sin él. Los rastros del nuevo campamento descubiertos diferían del anterior. Allí se había detenido el grupo en el que iban los niños al completo, luego, se habían quedado solo cuatro tiendas. Así que ahí los había abandonado Frank.

Para cualquiera que no hubiera sabido interpretar rastros, la presencia de «Garra de águila» hubiese pasado tan desapercibida como si no hubiera estado allí, pero había cambios que no se encontraban en campamentos previos y eso era por la organización.

Había una hoguera mayor en el centro del espacio, que evidenciaba rastros de grasa. Las deposiciones de los alrededores tenían otra consistencia y la orina un olor diferente. Los que quedaron en ese campamento habían dispuesto de comida animal y de más cantidad de agua.

A partir de ese punto era cuando tenía que estar atento.

De haber viajado solo «Garra de águila», Adam no hubiese encontrado el rastro o le hubiera costado mucho tiempo dar con alguna huella. Por costumbre, el navajo se movía con cuidado de no alterar el entorno, sin embargo, las personas con las que viajaba arrastraban los pies, iban sobrecargados y no se cuidaban de ramas y matorrales bajos, rotos a su paso.

—¿Y ahora qué? —preguntó Roy con fastidio.

Yairetz le echó una ojeada desdeñosa, esa mañana habían vuelto a tener una discusión sobre el contenido de su mochila.

—¿Acaso crees que llevo drogas para negociar con ellas? Los drogadictos ya no existen, han pasado a ser una raza extinta —le dijo él, colocándose la mochila a su espalda.

—Entonces, ¿para qué cargas con ellas? Son un peso extra que podrías ahorrarte.

—Por si tenemos un accidente. Podemos rompernos algo y no hay nada que nos ahorre el sufrimiento.

—Me ofrezco a pegarte un tiro si te rompes una pierna —dijo Adam, guiñándole un ojo.

—Eres todo un caballero —contestó el traficante con ironía.

—Bienvenidos al nuevo orden sin garantías ni medicinas —exclamó Yairetz en el mismo tono.

—Hay medicinas si sabes dónde encontrarlas —dijo Adam—. A mis abuelos nunca les ha hecho falta acudir a la farmacia y, créeme, cuando vives en el bosque, muchas veces necesitas antibióticos para las heridas y calmantes para el dolor. A los animales no les gusta que invadan

su territorio ni que los cacen, y suelen resistirse.

—Perdona si no confío tanto como tú en los remedios naturales de los indios... —rezongó Roy.

—Yo que tú, revisaría ese estrecho concepto que tienes sobre los pueblos nativos —le advirtió el medio navajo.

—Dejadlo. Si se queda atrás, al menos tendrá alivio cuando lo encuentren otros supervivientes o los animales —intervino Jason, subiendo a su bicicleta—. Estamos perdiendo el tiempo.

Adam les indicó que se adelantaran, él quería seguir el rastro a través del bosque.

—Os alcanzaré antes de la caída de la tarde.

—¿Resultará prudente separarte de nosotros con esa rueda que pierde aire? —se inquietó Yairetz.

—Si me retraso, no os preocupéis, os alcanzaré. Aunque id pensando que habrá que dejar la carretera pronto.

Ya se lo había advertido antes y, a pesar del esfuerzo de pedalear, de que les ardieran los muslos y que la espalda les lanzase pinchazos de dolor por la forzada posición, parecían poco dispuestos a renunciar a las bicicletas, como si se tratase del último lazo que les ataba a la civilización.

Se internó en el bosque sin volver la vista atrás. Llevaba la bicicleta por el manillar y no tenía ni que detenerse a buscar rastros. El paso de los del campamento era tan evidente como si hubiesen ido dejando luces de colores por el camino.

Al cabo de dos horas, calculó que podrían alcanzarlos al día siguiente o al otro, como mucho.

Se detuvo donde ellos habían parado a hacer un descanso. Contó las huellas frescas, estaba seguro de que seguían siendo el grupo del que le habló Denny: cinco mujeres, tres niños pequeños, dos adolescentes y «Garra de águila».

No se sorprendió de que el rastro continuase con una variante lógica, conociendo al abuelo. Parecía que este había localizado alguna manada y un caballo los acompañaba, puesto que sus huellas sustituían a las de los pequeños. Eso les permitiría desplazarse con mayor rapidez y seguridad.

Salió de la arboleda a campo abierto, una pradera extensa se abría entre parches de vegetación alta. En las inmediaciones corría un riachuelo con agua procedente de la montaña, que se secaría pronto, cuando las nieves tempranas hicieran su aparición.

El grupo se había detenido a cargar agua, igual que muchos animales, que usaban el lugar de abrevadero, la manada entre ellos. Habían tomado luego en dirección oblicua al trazado de la carretera, separándose de ella. El ascenso por esa parte sería más empinado e incómodo, pero también más corto y seguro.

Alcanzó a su grupo. Estaban calentando la cena en una pequeña hoguera y Yairetz buscaba leña seca por los alrededores para avivarla. La temperatura había descendido y esa noche sería fresca. Aun contando con los sacos de dormir, se agradecía el calor y la luz de un buen fuego.

El abrigo en el que se habían detenido era poco adecuado, ya que el viento procedente del norte les daba de lleno, pero Adam prefirió dejarlo estar o su hermano se sentiría ofendido por la observación, que le parecería una crítica.

—¿A cuánto crees que están? —preguntó Jason.

—Podemos alcanzarlos pasado mañana a más tardar, se mueven con mayor rapidez de lo que había calculado.

—¿Y si los adelantamos con las bicicletas? —sugirió Roy, al que la idea de caminar montaña arriba le seducía poco—. Luego podríamos buscarlos. Será más cómodo y rápido bajar que subir.

—Ellos van acortando camino. La carretera rodea la montaña y tardaríamos varios días —negó Adam.

—Pero, según dices, están bien, ¿qué problema hay?

—Mañana dejaremos las bicicletas —sentenció Jason, terminando con sus protestas.

—¿Y si nos dividimos? —Roy no se conformaba.

—Si quieres continuar solo, adelante —terció Yairetz—. Yo pienso irme con ellos.

Roy no tenía intención de separarse del grupo. Solo en su compañía tendría alguna oportunidad de salir del pozo de mierda en que se había convertido el mundo. No obstante, se encontraba tan agotado que sentía calambres en cada músculo y un preocupante adormecimiento del brazo derecho. Hacía rato que sentía la mano como si no formara parte de su cuerpo; esperaba que fuera reversible y que no se extendiera.

Abrió con disimulo el frasco de píldoras que llevaba en el bolsillo y se metió una en la boca.

Solo con la ayuda química podía seguir.

26.VISITAS

Adam acertó al suponer que su abuelo querría hacer el camino más fácil a los niños y aligerar la marcha de todos, apelando a la generosidad equina.

La manada, compuesta por veinte miembros, se movía poco de las inmediaciones de la pradera en la que encontraba alimento. Solo si la nieve llegaba allí, emigrarían a pastos más bajos.

Sus hábitats naturales mermaban cada poco tiempo. Los humanos construían poblaciones, sembraban campos y cercaban bosques, convirtiendo en cotos de caza lo que en otro tiempo fueron pasos francos. El desplazamiento creaba problemas con otros animales y reducía la cría, al carecer de un entorno seguro en el que creciesen los nuevos miembros de las manadas o familias.

Había animales que se resistían al desplazamiento y presentaban batalla, pero la lucha desigual no dejaba lugar a dudas sobre quién tendría que moverse y buscar otro lugar.

«Garra de águila» no tardó en encontrar a la manada y los observó desde el refugio umbrío del bosque, medio oculto tras un arce carcomido. Escogió a una hembra de avanzada edad, tranquila y curiosa. Por experiencia, sabía que las hembras se tomaban todo con mayor tranquilidad y aceptaban a los humanos con menos recelo que los machos. Los jóvenes tampoco le servían, demasiado nervio y un temperamento impredecible.

Muchos pensaban que su pueblo tenía una conexión especial con los caballos. Y era cierto, aunque no de la forma en que imaginaban. Su relación se basaba en la cooperación y en la confianza. Los *diné* los amaban demasiado para esclavizarlos y las manadas vivían cerca de ellos porque no los consideraban una amenaza.

La naturaleza tenía sus reglas, la más importante era el respeto. Entre los *diné* y los caballos lo había, y «Garra de águila» siempre encontró ayuda cuando se la pidió para trasladarse o mover a un enfermo, e incluso para tirar de algún árbol que obstruía la corriente de un riachuelo.

Los caballos eran mucho más fuertes y resistentes que los humanos y, además, eran generosos.

Se acercó a la manada, caminando sin premura. Los mayores pastaban, mientras los más jóvenes corcoveaban y se retaban a carreras rápidas sin perder de vista a los mayores, entre los que se sentían seguros.

El navajo se detuvo en medio del prado y aguardó inmóvil, provocando la curiosidad de los animales. Los jóvenes se acercaron a olfatearle y él se dejó, sin realizar movimientos bruscos.

En la naturaleza había un rango jerárquico que se respetaba y entre los caballos ocurría igual, sin importar si eran un par de animales o una gran manada. Los factores que definían la jerarquía eran la edad, el sexo, el tamaño, la fuerza, la habilidad atlética, el temperamento y el tiempo de pertenencia a la familia.

A diferencia de lo que se pensaba, el semental no era el individuo de mayor autoridad ni el guía de la manada, su función era reproductora y protectora. La que estaba al frente era una

yegua, generalmente la más vieja de todas, la que ponía orden, conducía a los lugares más seguros y conocía los mejores pastos, la ubicación del agua limpia y el abrigo ante la climatología adversa.

El navajo se mantuvo inmóvil cuando el semental se aproximó por su espalda y le empujó con el morro. Lo olisqueó y volvió a darle un empujón, esperando una reacción para cocearlo.

«Garra de águila» trastabilló hacia adelante y aún soportó varios empujones más, hasta que se acercó la hembra dominante, a la que se dirigió en lengua *diné*, pidiéndole ayuda.

Cualquier espectador pensaría que estaba loco. La hembra mordisqueaba su oreja de forma peligrosa. Su prominente dentadura podía mutilarlo en un segundo, pero el *diné* continuó inmóvil, susurrando a la matriarca.

Pocos minutos después y cuando la hembra dominante se retiró, empezaron a acercarse los individuos más curiosos, entre los que estaba la que había escogido el navajo.

Le dijo en voz baja lo que necesitaba y ella pareció entenderle porque cuando «Garra de águila» volvió al bosque, ella lo siguió a cierta distancia.

En el campamento, la humareda de las hojas y ramas formaba una nube que la brisa casi no conseguía disipar. Ninguno se quejaba, puesto que servía para ahumar la carne, que colgaba de espetones. Después del olor a sudor y efluvios corporales de muchas semanas, el aroma a humo casi era un alivio.

Luc corrió hacia su bisabuelo, que llevaba horas fuera, pero se quedó clavado en el sitio al ver a la yegua tras él. Tenía la manta multicolor que lo había arropado las noches previas sobre el lomo y no llegó a ponerle las riendas, trenzadas esa misma mañana. No parecían hacer falta, el animal le acompañaba por voluntad propia.

«Nube roja» intentaba seguir con su rutina de todas las mañanas, sin embargo, todo había cambiado. Ahora se veían obligados a vigilar los alrededores para prevenir incursiones, y que su pequeña tribu no se viera en la obligación de organizar otra ceremonia fúnebre para uno de los suyos.

Las alarmantes novedades y la llegada de nuevos intrusos requirieron de organización. Los ancianos del consejo dictaminaron que nadie se acercase a menos de cien metros y los guerreros que guardaban el campamento se mantenían alerta día y noche.

Los miembros de la tribu nunca habían entrenado para esos menesteres, puesto que su existencia era pacífica, respetuosa con el entorno, pero todos eran diestros con el arco, la lanza, el cuchillo y el hacha, armas usadas a diario para cazar.

«Nube roja», en conexión con la vida espiritual y física de todos, llevaba días recolectando plantas y preparando emplastos calmantes con propiedades antibióticas. Temía que aquella tensa espera se convirtiera en parte de su rutina y azuzaba a «Roble partido», su aprendiz de curandero, para que acelerase su trabajo.

Tenía el interior del *hogan* saturado de plantas frescas y secas, además de botes de barro con decocciones para tratar diversas heridas. Sus cuchillos estaban bien afilados y los paños limpios reposaban, envueltos en hojas frescas de una planta habitual en el sotobosque de alrededor, que reponía cada dos días. Ella la conocía como «piedra fina» por su dureza. Sus propiedades antifúngicas evitaban que las vendas añadiesen infección a una herida abierta.

Todos los días se despertaba varias veces durante la noche, presintiendo que debían acelerar su marcha al campamento de verano. Con la nieve les costaría llegar, pero los caballos ayudarían a transportar lo necesario para sobrevivir hasta el deshielo. Sentía que algo peligroso

los acechaba.

Seguro que «Garra de águila» hubiese interpretado mejor las señales. Ella no tenía ni la mitad de su percepción ni sus premoniciones, propiciadas por los espíritus antiguos que le acompañaban y solo deseaba que su familia se reuniese para alejarse de la barbarie. A la cordillera del norte no llegarían los desarraigados, carentes de lo necesario para sobrevivir al frío.

—Ya están aquí —anunció su aprendiz, pasando a su lado a toda velocidad.

«Roble partido» no se separaba de su *quiver* y de su arco desde que el jefe «Viento del norte» ordenó mantenerse juntos y no salir de los alrededores del poblado, de no ser estrictamente necesario. El consejo ya no se reunía, se había hablado todo lo que debía hablarse y la cháchara sobraba.

La mujer alta, a todas luces debilitada por las penurias, se encontraba a muchos metros, detenido su avance por una flecha clavada a sus pies, que seguía vibrando después de un minuto.

—¡Quiero hablar con alguien de autoridad! —gritó.

Se hizo el silencio en los alrededores. Solo el viento seguía soplando, haciendo volar las plumas que protegían las entradas a los *hogan*. Los niños dejaron de jugar y los mayores de hablar.

El grito del halcón rompió el silencio imperante. Fue contestado por dos más en la distancia y «Viento del norte» se adelantó al claro del poblado, prestando oído.

—Viene acompañada —dijo, interpretando las señales—. Varias personas armadas esperan entre el bosque bajo.

—¿Querrán sorprendernos? —preguntó «Roble partido».

—¡Tendremos que defendernos! —exclamó una mujer, escondiendo a su hijo pequeño tras su falda, tejida de colores terrosos, mezclados con vibrantes verdes, rojos y azules.

—¡No! —gritó «Viento del norte»—. Quieren hablar y nosotros no atacamos primero.

—Deja que vaya a hablar con ella para saber qué quieren —intervino «Nube roja», adelantándose a los miembros del consejo que tenían la misma intención.

—Te necesitamos por si hay heridos, el chamán es demasiado mayor y tu aprendiz aún no está preparado para sustituirte.

Las arrugas de «Viento del norte» parecían más profundas desde el primer ataque sufrido por la familia desesperada, casi una luna atrás. Sus pequeños ojos estaban más hundidos y había guardado todas sus plumas, excepto la de búho, que colgaba entre su cabello y que servía para solicitar guía espiritual ante los tiempos adversos que vivían.

Envío a una mujer a escuchar las peticiones, una joven y más juiciosa que otros de mayor edad. Enseñaba a los niños el arte de la escritura y multitud de historias del pueblo *diné* desde los albores de los tiempos, que recopilaba y memorizaba como si fuese una especie de enciclopedia viviente.

—Quiero que hables con ella y nos cuentes exactamente qué es lo que pretenden —le dijo el jefe.

La joven se adelantó, dejando a su espalda el refugio del poblado, y caminó a largas zancadas al encuentro de la desconocida.

Fay observó a la india que se acercaba. Le sorprendió su juventud. Creía que trataría con alguien mayor y menos flexible.

—Hola. Me llamo Fay y vengo de...

—De una ciudad, lo sabemos.

—Quiero hablar con alguien de autoridad y pedirle permiso para quedarnos por los alrededores unos días. Vengo con un grupo no demasiado numeroso, necesitamos descansar y acercarnos al agua. Hemos sufrido muchas bajas por el camino.

—¿A dónde os dirigís?

—Algo más al norte, donde podamos instalarnos sin tener que pelear por la comida o el agua.

—Más al norte hace frío y no veo que vayas preparada para soportar las bajas temperaturas. ¿Acaso lleváis mantas y tiendas?

La joven sabía que no. Uno de los vigilantes se había acercado al poblado para detallarles su número y las condiciones en las que se encontraban. Las tiendas de las que disponían estaban tan maltrechas como ellos mismos.

—Mejor pelearnos con el frío que con otros hombres que quieren matarnos para quitarnos lo poco que tenemos.

Fay escudriñó la expresión de su interlocutora: la observaba con fijeza, sin parpadear y sin mostrar emoción alguna.

—Espera aquí —le dijo, regresando al poblado.

Fay aguardó, observando la flecha y la dirección en la que creía que debían haberla lanzado. Fue incapaz de descubrir la posición del arquero. Las hojas de los árboles y las del sotobosque se meneaban por acción del viento, cualquier otro movimiento pasaba desapercibido y ya había visto que los indios vestían en tonos afines con el entorno: marrones, verdes, ocre y pardos.

—El agua no nos pertenece —afirmó el jefe.

—Ni el cielo ni la tierra —repuso una mujer del consejo—. Pero ellos no quieren solo el agua.

—Y podían haber pasado de largo dando un rodeo —coincidió «Nube roja»—. No han llegado por casualidad.

—¿Qué dice el chamán sobre lo que nos ocupa? —preguntó el jefe a la esposa del asesor espiritual de la tribu.

El hombre, un anciano en los últimos días de su vida, se encontraba demasiado débil para salir de su *hogan*, en el que dormitaba la mayor parte del tiempo. Cuando subieran al campamento de verano, él tendría que hacerlo en parihuelas.

—Dice que corren malos tiempos para tener invitados armados en las cercanías. Hay que darles paso si quieren continuar por la orilla, pero debemos vigilar que no se revuelvan contra nosotros. Percibe dificultades en el futuro, aunque no puede concretar si se debe a esos hombres o a otros.

—No poseemos nada de valor —objetó el jefe.

—Poseemos lo más valioso ahora mismo —refutó «Nube roja»—. Somos capaces de sobrevivir sin ayuda.

Su afirmación arrancó asentimientos entre los miembros de la tribu. Era cierto que no dependían más que de la Naturaleza.

—Quizá deberíamos traer a la mujer y escuchar lo que...

Las palabras del jefe se diluyeron en el sonido atronador de un disparo. De repente todos se pusieron en movimiento, como si el tiempo se hubiese detenido mientras consultaban.

Los *diné*, que tenían cerca sus armas, las empuñaron. Escucharon entonces el aullido del

lobo y volvieron sus ojos al jefe para pedir instrucciones. Estaban dispuestos a todo.

—Perdón, ha sido un accidente —gritó un hombre desde la espesura, saliendo con las manos en alto, llevando en una de ellas el rifle recién disparado.

La tribu lo sabía, habían interpretado con acierto el aullido; no obstante, tener a aquellas personas cerca los ponía nerviosos.

«Viento del Norte» inspiró profundamente y se dirigió a la mujer que había ido a hablar con la forastera.

—Dile que pueden pasar la noche junto a aquellos árboles. Cuando salga el sol, deberán irse.

—¿Y si insisten en quedarse? —preguntó «Nube roja»—. ¿Vamos a matarlos?

Fay se daba cuenta de que la única forma de vencer a los indios era cogiéndolos por sorpresa y eso no iba a ocurrir. Los tenían vigilados y se defenderían.

—Por favor, dile a vuestro jefe que quiero hablar con él, sin intermediarios —le pidió a la mujer.

Se vanagloriaba de caerle bien a la gente y de conocer sus debilidades desde que abrían la boca. Siempre había poseído esa habilidad para ganarse las simpatías de las personas en interpretarlas. Ahora quería saber cómo reaccionarían ante una agresión y si podía evitarla, llevándolos a su terreno, porque no bastarían las armas de fuego, los indios estaban en su medio.

Aguardó con paciencia, esperando que ningún otro imbécil de su grupo volviera a disparar un arma, ya fuera con intención o de forma accidental. La única manera de conseguir la confianza de los indios era pareciéndoles indefensos.

—Solo tú —le dijo la mujer, volviendo a su lado y haciéndole señas para que la acompañase.

La forastera se fijó en las construcciones. Compuestas de madera, hojas y barro, arderían con facilidad. Los ocupantes del poblado se habían refugiado en sus viviendas, quizá para evitar que conociera su número exacto como pretendía. Eran listos.

La mujer la invitó a entrar en una construcción con mayor capacidad que las del entorno y se retiró. Fay supuso que era como una especie de lugar de reunión de los dirigentes al ver que en su interior la aguardaban cinco personas de bastante edad, sentadas en el suelo cubierto de hojas secas.

En la parte más alejada de la entrada, se sentaba un hombre en cuyo rostro, moreno y surcado de arrugas, destacaban unos ojos claros de mirada sagaz. Llevaba sobre los hombros una manta multicolor y en lo alto de la cabeza un tocado con un penacho de plumas que se elevaban hacia el cielo, al parecer colocado a toda prisa, como si quisiera indicar a la recién llegada quién mandaba.

El hombre alargó un brazo, invitándola a tomar asiento y ella se sentó de espaldas a la entrada.

Vio arrugarse la nariz de los más cercanos ante su olor corporal. A esas alturas ella ya no se olía, pero en comparación con el aroma a humo y yerbas del interior del recinto, tenía que ser desagradable para los presentes.

—Bienvenida —dijo el jefe con voz profunda y un acento muy marcado, señal de que usaba poco el idioma.

—Muchas gracias, señor...

—Soy «Viento del norte».

—Fay.

—Tu gente no debe quedarse cerca, Fay.

—Reconozco que esperaba vuestra ayuda —dijo ella, bajando la vista a la hoguera apagada—.

—Vivíamos en una ciudad, ninguno sabemos cazar ni pescar.

—Habéis sobrevivido para llegar aquí.

—Estamos todos débiles y enfermos. Llevamos mucho alimentándonos de raíces y de insectos.

Los miembros del consejo intercambiaron miradas.

—¿Y por qué crees que más al norte os irá mejor? El invierno aún no ha empezado y arriba solo vais a encontrar nieve.

—Queremos asentarnos en un sitio y vivir en paz. Ahora no hay seguridad en los caminos, la gente mata por acercarse al agua. Cuanto más al norte, menos gente y más posibilidades de sobrevivir. Eso esperamos.

—¿De sobrevivir solo con agua? No tenéis abrigo ni grasa en el cuerpo para calentaros. Como dices, no sabéis cazar ni pescar, e imagino que tampoco conservar alimentos para el azote del invierno. Al norte, moriréis.

—¿Cuántos sois? —intervino «Nube roja».

—Catorce, pero pronto seremos menos, un hombre sufrió el ataque de un animal y sus heridas no... —Se cubrió la cara con las manos sucias y sollozó.

Los cinco *diné* aguardaron a que se recompusiera, ninguno intentó consolarla y eso le dijo mucho a Fay. No se los ganaría con lástima, tendría que hacerlo con astucia.

—Solo necesitamos acercarnos al agua, beber y asearnos un poco. Luego nos iremos sin causar más molestias. A no ser...

No terminó la frase, en cambio, miró uno a uno a todos los miembros del consejo hasta detenerse en «Viento del norte».

—A no ser que queráis ayudarnos a seguir con vida.

Aunque todos intentaron mantener una expresión neutra, vio indicios de que algunos se sentían incómodos, al suponer que los elementos o los animales terminarían con el harapiento grupo.

—No quiero vuestra comida, te ruego que me enseñes a cazar para ayudar a los míos. El camino ha sido duro y sangriento, solo deseamos adaptarnos, aprender a alimentarnos, a vestirnos y poder crear una comunidad en la que vivir en paz. Créeme estamos hartos de huir y de pasar miedo.

Sus palabras parecieron calar en todos, excepto en la mujer que tenía a su izquierda y que se presentó para tomar la palabra, recordando que antes había preguntado sin darse a conocer, en contra de todas las costumbres.

—Soy «Nube roja», hija de «Agua cantarina». Quiero hacerte una pregunta, Fay: ¿a cuántos has matado?

Se elevó un murmullo de protestas entre los presentes. Esa pregunta iba en contra de las normas de hospitalidad. «Nube roja» continuó con determinación:

—La tradición no implica necedad y corren tiempos extraordinarios que requieren respuestas.

—Y te la daré, «Nube roja» —asintió Fay—. Solo lo he hecho en legítima defensa de mi vida o de la vida de mis compañeros.

—¿Y para robar comida o agua? ¿Eso también sería legítima defensa o solo deseos de sobrevivir a cualquier precio?

—¡Basta, «Nube roja»! —la increpó «Viento del norte»—. Todos tenemos familia dispersa, no eres la única preocupada.

La mujer inclinó apenas la cabeza, acatando, aunque dejando su incredulidad patente por la débil excusa de la recién llegada. Usaba palabras de paz a la medida de lo que todos deseaban escuchar para no entrar en un enfrentamiento.

—Aguarda en el mismo sitio de antes. Te enviaré una respuesta —dijo el jefe, dando por terminada la entrevista.

Fay dio las gracias a todos y se levantó con esfuerzo nada fingido. Se sentía débil, aunque creía que algo había conseguido.

Más de una hora después, acudió la misma mujer joven a su encuentro. Les permitirían acampar unos días junto al lago, en el lugar indicado anteriormente. Los vigilarían de forma constante y uno de los hombres iría todos los días, durante unas horas, a cazar con ellos. Debían aprender de él lo que pudiesen.

Al cabo de una semana, a lo sumo, podrían dirigirse al oeste, a una población a media jornada de marcha. Se encontraba abandonada, o casi, y varias de las casas disponían de pozo propio. En los bosques de alrededor encontrarían sustento y podían cultivar huertos para completar su dieta. Si insistían en seguir hacia el norte, sería bajo su responsabilidad.

La *diné* la acompañó y les mostró el lugar en el que podrían acampar. Excepto Fay, todos salieron corriendo hacia el agua, después de soltar las mochilas casi vacías.

El agua limpia era un regalo por el que merecía la pena cualquier sacrificio pasado. Muchos se metieron vestidos en el lago, sin pensar que cuando cayera la noche, las ropas húmedas les harían tiritar dentro de las tiendas. Otros bebieron tanto que terminaron vomitando en la orilla.

La mujer que los había acompañado se retiró, meneando la cabeza por su inconsciencia.

Fay la siguió con la vista hasta que desapareció en la espesura. De momento, estaba satisfecha.

27. PROBLEMAS DE ACTITUD

«Garra de águila» le entregó las riendas a Libby, pidiéndole que continuasen. Él volvió sobre sus pasos y, cuando estaba a distancia del grupo, se detuvo y escuchó con atención. La persona que iba tras ellos sabía moverse para no hacer más ruido del necesario, por lo que el viejo navajo aguardó su llegada mientras desbastaba unas ramas rectas y flexibles para convertirlas en flechas, ya que se trataba de una labor que apenas requería de atención.

Adam «Sombra de tormenta» se acercó, consciente de que su abuelo lo esperaba. No hubiese podido sorprenderle, pocas cosas escapaban a la atención de aquel anciano tan vital y atento.

—Las estrellas^[5] han querido reunirnos, muchacho.

Adam le dio un abrazo a su abuelo, sintiéndose agradecido por haberse reencontrado. «Garra de águila» significaba, junto con «Nube roja», el hogar al que volver, por largo que fuera el camino.

—¿Dónde está tu hermano?

—Detrás, a media jornada de distancia.

El *diné* recogió las ramas, que habían quedado a sus pies, y caminaron juntos en pos del grupo.

—Aguarda —le pidió Adam, acercándose en una carrera al riachuelo en el que había bebido el grupo de los niños antes de continuar camino.

Libby seguía maravillándose de la facilidad que tenía «Garra de águila» para encontrar agua. Ellos hubieran pasado al lado de todos aquellos lugares en los que corría un arroyo o cualquier pequeña corriente sin verlos. Desde su encuentro con él, acampaban en algún lugar próximo al agua y ya no tuvieron que tender los plásticos, ni recoger la del rocío.

Adam se inclinó, juntó las manos para formar un cuenco y bebió a grandes tragos. Dio las gracias a *Tieholtsodí*^[6] y regresó al lado de su abuelo, exhibiendo una gran sonrisa.

—¿Y los niños? —preguntó.

—Están bien. Cuando lleguemos a casa se recuperarán del todo. ¿Has hablado de eso con tu hermano?

—Tendrá que entrar en razón —negó Adam—. Aunque sea por el bien de sus hijos.

—Si no se atiene a nuestras costumbres...

Adam asintió, sabía que la tribu lo echaría, por muy nieto de «Garra de águila» que fuese. La unidad de su pueblo estaba supeditada a las tradiciones. En el mundo actual, algunos creían en sus deidades en mayor medida que otros, pero el respeto y la aceptación debía ser unánime. Tribus con mayor flexibilidad habían tenido que lamentarlo. Era preferible que los que no aceptaban las tradiciones se fueran a vivir a otro lado, antes de envenenar la mente de los jóvenes con deseos y sueños imposibles.

Para los nativos, la integración en el mundo blanco era una quimera que los políticos alimentaban. Existía un racismo subyacente por ambas partes, una desconfianza que los siglos no había mermado; por el contrario, se había enardecido. Las mejoras en las condiciones de vida, al

conceder a los pueblos nativos permisos extraordinarios y envenenados, y un trozo de tierra que pudieran llamar suya, no compensaban la falta de libertad para moverse a sus anchas y vivir según sus costumbres ancestrales.

Dentro de lo malo, quizá el apagón les devolviera su libertad.

—¡Tío Adam!

Denny se echó en sus brazos con un ímpetu que casi termina con los dos en el suelo. El muchacho ya no era un niño y, aunque falto de peso, casi tenía su altura. Libby ayudó a Luc a bajar del caballo y este se acercó con timidez ante la llamada de su hermano, pero enseguida reconoció al recién llegado y se dejó levantar en brazos para rodearle el cuello con los suyos.

Su tío había sido una constante en sus vidas.

—¿Papá no venía contigo? —le preguntó Denny.

—Está muy cerca, saldré a buscarlo dentro de un rato.

—Quiero acompañarte.

—Cuando el abuelo decida acampar, no seas impaciente.

—Pasaremos la noche allí, al otro lado de esas rocas —intervino «Garra de águila», que hubiese llegado más lejos, pero que comprendía las ganas del muchacho por encontrarse con su padre.

Adam volvió a subir a Luc al lomo de la yegua y le acarició el cuello al animal, dándole suaves palmadas.

—Da gusto ver un rostro conocido —le dijo Libby.

Él le dio un abrazo también. Eran amigos desde que su hermano había ido a vivir a la urbanización y siempre envidió la suerte de su marido. Libby era una mujer hermosa, sensible, simpática y con carácter, con la que tenía más relación que con su cuñada.

—¿Jason sabe lo de...?

—¿Lo del gilipollas de tu marido? Lo sabe.

—A todos los efectos, mi ex. Sin un tribunal al que acudir para pedir el divorcio, me lo he concedido a mí misma.

Adam rio.

—Me alegro de que los niños quedasen a tu cuidado.

—Y yo. Si no llega a ser por Denny, podíamos haber muerto de hambre y de sed. Es una joya ese chico, se parece a su tío.

—¡Cuidado que ahora eres una mujer soltera, a ver si me lo voy a tomar en serio!

Ambos bromeaban, aunque ella pensó que el recién llegado sí que era un hombre que merecía la pena: después de acompañar a su hermano en la búsqueda de su esposa, había vuelto a por sus sobrinos, mientras otros abandonaban a sus propios hijos.

No le echaría en cara a Jason haberlos puesto bajo su cuidado, pero los niños lo habían necesitado. Ella jamás hubiera dejado a su hijo para buscar a Frank, aun antes de descubrir la clase de cobarde miserable que era.

—Me alegro de que nos hayáis alcanzado —dijo ella en voz baja—. Denny ha soportado mucha presión.

Él meneó la cabeza con pesar. Corrían malos tiempos, pero el joven no tenía que haberlos enfrentado sin el apoyo de su padre.

Ayudaron a instalar el campamento y salieron a paso ligero, sin correr. Correr agotaba las ya mermadas fuerzas, en cambio, el paseo rápido era llevadero y podían alcanzar la carretera en algo más de tres horas.

—Iremos rápido, ¿podrás seguir el ritmo? —le preguntó Adam a su sobrino.

—Creo que podré, estoy más fuerte que hace una semana.

—Si ves que no puedes seguir, nos detendremos a descansar un poco, pero no demasiado o pasarán de largo por la carretera.

Denny intentó contener las lágrimas, pero sentía tal alivio al encontrarse con su padre que no le preocupó lo que los demás pudiesen pensar cuando se abrazó a él y se le escapó un sollozo.

—¿Y mi hijo? —preguntó Jason a su hermano.

—Tu otro hijo está en el campamento —contestó Adam, temiendo que Denny interpretara el singular tan mal como él.

—Pues vamos.

—De noche sería un error, podemos tener un accidente andando campo a través a oscuras. Mejor mañana, cuando estemos descansados y haya luz.

—Lo habéis dejado solo.

—No está solo —protestó Denny, silencioso hasta el momento—. Está con Libby y con el abuelo.

—¿Con qué abuelo?

—Con el nuestro —contestó Adam, que hubiera preferido darle la noticia de camino y con tacto.

—Esto ha sido cosa tuya, ¿verdad? —Su tono era acusador.

—¿Piensas que lo he llamado con señales de humo? —Elevó una ceja, incrédulo por la acusación—. Ha sido cosa suya. ¿O crees que no iba a acudir a proteger a su familia después de lo ocurrido?

—¿Qué insinúas, Adam? Dilo con claridad. ¿Me culpas de abandonar a los niños para ir a buscar a su madre?

—No insinúo nada, solo te digo lo que hay.

—Ya. Tú hubieses dejado a Ana en la ciudad.

—Al final, dio lo mismo, ¿no?

Denny se puso entre ellos. Ambos se encontraban acalorados y podían decir algo de lo que tendrían que arrepentirse.

—Por favor, no os peleéis.

Su padre lo apartó de un empujón, sin dejar de observar con fijeza a su hermano.

—Son mis hijos, no los tuyos —dijo entre dientes.

Adam alzó las manos y se dio media vuelta para ayudar a Yairetz, a la que le temblaban las piernas por la etapa forzada impuesta por Jason. Prefería no entrar a valorar las prioridades de su hermano o no podría contener su lengua.

La mujer se dejó caer a un lado del camino, las piernas no la sostenían. Incluso tuvo que prescindir de algunas cosas de su mochila o no hubiera podido seguir el ritmo. Roy, por su parte, tiró la bicicleta de cualquier manera, también harto de pedalear. No se encontraba mejor que su compañera y aprovechó las sombras crecientes para tomarse una pastilla del frasco que guardaba en su bolsillo. Sin el estímulo químico, haría días que se hubiera rendido.

—Papá, creo que tío Adam tiene razón, deberíamos esperar a que salga el sol. Hemos pasado por una zona rocosa y, en la oscuridad, alguno podría caerse.

El tono de Denny había sido bajo para que ninguno más lo escuchara, aunque en la quietud previa a la noche, el sonido se dispersaba con rapidez y todos lo escucharon.

—Yo ya no puedo ni con el pelo —manifestó Roy.

—Si hay que continuar... —Yairetz, a pesar de su agotamiento, se atendría a lo que Jason decidiera.

—De acuerdo, saldremos cuando amanezca, ni un minuto después —sentenció el antiguo agente de la DEA.

Adam se alegró de que hubiera entrado en razón. Acostumbraba a desatender los consejos, pero en ese terreno él era el que se encontraba en desventaja. Le vendría bien hacer caso a los que podían ahorrarle disgustos y una travesía en la oscuridad era un riesgo para los que no estaban acostumbrados al terreno.

—Pasaremos la noche allí, si te parece. —Señaló el abrigo de unas rocas cercanas y Jason asintió. No podía ofrecer alternativa y, hasta el momento, Adam había sido certero escogiendo.

Dejaron las bicicletas a un lado del camino y cargaron con sus mochilas para soltarlas al pie de las rocas, con suspiros de alivio nada disimulados.

—Denny, busca leña para encender el fuego —pidió Adam.

—Yo iré a buscarla —intervino Jason—, no quiero que se aparte del grupo.

Su hermano resopló. ¡A buenas horas se preocupaba de su seguridad! Después de más de un mes fuera de casa, Denny había sufrido más adversidades de las que tendrían que afrontar muchos adultos en su vida. Y eso que de camino solo le había contado algunas, porque no dudaba de que callaba muchas otras.

Al terminar de asegurar el perímetro, según solía, Adam se sentó al lado de su sobrino, que le pasó una cantimplora.

—¿Habrá problemas con papá y el abuelo? —le preguntó.

—Puede, pero no tomes partido. Él es tu padre.

—Si vamos al poblado...

—Terminará comprendiendo que es lo mejor para vosotros.

Le hubiera gustado estar tan seguro como aparentaba. Temía que el orgullo de Jason le impidiera ver esa verdad.

—¿Qué es? —preguntó Yairetz, examinando el trozo de carne seca que le ofreció Adam.

—Por el olor, diría que es jabalí.

Denny asintió con entusiasmo.

—Lo cacé yo y lo ahumamos en el campamento.

—¿Puedo probarla? —preguntó Roy, salivando de antemano por el intenso olor que desprendía.

«Garra de águila» había insistido en que Denny y Adam se llevaran una buena provisión, cuando supo que solo comían latas y raciones militares desde que empezó el apagón. Él se ocuparía de cazar otra pieza para los días venideros.

Jason rechazó la carne con una mueca de desagrado y procedió a abrir una de las latas.

—Prefiero esto —espetó.

—¿Podemos compartirla? Hace mucho que no como otra cosa que carne y lo que logramos sacar del bosque.

La petición de su hijo complació a Jason y Adam negó con la cabeza. El muchacho deseaba contentar a su padre y compensar su rebeldía del último año. A ojos de su tío, no tenía nada que compensar, había probado sus límites, como correspondía a un chico de su edad. Denny necesitaba confianza en sí mismo y la brusca forma en la que había tenido que pasar de la adolescencia a la madurez podía ser traumática.

A pesar de su aspecto, seguía siendo un niño necesitado de afecto, de atención y de protección. Y a Adam le gustaba más cuando era libre de expresar su descontento; cuando, en su

versión adolescente y natural, desafiaba las reglas de su padre, buscando su propio camino en la vida.

Le partía el corazón ver la desilusión en sus ojos, al sentirse ignorado por su padre y tenía ganas de zarandearlo: «¡Denny acaba de decirte con orgullo que ha cazado un jabalí, cabrón! Muéstrale algo de respeto y felicítale».

—¿En serio que lo has cazado tú? —le preguntó Roy, lanzando un eructo nada disimulado.

—Con arco y flecha —murmuró Denny, observando de reojo a su padre, que había torcido el gesto otra vez.

—Pues aquí tienes a una rendida admiradora —exclamó Yairetz, chupándose los dedos.

Denny le ofreció más y tanto ella como Roy aceptaron de buen grado, saboreando lo que consideraban un manjar.

—Vamos a dormir, mañana saldremos al alba.

La intervención cortante de Jason acabó con los comentarios sobre la delicia de la carne y se dispusieron a acostarse, aunque Adam durmió poco, sospechando dificultades próximas.

Antes de amanecer, ya estaban en marcha, sin las bicicletas, que quedaron en el lugar de acampada nocturna. Adam dejó que Denny los guiase y se quedó atrás con Roy y Yairetz.

—Parece que cojeas un poco —le dijo al antiguo traficante.

—He perdido la costumbre de andar, ahora que había hecho callo en el culo con tantos días en bici.

—¿Podrás aguantar la caminata?

—¡Qué remedio! No pienso quedarme aquí, en medio de ninguna parte. Ni siquiera hay olor a muerto.

—Estamos lejos de la carretera y del agua.

—Solo espero que sepáis a dónde vamos y que cuando lleguemos pueda tirarme en algún sitio y vegetar una semana.

—Pues ya somos dos —intervino Yairetz, agobiada por el peso de la mochila, y eso que era la primera que habían aligerado de latas—. Soy urbanita, tanta naturaleza me supera.

Se detuvieron antes de subir la escarpada ladera de una montaña rocosa. Convenía beber agua y recuperar fuerzas.

—Tanta caballerosidad es sospechosa —gruñó Roy cuando Adam le quitó la mochila a la mujer para cargarla él.

—Tus drogas las llevas tú —respondió el medio navajo.

No hubo más discusión. Roy cargó con su mochila y el ascenso se le hizo penoso.

—Ayer vimos un nido de serpientes por ahí, daremos un rodeo —dijo el adolescente.

—No, perderíamos más tiempo —negó su padre—. Tendremos cuidado.

Denny intercambió una mirada con Adam, que se encogió de hombros y se indicó el ojo para decirle que estuviese atento. No quería restarle autoridad y ponerse en vanguardia, lo estaba haciendo muy bien y se sentía importante al guiarlos a todos.

Pasado el impedimento de las rocas, el resto del ascenso resultó más fácil. En lo alto, se abría una pradera con una suave inclinación, el verde de la yerba era fragante y refrescaba el ambiente. Una manada de cervatillos, al avistarlos, se internó en el bosque y Yairetz se detuvo, impresionada.

—¡Qué hermosos! Nunca había visto animales en libertad fuera de la televisión.

—Excepto los perros sarnosos comiéndose a sus dueños —comentó Roy con una risita, ganándose una mirada airada de ella.

—Eres un cielo, Roy.

—A partir de ahora veremos muchos, pero de algunos hay que cuidarse —dijo Adam—. Lo normal es que no se acerquen, nos tienen miedo, aunque puedes encontrártelos sin pretenderlo y tienes que saber actuar para no parecerles una amenaza.

—Por eso no hay que separarse nunca de las armas —intervino Jason con su habitual tono seco.

—No siempre hace falta matarlos...

Denny calló enseguida. Se le había escapado y su padre le invitó, con una elevación de ceja irónica, a seguir llevándole la contraria, cosa que no ocurrió.

—Pues ya te digo que no voy a esperar a que se decidan a matarme a mí —contestó Jason abruptamente—. O a mis hijos.

—Hace mucho que no echas un polvo, ¿verdad? Te sale la tensión por las orejas, tío

La pregunta en voz alta de Roy provocó las risas de Adam y Yairetz, no así las de Jason, pero tuvo el efecto de cortar sus derroteros, tendentes a la violencia.

28. INCIDENTES

«Garra de águila» hubiera preferido seguir la marcha. En la distancia, notaba la alteración del espíritu de «Nube roja», señal de que algo ocurría en su hogar. Solo cedió a quedarse aguardando en el campamento ante la insistencia de Libby, que prefería continuar con dos hombres más provistos de armas.

Hasta el momento, habían tenido suerte, aunque eso podía cambiar en cualquier instante y la ayuda nunca sobraba. Al igual que el viejo navajo, sentía que la responsabilidad de todos recaía en sus espaldas y no le faltaba coraje, pero la mayoría del grupo carecía de habilidad con las armas, por no hablar de que la munición escaseaba de manera alarmante.

Necesitaban a Jason y a Adam, y las lecciones de supervivencia del viejo navajo.

Ahora, además de cargar con los pertrechos inherentes a su vida nómada, llevaba cada uno cierta cantidad de piedras recogidas por el camino y plumas encontradas en los lugares de anidada de ciertas aves. En las paradas, los que no iban a recolectar plantas, se dedicaban a tallar puntas para insertar en las flechas y a sujetar las plumas partidas en el otro extremo para estabilizarlas. Las primeras que hicieron no tenían buen aspecto, pero les servían para practicar con los arcos que ya casi todos llevaban cruzados sobre el pecho y que aún no habían aprendido a usar por falta de tiempo.

—Si nos hubiesen dicho hace unos meses que volveríamos a usar arcos y flechas... —comentó una de las mujeres.

—Mira el lado bueno: ya no hay que contar calorías para mantenernos en línea —contestó Libby con una carcajada.

La mujer coreó su risa, ella mejor que nadie comprendía la ironía de la situación. Al igual que a Luc, las bayas y algunas plantas le sentaban mal. Nunca lo hubiera sospechado, porque llevaba siendo vegetariana desde los quince años por elección y tuvo que romper su regla por necesidad. El aporte de la carne a su dieta le había salvado la vida. Seguía muy delgada y no recuperaría los dos dientes perdidos por la inflamación de las encías, pero había superado su fatiga crónica y derrochaba energía.

Ahora estaba haciendo lo inimaginable un mes atrás: ayudaba al navajo a desollar al ciervo, recién abatido, y a cortarlo en tiras para asarlo y ahumarlo.

Muchas cosas habían cambiado; había que adaptarse. No obstante, según el viejo navajo, que era muy observador, podría volver a su dieta habitual más adelante, cuando conociera mejor las plantas y su valor nutricional.

El grupo sufrió una transformación notable. Se encontraban más animados y fuertes. Habían recuperado poco peso, debido al esfuerzo continuado de subir a terrenos más altos caminando, pero el baño de hacía unos días y la nueva alimentación renovó sus esperanzas. De esa forma, colaborando y cuidando unos de los otros, se sentían útiles y necesarios.

Se dedicaron a prender hogueras y buscaron palos adecuados para poner encima la carne, que se asaría y ahumaría al mismo tiempo. Duraría una semana, suficiente para que comiesen todos, acompañando las proteínas con frutos, hongos y plantas.

Los dos pequeños jabalíes abatidos por Denny y su bisabuelo, casi eran historia. El *diné* había subestimado el hambre del grupo. No podían descansar aún, pero con los estómagos llenos se dormía mejor. Mientras, el cuerpo se encargaba de reparar los daños causados por la escasez.

Los niños tenían asignadas tareas, como todos, pero luego salían corriendo a jugar por los alrededores. «Garra de águila», al que los pequeños respetaban sobremanera, les había advertido de los peligros que podían encontrar y sobre la forma de actuar en cada caso. Lo conveniente era que no se alejaran del campamento, aunque debían saber defenderse de hallarse en apuros.

Les explicó que cerca de las rocas podían encontrar serpientes y en las praderas era buena política mantenerse alejados de las manadas. Incluso los ciervos defendían a sus crías, llegado el caso. Si se encontraban con un jabalí en el bosque debían trepar a un árbol y esperar que perdiera el interés... Así fue desgranando situaciones que podían darse, al tiempo que los alumnos aprendían a fabricar arcos y flechas. Mayores y niños debían saber defenderse con lo que tenían a su disposición.

La mayoría de los animales no les harían daño si respetaban su espacio y tenían que aprender a ver los signos del paso de tal o cual por el terreno. El oso, el depredador más temible del bosque, vivía a mayor altura. Ya abordarían el tema de un posible encuentro cuando estuviesen cerca del poblado. Se encontraban en época del comienzo de la hibernación, aunque podían toparse con alguno y debían saber cómo actuar.

Entre tanto, quería mantenerlos a salvo sin llegar a asustarlos, pero insistía en que tanto Libby como la madre del otro niño les recordaran las reglas básicas de no acercarse a los animales, por muy adorables o pequeños que fueran. Todas las crías tenían padres que podían considerarlos una amenaza.

Luc, al igual que su tío Adam, sentía debilidad por los caballos y pasaba horas acariciando a la yegua que los acompañaba. «Garra de águila» le enseñó algunas palabras en *diné* y la forma correcta de dirigirse a ella.

—Ya somos amigos —dijo el niño, alborozado, cuando la yegua le pasó el belfo por la cara y resopló por los hollares, haciendo revolotear su largo cabello.

—Lo sois, pero respeta su espacio y ella respetará el tuyo.

—¿Puedo llevarla a beber agua al arroyo?

—Cuando tenga sed, irá sola. Tú ahora tienes que ayudar a tu hermano a recoger leña.

El niño era voluntarioso y curioso. Su bisabuelo hubiese creído que era hijo de Adam, de no saber que Jason era su progenitor. Ojalá los espíritus les concediesen un lugar en la tribu, porque no podía estar más orgulloso de Denny y de él.

El único escollo sería su padre.

Su recuerdo, al igual que el de «Ciervo veloz», perturbaba el alma del navajo. No habían vuelto a verse desde que Jason cumplió la mayoría de edad y decidió renunciar por completo a su legado navajo. El juez nativo les dio a firmar un documento y él se marchó sin despedirse siquiera de sus abuelos. Solo tenían noticias suyas y de su familia a través de Adam y luego también por Denny.

«Garra de águila» escuchó el cambio de sonidos del bosque, silencios antes llenados por trinos y rumores de patas, y supo que sus nietos se acercaban.

—¿Son ellos? —preguntó Libby a su lado. A esas alturas, había aprendido a interpretar un poco al hombre que, aunque ocultaba su ansiedad, estaba deseando saber a su familia a salvo.

Durante el reencuentro, observó detalles que supondrían un problema a corto plazo: Jason apenas saludó a su abuelo con un asentimiento de cabeza, le dio las gracias a ella y cogió a Luc en brazos para apartarse del grupo. Le quitó al pequeño el arco, que llevaba cruzado sobre el

pecho desde que lo había tallado con la ayuda de Denny y el viejo navajo, lo tiró a un lado con desprecio, y ambos tomaron asiento bajo un gran árbol para hablar.

Adam rompió el silencio, presentando a sus dos acompañantes y Libby hizo lo propio con los del campamento.

—Descansad —les dijo, ofreciéndoles un lugar cerca de una de las hogueras en las que se secaba la carne.

—¡Dios, huele de maravilla! —exclamó Roy.

Greg, el ingeniero, se acercó con dos hojas sobre las que había colocado varias tiras de carne asada y se las ofreció.

—¡Cuidado, está caliente! —advirtió.

Roy engulló la carne con ansia. Yairetz, en cambio, paladeó cada bocado, poniendo los ojos en blanco.

—¡Ni en el mejor restaurante! —exclamó—. Gracias.

Una mujer les alargó botellas de agua de las que bebieron solo dos tragos. A esas alturas, comprendían que el racionamiento tenía su razón de ser. Unos más que otros, todos habían sufrido la falta de agua, de comida, o de ambas.

Adam rehusó el ofrecimiento y se mesó la barba crecida.

—Tengo más necesidad de afeitarme que de comer.

—Yo creo que te sienta bien —dijo Libby.

—¿Porque me oculta la cara? —rio él.

—Te hace más interesante —Le pasó la mano por el rostro y él la cogió por la cintura.

—A ti te sienta bien el modo supervivencia, vecina. ¡Menuda cintura de avispa te ha quedado!

Ella soltó una carcajada.

—Suerte que aún tengo cintura. Si no llega a ser por tu sobrino y por tu abuelo, estaríamos en los huesos.

El muchacho se sonrojó por el cumplido, aunque echó una breve ojeada a su padre y a su hermano pequeño, que seguían hablando en privado.

—Aprovechemos el día —intervino «Garra de águila», señalando los arcos—. Hay que hacer flechas. «Sombra de tormenta», ¿te ocupas de enseñar a algunos el manejo del arco?

El aludido asintió con la cabeza y Libby le dio un codazo.

—¿«Sombra de tormenta»?

—Ese es mi nombre de verdad. Adam es solo para que el fisco me cruja —contestó, riendo.

—¿Y haces honor a tu nombre de verdad?

—¿Estás flirteando conmigo jefa?

—¡No se me ocurriría delante de los niños! —exclamó ella, con una sonrisa que indicaba lo contrario.

Yairetz observó que había una gran confianza entre ellos y se sintió un poco celosa. Adam ya no bromeaba con ella desde el incidente. No recordaba lo ocurrido, pero parecía haberle ofendido de alguna forma.

—Pues venga, empecemos contigo, a ver si eres tan buena con el arco como en el campo de tiro —dijo él, dirigiéndose a Libby y luego a su sobrino—. Denny, escoge a alguien con quien practicar, nos alejaremos un poco para evitar clavarle una flecha en el culo a un espectador inocente.

La mujer rio y se acercó al rincón donde estaban sus cosas y las de su pequeño para

recoger media docena de flechas de factura casera, a las que «Garra de águila» había dado su aprobación.

—Quédate aquí —le dijo a su hijo—. Cuando Luc termine de hablar con su papá, podéis jugar cerca.

—Yo quiero tirar flechas —protestó Mark.

—¿Puedo yo también, mamá? —preguntó Tini, el otro pequeño del grupo.

Su madre interrogó con la mirada a Libby, que asintió.

Los niños corrieron detrás de los mayores, excitados, con los arcos preparados en sus pequeñas manos. Denny y Naomi se unieron a ellos en una zona alejada, pero a la vista del campamento. Adam les indicó que aguardaran y se detuvo a veinte metros. Clavó con su cuchillo una hoja grande en el tronco de un árbol y le pidió a su sobrino que hiciera lo mismo en otro, a cincuenta metros del primero. Cada uno se ocuparía de su blanco, sin temor a ponerse al alcance de una flecha desviada.

Después de fijar la hoja, Denny volvió con Naomi y le dio instrucciones sobre la forma de sujetar el arco, de preparar la flecha y elevar el codo para alinear el proyectil.

—Es una suerte que Denny haya encontrado a alguien de su edad —comentó Adam a Libby.

—Mamá, ¿puedo probar? —preguntó Mark, ansioso.

—Espera, primero tienes que colocarte... —Adam puso la rodilla en tierra, ayudó al pequeño a sujetar la saeta sobre el pulgar de la mano que sostenía el arco y elevó el brazo del pequeño—. Ahora, respira profundamente, no tengas prisa.

—Naomi es buena chica, además de muy útil. Sabe de plantas casi tanto como tu abuelo —dijo Libby—. Si le hubiéramos hecho caso desde que se unió a nosotros, seríamos más y estaríamos más fuertes. Muchos comieron bayas y plantas dañinas, que les hicieron enfermar e incluso morir.

—La edad nos da sabiduría, pero también arrogancia.

—Parece la frase de un filósofo —rio la mujer.

Él se giró y le guiñó un ojo desde su posición, a la altura del pequeño arquero.

—Quizá lo sea y estoy plagiando a uno.

Se alzó y dejó al pequeño disparar. Su flecha no llegó demasiado lejos, aterrizó en la tierra cubierta de hojas.

—Prueba de nuevo —le invitó Adam—. En mi primer intento, la flecha cayó a mis pies; así que si yo pude, tú podrás. Ven tú también —le dijo a Tini y le ayudó a colocarse.

Les ajustó la posición y les dejó disparar tres veces más. Los niños no se frustraron porque las flechas llegaban un poco más lejos cada vez y los mayores lo celebraban con aplausos.

Para ellos era un juego, no una competición.

—Y Denny... —continuó ella, dirigiéndose a Adam—. Cuando Luc enfermó, sacó a relucir sus conocimientos, que nos sirvieron para sustentarnos cuando los hombres nos abandonaron.

—No es porque sea mi sobrino, pero es un chico especial.

—Lo es.

—Y tengo entendido que desollaste al primer conejo sin tener ninguna experiencia...

—Eso pasa cuando las ganas de vivir superan los escrúpulos.

Adam asintió.

—Jason hizo bien en dejar a los niños contigo. Venga, menos cháchara y aprende a disparar para que puedas cazar.

La flecha de Libby se clavó a los pies del árbol, pero, lejos de amedrentarse, probó el resto hasta que consiguió superar el tronco. No acertó en el blanco, ni mucho menos, pero era difícil que se diera por vencida a esas alturas.

—La competencia parece dura —le dijo Roy a Yairetz, cuya vista iba de un hermano a otro.

—Eres un imbécil.

—Un imbécil con ojos —contestó él, haciendo una pedorreta con los labios y tumbándose al lado del fuego.

—¿No irás a dormirte? —le preguntó ella.

—Acabo de llenarme el estómago y todos están ocupados. ¿Qué quieres que haga?

—¿Intentar ayudar?

—¿Ahora vas a venirme con sensiblerías? ¡Anda y que te den, Santa Yairetz!

—El navajo les está enseñando a cazar y yo quiero aprender.

—Y también quieres meter el pie para no permitir que se cierre esa puerta y esa posibilidad.

—Eres un imbécil —repitió ella.

Roy alzó una mano y la agitó a modo de despedida. Yairetz lo ignoró, se levantó del suelo y se dirigió al espacio que Adam usaba para enseñar a la mujer de rasgos asiáticos y a los niños, que reían por alguno de sus comentarios.

—Perdón si molesto. ¿Puedo unirme? —preguntó.

—Claro —contestó Libby, cuya mirada destilaba confianza y simpatía—. «Garra de águila» os enseñará a hacer vuestros propios arcos y flechas, pero puedes usar los míos mientras.

—Gracias, me gustaría mucho, aunque soy una torpe.

—¡Pues bienvenida al club!

—Es cuestión de práctica —intervino Adam.

Mark regresó de recoger sus flechas y vio que Luc había terminado de hablar con su padre.

—¿Podemos ir a jugar, mamá?

—Claro —contestó ella, revolviéndole el pelo.

—¡Gracias, Adam! —exclamaron Tini y él al unísono, mientras salían corriendo en busca de su amigo.

—Y yo voy a ayudar con la cena —dijo Libby—. Usa el arco cuanto quieras.

—Es simpática —comentó Yairetz.

—Sí que lo es.

Durante la hora siguiente, Adam le enseñó a empuñar el arco, a colocar la flecha y a disparar con él. Era mucho más difícil de lo que parecía, puesto que muchos factores incidían en la precisión del tiro, pero ella era buena alumna. Al cabo de un rato, consiguió alcanzar el tronco.

—Parece que vas a ser una buena cazadora.

—Me gusta esto. Lo que más odio de las armas de fuego es el ruido que hacen.

—¡Tío Adam! ¡Cinco de cinco! —exclamó Denny desde su lugar de tiro, alzando los brazos al cielo.

Él y Yairetz se acercaron a los jóvenes y su sobrino le señaló las cinco flechas clavadas en la hoja que servía de diana.

—Después de haber cazado un jabalí, no sé si esto se puede considerar un éxito tan rotundo —comentó Adam con sorna.

Denny le echó un vistazo furtivo a Naomi y su tío comprendió que había querido impresionarla.

—A mí me parece un gran arquero. Yo no he llegado a alcanzar el tronco ni una sola vez —dijo la chica.

—Pues deja de presumir y enséñale para que te acompañe en la próxima cacería —recomendó Adam a su sobrino, con una palmada en el hombro.

Yairetz percibió el sonrojo de los dos jóvenes. Se veía a la legua que estaban a gusto juntos.

—Después del abuelo, mi tío es el mejor cazador que conozco —le dijo Denny a la chica.

—¿Nos haces una demostración? —pidió Yairetz.

—No soy tan presumido como mi sobrino —dijo Adam.

—Venga, me gustaría verlo —insistió Naomi.

Adam cogió su arco, sacó una flecha del *quiver* que llevaba a la espalda y apuntó hacia el campamento.

—Vamos a darle un susto a Libby —dijo, con una sonrisa.

La flecha voló directa al árbol bajo el que se encontraba la mujer, cortando raíces en trozos pequeños, con tan mala suerte que pasó rozando a Jason, que se acercaba para hablar con ella, colocándose en su trayectoria.

El antiguo agente de la DEA sacó su arma corta y disparó en dirección a los arqueros.

De repente, todos detuvieron sus respectivas tareas y se hizo un silencio tenso, que rompió Jason acercándose a su hermano a largas zancadas, con el rostro contraído por la furia.

—¿Eres imbécil o qué te pasa?

Adam hubiese pedido disculpas, pero el tono de su hermano y su reacción le parecieron excesivas.

—Reconozco que no debería haber apuntado al campamento, estaba alardeando, pero tú...

—Señaló su revólver, aún con el cañón humeante—. Has disparado sin cerciorarte de que se trataba de una amenaza real y podías haber matado a alguien.

29. LA OSCURIDAD DE FAY

El hombre que «Viento del norte» asignó para ayudar al grupo de Fay les enseñó a cazar mediante trampas, porque, además de la escasez de munición, el estampido de los disparos espantaría a los animales del entorno.

Enseguida vio que serían incapaces de sustentarse durante demasiado tiempo de esa forma. Estaban débiles y aprendían despacio. Poner trampas requería de tiempo y de observación, algo para lo que ninguno parecía tener la disposición adecuada, ni el entrenamiento para ver los rastros del paso de animales.

El más aplicado resultó ser Frank, que seguía al indio a todos lados, sin perderse ninguna de sus clases. Ya se había dado cuenta de que la única forma de hacerse imprescindible para el grupo de zarrapastrosos que componían era aprendiendo más que los demás.

Fay, por su parte, intentaba nuevos acercamientos al poblado, sin resultados. Cada vez que se aproximaba, una flecha salía de algún lado y se clavaba a sus pies, indicándole que debía aguardar. Ya no pudo hablar con el jefe ni con la mujer joven que había hecho de interlocutora la primera vez, en su lugar aparecía «Nube roja», cargada de desconfianza hacia ella.

—Han transcurrido cuatro días, la mitad del plazo. ¿Habéis decidido qué vais a hacer? —le preguntó con hostilidad.

—Vamos a necesitar más tiempo para reunir comida...

—No hay más tiempo. Como dijo «Viento del norte», tenéis una semana. Si en ese plazo seguís aquí, os echaremos.

La forastera aguantó las ganas de sacar su pistola y volarle la cabeza a la vieja impertinente.

—Estamos valorando la oferta de trasladarnos a la población de la que nos habló tu jefe. Como dijisteis, no estamos preparados para adentrarnos más al norte.

—Deberéis decidirlo pronto. Entre tanto, toma esto. —Le alargó un fajo de hojas secas—. Puedes preparar infusiones que os reconfortarán del frío y os harán llevadera la falta de alimento.

«Nube roja» dio media vuelta y se fue al poblado, sin añadir nada más. Fay odiaba a la anciana que se movía con mayor soltura que ella. Era intransigente e inmune a cualquier intento de acercamiento por su parte.

Volvió malhumorada a su campamento, del que salía un olor agrio a suciedad y sudor. Ni siquiera los días con las tiendas montadas y las entradas abiertas para que se aireasen, habían conseguido sofocar el tufo a podrido que parecía rodear a todo el grupo, como si estuviesen sumidos en un aura pernicioso. Nada que ver con el poblado, en el que se respiraba olor a naturaleza, a hierbas fragantes y a madera de las hogueras.

Se sentía frustrada. No había forma de acercarse a ellos, parecían dispuestos a defenderse y las armas de fuego no les servirían si no podían ver al enemigo, que estaba siempre al acecho, oculto entre los árboles y la maleza.

El entorno era desfavorable para ellos y tendrían que tomar una decisión... Ella debería tomar una decisión, segura de que los demás la respaldarían. Las personas con las que viajaba

eran incapaces de proponer soluciones, tenían demasiado miedo para arriesgarse y ella no podía obligarles a un ataque suicida contra el campamento navajo del que, sin duda, saldrían perdiendo.

Solo cabía aprovechar al máximo los conocimientos que pudiera transmitirles el navajo que los acompañaba y partir a la población indicada, esperando que estuviese deshabitada o encontrar poca resistencia cuando se acomodasen en ella.

No obstante, el olor que llegaba del poblado a carne ahumándose en hogueras les hacía salivar y sus tripas, acalambradas por falta de alimento, gruñían como animales salvajes.

Pronto pudieron avistar a varias personas dirigiéndose a la orilla del lago, a un punto alejado del suyo. Pasaron allí varios días y el humo de las hogueras dejó de oler a carne para empezar a oler a pescado. Era toda una provocación para sus cuerpos desnutridos.

—Al indio se le ha escapado que están preparando comida para llevarse —dijo uno del grupo—. Por lo visto, tienen miedo de que llegue algún grupo más grande que el nuestro para atacarles.

—Supongo que serán muchos, porque están preparando bastante comida para el traslado —aseveró Fay.

—A nosotros nos vendría bien para pasar el invierno. Apenas cazamos para comer a diario —añadió una mujer.

—¿Sugieres que se la quitemos? —preguntó Fay con cierta ironía en el tono—. ¿Qué posibilidades tendríamos?

—Mínimas, a no ser que descubramos sus escondites entre las ramas de los árboles —negó Antoine.

—Por eso no podemos hablarlo aquí —zanjó Fay.

Se trasladaron a la orilla del agua, a un lugar alejado de los árboles, poniendo a dos centinelas para asegurarse de que ningún indio se acercaba a espiar, fundiéndose en las sombras nocturnas, que la exigua hoguera de su campamento apenas disipaba.

30. LA OSADÍA DEL ORGULLO

La tensión del ambiente en el campamento, lejos de mitigarse, aumentó con la llegada del *diné*, alertado por el disparo.

—¿Qué hacéis? Hay gente a varios kilómetros que ahora saben de nuestra presencia —les increpó.

—Ha sido un accidente, «Garra de águila» —intervino Libby, reaccionando con más rapidez que ninguno.

El viejo negó con la cabeza.

—Dejad todo preparado, mañana al alba continuaremos.

—Esta gente necesita un poco más de descanso —objetó Jason—. Parecen agotados.

—Descansarán cuando lleguemos al poblado. Allí estarán seguros y podrán terminar de recuperarse.

—Ahora somos cuatro armas más para defendernos...

—Estamos bien, continuaremos —dijo Libby—. Hoy no pensábamos descansar y nos ha venido bien la pausa.

El campamento al completo se hallaba pendiente de abuelo y nieto. Jason no disimulaba su descontento y todos vieron que trataba de retar al viejo *diné*.

Libby tampoco estaba tranquila con ese conflicto, que Jason parecía querer llevar a sus últimas consecuencias, no por la razón que esgrimía, sino porque consideraba que era el mejor preparado para dirigir al pequeño grupo.

En otras circunstancias, se hubiera rebelado por quedar relegada: era una mujer, pero una con recursos y decisión. En ese momento solo deseaba llegar a algún lugar en el que descansar de verdad y empezar a organizar el resto de su vida. Ella nunca pretendió dirigir a nadie, era una gran responsabilidad para la que no estaba preparada, aunque tenía las prioridades claras y prefería la compañía fiable del navajo. Jason, desde luego, no era el idóneo para decidir en nombre de todo el grupo.

—Tenemos agua y comida suficiente. Nos quedaremos dos días más para coger fuerzas —sentenció su antiguo vecino.

«Garra de águila» dio media vuelta y regresó a lo que estuviera haciendo en el bosque, sin ceder al enfrentamiento al que su nieto pretendía conducirlo.

—Eres un capullo —espetó Adam a su hermano, antes de salir detrás del abuelo.

Libby se levantó del suelo, en el que había estado sentada, y observó la flecha clavada en el tronco, el desencadenante de la disputa. Chasqueó la lengua y se asomó al lugar en el que jugaban los niños, para cerciorarse de que habían vuelto a sus correteos, y se acercó a su antiguo vecino.

—Quizá no sea la más adecuada para decirte esto, Jason, pero gracias a tu abuelo estamos aquí, incluidos tus hijos. No sé si lo hubiésemos conseguido por nuestros medios, así que conviene que estemos todos de acuerdo.

—¿Qué me quieres decir, Libby, que os iréis con él?

—No nos pongas en el compromiso de tener que elegir, porque puede que te sorprenda que escojamos la sabiduría de toda una vida por encima de la fuerza.

Ella le puso una mano en el hombro, conciliadora.

—Venga, Jason, eres un tío listo, no te dejes cegar por el orgullo. Adam y tú tenéis experiencia y os necesitamos, pero no a costa de aumentar la inseguridad.

Él la miró con cierta incredulidad.

—Creí que estarías de mi parte.

—¿Por qué te lo tomas como algo personal? No lo es. Se trata de sobrevivir y deberíamos sentirnos afortunados de haber llegado hasta aquí. No puedes reprocharnos que queramos intentar superar un día más.

—¡La sopa está lista! —exclamó una de las mujeres, cuya piel de las manos se veía enrojecida, por las ortigas que había tocado mientras buscaba otras plantas.

—Vamos a tomar algo caliente —le dijo Libby a Jason.

Naomi, Denny y Yairetz también se acercaron.

La forma de cocinar también había cambiado desde que «Garra de águila» entró en sus vidas, al buscar arcilla, unirla a un puñado de arena fina -sacadas ambas de las inmediaciones de un riachuelo- moldear un cuenco grande y ponerlo a cocer al fuego. Con una capacidad de dos litros, el burdo recipiente servía para cocinar una sopa común y de su transporte se encargaba una de las mujeres que se había ofrecido a ello. Lo hacía con extrema precaución para evitar que se resquebrajara.

Cada uno sacó de su mochila una lata vacía, que les servía de plato, de vaso y de lo que hiciera falta.

—¿Tenéis algo donde os pueda servir la sopa? —preguntó la mujer a los recién llegados.

Denny le alargó la suya a su padre.

—Toma, yo esperaré.

El recipiente estaba algo herrumbroso y Jason puso mala cara por tener que beber en él y por el agua con sabor a plantas, que era en realidad la sopa.

—Nos dejamos la vajilla buena en el otro campamento —rio Libby al ver su expresión.

A Roy le pasaron otra lata, bebió, escupió y vació el contenido en la tierra.

—¡Esto es asqueroso!

—Pero está caliente —dijo Yairetz, agradeciendo con el gesto a Naomi que le hubiera prestado su recipiente.

—Oye, sería genial que no volvieras a tirar nada —le afeó una de las mujeres a Roy—. Si no te gusta, lo pasas a otra persona. Esa era media ración de agua diaria.

El traficante pidió disculpas, uniendo las manos e inclinando la cabeza. Acababa de darse cuenta de la necesidad que habían tenido que pasar para considerar comestible semejante brebaje.

Jason se descolgó la mochila, de la que aún no se había deshecho, y sacó las latas que quedaban en su interior.

—Adam lleva otras tantas —dijo—. Creo que mañana podríamos cambiar de menú, aunque fuera por una noche.

Los ojos de todos brillaron de deseo. Hacía mucho que su dieta consistía en raíces, bayas, insectos y plantas. El último cambio por la carne había sido más que bienvenido, pero semejante proposición les retrotraía a tiempos mejores, cuando no pasaban hambre, cuando todo era normal.

—Con una sola podríamos comer todos. Será bienvenido el cambio de sabor de la sopa durante unas noches —propuso Libby.

—Yo tenía en mente un festín, así me libraba de su peso.

—Podemos repartir el peso entre todos. Además, es probable que nos sentase mal pegarnos semejante atracón.

—Hay que dosificar lo que tenemos, por si acaso —intervino «Garra de águila», regresando al campamento.

Depositó con cuidado su macuto en el suelo, para sacar de él varios huevos en un lecho de hojas. Los niños se acercaron a la carrera y admiraron el botín con asombro.

—¿Podemos probarlos, abuelo? —preguntó Luc.

—Son para vosotros.

—¿Me prestas esa lata? —le preguntó Adam a Libby, desviando la atención fija de su hermano, que parecía querer intervenir en la expectación levantada por el regalo del *diné* —. Me apetece calentarme las tripas, empieza a hacer fresco.

—En una de las razones por las que deberíamos apresurarnos —dijo «Garra de águila», alzándose del suelo—. Los días se acortan y, a medida que ascendamos, el frío arreciará.

La noche cayó y con ella llegaron los ruidos de los depredadores nocturnos, a los que se habían acostumbrado, aunque seguían causando inquietud a la gente de ciudad.

Los niños, según la costumbre adquirida, se acostaron juntos en el lugar más abrigado, cubiertos por la manta del viejo navajo, que olía a sudor de caballo. Los demás se acurrucaron donde pudieron, notando que la temperatura nocturna se convertiría pronto en un problema. Las mantas tejidas con ramas y hojas eran un arreglo provisional; pronto necesitarían un refugio de verdad.

Las protestas de Roy se oían por encima de los ruidos nocturnos, al igual que a Yairetz pidiéndole silencio. La mujer que hacía la primera guardia negó con la cabeza: los recién llegados tenían que acostumbrarse a la rutina del grupo y no llevaban buen camino. El descanso era tan importante como el alimento.

Jason, por su parte, se había apartado a un espacio libre de cuerpos y tampoco conseguía conciliar el sueño. No se trataba de la incomodidad física, sino de la mental. Conservaba los prejuicios contra los *diné* y los planes de acampar en su poblado solo podían ser una solución provisional. Nunca se adaptaría a sus costumbres ni a su forma de ver el mundo y tampoco quería para sus hijos una vida de supersticiones, gobernada por espíritus de dioses extraños, de falta de ambición.

Estaba convencido de que, en algún momento, la situación actual se revertiría. Alguien daría con la forma de restaurar la electricidad y el mundo que conocían empezaría a rodar de nuevo. Con lentitud, pero con la tecnología y los conocimientos de los que disponían, tarde o temprano lo conseguirían.

Se negaba a llegar al punto de tener que cazar con arcos y flechas, al que quería llevarlos ese hombre que era su abuelo solo por accidente. No quería vestir con pieles de animales curtidas, ni vivir en una choza de barro y ramas. Él no pertenecía a ese mundo salvaje, era una persona civilizada.

Al resplandor de la hoguera, alimentada por Adam, que se había ofrecido a vigilar el campamento la mitad de la noche, vio a Denny levantarse y salir del espacio iluminado. Poco después, escuchó los siseos de una conversación. Se encontraban a cierta distancia y no distinguía las palabras, pero no quiso levantarse, por si el joven pensaba que lo espiaba. Durante la cena grupal, en la que comieron carne después del asqueroso brebaje al que llamaban sopa,

había tanteado el ánimo del grupo. Consideraban a Libby y a «Garra de águila» sus líderes y él tendría que cambiarlo para no terminar volviendo a la época del neandertal.

—¿Puedo acompañarte?

—No hace falta que lo preguntes, Denny —le dijo su tío.

—Papá va a dar problemas.

Adam inspiró profundamente. También lo creía.

—Tu padre tiene mucho carácter, aunque solo quiere lo mejor para vosotros.

—Lo que él piensa que es mejor...

—Dale tiempo.

—Es que no hay tiempo. En menos de una semana llegaremos al poblado y me gustaría que pudiésemos quedarnos. Si sigue con esa actitud, no nos dejarán.

Su tío pensaba lo mismo. Jason y sus prejuicios toparán con un muro en el poblado, en el que la jerarquía y las costumbres eran respetadas. Esperaba que se diese cuenta de que la seguridad de sus hijos debía prevalecer frente a su orgullo.

—Dale un poco de tiempo —repitió—. Ahora está enfadado por la situación en la que nos encontramos. Ha perdido a tu madre y el mundo que conocía ya no existe.

Un resplandor anaranjado en el horizonte, iluminó el cielo por encima de los árboles, como si hubiera amanecido de pronto.

—¿Qué...? —exclamó Denny, sorprendido.

Antes de que pudiese terminar la pregunta, el fragor de una explosión lejana llegó hasta sus oídos, reverberando en las montañas y en el valle. Se levantaron de la roca donde habían estado sentados y contemplaron el cielo, que volvió a oscurecerse.

El estruendo y la luz habían despertado a todos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó una de las mujeres.

—¡Una bomba atómica! —exclamó otra, con los ojos desorbitados ante la idea.

—Por la dirección, puede ser una central nuclear —terció Jason—. Había una a unos trescientos kilómetros de aquí.

—¿Esos sitios no tienen un protocolo para emergencias? —intervino Roy.

—En teoría, lo tienen —contestó el ingeniero—. Pero el ahorro en costes es prioritario y las inspecciones son menos rigurosas de lo que deberían.

—Entonces, ¿van a estallar todas? —preguntó Yairetz, con la voz entrecortada por el temor.

—Solo las que han sido laxas en sus protocolos.

—Pareces saber mucho sobre centrales nucleares —sugirió Roy—. ¿Te dedicabas a eso?

—No —contestó el interpelado—. Soy curioso.

—Ya.

La respuesta del traficante daba a entender que no se lo creía y la mayoría pensaba lo mismo. No era un tema que cualquiera consultase por curiosidad.

—¿Tendrá efectos dañinos? —preguntó alguien, aunque enseguida rectificó—. Me refiero a si esos efectos llegarán aquí...

Todos volvieron su vista a Greg y aguardaron a que el único que parecía saber algo les sacase de dudas.

—No lo sé —repuso el ingeniero—. Ya he dicho que no es mi campo, pero la explosión podría ser el resultado de un accidente nuclear grave, como una fusión del núcleo del reactor.

Esto podría ocurrir en situaciones en las que las barreras de contención fallan y se liberan productos radiactivos al medio ambiente. La magnitud de la liberación dependería de las medidas de contención y las condiciones meteorológicas. La radiactividad liberada podría tener impactos a corto y largo plazo en la salud y el medio ambiente.

—Como en Chernóbil —sugirió Libby con gravedad.

—Como en Chernóbil —asintió el ingeniero.

—Para no saber mucho... —ironizó Adam.

—Nos encontramos demasiado lejos —dijo Yairetz, en tono que parecía un ruego—.

¿Verdad?

El ingeniero se encogió de hombros.

—¿Hay alguna central nuclear por aquí? —Libby preguntó lo que todos tenían en mente.

—No —contestó Adam—. Todos estos bosques son parques nacionales, en los que no se permite la construcción de ningún complejo productor de energía y la Oficina de Asuntos Indígenas tampoco lo consentiría en su territorio.

—Lo dices con mucha seguridad —intervino Jason.

—A ti no te importa el entorno, a los *diné* les preocupa su hogar y lo que acabamos de presenciar les da la razón.

—Bien, no podemos hacer nada, así que descansad. Mañana saldremos temprano —recomendó «Garra de águila».

Acababa de levantarse para acariciar el lomo de la yegua que los acompañaba y que se había acercado, inquieta por el ruido y las luces nocturnas. Lejos de su manada, buscaba el calor del que consideraba su amigo y él la tranquilizó con palabras susurradas y con caricias en el cuello.

—Abuelo, ¿puedo dormir con ella? —preguntó Luc—. Yo la cuidaré para que no tenga miedo.

—Ella no tiene miedo, pequeño. Solo ha venido para ver que sus jinetes estaban bien.

El niño asintió con seriedad.

—¿Podemos ponerle nombre, abuelo?

—No. Ella tiene el nombre que le da el viento cuando corre por la pradera, no necesita palabras para ser.

Jason, que escuchaba la conversación, rio con desprecio.

—Ponle el nombre que quieras, Luc —le dijo al niño.

El pequeño, sin embargo, dio las buenas noches y se acostó con los otros dos, tapándose con la manta. Semejante desplante provocó resentimiento en el interior de su padre.

«Garra de águila» y Adam lo percibieron y se lanzaron una mirada. Aquello no iba bien. Jason aprovechaba cualquier ocasión para desautorizar al anciano y él no deseaba una discusión.

—Acuéstate también, Denny —le dijo Adam.

—No sé si podré dormir...

—Podrás —aseveró su tío.

Cuando el campamento volvió a quedar en silencio, Adam se alejó y el anciano se unió a él.

—Tenéis comida para llegar al poblado y podrás guiarlos —le dijo—. Yo me adelantaré.

—Siento la actitud de Jason. Espero que entre en razón.

—No es por él que me voy. Me temo que va a intentar ralentizar la marcha y yo quiero llegar. «Nube roja» está en peligro.

Su nieto le interpeló con la mirada. Apenas llegaba el resplandor de la hoguera hasta donde

estaban, pero ambos contaban con la vista aguda del cazador nocturno.

—Lo siento en su espíritu —explicó el anciano navajo.

31. SOLO LO QUE MERECEMOS

De nuevo fue la vieja la que acudió a recibirla. Fay la odiaba porque parecía poder leer en su interior.

—Ha llegado el día de partir, pero no quería hacerlo sin haber agradecido a tu jefe la hospitalidad recibida.

—Le trasladaré tus palabras.

—Me gustaría hacerlo en persona. Vuestra ayuda nos ha salvado la vida, así como el consejo de no continuar hacia el norte. Nos habéis demostrado que no estamos preparados.

—Espera aquí, te diré si el consejo quiere verte.

Fay no dudaba de que se lo permitirían. Le había parecido que algunos de ellos eran sensibles a los halagos y les gustaría tener su agradecimiento.

«Nube roja» dejó el mensaje de la mujer y mientras los miembros del consejo se preparaban para recibirla, ella se fue a su *hogan*. Quería acompañar a los tres guerreros que guiarían al grupo hasta las inmediaciones de la población en la que se asentarían. Se aseguraría de que llegaban y de que no podrían seguirlos de vuelta. Para ello, habló con el que les enseñaba a cazar y que le contó su reunión nocturna.

—Os acompañaré hasta la población e iremos dando rodeos por el bosque —le dijo—. Quiero que se pierdan.

—Si disponen de una brújula, esa artimaña no bastará, «Nube roja» —objetó él.

—Entonces, hay que asustarlos.

El hombre asintió. Sabía a qué se refería la curandera y uno de los hombres podría imitar con acierto el gruñido del oso. Imaginar uno cerca disuadiría a cualquiera de volver a pasar por la zona. Ningún hombre armado se enfrentaría a uno con seguridad.

«Nube roja» estaba convencida de que Fay querría regresar y tomarlos por sorpresa y si eso ocurría cuando hubieran levantado el campamento, solo estarían ella y su ayudante, que se había ofrecido voluntario para esperar a «Garra de águila» y su familia. La tribu tenía todo preparado para partir al campamento de verano, antes de que las nevadas se hicieran más intensas.

Le había costado convencer a «Viento del norte», pero ante su lógica de que otros mejor armados podían atacarles por la comida o por miedo, terminó prevaleciendo la sensatez.

En su momento, los *diné* habían sido un pueblo guerrero y el espíritu indómito prevalecía en ellos. Ahora vivían en paz con su entorno, sin embargo, ante las novedades acaecidas en el mundo, preferían evitar los enfrentamientos que dejaban víctimas innecesarias y dolor. Solo si les obligaban a defenderse, lo harían, con todas las consecuencias.

El carácter de «Nube roja» no nublabla su humanidad, así que mientras los otros miembros del consejo tribal recibían a la mujer, preparó un macuto en el que guardó hierbas y varios frascos de barro cocido, envueltos en lechos de paja seca para protegerlos de roturas, que le entregaría cuando se despidieran. Contenían medicinas para limpiar heridas, bajar la fiebre y un potente analgésico, obtenido de la corteza de sauce.

Percibió que ella había llegado por el silencio que se hizo en el poblado. Las conversaciones entre vecinos y los gritos de los niños jugando cesaron, al entrar en sus respectivos *hogan* familiares para que nadie supiera a ciencia cierta cuántos eran y cuántos estaban en disposición de empuñar un arma.

Dos disparos seguidos la sobresaltaron e hicieron que uno de los frascos se le cayera de las manos. Rebotó en el suelo, alfombrado de hojas secas, y el tapón de arcilla y paja que lo cerraba se abrió, desparramando su contenido de olor picante.

«Nube roja» se inclinó para coger su lanza y la espalda le recordó que ya no era una jovencita. Apartó la piel de la entrada de su vivienda y salió, con el corazón acelerado, solo para caer enseguida, alcanzada por un disparo de la intrusa.

Fay tenía un brillo en la mirada que cualquiera hubiera confundido con el de la locura. Nada más lejos. Sabía qué hacer cuando entró en el espacio que ocupaban los miembros del consejo. Por desgracia, la vieja odiosa no estaba entre ellos porque hubiera sido la primera en caer.

Ante el asombro de los presentes, en lugar de tomar asiento como la vez anterior, sacó su arma, abatió a dos de los ancianos y rodeó la hoguera ceremonial para coger del cuello al jefe y ponerle la pistola en la sien.

—Levántate —le ordenó.

«Viento del norte» obedeció, alzándose con dificultad.

—Tú, sal y diles a todos que como vea una flecha apuntándome, os quedaréis sin jefe —le dijo a la esposa del chamán.

Se asomó a la abertura de entrada, llevando al anciano de escudo, cuando vio salir de su *hogan* a «Nube roja».

—Putra vieja de mierda —espetó antes de dispararle.

La mujer del chamán se apresuró a advertir a los del campamento y los pocos que se atrevieron a asomar, se refugiaron de nuevo, comprendiendo la gravedad de lo que estaba ocurriendo.

—Llama a los que tienes vigilando a mis hombres. Los quiero aquí antes de cinco minutos o mataré a los niños —gruñó Fay, apretando más el arma contra la sien del jefe.

—Puedes llevarte lo que quieras, somos un pueblo pacífico.

Ella le dio un golpe en la cabeza con la culata.

—Llámalos.

«Viento del norte» imitó el grito del águila, que fue respondido con el de otros animales en la distancia. Mientras la mujer tenía la atención puesta en el entorno para ver aparecer a los vigilantes, él deslizó la mano hasta su hacha ceremonial. No era un arma temible, pero podría desarmarla.

—Estate quieto, viejo. No quiero hacerte daño.

Fay le quitó el hacha, con el mango labrado en asta de ciervo y adornada con plumas teñidas, y la lanzó al interior del recinto de reuniones. Necesitaba con vida al jefe, era su mejor baza porque su gente no querría perderlo. Ella no quería matarlo, solo obligar a la tribu a hacer su voluntad.

—Si no aparecen tus...

Antes de que pudiese continuar con la amenaza, siete navajos asomaron desde distintos puntos. Llevaban los arcos preparados con una flecha y todos tenían hachas y cuchillos en

fundas, que colgaban de sus cinturones de piel.

—Diles que tiren las armas. Todas.

«Viento del norte» les habló y alguno respondió de malas maneras, pero el viejo resultó tajante en su contestación. Las armas cayeron al suelo y los hombres se agruparon.

—¡Ya podéis acercaros, Antoine! —gritó Fay.

El jefe *diné* sentía la rabia bullir en su interior. Su espíritu combativo libraba una lucha, que amenazaba con paralizarle el corazón gastado. Le faltaba la fuerza de otro tiempo, con la que hubiera reducido a la mujer y defendido a su pueblo.

Tuvo que observar con impotencia a los recién llegados, sacando a los suyos de sus hogares, esperando el dictamen de la malvada mujer que le amenazaba. Ella le ordenó a Antoine que reuniera a los niños y los viejos en un grupo y al resto en otro.

No hacía falta ser sabio ni anciano para prever lo que iba a ocurrir y «Viento del norte» cayó de rodillas.

—Nos iremos, déjanos y nos iremos todos y no volveremos —pidió a la mujer con voz estrangulada.

Las armas de los recién llegados contestaron a su súplica.

La mujer a la que había enviado la primera vez a parlamentar con Fay se abalanzó sobre uno de los atacantes, atravesando su cuello con un cuchillo, antes de caer abatida con un disparo en la cara. El resto del grupo no tuvo tiempo de reaccionar porque nuevos disparos los alcanzaron en puntos vitales.

Fay le dio una patada a «Viento del norte».

—Ahora puedes irte con los que quedan.

—Mi marido no puede andar —dijo la esposa del chamán, dirigiéndose a una de las viviendas, con una parihuela apoyada contra la pared de barro y ramas.

—Vete, mujer —espetó uno de los hombres, empujándola.

El mismo hombre entró en el *hogan*, del que emergió limpiando su cuchillo con una prenda que había encontrado dentro.

La anciana sollozó y otra le pasó el brazo por los hombros, obligándola a girarse y salir del poblado. A «Viento del norte» tuvieron que ayudarle a ponerse en pie y a caminar. Le fallaban las fuerzas por la impresión más que por la avanzada edad.

—Te juro, mujer, que los espíritus de todos los que has asesinado hoy te perseguirán hasta el final de tus días.

—Aún no te has enterado de que este es el nuevo orden, viejo —contestó ella con una carcajada.

Varios hombres se cercioraron de que todos se alejaban con la impotencia expresada en llantos y exclamaciones de dolor por no poder reconfortar los espíritus de los muertos. Los niños eran los más silenciosos. Caminaban delante, protegidos por los mayores, con los ojos dilatados de pavor.

Frank apartó la vista de la pila de muertos, asqueado.

—¿Qué creías que iba a pasar? —le preguntó Fay, adivinando sus pensamientos—. Nos hubiesen seguido y nos hubiesen matado por la espalda.

Él asintió, aunque no estaba de acuerdo. Se había dejado seducir por ella, pero ahora se arrepentía de haber abandonado a Libby y a su hijo. Alguien podía haberles hecho lo mismo.

Se unió a los demás, buscando mantas en las viviendas y cargando en su mochila la comida ahumada que pudo y que se encontraba en una de las chozas, cerrada con una gruesa plancha de madera para protegerla de los depredadores.

Entró en el *hogán* de «Nube roja» y sus ojos se cruzaron. Ella se había arrastrado al interior para sustraerse a la vista de Fay.

—No voy a matarte, aunque igual te hacía un favor —murmuró Frank, al ver la cantidad de sangre que la mujer perdía por una herida de bala en su hombro.

Ella no se inmutó. Estaba dispuesta, si los espíritus así lo querían. No rogaría por su vida al asesino que tenía delante.

Él salió sin llevarse nada. «Nube roja» pudo oírlos un rato más registrando el poblado, cogiendo lo que podían cargar y amontonando lo que no podían en las parihuelas del viejo chamán. Luego, se alejaron. Algunos lo hicieron con más prisas, temerosos de las represalias de los vivos, aunque más les hubiera valido temer a los que ya no estaban en esta vida.

«Nube roja» se incorporó con dificultad y alargó la mano para coger uno de los morteros con el brazo sano. Enseguida, buscó con la vista un ramillete de los que había estado preparando para los asesinos, separó unas hojas y las trituró con premura.

Le dolió cuando aplicó el emplasto resultante en la herida, pero apretó los dientes, embutió las hojas desmenuzadas en su interior y presionó para contener la hemorragia.

Sentía otras heridas sangrantes en su interior, cuya hemorragia no podría contener con plantas medicinales.

32. INDISCRECIONES

«Garra de águila» había partido antes de amanecer sin despedirse de nadie, seguro de que se verían en pocos días. Adam lo escuchó levantarse, recoger sus armas y alejarse a paso ligero.

Él se había acostado lejos del lugar en el que dormía Yairetz. Ella estaba en su saco, tapada hasta la barbilla, de cara a Jason. Fingía indiferencia, pero se mentía. Los sentimientos seguían extraños derroteros imposibles de prever.

Se dio la vuelta sobre la alfombra de hojas. El abrigo en el que pasaban la noche les protegía del viento y las inclemencias y el saco de dormir le sobraba. Sus ojos, a la leve luz de los rescoldos de la hoguera, toparon con los de Libby.

—¿No puedes dormir? —le preguntó en voz baja.

—Duermo poco desde que salí de casa.

—¿Miedo? No me pareces una mujer miedosa.

—No soy miedosa. Estoy aterrorizada por lo que la gente podemos llegar a hacer cuando nos encontramos al límite.

—Es la naturaleza humana.

—Pues somos lo peor —aseveró ella—. Pero duerme, has estado de guardia y emprendaremos pronto el camino.

—Descuida, hoy no será.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque el macho Alfa se ha ido y el nuevo Alfa hará lo posible por contradecirle —contestó él.

—Siento mucho que se lleven tan mal.

Los primeros en levantarse cada amanecer eran los niños. Parecían tener prisa por empezar el día y apurar hasta el último instante. Los adultos se lo tomaban con calma, arañando cada segundo de sueño y de descanso.

Desde que el *diné* se les había unido, la confianza se había instalado en el campamento. Ya no se despertaban con la sensación de angustia agarrada a las entrañas, preguntándose si conseguirían agua para una jornada más, alimento para resistir otro poco o sobrevivirían al ataque de algún desesperado.

El navajo les había enseñado que, con calma, colaboración y trabajo en común, podían sobrevivir sin las penurias de las primeras semanas. Debían hacerse a la idea de que ese era su nuevo hogar. Así pues, tomaron ejemplo de él y por las mañanas se levantaban, bebían algo de agua y acudían a los arbustos cercanos para desayunar sobre la marcha.

Luc, al que le sentaban mal las bayas, se conformaba con un trago de agua y con masticar alguna de las plantas que Naomi le había señalado como seguras. Solía buscar una, cuya raíz bulbosa sabía a regaliz. Si la encontraba, cogía también para los otros dos niños y se sentaban a desayunar en cualquier sitio.

Mark le dio un beso a su madre y salió corriendo a buscar ramitas rectas con las que hacer flechas. Era el nuevo juego que compartían los tres amigos: explorar los alrededores en busca de

ramas, frutas del bosque, raíces y aventuras.

Para ellos, una aventura seguía siendo contemplar una familia de ciervos u observar a las ardillas escalando los árboles con agilidad. Alguna vez habían intentado imitarlas, pero el más pequeño, Tini, se había caído, abriéndose una brecha en la cabeza, por lo que esa actividad había sido vetada por los mayores.

Los únicos momentos del día en que su intensidad bajaba de niveles eran los que compartían con «Garra de águila» para aprender a hacer arcos y flechas y cuando dormían. El viejo *diné* era el mejor maestro en las actuales circunstancias.

Habían aprendido mucho con él, sin embargo, seguían siendo niños y todo les parecía una novedad a descubrir. Tenían a su disposición el mayor campo de juegos del mundo: el mundo mismo. Y contaban, además, con su propio caballo. La yegua pastaba por los alrededores y, de vez en cuando, se acercaban para acariciarle los flancos o corrían a su alrededor como satélites. Libby los observaba con satisfacción, agradeciendo que hubiesen dejado de estar asustados. Se alegraba ahora del abandono de su marido y la gentuza que se fue con él. Gracias a eso, los que quedaron tuvieron ocasión de demostrar toda su valía, porque para sobrevivir se sacaban fuerzas de flaqueza. Y estaba segura de que Frank hubiese rechazado la ayuda del bisabuelo de Denny. Lo hubiese menospreciado, igual que había subestimado a Naomi.

La llegada de Jason y Adam supuso un cambio que, lejos de mejorar sus condiciones, creó cierto desasosiego en el grupo. Se percibía la tensión entre ellos, más acusada en el mayor de los hermanos, que no intentaba disimularlo.

Libby había apreciado sus diferencias cuando eran vecinos, pero no les dio importancia: todos los hermanos tenían sus cosas. Jason era más serio que Adam, que siempre estaba dispuesto a hacer una broma. Además, llevaba con poca paciencia el problema de adicción de su mujer, algo de lo que ella estaba al tanto por una emergencia surgida tiempo atrás.

Denny tampoco se encontraba a gusto: quería a su padre y adoraba a su tío y a su bisabuelo, estaba claro, así que cuando Jason dijo que descansarían ese día esperó algún tipo de enfrentamiento.

Los ojos de todos se volvieron hacia Libby y ella asintió, aunque se llevó a Jason a un aparte en cuanto tuvo ocasión.

—Mira, sé que eres un hombre preparado y puedes ayudarnos, pero, a partir de ahora, decidiremos entre todos. No eres el único que quiere poner a sus hijos a salvo.

—Te agradezco mucho que hayas cuidado de los míos...

—No quiero tu agradecimiento, Jason, sino que cuentes con la opinión de los demás. Estamos todos embarcados en el mismo viaje y hasta ahora nos hemos arreglado. No puedes llegar y decidir en nuestro lugar.

Jason se levantó de la piedra en la que se había sentado, destilando rabia en cada uno de sus ademanes.

—Lo que necesita este grupo es disciplina.

—Lo que necesita este grupo es seguridad —rebatía ella en el mismo tono airado.

No dejaría que él decidiera el destino de todos por despecho.

Naomi vio que Denny, con el que estaba hablando, prestaba solo la atención justa. Observaba de reojo a su padre y a Libby, y podía hacerse una idea sobre la conversación que mantenían.

—Perdona. Dame un segundo.

Se acercó a la pareja y no se disculpó por su intromisión.

—Papá, Libby, hay algo que deberíais saber —les dijo.

Ambos le miraron, aguardando.

—Hay alguien en el grupo que conoce el motivo del apagón y puede solucionarlo, según él.

—Denny, no... —protestó Naomi.

Prometieron guardar el secreto hasta llegar al poblado *diné*. Entonces se cerciorarían de que no era un desvarío del hombre.

La intención del muchacho era desviar la atención del liderazgo, al que su padre se consideraba con derecho, y que Libby ejercía por la valía demostrada. Quería evitar una discusión que terminara mal y esa fue la única forma que se le ocurrió.

—¿Qué dices?

La pregunta de Jason llevaba impresa la esperanza, algo que Libby desechó de inmediato. Devolver la electricidad no era una solución al desastre causado por su falta. La humanidad se había visto abocada a enfrentarse a sus miedos, perdiendo la partida antes de empezar. No sabían defenderse, confiaban su seguridad a armas inútiles sin munición. Hacía mucho que habían olvidado su instinto para cazar y vivir al aire libre. Las leyes de la civilización tenían las de perder contra las de la supervivencia.

Greg Tomlin estaba tan pendiente como el resto. Cuando se daban cambios en el grupo, todos se veían afectados, por lo que las miradas que convergieron en él encendieron sus alarmas.

—Greg, ¿puedes acercarte un momento? —le pidió Libby.

El interpelado acudió, sin disimular su malestar.

—¿Qué tienes que...?

Libby cortó la exigencia de Jason de un manotazo. Le pareció abusiva y no estaban allí para intimidar a nadie.

—Greg, ¿te encuentras mejor? Me ha parecido que ya no cojeabas —dijo, en cambio.

Naomi se acercó al grupo, el mal estaba hecho y Denny necesitaba apoyo.

—Mucho mejor, gracias. Estas paradas me vienen bien para descansar y terminar de recuperarme.

—Entonces hoy aprovecha, porque nos quedamos —dijo Libby—. Parece que sabes algo del apagón, ¿te importaría contarnos eso? Quizá si pudiésemos entender qué ha pasado, sería más fácil.

El hombre cruzó una mirada dolida con Denny antes de tomar asiento en las hojas secas.

—Sé que os parecerá delirante.

—Nada de lo que digas nos lo parecerá, Greg —repuso Libby—. ¿Qué puede sorprendernos a estas alturas?

—Papá —interrumpió Luc—. ¿Podemos ir a la pradera? Hay una manada de caballos que igual son parientes de nuestra yegua.

—No molestes, estamos hablando —respondió su padre.

—El bisabuelo dijo que no podíamos acercarnos a las manadas —le dijo Denny.

Jason le lanzó una ojeada de soslayo y le dijo al pequeño:

—Puedes ir, pero ten cuidado.

—No os acerquéis a ellos —añadió Libby, que también se había dado cuenta de que Jason solo le había dado permiso para que dejara de importunar y, de paso, contradecir a su abuelo. Ese panorama le inquietaba.

Luc salió corriendo en busca de sus amigos.

—Papá, no debería... —intentó protestar Denny, que recibió como respuesta una mirada airada de su progenitor.

—Continúa —le pidió este al ingeniero.

—Nunca imaginamos que una inteligencia artificial tomara el control de nuestro destino —dijo Greg—. No había recibido instrucciones al respecto, porque no estaba preparada para gestionar las complejidades del mundo real, pero es lo que terminó pasando. Su función era hacer nuestra vida más fácil: regular los semáforos en zonas de exceso de tráfico, agilizar los controles aéreos para una mayor fluidez en aeropuertos saturados, restringir el acceso de vehículos contaminantes en ciudades multitudinarias...

—¿Cómo que lo decidió por su cuenta? —preguntó Jason.

—Su cometido era proteger a los humanos y se lo tomó demasiado en serio. Tenía toda la información a su disposición e hizo sus propios cálculos. Para salvaguardar la especie humana, primero tenía que diezmarla.

—Pero no estamos hablando de cortar un semáforo aquí o allá —intervino Libby.

—Aprendía de toda la información que recibía, que no era solo la que nosotros le proporcionábamos. Disponía del total de las redes mundiales para alimentarse.

—¿Y para qué fue creada? Debía tener una función para la sociedad —insistió ella.

Denny había hecho las mismas preguntas en su momento, así que conocía la respuesta, por lo que salió detrás de los pequeños para cerciorarse de que se mantenían a distancia de la manada. Luc estaba entusiasmado con los caballos, pero parecían respetar las distancias. Al ver a los pequeños en la linde de los árboles, hablando entre ellos y señalando la manada, se acercó.

—A distancia —les recordó.

—Hay un potrillo —dijo Luc, señalando a los animales.

—Vale, lo podéis ver desde aquí.

—Pero papá me ha dejado —repuso Luc.

—Papá no sabe nada de caballos. El abuelo te enseñará cuando llegue el momento.

—Vaaaale.

—¿Luc?

—No nos acercaremos, Denny —prometió el pequeño.

Los otros asintieron al unísono y el adolescente regresó.

Por lo visto, el ingeniero había explicado el grueso de la situación a los demás.

—Si devolvemos la electricidad a las centrales, podemos agravar el problema que tenemos ahora —decía Greg—. Habrán caído postes de luz y se producirán cortocircuitos, sobrecargas e incendios. Además, nadie nos asegura que llegue a detener las reacciones como la de anoche en las centrales nucleares.

—Acordaos de los incendios en la ciudad —dijo Adam a Yairetz, Jason y Roy—. Y eso, sin electricidad.

—¿Y qué hay de las comunicaciones? —rebatía Jason—. Puede que se recuperen en un puñado de antenas de radio. Mejor eso que nada, digo yo.

—Si los incendios llegan a las centrales eléctricas, olvídase —añadió Adam—. Tendremos que conformarnos con las radios mientras duren. Por suerte, las antenas de onda corta no necesitan electricidad, pero las baterías perderán eficacia con el tiempo.

—Es un hecho que vivimos en el mundo actual, a ciegas y librados a nuestra suerte —comentó Libby—. Tenemos que acostumbrarnos a la realidad y dejar de desear lo que se ha perdido.

—Hablando de realidades: la munición de nuestras armas no durará eternamente —comentó Adam—. El abuelo os estaba ayudando a preparar vuestros arcos y a practicar con ellos; Denny y yo podemos sustituirlo hasta que lleguemos al poblado.

El muchacho se sonrojó, complacido por su inclusión. Tío Adam siempre contaba con él, a diferencia de su padre, aunque en eso tenía parte de culpa por su comportamiento durante el año anterior. Había sido egoísta al buscar su lugar fuera del entorno familiar. Quería probarse y solo consiguió alejarse de los suyos. El apagón había cambiado todo, incluso su forma de pensar en sí mismo y en valorar la proximidad de su familia.

—En cuanto nos hayamos instalado, iremos a buscar ese búnker —terminó Jason, dirigiéndose al ingeniero—. Puede que no arreglemos nada, pero hay que intentarlo.

Yairetz, que había escuchado la conversación en silencio, observó la contrariedad en la expresión de Adam. También creía que la actual situación no iba a revertirse por volver a poner en marcha las centrales eléctricas, sin embargo, sus sentimientos por los dos hermanos no la dejaban decantarse por opción alguna.

Jason deseaba volver al punto de partida, ignorando el vuelco que el apagón había provocado. Adam, por el contrario, apreciaba las ventajas de semejante contratiempo. Era el optimista, el convencido de poder sobrevivir en bosques plagados de animales salvajes y mantenerse a salvo de los elementos.

Y su corazón estaba dividido.

Los dos la atraían, aunque se decantaba por Jason y su exótico físico, del que él renegaba porque se sentía ajeno al pueblo navajo del que procedía su familia. Adam, en cambio, carecía de los rasgos marcados de su hermano, pero podía intuirse su lado libre, salvaje, a juego con su nombre tribal.

Le sacó la lengua a Roy, que la observaba fijamente y parecía intuir sus pensamientos. El traficante no se había inclinado por ninguna propuesta, estaba a la espera de unirse al bando de mayor peso que, de momento, parecía el de Jason.

Esa noche, la primera guardia estuvo a cargo de Yairetz y Roy. De madrugada, el traficante observó a Jason levantarse y dirigirse al lado de la mujer.

Parecía que el ex agente de la DEA estaba haciendo campaña a favor de encaminarse al búnker y restaurar el suministro eléctrico. Le había visto abordar a otros durante el día por lo mismo. Sin embargo, al cabo de un rato, la situación cambió tanto que acudió a despertar a Adam.

—Me ha parecido oír ruidos raros en los alrededores, pueden ser animales salvajes —le dijo—, y tú tienes mejor puntería.

El antiguo traficante quería profundizar la brecha entre los hermanos, así que no desaprovechó la ocasión. Cuanto antes se arrancase la tirita, menos escocería. Los bandos diferenciados estaban tomando forma y él tenía su caballo ganador.

Por supuesto, los animales salvajes no eran otros que Yairetz y Jason, manteniendo un encuentro sexual de pie y a poca distancia del campamento. Adam volvió con el rostro desencajado y le dijo que no pasaba nada, pero Roy sabía que sí pasaba algo.

Ese «algo» también le importaba. Yairetz acababa de perder a Adam del todo y nunca sería más que una aliada para Jason y su juego de poder. En algún momento, ella se daría cuenta y debería tomar partido.

33. CONSECUENCIAS

—Pasado mañana levantaremos el campamento —dijo Jason—. Hoy vamos a darnos el festín que nos merecemos, abriendo las latas que nos apetezcan y mañana tendremos libre.

—Hemos descansado dos días, ¿lo crees oportuno? —preguntó Libby—. Vamos a perder la dinámica que habíamos conseguido a base de movernos.

—Disponemos de comida y de agua. No pasará nada por demorarnos solo un día más.

La mujer lo dudaba, pero tampoco podía hacer nada al respecto, excepto contradecirle y crear esa disensión que no deseaba. Quería tener la fiesta en paz entre ellos, pero si Jason seguía por esos derroteros, acabarían mal.

Ella ya se había concienciado de que el mundo que habían dejado no volvería, por muchas latas y esperanzas en la recuperación de la electricidad que esgrimiese su antiguo vecino. No pensaba solo en ella, sino en su hijo. Mark se estaba acostumbrando a esa nueva realidad con mejor ánimo del que daban muestras los adultos. Él aprendía, mientras que los habituados a las comodidades solo podían comparar su situación con la que habían disfrutado antes y lamentarse.

—¿Va todo bien, Adam? —le preguntó al hombre, que acababa de levantarse de su saco de dormir y pasar a su lado sin dedicarles ni una mirada.

—¡Claro, preciosa!

A Libby no le engañó su expresión risueña. Algo ocurría.

—Oye, Adam, en serio... ¿Qué pasa?

Él se detuvo y se giró hacia ella.

—¿De verdad tienes que preguntarlo, Libby? ¿Qué crees que pasa? No eres tonta y puedes verlo por ti misma.

—Jason no es nuestro líder.

—Repítelo las veces necesarias para convencerte.

—Mira, yo solo quiero tener a mi hijo a salvo y soy la primera en querer continuar.

—La gente confía en ti. Te seguirán.

—¿Y qué esperas, Adam? ¿Me enfrento a tu hermano? Él cree que hace lo mejor para todos.

El medio navajo meneó la cabeza.

—No me hagas mucho caso, me he levantado con ganas de alejarme de todos y buscar un arroyo en el que darme un baño.

—Te dejo solo, entonces.

Él la cogió de la muñeca.

—Tú nunca molestas. Ven conmigo.

Libby alzó una ceja:

—¿Acaso me estás haciendo proposiciones deshonestas?

—Si quieres tomártelo así... —rio él y negó—. Jamás te pondría en ese compromiso, te aprecio demasiado.

Ella pensó que era una lástima. También apreciaba a Adam y, además, le atraía mucho.

Teniendo en cuenta que desde antes del apagón no había tenido ningún contacto sexual, ni siquiera con su marido, la idea no parecía tan descabellada. No obstante, la desechó de inmediato: bastante complicado era todo.

—Pero mantengo mi propuesta.

—Y yo la acepto de buen grado. Un baño es un lujo hoy en día, a no ser que ese riachuelo esté lejos.

—Las manadas de caballos permanecen cerca del agua limpia, así que bastará con seguir sus huellas. —La cogió de la mano y exclamó—. ¡Vamos!

—¿Aprendiste todo eso de tu abuelo?

—Y de vivir como un auténtico «salvaje» todos los veranos —rio él—. Si no fuese por mis sobrinos, viviría en las montañas.

—Y por tu hermano...

Adam se detuvo en el extremo de la zona de pasto más frecuentada por la manada y entrecerró los ojos. Luego tiró de Libby.

—Venga, no te demores, es por allí. Por mi hermano... —dijo, retomando la conversación—. Bueno, si fuese solo por él, hace mucho que me hubiese trasladado. Pero Jason pasaba tiempo fuera de casa y de Ana no terminaba de fiarme.

—Se mantuvo desenganchada mucho tiempo.

—Pero tenía una perturbación en... —Torció el gesto.

—¿En?

—Te parecerá una tontería, pero me parecía que su espíritu nunca estaba en paz y quería mantenerme cerca, por si acaso.

—Te preocupaba una recaída mientras Jason estuviera fuera —asintió ella, comprendiendo.

—Tuvo varias de las que mi hermano no se enteró.

Ella suspiró. Recordaba periodos en los que la familia desaparecía, pero como no era asunto suyo, no preguntaba. Odiaba a los vecinos chismosos que se metían en la vida de los demás.

—Oye, y no me parece una tontería lo del espíritu de las personas —comentó—. Quizá antes de este desastre, un psiquiatra hubiera explicado ciertos comportamientos como reveladores de angustia o ansiedad. Ahora estamos todos así.

—Tú no. Estás preocupada por el futuro, pero has decidido encararlo sin mirar atrás —dijo Adam, con cierta admiración—. Mira, ahí está el riachuelo. ¿Soy un *crack* o no?

Elevó las cejas un par de veces, haciéndola reír, y continuaron el camino corriente abajo.

—¿No nos bañamos?

—Un poco más lejos para no contaminar el abrevadero de los caballos. Son maniáticos y no olemos a rosas, precisamente —le explicó Adam.

Trescientos metros más abajo, el riachuelo se abría en una especie de piscina natural y con cierta profundidad, ideal para poder sumergirse enteros.

—Si vas a escandalizarte, date la vuelta, porque pienso disfrutar de este baño desnudo —le advirtió Adam.

—¿Acaso crees que soy una mojigata? —respondió Libby, empezando a quitarse la ropa.

Escucharon el relincho de un caballo a lo lejos y Adam frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Era un macho y eso un relincho de advertencia. Puede que haya algún depredador por las inmediaciones.

Viendo su rostro de preocupación, añadió:

—Tranquila, en el campamento tienen armas suficientes. Jason es un gilipollas, pero cuidará de todos.

Disfrutaron del baño y hasta de algún momento turbador por la cercanía de sus cuerpos desnudos. Eran jóvenes y la sangre bullía en sus venas, sin embargo, también eran sensatos. Preferían calmar sus deseos cada uno en privado a estropear su relación.

—Lo malo de salir es tener que ponerse de nuevo la ropa sucia —se lamentó ella.

—Lo solucionaremos cuando lleguemos al poblado.

—Nos olerán a distancia, seguro que no les sorprendemos.

Adam soltó una carcajada por su atinada observación. ¡Ni los animales salvajes querían acercárseles!

Cuando recogió el arco, que había dejado a mano en la orilla, se inclinó hacia el agua para agradecer a su espíritu el favor recibido. Libby le pidió explicaciones con la mirada y él se las dio de vuelta al campamento.

—Los *diné* agradecemos cada uno de los dones que recibimos en este mundo, porque, a diferencia de la mayoría de la gente, reconocemos que estamos aquí de prestado y no tenemos derecho a nada de lo que tomamos como si nos perteneciera.

—¿Dirías que el apagón ha sido algo así como justicia divina? ¿Quizá en pago a todo lo que tomamos?

Adam negó con la cabeza.

—Según el hombre del campamento, ni dioses ni espíritus han tenido parte en esto. Ha sido nuestra propia estupidez, nuestra obsesión por forzar la mano, sobrepasando los límites aceptables de la naturaleza.

—Eso ya no tiene remedio. Ahora hay que centrarse en sobrevivir y conformarnos con lo que nos ha quedado.

Él se detuvo y abarcó el bosque con las manos.

—¿Te parece poco lo que tenemos?

—Yo me refería a otros aspectos del bienestar, en concreto a la seguridad y tranquilidad. En mi casa tenía la certeza de que ningún animal salvaje me atacaría, de que estaba a salvo de los elementos. Disponía de comida, de abrigo...

Adam se colocó el arco en bandolera para tener las manos libres y la sujetó de los hombros.

—Cuando estemos en el poblado, dispondrás de todo eso y de más. Las personas con menos distracciones absurdas se miran, se comunican, se aprecian en toda su valía. Tú deberías saberlo —Señaló hacia adelante, donde tenían el campamento—. Los has organizado para trabajar juntos y por eso habéis llegado hasta aquí.

—Y porque teníamos a tu sobrino y luego a tu abuelo.

—No te subestimes, Libby.

Ella le pasó la mano por el rostro cubierto de barba, suave tras el baño, se acercó a darle un beso breve en los labios y luego se giró para continuar caminando.

—Vamos —dijo—. Se preguntarán si nos hemos fugado.

—Solo han sido tres horas y a mí me gustaban los derroteros que estaba tomando la conversación —se quejó él.

—Ya la retomaremos —contestó Libby, sonriente.

Empezaba a cambiar de opinión sobre una futura relación con el medio navajo. Si ocurría, pues ocurriría.

En el campamento solo se encontraban Jason, hablando con el ingeniero de nuevo, y Roy. Los demás debían estar recolectando, como acostumbraban, aunque dispusieran de comida. Un hatillo de raíces y un puñado de bayas no pesaban demasiado y bastarían para matar el hambre mientras seguían camino.

—¿Los niños se han ido con Denny? —preguntó Libby.

—Creo que sí —contestó Jason.

—¿Crees? —inquirió Adam, incrédulo.

—Estaban por ahí jugando —precisó el ingeniero, señalando algún lugar a su espalda.

—Y vosotros, ¿dónde estabais? —indagó Jason a su vez.

—Disfrutando de un baño, por lo que parece —intervino Roy, señalando el cabello mojado de la pareja.

—Vaya, vaya, ¿retozando en la naturaleza?

—Vete a la mierda, Jason.

Adam caminó en la dirección indicada por el ingeniero, refunfuñando. Su hermano estaba obsesionado con devolver la electricidad al mundo y apenas se había separado de Greg. Preguntaba, pedía explicaciones, quería todos los detalles, incluso repetidos varias veces. Semejante distracción hubiera sido un alivio para todos si también estuviera pendiente de su hijo pequeño. Solo le interesaba crear alarma sobre la hostilidad del entorno en el que se encontraban cuando le convenía.

—Espera, Adam.

Libby se puso a su altura y enseguida vieron a Tini y Mark desenterrando sus raíces favoritas de regaliz.

—¡Mamá, mira cuántas tenemos!

—Mark, ¿dónde está Luc? —le preguntó el medio navajo.

—Su papá le ha dado permiso para ir con los caballos, pero nosotros estábamos cansados de mirarlos.

De repente, Adam recordó el relincho de advertencia y echó a correr en busca de la manada con el vello de la nuca erizado.

—Quedaos aquí —ordenó Libby a los niños, antes de salir detrás de él a la carrera.

En la pradera ya no quedaba ningún caballo y enseguida vieron la razón: Luc estaba sobre el pasto alto, inmóvil, con el pecho hundido a simple vista. De la boca, los oídos y la nariz le colgaban hilos de sangre, todavía fresca.

Adam se arrodilló a su lado, lanzando un rugido de rabia animal porque sabía que no había nada que hacer. Libby lo alcanzó y gritó de horror al ver al niño.

—¡Ay, Dios mío! —Intentó acercarse a ofrecerle auxilio, pero Adam se lo impidió.

Todos los del campamento que se hallaban por las inmediaciones, recolectando y poniendo trampas, aparecieron a la carrera, alarmados por el grito de Libby. Aguardaron a distancia prudencial, con el espanto pintado en el rostro, hasta que llegaron Naomi y Denny, que debían encontrarse más lejos.

—No te acerques, Denny —le dijo una mujer con la pena reflejada en su rostro descompuesto.

Su tío se levantó, avanzó a largas zancadas hacia él y lo sujetó en un abrazo férreo.

—No, Denny.

—Es Luc, ¿verdad? —El muchacho intentó desasirse con furia del agarre—. ¡Tío Adam! ¿Es Luc?

Entonces reparó en las lágrimas de su tío y se derrumbó en sus brazos, sollozando.

—¿Se puede saber qué pasa? —inquirió Jason, impaciente, desde la linde del bosque.

El ingeniero le flanqueaba, con la preocupación pintada en sus rasgos. Al contrario que el ex agente de la DEA, que no se había molestado en dar una vuelta por los alrededores, él sabía que ese era el prado donde pastaba la manada de caballos.

—Naomi, ¿te importa ir con los niños? —le preguntó Libby.

La joven estaba paralizada. No había visto a Luc, pero pudo oír a Adam y Denny.

—¡Naomi! —la apremió Libby.

Jason se acercó con rapidez. Acababa de ver a su hermano y su hijo abrazados y una comezón le pellizcó las entrañas.

—¡Luc! —gritó, corriendo hacia el cuerpo—. ¡No!

Se acuclilló a su lado y lo sacudió.

—Despierta, pequeño.

Denny levantó la cara del hombro de su tío y se desasíó de su abrazo. Se acercó a su padre y le dio un empujón que le hizo perder el equilibrio y caer sentado.

—¡Tú tienes la culpa! —le gritó—. ¡Quedó a tu cargo y tenías que haberle prohibido acercarse a los caballos!

Su padre se levantó y le dio un guantazo que lo lanzó al suelo, quedando al lado del cadáver de su hermano.

—¡No te atrevas a culparme, maldito bastardo! —vociferó Jason, fuera de sí.

Adam corrió a ayudar a su sobrino a levantarse y alejarlo del lugar antes de que se produjera otra desgracia. Veía la furia en los ojos de Denny y Jason la estaba avivando con la suya.

—¡La culpa es del maldito indio! —escuchó que su hermano despotricaba entre sollozos doloridos a su espalda.

Naomi lloraba sin disimulos, pero la mano de Libby en su hombro le recordó que tenía que ir con los niños y se marchó corriendo. A la joven no le gustaba el padre de Denny, desde que había aparecido, todo iba de mal en peor.

—¡Largo de aquí! ¡Esto no es un espectáculo!

Jason estaba fuera de sí por completo. Había sacado su arma de la funda y apuntaba a unos y a otros, obligándolos a desalojar la pradera. Entonces, se arrodilló y cogió a su hijo en brazos.

Por primera vez en su vida, Adam tuvo que hacer un gran esfuerzo para no matar a su hermano allí mismo.

Esa gota había conseguido desbordar su vaso.

Le había consentido humillaciones, calló ante sus provocaciones continuas y el despotismo del que hacía gala en su casa, socavando cualquier criterio que no fuera el propio. Cada vez le recordaba más a su padre, que confundía el dominio con la protección y la tolerancia con amor.

Para no añadir dolor a un momento que necesitaba de temple y sangre fría, llevó a Denny al campamento, trazando sus propios planes de futuro. De un futuro que acababa de dar un vuelco.

Roy se equivocó al suponer que los hermanos terminarían peleándose por Yairetz. El medio navajo había aceptado en su corazón la decisión de la mujer, porque todos eran libres de decidir, y prefería mantener su amistad a perderla por una elección que trascendía su voluntad. Los sentimientos eran como eran.

Lo que acababa de ocurrir, en cambio, no profundizó la fractura entre ellos, provocó la ruptura irreparable.

TERCERA PARTE

«Pisarás el umbral de la felicidad cuando empieces a sentirte satisfecho con apenas nada».
(Pueblos nativos americanos)

34. PLANES ALTERNATIVOS

A esas alturas, Fay tenía las cosas muy claras: su grupo no daba la talla en ningún sentido.

Prácticamente habían agotado la munición con los indios, y eso que les advirtió que los pasaran a cuchillo. Les tenían miedo.

—Tú no te has cortado disparando a los del consejo —se defendió Frank, ganándose una mirada rencorosa de la mujer.

En realidad, dijo lo que todos pensaban: Fay era decidida y tenían que reconocer que había resuelto lo de los indios, pero cada vez se mostraba más crítica con ellos, como una maestra amonestando a niños desobedientes.

En cuanto pasó la euforia del ataque y acamparon esa primera noche, comiendo a placer después de mucho tiempo, empezaron los reproches. Que si gastaban demasiada munición, que si comían en exceso, que si derrochaban el agua, que si iban lentos... A ojos de Fay, no hacían nada bien.

Tardaron tres días en llegar al pueblo, no tan vacío como esperaban, aunque los escasos habitantes tampoco estaban dispuestos a presentar batalla. Eran, igual que ellos, refugiados, llegados de distintos puntos. Solo quedaban dos familias oriundas de la población y antes de que se lo dijeran, se dieron cuenta de que eran indios también. Por supuesto, no distinguían entre tribus, así que iban todos en la misma categoría.

—Estos vivían como los blancos —dijo Antoine.

—Debemos estar en tierras de la reserva —observó Frank.

—¿Será seguro? —preguntó otra mujer—. Si se enteran de lo que hemos hecho...

—¿Se lo vas a decir tú? —Fay elevó una ceja con ironía.

Nadie hablaría, por la cuenta que les traía. Dejaron la comida que no podían cargar en el bosque, esperando trasladarla cuando fuese seguro. Primero se cerciorarían de ser acogidos de buen grado en el pueblo o tendrían que ganarse su lugar por la fuerza.

—Escoged las casas desocupadas que queráis —les dijo Fay—. Y todos vendréis a comer a esta, en la que guardaremos las reservas para que a nadie se le vaya la mano.

Señaló la que había escogido para ella, una casa de dos plantas, algo apartada del núcleo.

En el interior de las viviendas no había muertos, aunque tampoco víveres en las despensas. Las familias residentes dijeron que la mayoría habían salido en busca de los suyos, que vivían en ciudades, y nunca volvieron. Ellos sabían por qué no habían vuelto, solo los locos o los desesperados se meterían en una ciudad tras un apagón prolongado, que hacía aflorar lo peor de las personas.

—Y se llevaron toda la comida de la que disponían, previendo las dificultades... —comentó Antoine con ironía.

—¿Hubieses hecho algo distinto a saquear las despensas de los vecinos ausentes? —le recriminó Fay.

Cada vez los aguantaba menos. En realidad, no eran supervivientes, sino borregos necesitados de un pastor. A pesar de la comida y el cobijo, tenía la completa seguridad de que se

matarían entre ellos antes de que el invierno hubiera tocado a su fin o que tendría que matarlos ella misma.

Necesitaba estar con gente fuerte y decidida, resueltos a crear una nueva sociedad.

La inquietud la embargaba y solo podía pensar en la radio que Frank conservaba en su mochila y que le sirvió, muy al principio, para estar en contacto con Jason, el padre de Denny y Luc. Cuando las cosas empezaron a ponerse feas, dejaron de hablar, puesto que el adolescente tenía informado a su padre. Y después, cuando abandonaron a los niños, ni se le ocurrió encenderla.

Ella, sin embargo, estaba haciendo sus planes al respecto.

Según Denny, su padre y el hermano de este se encontraban juntos y eran muy capaces de cuidarlos a todos. Fay no lo dudaba, podía distinguir a un bravucón de un hombre fuerte y Jason se lo pareció en las breves conversaciones que habían compartido. Le convenía tener a esa gente a su lado y bajo su mando, porque otra cosa no, pero talento manipulador le sobraba. ¿No había convencido a aquellos zarrapastrosos de abandonar a las mujeres con niños y a las menos fuertes? Además, estaba segura de que había despertado el interés del antiguo agente de la DEA o hubiese insistido en hablar con su hijo en vez de hacerlo con ella.

Por otra parte, Frank le informó del problema de su esposa con las drogas, así que, aunque llegasen juntos, ella se encargaría de que no lo estuviesen mucho tiempo. No obstante, esos planes quedaron abandonados, igual que los niños, y ahora Fay se preguntaba si podría retomar el contacto, porque estaba segura de que alguien como Jason tenía que haber sobrevivido.

Frank nunca perdía de vista su mochila, en la que llevaba, además de la munición, la radio y el cargador. Había intentado hacerse con ella, mientras él buscaba los pozos para abastecerse de agua, pero siempre la llevaba encima.

Fay echó a Antoine de la casa que había escogido que, además, servía de lugar de reunión y de almacén de alimentos y munición. Estaba dispuesta a acostarse con él mientras sirviese a sus propósitos, pero no a vivir a su lado. Tenía otras cosas en la cabeza y no quería interferencias, sino la mente despejada para pensar en la alternativa a la que llevaba dándole vueltas desde antes de alcanzar el pueblo.

Era muy probable que los niños no hubieran sobrevivido y, si vivían y Jason los había encontrado, podía alegar que Frank la obligó a acompañarlos. Además, los indios estaban muertos o se habían marchado, nadie podría señalarla con el dedo.

Así pues, los únicos testigos en su contra eran los nueve hombres y la mujer que la habían seguido. Pero claro, los que se encontraban en la población también eran un inconveniente, todos habían visto quién mandaba allí.

35. HOGAR MANCILLADO

«Garra de águila» sería el nuevo chamán a la muerte del actual. La elección de un guía espiritual no era tema superficial para los *diné*, entraban en juego muchos aspectos: experiencias espirituales significativas como visiones o sueños proféticos, aunque también habilidades de curación, empatía, sabiduría y profundo respeto por la tradición.

En algunos casos, los potenciales dirigentes espirituales eran identificados desde una edad temprana y recibían formación a cargo de chamanes más experimentados, aunque siempre se necesitaba el reconocimiento de la comunidad.

Él reunía todos los requisitos, por eso marchaba de vuelta al poblado a paso ligero. No lo había espantado la animadversión manifiesta de su nieto Jason, sino la inquietud de saber que algo pasaba en casa. Su conexión espiritual con los suyos era muy fuerte y al igual que supo que sus bisnietos lo necesitaban, ahora sabía que «Nube roja» se encontraba en peligro.

Aunque lo peor era la certidumbre de que los que dejaba atrás no estaban tan a salvo como deberían. Solo decidió continuar su camino por la presencia de «Sombra de tormenta» entre ellos, él se ocuparía de guiarlos, mientras que podía percibir en su interior que nadie atendería las necesidades de «Nube roja».

Los espíritus parecían divertirse, colocando a los hombres en encrucijadas imposibles.

Esta vez, dio un rodeo para evitar los escasos grupos que permanecían cerca del lago. En la orilla pudo distinguir cadáveres que envenenarían el agua y, más pronto que tarde, terminarían con los remisos a marcharse. La frágil salud de la que disfrutaban, se quebraría por completo con el agua envenenada. Ni sus armas ni su voluntad prevalecerían contra las leyes naturales.

Sin detener su marcha, sacó carne seca de la bolsa que llevaba en bandolera y la masticó, tragando sus jugos y escupiendo los restos. Necesitaba energía, pero no la pesadez de la digestión.

A medida que se acercaba al poblado, el hormigueo en el estómago aumentó, en la misma proporción que percibía el hedor a muerte y la presencia de espíritus furiosos.

En los alrededores vio cuerpos de forasteros abatidos por flechas. Así pues, los suyos se habían defendido. No obstante, los espíritus que sentía no eran los de los extraños, sino los de su gente, como pudo comprobar nada más entrar en el poblado. «Nube roja» no estaba entre ellos o lo hubiese sabido antes, así que se dirigió a su *hogan* y la encontró echada sobre las pieles del lecho, sudando.

Se deshizo del arco y se sentó a su lado para cogerle la mano.

—Tienes mucha fiebre.

Ella abrió los ojos vidriosos e intentó sonreír.

—No digas nada, necesitas agua.

El recipiente donde la guardaban estaba fuera de su alcance, aunque tampoco hubiera servido de encontrarse a mano: algunos frascos de ungüentos habían caído dentro, envenenando el agua.

«Garra de águila» cogió un odre y se acercó a la carrera a la orilla del lago. Desde hacía

rato, notaba una preocupante rigidez en la zona lumbar. Tendría que descansar porque si quedaba incapacitado, no le serviría de nada a su esposa. Los años proporcionaban sabiduría, a la vez que limitaciones físicas.

La ayudó a incorporarse y a beber. Luego, la despojó de la ropa y le lavó el cuerpo con un paño de los que ella usaba para envolver sus plantas, observando con cuidado la herida de bala.

—Habrá que sacarla —dijo ella.

Él asintió. La herida presentaba los bordes hinchados y purpúreos. «Nube roja» había detenido la hemorragia; no obstante, el trozo de metal amenazaba con provocarle un envenenamiento de la sangre y había que detener la infección.

—Descansa un poco antes de empezar —le pidió ella, pasando una mano por su rostro, desencajado de cansancio.

—Después.

El *diné* encendió un fuego en el interior del *hogan* y quemó algunas hierbas, que esparcieron su olor y sus poderes curativos en el ambiente. Luego, puso un recipiente para hervir agua, a la que añadió una buena cantidad de lúpulo deshidratado. Coló la infusión y le dio de beber a su esposa la mitad del contenido amargo. La relajaría y dormiría mientras él hurgaba en la herida. La otra mitad la usaría para limpiar la zona, una vez extraída la bala. El lúpulo, además de ser un potente tranquilizante, contenía un suave antibiótico, que ayudaría contra la infección subyacente.

Aunque se había lavado las manos a fondo cuando fue a por agua, volvió a repetir la operación mientras el pequeño cuchillo que usaría se esterilizaba en el fuego.

—¿Estás preparada? —le preguntó.

Ella, medio adormilada, asintió y abrió la boca para que él le pusiera un palo entre los dientes. El sedante no era tan potente como para anestesiarla y dolería.

El *diné* cerró los ojos, pidiendo la intercesión de los espíritus sanadores, cogió el cuchillo afilado y abrió un profundo corte en la piel de «Nube roja», que mordió la madera sin emitir ni un quejido. Él vio la bala entre la sangre que comenzó a manar, expulsando el tapón vegetal aplicado por la curandera. Sin pérdida de tiempo, metió la punta del cuchillo e hizo palanca para extraerla. Era preciso actuar con rapidez, así que vertió el resto del té de lúpulo en la herida, la secó y usó la punta del cuchillo para sacar resina de uno de los botes que había dejado a su lado. La extendió por los bordes y presionó con los dedos para que quedasen unidos.

«Nube roja» le observaba con los ojos húmedos.

—Ya casi está —la tranquilizó él.

—Coge aloe, ayudará a prevenir la infección —indicó ella.

El navajo salió con el cuchillo en la mano. «Nube roja» tenía dos plantas de aloe en un lado del *hogan*, a resguardo de los vientos y protegidas por una cubierta de ramas trenzadas y hojas que permitían pasar la luz y las aislaban de las bajas temperaturas, puesto que la planta crecía mejor en lugares cálidos y secos. Fueron un regalo de su hermana, que vivía cerca de la costa y conocía sus maravillosas propiedades.

Cortó dos ramas y entró de nuevo para abrirlas por la mitad a lo largo y extraer la pulpa con ayuda de una espátula de madera. La aplicó sobre la herida y cubrió toda la zona con uno de los paños limpios que «Nube roja» conservaba entre hojas antifúngicas. Retiró el cabello de la frente de su esposa, que sudaba de nuevo, le refrescó el rostro con agua y la tapó con las pieles, antes de acostarse a su lado y ayudarla a poner la cabeza en su hombro.

—Duerme ahora —le dijo.

—Descansa tú también.

«Garra de águila» se durmió, sintiendo que no tendría demasiada tregua para el descanso. Le quedaba por realizar una labor ardua y necesaria: dar sepultura y sosegar los espíritus de sus amigos y vecinos asesinados, que no encontrarían la paz hasta que el ser malvado que los había arrancado prematuramente de la vida se reuniera con ellos.

36. DESPEDIDAS

Nadie volvió a moverse del campamento el resto de la jornada. Parecían aguardar a que la tormenta amenazadora que pendía sobre ellos se desatara en cualquier momento.

Adam se debatía entre acercarse a su hermano o dejarlo a solas con su dolor, cavando con sus propias manos una tumba, a pesar de que hacía rato que rasguños y ampollas abiertas sangraban sobre la tierra removida y la hierba arrancada.

En ese momento, Jason necesitaba agotarse. Era mejor dejar que cayese rendido, se despertaría más lúcido.

El medio *diné* estaba dispuesto a quedarse atrás y reparar el chapucero entierro de su sobrino. Su hermano no creía en los espíritus ni en el renacimiento del alma, pero él sí y Luc llevaba su sangre, merecía un descanso digno.

Buscó por los alrededores plantas adecuadas, que puso a secar al lado de la hoguera del campamento. Separó algo de carne ahumada y fue a buscar las improvisadas riendas de la yegua, que había servido de montura a los niños.

—¿Qué haces? —le preguntó Libby.

—Reunir objetos significativos y hierbas que acompañarán el espíritu de Luc —contestó, recogiendo la manta dejada por su abuelo, que los niños usaban para cubrirse.

Mark le alargó el manojo de raíces que Tini y él estaban recogiendo cuando ocurrió la desgracia.

—Eran sus favoritas —le dijo.

Al igual que los mayores, los niños tenían los ojos bordeados de cercos púrpuras. Las lágrimas, la mugre y la aflicción habían dibujado macabras máscaras en sus rostros.

La muerte no era ajena a sus vidas desde que habían comenzado su peregrinaje en busca de seguridad, pero ese golpe resultaba demoledor y demasiado cercano para ignorarlo. El pequeño era parte de esa frágil familia, nacida de las ganas de vivir.

Incluso Roy se mantenía silencioso. Escuchaba en silencio los sollozos que salían de la única tienda montada, en la que se había refugiado Denny para aislarse de los demás. Naomi observaba la entrada, sin decidirse a aproximarse y consolarlo.

Todos seguían los movimientos de Adam, reuniendo en un montón lo que necesitaría, hasta que apareció Jason, horas después. Tenía las manos desolladas y manchadas de tierra, al igual que el rostro, donde destacaban sus ojos inyectados en sangre. Sin reparar en la presencia de ninguno, buscó su mochila y revolvió en su interior, dejando rastros sangrientos en la lona.

—Tú te vienes conmigo —le dijo al ingeniero—. Recoge lo que necesites y que sea rápido.

Libby se adelantó:

—¿Qué pretendes, Jason?

—¿Y a ti qué te importa?

—Me importa. Resulta que Greg está con nosotros. —Señaló al ingeniero—. Y viene con nosotros.

Adam asistía al intercambio sin intervenir. Llevarle la contraria a Jason en su estado era un

riesgo. Ignorando a Libby, su hermano se giró hacia él con el mapa en las manos.

—Señálame dónde se encuentra el indio.

—No.

Los ojos de Jason llameaban.

—¡Denny! —gritó—. ¿Dónde está? —le preguntó a Naomi, que lanzó una ojeada a la tienda de campaña, sin poder evitarlo.

Jason abrió la lona de entrada.

—¿Dónde está el campamento del indio? —exigió a su hijo, lanzando el mapa dentro de la tienda.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para matarlo.

—¿Para matarlo por la falta de atención que tú has demostrado por Luc y que lo ha llevado a la muerte?

Su padre sacó la pistola de la funda y apuntó a Denny. Adam reaccionó, desarmándolo de una patada.

—¿Qué pretendes, Jason? ¿Matar al hijo que te queda?

Su hermano le lanzó una mirada asesina.

—¿El hijo al que el indio y tú os habéis encargado de poner en mi contra? Puedes quedártelo, ya se parece más a ti que a mí.

Adam estaba horrorizado. Entendía que su hermano se encontraba roto de dolor, pero le acababa de provocar un daño irreparable al adolescente.

—¿Creéis que no lo encontraré sin vuestra ayuda? —le dijo a su hijo, inclinándose para recuperar el mapa y después el arma que Adam le había arrebatado.

El campamento al completo permanecía en tensión, sin atreverse a intervenir de una forma u otra.

—¡Date prisa! —le gritó al ingeniero—. Primero visitaremos ese búnker y devolveremos la electricidad al mundo. Luego me encargaré de arreglar cuentas con el indio.

Greg Tomlin le lanzó una mirada acobardada y guardó su botella de agua en la mochila y se la colgó a la espalda.

Yairetz cogió su mochila también.

—Tú no vienes —le dijo Jason con voz fría.

La mujer se quedó petrificada en el sitio, mientras él cogía por el brazo al ingeniero para que empezara a andar.

El nuevo silencio que se instaló en el campamento resultó más pesado que el anterior. Yairetz se sentó en la piedra de la que se había levantado sin decir palabra, aunque lágrimas de desengaño rebosaban de sus ojos. Roy, en lugar de soltar la pulla que tenía en la punta de la lengua, se acercó a ella y le rodeó los hombros con el brazo. Entendía su decepción.

Adam se acercó a la tienda y asomó la cabeza al interior.

—Denny, va a caer la tarde. Acompañame a despedir a tu hermano como merece.

—No puedo —gimió el muchacho.

—Puedes. Y debes hacerlo. Le has acompañado en todos los momentos de su vida, los buenos y los malos, y su espíritu se sentirá reconfortado si estás con él al final de esta.

Denny cogió la mano que le tendía su tío. Tenía los párpados violáceos y un lado del rostro hinchado.

El disparo a poca distancia los alarmó a todos. Y les asustó.

Adam salió corriendo en su dirección, seguido por su sobrino. A la luz del crepúsculo

alcanzaron a ver la espalda de Jason y del ingeniero que le seguía los pasos, girando la cabeza cada poco, asustado por el perturbado al que acompañaba. Le acababa de disparar a la yegua que había transportado a los niños durante las jornadas anteriores sin pensarlo.

—Hijo de puta —masculló Denny entre dientes.

El nuevo disparo realizado por Adam para acabar con el sufrimiento del animal, al que su hermano había acertado en la cabeza, pero al que no había matado, atrajo al resto del campamento.

Libby cogió a Mark en brazos para que no lo viera y la madre de Tini la imitó. Estaba siendo un día horrible para todos, pero especialmente traumático para los niños.

—Volved —les dijo Adam—. Bebed agua y comed un poco, si podéis. Que los niños se acuesten y vosotros descansad también.

—¿Qué vas a hacer tú? —le preguntó Libby.

—Preparar un rito funerario para Luc.

—¿Podemos ayudar? —preguntó otra mujer.

Él asintió y les pidió ramas secas para hacer varias hogueras, pero no antes de que bebieran agua y se recuperasen un poco de las amargas impresiones de la jornada.

Regresaron al campamento y Adam cogió un par de latas vacías y varias botellas plásticas que usaban para recoger el agua diaria, le entregó una a su sobrino y juntos se encaminaron a la pradera donde estaba enterrado Luc. Hubiese querido ahorrárselo a Denny, pero ya era tarde para andarse con delicadezas. La realidad se les había echado encima y la ceremonia ayudaría al muchacho a aceptar lo ocurrido. Les ayudaría a todos.

Auxiliados de las latas, cavaron en el lugar donde Jason había enterrado a su hijo y cuando se acercaron al cuerpo, usaron las manos para no dañarlo. Denny lloraba sin cesar y Adam sentía que no le entraba suficiente aire en los pulmones. Sin embargo, continuaron su trabajo hasta que lo sacaron de la tierra.

—Ve a buscar agua al arroyo —le dijo a su sobrino, señalándole las botellas.

Él se encaminó al campamento para buscar todo lo que había amontonado, que le serviría para el entierro. Conocía el ritual por haberlo presenciado varias veces y haría cosas mal, seguro, pero, a falta de un chamán, los espíritus tendrían que conformarse.

Les pidió a los demás que llevarsen la leña a la pradera y que encendieran hogueras en torno a la tumba. Mientras sacaban el cuerpo, había extendido el hoyo en la dirección adecuada para que Luc descansara de cara al este, al amanecer, perpetuando la idea del renacimiento de su espíritu.

Desvistió el cuerpo inerte y rasgó una tira de su camiseta para lavarlo de tierra. Luego, lo depositó sobre la manta del abuelo, a falta de ropas tradicionales adecuadas.

—¿Qué debo hacer, tío Adam? —preguntó Denny con un hilo de voz enronquecida.

—Imítame.

Los demás se sentaron detrás de las hogueras, dándoles cierta intimidad y observando el cuidado con el que el hombre trataba los restos del niño.

Las plumas tenían un significado para los *diné*, pues solo eran merecedores de ellas si la tribu lo decidía así. Adam poseía dos que cuidaba con esmero: la de su nombre y la de su reconocida valía como cazador. Las llevaba envueltas en un paño limpio, que extendió sobre la hierba. Enseguida, se quitó toda la ropa, excepto los pantalones, quedándose con el torso al descubierto. Le hizo un ademán a Denny para que le remedase. El muchacho sintió vergüenza. Comparado con su tío, parecía todavía más joven.

—Arrodíllate. No puedes participar en una ceremonia si no eres un miembro reconocido de

la tribu con tu propio nombre.

Adam tomó una de las latas, que había llenado de ceniza en el campamento, le agregó un poco de agua, creando una pasta, y se arrodilló delante de su sobrino. Cogió parte de la sustancia con los dedos y trazó líneas sinuosas sobre su pecho y su rostro. Después, con la otra lata, que contenía tierra, hizo lo mismo, mientras murmuraba una plegaria a los espíritus en la antigua lengua navajo. Se lavó las manos, tomó su pluma de cazador y enredó su cañón en el cabello de Denny.

—El pueblo *diné* reconoce tu labor de protector con tu hermano y con personas ajenas a tu familia, otorgándote el nombre de «Lobezno valiente», para que desde hoy todos te conozcan por él. Eres parte del pueblo y desde ahora honrarás a los tuyos, a la tierra y a los espíritus con tus actos.

Denny se sentía conmovido. Lobezno era el nombre en clave que su padre le había puesto para comunicarse por radio.

La ceremonia era más larga, pero su sobrino ya estaba sobrepasado de emociones, así que Adam le secó las lágrimas, cogió el bote de cenizas y se las aplicó en toda la parte superior del rostro, de forma que solo se distinguían sus ojos claros. Él se enredó la pluma del nombre en su cabello, cubrió también la mitad de su rostro con cenizas, trazó unos símbolos en su pecho y le dijo:

—Ponte a mi lado e imítame.

Adam no sabía entonar cánticos adecuados, pero conocía el nombre de algunos espíritus a los que dirigirse, en caso de necesidad como el presente. Había implorado la bendición purificadora del espíritu del agua cuando lavó el cuerpo de Luc y ahora se dispuso a solicitar la atención de los *Diyin Dine'é*, seres sobrenaturales y espirituales, intermediarios entre los humanos y lo divino. Para ello, prendió fuego a un haz de hierbas olorosas, las apagó y sopló el humo hacia el cadáver, envolviéndolo de pies a cabeza.

Volvió a realizar la misma operación varias veces con otros tantos puñados de plantas diferentes que fue pasándole a Denny para que le imitara, mientras él murmuraba, pidiendo la atención de los espíritus necesarios.

Se levantó con un puñado de tierra entre las manos y la repartió alrededor de la tumba, luego esparció semillas de las plantas encontradas en los alrededores y remató el entorno sagrado vertiendo agua sobre todo ello. La muerte era el comienzo de otra vida y la naturaleza se encargaría de su parte.

Después, envolvió el pequeño cadáver en la manta y la depositó con cuidado en el hoyo excavado con respeto y cariño para él. Denny le ayudó a rellenarlo con tierra. Prendieron una hoguera encima y comenzaron a quemar las plantas sobrantes, las raíces, que esparcieron un delicioso aroma por los alrededores, la brida de la yegua y otros objetos que Luc había usado en su vida diaria.

El humo ascendía a lo alto en la noche despejada, libre de viento, iluminado por las fogatas que rodeaban el escenario, observado con recogimiento por los asistentes.

El medio navajo cogió las latas y la ropa e indicó a Denny que le acompañase al riachuelo para someterse a un ritual de limpieza, que purificase sus cuerpos y sus espíritus de cualquier energía negativa asociada con la muerte.

En el poblado, hubiesen llevado a cabo, durante días, danzas rituales y cánticos, dirigidos por el chamán, para despedir a Luc y hacer más llevadero el duelo a la familia. Además, se celebrarían ofrendas y ceremonias adicionales, destinadas a ayudar al espíritu del difunto en su viaje al más allá y garantizar su bienestar en el mundo espiritual. Pero Adam no era chamán y

debían conformarse con el modesto tributo.

Tío y sobrino guardaron las plumas antes de limpiarse de ceniza y tierra y regresaron al campamento. Adam no necesitó preguntarle a Denny si se sentía mejor, podía intuir que el pequeño ritual también había sanado un poco su espíritu, como el de él. Lo suficiente para soportar el dolor, al menos.

Los niños dormían, pero los adultos parecían poco dispuestos. Los acontecimientos habían despejado a todos.

—Denny, mañana dirigíos al nornordeste —le señaló un punto con el dedo—. Es todo subida, así que tardaréis tres o cuatro días en llegar al poblado. Deteneos solo lo justo para dormir.

Libby se acercó.

—¿Qué pasa, Adam?

El interpelado se inclinó para sacar de su mochila las latas que le quedaban y asegurarse de que llevaba raciones para unos días, agua, la radio con el cargador solar y munición. Se cruzó en bandolera el rifle y al lado contrario el arco. Tenía más que suficiente para enfrentarse a cualquier contratiempo.

—No os detengáis hasta el poblado, Libby. «Lobezno valiente» reconocerá el camino, pero no os descuidéis, cerca del lago habrá gente armada a los que podéis parecerle una amenaza.

Denny se esponjó al escuchar su nuevo nombre y asintió con gravedad, entendiendo lo que le pedía su tío: debía guiarlos, adelantándose lo suficiente por si había problemas, avisarles y buscar un camino alternativo de encontrarse con gente armada.

—¿Te vas? —le preguntó Libby—. ¿Por qué?

—Porque Jason está cegado por el dolor y no quiero que cometa una tontería que cause mayor aflicción.

Se cargó la mochila a la espalda y abrazó a su sobrino.

—Podrás, «Lobezno valiente». Ten la radio cargada y a mano, si hay algún cambio, te lo haré saber.

El muchacho asintió y Adam cogió a Libby de la mano para apartarse un poco de los demás.

—Que Roy te de algunas de las pastillas que lleva y prepara un caldo para todos. Os hará falta descansar. Y asegúrate de que Denny tome un poco.

—Sería más fácil si te quedaras.

Él le dio un abrazo, la cogió por la barbilla, la besó sin la suavidad usada por ella esa misma mañana y se marchó.

Roy observó el rostro demudado de Yairetz, que seguía la silueta de Adam hasta que se perdió en la negrura de la noche.

37. MUCHAS CLASES DE PERROS

Jason no estaba pendiente de la radio. Al contrario que su hermano, no esperaba recibir ninguna comunicación, por lo que la llevaba apagada. De hecho, ni se acordaba de ella.

Adam, que no hacía ni una hora que había dejado atrás el campamento, vio el piloto rojo encendido, indicativo de que alguien quería comunicarse por el canal acordado entre ellos de antemano y subió el volumen, suponiendo que sería su sobrino.

—¿Hay alguien escuchando? ¿Denny, Jason?

La voz le sonaba. Se parecía a la de la mujer que había abandonado al grupo de Libby con su marido y varios más.

—Por favor, si alguien me escucha... No sé cómo funciona esto. Por favor, estoy perdida.

Reprimió el impulso de silenciarla sin contestar. Al fin y al cabo, se había largado, abandonando a sus sobrinos. No obstante, también era una oportunidad para desviar la atención de Jason. Su hermano en ese momento era como un perro obcecado ladrando a otro y ese podía ser el golpecito que le hiciera salir de su espiral de pensamientos vengativos.

—¿Hola? ¿Quién eres? —preguntó a través del aparato.

—¿Hola? Hola, soy Fay. ¿Quién eres tú?

—Adam. Parece que estás buscando a mi hermano Jason.

—¿Está contigo? ¿Puedes pasármelo?

—Ahora mismo no.

Adam escuchó un sollozo al otro lado.

—¿Podrás decirle que volveré a llamar dentro de unas horas? No sé cuánta batería tiene esto ni sé ponerlo a cargar.

—¿Es la radio de Frank?

—Se la quité ayer, antes de escapar. Me obligaron a acompañarlos, pero están locos, han hecho cosas...

El medio navajo sospechaba que esas palabras no contenían ni media verdad, aunque se abstuvo de decirlo.

—¿Dónde estás? —le preguntó.

—Prefiero decírselo solo a tu hermano, no te conozco. Por favor, dile que volveré a llamar...

—Se lo diré. Cambio y corto.

Continuó caminando en la oscuridad, aprovechando la luz de la luna en creciente, que pronto se convertiría en plenilunio. No le hacía falta más para saber por dónde iba y aunque su hermano le llevaba una ventaja de varias horas, lo alcanzaría pronto. Él no sabía moverse en la naturaleza y el ingeniero no se encontraba en forma. Seguro que se detenían hasta el amanecer.

Se encontraban a bastante distancia del búnker, ni en el mejor de los casos lo alcanzarían al día siguiente, para eso habría que ir corriendo y Jason arrastraba las secuelas de su herida, que no

terminaba de cicatrizar debido a los continuos esfuerzos físicos. Aunque a Adam lo que le preocupaba era su cercanía al poblado *diné*. Siete u ocho kilómetros no parecían una distancia insalvable y el resplandor de las hogueras llegaba muy lejos.

Sus esfuerzos, ahora, debían centrarse en alejar a su hermano del poblado y del abuelo, porque no dudaba de sus intenciones y lo último que quería era tener que matarlo.

Los alcanzó mucho antes de amanecer y se acostó al abrigo de unos altos helechos. No deseaba sorprender a Jason y que reaccionara como en el campamento, disparando antes de comprobar que había una amenaza real. Adam sospechaba que los acontecimientos del mes anterior le habían trastornado más de lo previsto, convirtiéndolo en una amenaza para él mismo y para los suyos.

La primera claridad del día lo despertó y entonces se acercó al improvisado campamento haciendo ruido.

—¡Hola! Soy yo, que nadie me pegue un tiro, ¿vale?

—¿Qué haces aquí, Adam? —gruñó su hermano.

—Asegurarme de que no te metes en más líos de los que puedes manejar. ¿Hay algo para desayunar?

El ingeniero acababa de despertar, Jason, en cambio, parecía no haber dormido. Círculos oscuros rodeaban sus ojos y tenía un tic nervioso, que le obligaba a girar el cuello para destensarlo.

El medio navajo recogió leña de los alrededores y encendió una hoguera para calentarse y para calentar una de las latas que Jason estaba abriendo.

—El desayuno de los campeones —comentó en tono jocoso.

—¿Puedo probarlo? —preguntó el ingeniero, refiriéndose al contenido de la lata.

—La compartiremos.

—Yo me conformaré con esto y un trago de agua —dijo Adam, sacando una de sus raciones militares de su mochila.

—Comed rápido —les pidió Jason—. Nos queda un largo camino al búnker.

—¿Puedo ver dónde está? —preguntó su hermano.

Jason sacó su mapa, lo extendió en el suelo, buscó con el dedo las coordenadas y señaló un punto.

—Según él, es aquí.

Adam estudió el mapa para cerciorarse de que había adivinado su ubicación. Conocía de sobra toda la zona y no se le ocurría un lugar más apropiado que el promontorio rocoso, coronado por un mirador natural que dominaba un denso bosque, y era el hogar de una puma entrada en años, aunque muy activa. Y, como temía, se hallaba a pocos kilómetros del poblado.

—¿Qué encontraremos allí? —le preguntó al ingeniero—. ¿Te llamas Greg?

El interpelado asintió, volcando la lata en su boca, para engullir el contenido que le había dejado Jason con glotonería, relamiéndose después como un gato.

—No sé qué encontraremos. Según nos hizo saber Thor, un recinto escondido con servidores, alimentados por generadores que durarían años y que mantendrían el programa operativo.

—¿Me cuentas con detenimiento todo eso? Jason estará al tanto, pero yo me perdí bastante de esas explicaciones —pidió Adam, en un intento de demorar la marcha.

—De camino —gruñó su hermano—. Quiero llegar.

Recogieron sus pertenencias y apagaron la hoguera, esparciendo las cenizas con los pies, asegurándose de que no quedaba ninguna brasa que provocase un incendio.

Jason abrió la marcha, parecía tener prisa y el ascenso abrupto no lo ralentizaría, al contrario que a Greg Tomlin. Falto de resuello, tenía que detenerse cada poco, hidratarse y dar un respiro a sus débiles músculos.

Ayudado por la brújula, el ex agente de la DEA siguió en línea recta, desoyendo las protestas del ingeniero y la sugerencia de su hermano de rodear ciertos accidentes naturales para evitar tener que trepar con pies y manos. Jason parecía funcionar por inercia, porque fuerzas no tenía tantas.

Apenas una hora después, el piloto rojo le indicó a Adam que Fay, según lo prometido, intentaba ponerse en contacto con su hermano. Adelantó al ingeniero y se colocó a su lado.

—Hay alguien que te está buscando —le dijo.

—¿A qué te refieres, Adam? No estoy para acertijos.

—Tu amiga Fay.

Acababan de salir a un trecho despejado, en el que la pendiente resultaba llevadera, aunque el barro acumulado por un corrimiento de tierra tras las últimas lluvias dificultaba la marcha. Su hermano se giró para mirarlo con expresión interrogante. Adam se señaló la radio, que tenía a la vista.

—Llamó anoche, pero quería hablar contigo.

Jason no le pidió su radio, sino que buscó la suya en la mochila, la encendió y contestó, retirándose a unos metros para hablar en privado. Adam no se fiaba ni de él ni de la mujer, así que se mantuvo atento y pudo distinguir los sollozos de ella, pidiéndole ayuda a su hermano y contándole lo mismo que a él: que la habían obligado a dejar el campamento de los niños.

—¿Y Frank? —le preguntó Jason.

—Estábamos en un pueblo en el que íbamos a pasar el invierno cuando me escapé.

—¿Sabes el nombre de la población?

Ella se lo dijo, así como que se encontraba a varios kilómetros del poblado indio.

Adam hubiese querido preguntarle por esa referencia, que le daba muy mala espina. Su hermano, por el contrario, no cayó en la cuenta o lo pasó por alto. Jason no sabía dónde se encontraba el poblado de sus abuelos y él quería que siguiera desconociendo su paradero hasta que hubiera sosegado su ánimo.

—Y tú, ¿dónde estás?

—No lo sé. Le cogí la radio a Frank y salí corriendo ayer.

—Da media vuelta y regresa al pueblo, pero no entres en él —le indicó Jason—. Nosotros estamos a una o dos jornadas de marcha y usaremos la carretera. Sal a nuestro encuentro.

—No sé si encontraré el camino.

—Inténtalo, no tengo tiempo para buscarte.

—Jason... Yo no quería dejar a los niños... Me obligaron...

—Lo sé, Fay. Haz lo que te he dicho.

Adam estaba más seguro que nunca de que su hermano no pensaba con claridad. ¿Por qué iba a llevarse Frank a alguien que no quería acompañarlos? Si se hubiera puesto a gritar, todos habrían despertado. Según su sobrino y Libby, Fay había sido la instigadora del abandono y él les creía. Jason, en cambio, prefería pensar que era Frank el que le había fallado.

Varios árboles arrancados de la tierra se cruzaban aquí y allá, obligándoles a saltarlos. Greg tropezó y se hirió el brazo con una rama rota, afilada como un cuchillo. Adam rasgó una tira de la camiseta del hombre y se la ató alrededor de la herida.

Cuando Jason terminó de hablar con Fay, se giró hacia él:

—Cambiamos de destino —dijo, descolgándose la mochila y buscando el mapa, en el que

señaló un pueblo—. Vamos aquí.

—¿Y qué hay ahí?

—Frank.

—Y Fay, ¿no?

—Fay se ha escapado y necesitare que la rastrees cuando lleguemos. Quiero que me cuente exactamente qué pasó.

El medio navajo se avino porque eso alejaba de la cabeza de su hermano, y de su ruta, el poblado *diné*. Además, a él también le gustaría echarse a la cara a los cobardes, capaces de abandonar a un puñado de mujeres y niños a su suerte.

—Podemos llegar pasado mañana.

—Forzaremos la marcha —dijo Jason, torciendo el gesto.

—Si pretendes apurar demasiado, él no va a poder seguir el ritmo —objetó Adam, señalando al ingeniero.

Contaba con que su hermano estuviera más deseoso de restaurar la electricidad que de cobrarse venganza y no se equivocó. El ritmo de ascenso se hizo tedioso para ellos, obligados a esperar a Greg, que cada vez hacía más paradas para recuperar el aliento.

Adam le arrebató la cantimplora vacía y se desvió para coger agua fresca de un riachuelo que quedaba cerca, según pudo ver por las huellas de los animales que acudían a beber en él. Observó pezuñas, aunque también varias pisadas almohadilladas que no eran de animales salvajes, sino de perros. De hecho, se trataba de la misma jauría que había atacado el campamento de Fay cuando pasaron por allí, aunque eso él no podía saberlo.

Siguió sus huellas durante varios kilómetros. Se alejaban hacia el lago, que quedaba bastante al oeste de esa posición. No obstante, por allí debía pasar el grupo de Libby, así que se sentó, cogió la radio y se puso en comunicación con Denny.

—¿Cómo va todo? ¿Estáis de camino?

—Hemos salido esta mañana temprano y avanzamos rápido.

Lo entendía, querían alejarse del lugar de la tragedia.

—Hay una jauría de perros salvajes por las cercanías, deberíais desviaros al oeste. Volveré atrás y te dejaré marcas para que sepas por dónde debes llevarlos.

—Tenemos poca munición.

—Cedédsela a los que tengan mejor puntería y tened los arcos preparados y algún palo resistente.

—Tío Adam...

—Hazme caso. Tardaréis un día más, pero es mejor pasar lejos de ellos. No cazan animales salvajes, contra los que carecen de defensa, sino personas.

El titubeo de su sobrino fue muy breve.

—De acuerdo, ¿qué señales tengo que buscar?

El medio *diné* regresó con el agua, se la entregó al ingeniero y les advirtió de la nueva amenaza.

—Continuad y cuando os detengáis a descansar, buscad ramas gruesas y afilad los extremos a modo de lanza, por si acaso.

Jason se encogió de hombros, creía que su hermano exageraba la precaución por un puñado de perros, aunque revisó que sus armas estuviesen preparadas antes de seguir camino.

Adam volvió atrás hasta un punto por el que sabía que pasaría el grupo y amontonó un puñado de piedras y detrás varias ramas señalando una dirección. Por si acaso, repitió la operación más adelante en varios puntos. Si una escapaba a la vista de Denny, vería cualquiera

de las otras, que los llevarían incluso más al oeste del camino que había seguido él con su hermano y el ingeniero. Suponía que la jauría continuaría hacia el lago, donde debía haber campamentos humanos y no regresaría atrás.

Aún con todas esas precauciones, la intranquilidad le consumía y estuvo un rato luchando entre volver con ellos o seguir los pasos de su hermano y el ingeniero. Se decidió a seguir adelante para no restarle confianza a Denny, que la necesitaba, y mucho.

Cada cierto tiempo, se detenía, reunía piedras, ramas y dejaba más rastros. Incluso encontró a las dos personas abatidas por los perros del campamento de Frank, de los que quedaban pocos restos malolientes, que se percibían desde lejos. Volvió atrás y rectificó las últimas señales para que el grupo no topara con ellos, no era un espectáculo grato y podían ahorrárselo.

Alcanzó a los dos hombres de vanguardia poco antes de caer la tarde. En esa época del año, el día era mucho más corto y había que aprovechar las horas de luz solar. Jason quiso apurarlas y acamparon ya de noche, resguardados en una formación densa de árboles, alrededor de los que encontraron setas de tres variedades distintas, que sirvieron de cena tardía.

Adam volvió a poner su trampa de cascabeles. Esa noche necesitaba dormir.

Cuando el viento cortante que llegaba del este cambió, percibió un ominoso olor a quemado.

Igual que el sonido llegaba muy lejos en las noches del bosque, también los olores se apreciaban a distancia. Había encontrado los restos de los hombres por el olor, pero el del humo era más denso. No era el de una hoguera, sino el de un incendio. Y tampoco se trataba de un incendio forestal porque entre los efluvios que llegaban por el aire, se podía distinguir el fétido del plástico y el repelente de la gomaespuma.

Se levantó y subió a una loma despejada, desde la que tendría buena visión. Atisbó el horizonte y pudo percibir el resplandor producido por algo más que una hoguera considerable.

Con la brújula en la cabeza que le suponía su hermano, y que no era más que la conciencia constante de su posición en la tierra, determinada por las estrellas, la luna o el sol, calculó que el incendio procedía del pueblo al que se dirigían.

38. PINTURAS DE ARENA

Por ese vínculo especial de «Garra de águila» con los espíritus familiares, despertó sintiendo una opresión en el pecho, que le obligó a incorporarse e inspirar varias veces para calmar la ansiedad de su corazón dolorido.

«Nube roja», a la que había despertado sin proponérselo, le interrogó con la mirada. No le gustaba mentirle, pero necesitaba que se recuperase y la aflicción por la espantosa nueva la sumiría en la tristeza, enemiga del coraje que necesitaba de ella para afrontar los próximos contratiempos.

—Solo ha sido un mal sueño. Descansa, voy a por arena para ayudarte en tu recuperación.

Salió del *hogan* y se alejó para no asustarla con el llanto incontenible que atravesaba su garganta y anegaba sus ojos. Hubiese deseado errar en su premonición de que los que dejaba atrás corrían un peligro inminente, y ahora el pequeño Luc se encontraba con los espíritus. A «Nube roja» le rompería el corazón no haber llegado a conocerlo.

«Garra de águila» se recompuso, se lavó la cara en la orilla del lago y regresó porque no era momento de llorar a los muertos, sino de sanar a los vivos. Ya solicitaría de forma adecuada el favor de los espíritus para el de Luc cuando el resto de la familia se uniese a ellos, porque todos necesitarían consuelo.

Ojalá él lo tuviera. Se le desgarraban las entrañas recordando a su bisnieto, al que había llegado a amar y no solo por ser sangre de su sangre: hubiera sido un buen *diné*, tenía curiosidad y era voluntarioso. Absorbía sus enseñanzas como una manta de fibras el agua de la lluvia y solo en su interior reconocería que le había asignado el nombre tribal de «Petro vivaz».

Sentía en su espíritu el dolor de su padre, el de su tío y el de su hermano, que había sido bendecido con nombre tribal en la ceremonia improvisada de su funeral. Dos hechos que jamás podrían desligarse uno de otro.

Ahora, sin embargo, debía pensar en «Nube roja».

Los aprendices de sanadores asimilaban medio centenar de ceremonias sagradas, que variaban según el sanador y el chamán que las realizasen. No obstante, todas tenían elementos comunes que incluían las costumbres navajo, en la que se celebraba hasta la primera risa de un bebé, con todas las promesas de felicidad para la familia y la tribu que aparejaba.

Por lo general, las diversas ceremonias se desarrollaban siguiendo tres modos rituales, siendo la del «Camino Sagrado» la indicada para devolver a un enfermo la salud. Para ello, se dibujaba en la tierra del *hogan* alguna escena de la vida cotidiana y símbolos curativos con arena de minerales molidos.

Aunque la pintura de arena constituía un arte apreciado por su belleza visual, para los navajos tenía un significado espiritual de comunicación con el más allá. De ese modo, cuando el ritual para el que había sido creado terminaba, la arena se recogía para ayudar en otras ceremonias.

Con intención de usar arena de la que guardaba el chamán, «Garra de águila» entró en su *hogan* y lo encontró muerto entre las pieles de su lecho. Los asesinos habían hecho mucho daño

anímico a la tribu, más que físico.

Alejó el dolor por tantas pérdidas para llorarlas en su momento, cuando hubiese tiempo para dedicar a los muertos. Le esperaba un día muy largo y sucumbir sería como fallarles a todos.

Localizó los frasquitos con los diversos minerales, los guardó en su bolsa y regresó al *hogan* familiar. Durante horas, vertió arena y creó símbolos y dibujos poco diestros, puesto que no era un artista, aunque servirían para su comunicación con los espíritus, que era el fin que perseguía.

Al contrario que su nieto «Sombra de tormenta», él conocía el nombre de los espíritus que le ayudarían a encauzar la ceremonia y entonó un cántico grave cuando se encontró preparado, con su tocado de plumas ceremonial, en el que había incluido las más preciadas, limpias y coloreadas con pigmentos naturales. Solo se puso la máscara cuando invocó a los que no debían conocer su esencia humana, eran peligrosos, aunque imprescindible su intercesión. Ellos tenían el poder de conceder a la arena los dones necesarios para elevar las almas de su pueblo.

Cuando terminó la ceremonia, se encontraba agotado anímicamente. Tratar con el más allá suponía un extremo esfuerzo mental, además de físico.

Se deshizo de sus ropas ceremoniales, guardó las plumas y recogió los restos de arena y hierbas usados con cuidado, porque las necesitaría más adelante.

El interior del *hogan* estaba inundado de humo y abrió el tapiz que cubría la entrada para dejar que saliera, incorporándose a la brisa fresca de la mañana.

«Nube roja» permanecía en el lecho con los ojos abiertos. Había presenciado la ceremonia dedicada a su curación y «Garra de águila» constató que se encontraba mejor. La fiebre había desaparecido y la herida tenía mejor aspecto. Le dio agua, le cambió el improvisado vendaje por uno limpio e impregnado de miel, que era un bactericida potente, y le sonrió.

—Estás mejor —le dijo.

Ella le cogió la mano y se la apretó.

—Ve.

Él sabía a qué se refería y por eso había guardado con tanto mimo la arena ceremonial. Tenía que usarla con los miembros de la tribu asesinados, para dedicarles un funeral adecuado, con la esencia del que acababa de celebrar. Sus espíritus necesitaban encontrar el camino a casa, aunque no lo harían hasta que se hubieran despojado de la ira.

Salió del *hogan* como si los años le pesaran más que nunca, buscó la azada con la que «Nube roja» y él trabajaban en su huerto y se alejó del poblado para empezar a cavar agujeros en la tierra.

Una tumba para cada cuerpo. Una ceremonia para cada uno, un adiós sentido y el dolor traspasando cada fibra de su ser por la gratuidad de aquellas muertes prematuras.

El chamán fue el último. Rogó por estar a la altura como asesor espiritual de los restos de la tribu, que ahora debía estar de camino al campamento de verano para seguir su vida, lastrados con el peso de la pérdida, pero con la esperanza de que algún día todo volviera a la normalidad. «Nube roja» y él pronto los seguirían, cuando ella estuviera fuerte y el resto de la familia se les uniera.

Lo malo de estar dotado de semejante clarividencia era tener la certeza de que no todos ellos los acompañarían al norte, porque había fuerzas malignas acechando sus corazones.

39. SIN RESPIRO

El grupo de Libby pronto se percató de que esa nueva vida no les daría respiro ni para dolerse por la pérdida de Luc.

La advertencia de Adam sobre la jauría de perros no les salvó de dos rezagados, a todas luces heridos y, por tanto, mucho más peligrosos. Se acercaron al campamento esa noche, atraídos por el ruido y por el olor a comida.

Mientras la mujer que estaba de guardia se enfrentaba a uno de ellos, gritando para espantarlo y para despertar a los demás, el otro can se acercó por el lado opuesto y atrapó la pierna de Tini entre sus fauces babosas para arrastrarlo a la oscuridad.

Los gritos del niño alertaron a Denny, que se encaró con él, dándole con el palo robusto que había encontrado esa tarde en el lomo y, cuando vio que no funcionaba, en el morro. La madre del pequeño se le unió y consiguieron sustraer la pierna del niño de las fauces del perro, que se agazapó gruñendo, señal de que no abandonaría la contienda con facilidad.

Yairetz cogió el arco, olvidado por el adolescente, se adelantó y le disparó una flecha en los cuartos traseros, obligándole a emprender la huida, peor herido de lo que ya estaba, según proclamaba la sangre seca que le cubría el pelaje del cuello.

Libby, viendo que el otro perro no desistía ni siendo enfrentado por los garrotes con los que se habían preparado, terminó con él de un disparo en la cabeza.

La madre de Tini acercó al niño a la hoguera moribunda para inspeccionar su herida. Naomi se unió a ella y vieron con horror el feo aspecto de la mordedura. Cualquier herida resultaba preocupante por la precariedad de sus condiciones, pero el perro atacante debía haberse alimentado de carroña y sería portador de bacterias, además de alguna enfermedad mortal para el ser humano.

—No os descuidéis, puede haber más perros —dijo Libby.

Denny acercó su cantimplora y Naomi limpió la herida con cuidado para observarla mejor.

—Habría que mantenerla limpia —dijo, intercambiando una mirada preocupada con el muchacho.

Disponían del agua justa para beber. Desde que «Garra de águila» y Adam se habían ido, ellos eran incapaces de encontrar fuentes de agua alternativas, así que volvieron a tender los plásticos por la noche. Por si no fuera suficiente, la ropa de la que podían echar mano para vendar la herida estaba sucia.

Roy se acercó y abrió su mochila, de la que extrajo vendas limpias y antiséptico en crema, que habían usado para desinfectar la herida de Jason en la ciudad.

—Ponle esto —le dijo a Naomi.

—Eres un pozo de sorpresas —intervino Libby.

—Si yo te contara...

Luego se volvió hacia la madre del niño y le entregó varias pastillas distintas.

—Analgésico y antibiótico. No sé las cantidades para un niño tan pequeño, pero algo harán. No le des demasiado, quizá un cuarto de pastilla de cada una.

—¿Has cargado todo eso hasta aquí? —se extrañó Yairetz.

—Ya te dije que solo cargo con lo que puede ser útil.

—Voy a tener que cambiar de opinión sobre ti.

—¿Y acaso crees que me importa?

Recogió su mochila, el palo largo con la punta afilada, en el que había trabajado toda la tarde, y se dirigió a la zona del campamento por la que había atacado el segundo perro.

—De todas formas, conviene que lleguemos pronto a algún lugar donde podamos disponer de agua abundante para mantener limpia esa herida o, a pesar del antibiótico, se infectará —añadió.

—¿A qué distancia estamos del poblado de tus abuelos? —preguntó Libby a Denny.

—Con este rodeo, tardaremos dos días más, por lo menos.

—¿Y si retomamos la línea recta que llevábamos?

—Llegaríamos mañana, puede que pasado.

La mujer lo llevó a un aparte para continuar a solas.

—Pues vamos en línea recta. Es necesario tratar esa herida, no pienso perder a otro niño.

—Adam me recomendó que nos mantuviésemos lejos del agua, debe haber más perros y campamentos de gente armada.

—Esa herida se infectará, si no está ya infectada. Necesitamos ayuda enseguida, no dentro de dos o tres días.

Denny chasqueó la lengua, sin decidirse. Eran diez personas a su cargo y le importaba la seguridad de todos ellos.

—Deja que hable con Adam —le pidió Libby.

El tío del muchacho contestó enseguida, a pesar de la hora intempestiva. Se encontraba pendiente del grupo y la radio era la única forma de mantenerse en comunicación con ellos.

Ella le explicó las circunstancias y la urgencia por llegar al poblado y él lo entendió.

—Denny, ¿estás ahí?

—Aquí estoy, tío Adam.

—Tenéis que salir de inmediato. Con un poco de suerte, habréis pasado la zona más peligrosa poco después de amanecer. No os detengáis ni un segundo y llevad las armas preparadas. Yo acudiré a vuestro encuentro.

—Hemos de caminar hacia el este para atacar.

—Hacedlo, y rápido.

El medio navajo no estaba tan tranquilo como quería transmitir con su tono calmado. En el grupo contaban con poca munición, incluso habiéndoles dejado él la mitad de la suya, además de que ya era bastante difícil el terreno empinado durante las horas de sol. La travesía nocturna los agotaría.

En cuanto cortó la comunicación, Adam cogió su mochila y salió a paso ligero, sin dar explicaciones a su hermano, que se había despertado al escucharlo hablando por radio.

—Recoged rápido, nos vamos —dijo Libby al grupo—. Y dejad lo que no sea imprescindible. Solo llevaremos agua, algo de carne y munición.

—¿De noche? —protestó una mujer.

—Si tú fueses la herida, también lo haríamos por ti.

Ante semejante argumento, no hubo más inconvenientes.

—Cargaremos a Tini por turnos. Solo Denny estará libre para guiarnos.

—Hay poca luz, poneos en fila y no perdáis de vista al de delante —dijo el muchacho.

Al igual que su tío, quería parecer sereno, pero el cometido le venía grande y no se mentía

a sí mismo sobre eso. Ojalá tuviera más experiencia para guiarlos con seguridad porque si se equivocaba de dirección podían terminar todos muertos.

Al cabo de un rato de marcha, Roy, que cerraba la fila, se acercó a Libby.

—¿Llevas la mochila muy llena? —le preguntó en un susurro, consciente de que cuanto menos ruido hicieran, mejor.

—Comida, agua y munición.

—Yo puedo llevarte todo eso. Tienes una de las mochilas más grandes y se me ha ocurrido...

Le explicó su idea y a ella le pareció acertada, por lo que guardó sus escasas pertenencias en la mochila de su hijo y le entregó la suya al antiguo traficante.

—Vamos, sigue, no perdamos a los demás —exclamó él.

Libby cogió a su hijo en brazos y caminó a mayor velocidad. Roy la siguió, tropezando de vez en cuando con ramas y piedras mientras con su cuchillo abría sendos agujeros en los costados de la mochila de la mujer. Tini podría sacar las piernas por ellos e ir sentado y cargado a la espalda. Sería más cómodo para todos.

La madre del pequeño se lo agradeció con un murmullo cuando la ayudó a sujetarse la mochila con el niño dentro.

La siguiente mujer le tomó el relevo a la madre de Tini y Naomi se ofreció a hacer el turno de Libby, que llevaba a su propio hijo y no solo tenía las piernas entumecidas de cansancio, apenas sentía los brazos, pero no quería despertar al niño.

Ayudándose de las ramas de los árboles, salvaron un desnivel pronunciado. Los resuellos llenaban el ambiente y la tensión podía olerse. Temían un ataque de la jauría y esperaban poder hacerle frente porque el cansancio embotaba sus sentidos. Los palos afilados les pesaban y los pies más.

Denny pidió silencio. Se habían acercado demasiado al lago y si había alguien despierto, podría oírlos y dar la alarma. Los resplandores de las hogueras moribundas se veían por debajo de ellos, a menos de cien metros. No tardaría en amanecer y convenía perderse de vista antes de que los campamentos despertasen.

Mark caminaba de la mano de su madre sin quejarse. Habían rotado las posiciones para que el portador de Tini se encontrase siempre en medio del grupo y el último que lo había llevado se colocase en retaguardia. Naomi, que había pisado una piedra en la oscuridad, tenía un esguince y caminaba renqueando detrás de Denny, aguantando el dolor porque no podían detenerse.

Roy cargó con Tini cuando llegó el turno de la chica y ya no lo pasó a la siguiente. Estaban todos demasiado agotados por la tensión y la falta de descanso.

Libby tenía ganas de llorar de cansancio e impotencia. Solo la idea de poner a su hijo a salvo la impelía a seguir adelante.

El resplandor de las hogueras que dejaban a su izquierda, cambió por una brumosa luz que anunciaba el amanecer, quitando peso a sus temores, cuando la detonación de un disparo los dejó petrificados en sus sitios.

—¡Detrás de los árboles! —gritó Denny.

El grupo, sin embargo, activo por una descarga de adrenalina, salió corriendo y él los siguió. Tal como se encontraban no podrían enfrentarse a gente armada y descansada.

Un nuevo disparo rasgó el aire y continuaron corriendo para ponerse a salvo. Denny se detuvo para ayudar a levantarse a Roy, que había caído de rodillas. El peso de Tini le impedía ponerse en pie. Ni las tres pastillas que se tomó durante la marcha le hicieron efecto, notaba las

piernas como si caminase bajo el agua.

Varios cientos de metros por delante, el aporte de adrenalina se agotó, lo mismo que sus fuerzas y se detuvieron en una agrupación de árboles que les protegerían las espaldas. No hubo más disparos, por lo que supusieron que nadie les perseguía.

—Ha debido ser alguien que se ha levantado temprano y se ha visto sorprendido —dijo Libby.

—Pero no podemos detenernos aquí —indicó Denny.

—Continuemos —pidió Naomi.

—¡Mamá! —Tini se había despertado cuando empezaron los disparos y buscaba a su madre.

Libby miró alrededor y palideció más al no verla.

—Voy yo —dijo el adolescente.

—¡No! —exclamó Naomi, sujetándole del brazo.

—Ve, pero con mucho cuidado, por favor —le autorizó Libby—. Si ves gente armada, vuelve enseguida.

—Seguid caminando, os alcanzaré.

El muchacho no tuvo que retroceder mucho. El segundo disparo había alcanzado a la madre de Tini en la espalda. Se arrastró unos metros con los brazos, pero estaba muerta cuando se inclinó para tomarle el pulso en el cuello.

Miró alrededor, el bosque estaba silencioso, no se oían ni pájaros, seguro que amedrentados por los estallidos. Regresó para reunirse con los demás y proseguir la marcha. Si se detenían ahora, se pondría a llorar y eso le serviría de poco a Tini.

Lo bueno de la situación extrema en la que se encontraban era que no hacían falta explicaciones, y nadie las pidió cuando alcanzó al grupo y se puso de nuevo en vanguardia.

Con la breve parada, el tobillo de Naomi se hinchó más y le lanzaba cuchilladas pierna arriba. Ahora caminaba apoyando solo los dedos, haciendo el doble de esfuerzo que cualquiera de ellos. Denny se puso a su altura, se pasó el brazo de la chica por el cuello y la sujetó de la cintura para ayudarla.

Tini lloraba llamando a su madre, y todos sentían como si estuvieran en alguna suerte de purgatorio, sufriendo una desgracia tras otra, agotados y, sobre todo, decaídos.

Un par de horas después, Adam los localizó. Abrazó a su sobrino, a Libby, que llevaba a Mark en brazos de nuevo, y de un vistazo se hizo cargo de la baja moral del grupo.

—Ven conmigo, grandullón —Cogió en brazos a Mark y se volvió hacia los demás—. Tenemos que continuar. Es el peor tramo, pero antes de anochecer estaremos en el poblado.

En realidad, podían haber llegado antes, pero Adam les obligó a dar un rodeo para alejarse del asentamiento que quedaba por delante. Él había pasado por las inmediaciones para encontrarse con ellos y lo rebasó con los pelos de la nuca erizados. Al parecer, no solo los perros se dedicaron a comer carne humana en momentos de necesidad y el ambiente hedía a muerte y desesperación, llevada a sus últimas consecuencias.

Al medio navajo le repugnó, aunque no le extrañó tanto. Llevaba tiempo preguntándose cuánto tardarían en llegar a ese extremo. Con los bosques esquilmados de bayas, hongos y frutos, incapaces de cazar y pescar, pero decididos a sobrevivir, habían terminado trascendiendo la barbarie.

Así pues, pasaron lejos del macabro campamento para sortear problemas y para evitar al grupo un nuevo motivo de preocupación. Quizá los desesperados no pudieran cazar animales, pero podían cazar personas, igual que las jaurías de perros. Ahora más que nunca urgía alejarse

de cualquier lugar habitado, y emprender la marcha al norte con sus abuelos era la única opción segura.

Se detuvieron un rato a primera hora de la tarde para recuperar fuerzas y comer algo.

—Nos iremos en un rato, no os acomodéis —les recomendó.

A Adam también le hubiera gustado sentarse y echar una siesta, se encontraba exhausto después de varias noches durmiendo poco y mal, y de correr de un lado a otro, pendiente del grupo y de los pasos de su hermano.

Roy, que no había querido soltar la mochila en la que llevaba a Tini, agradeció su ayuda para depositarlo en el suelo. El niño estaba dormido de agotamiento y por la fiebre, que había empezado a subirle horas antes.

—¿Tardaremos mucho? —le preguntó el traficante a Adam.

—Dos o tres horas si no rebajamos el ritmo.

—Mejor que lo aceleremos. El niño tiene fiebre y no sé si debo darle más antibiótico.

—La abuela sabrá qué hacer —asintió Adam—. Come algo, nos iremos enseguida.

El traficante tenía sus propias ideas, así que revolió en su mochila y se acercó a Naomi con una pastilla en la mano.

—¿Qué es?

—Un analgésico, lo necesitas para continuar.

Ella miró a Denny, que asintió. No le gustaba Roy, que parecía ajeno al grupo, sin embargo, esa noche se había comportado, cargando con Tini casi todo el tiempo y animando a Yairetz, que parecía a punto de rendirse.

Sudaban por el calor del sol y el esfuerzo continuado. Tenían las gargantas resacas y el agua casi se había agotado.

—Venga, falta muy poco —los animó Adam—. A un par de kilómetros corre un riachuelo del que podremos beber.

—Tío Adam, deberíamos descansar o algunos no podrán seguir —dijo Denny, girándose apenas.

Dos de las mujeres necesitaban ayuda para continuar y las que les servían de bastón no tardarían en desfallecer.

Se libraron de mochilas y de las botas cuando llegaron a las inmediaciones del reato de agua, de apenas diez centímetros de ancho, creado por el deshielo en capas bajas de la montaña debido al benigno tiempo del que estaban disfrutando. En cuanto las temperaturas descendieran se congelaría y desaparecería hasta el siguiente deshielo. Al ser una corriente superficial, arrastraba tierra y briznas de hierba a su paso, pero el agua era potable y todos se lanzaron al suelo para beber directamente, sin ayuda de las latas ni entretenerse en llenar las botellas y cantimploras.

—¿Conoces ese pico? —le preguntó Adam a su sobrino.

El rostro del muchacho se iluminó y asintió.

—El poblado de los abuelos está ahí —le dijo a Naomi.

Cuando todos hubieron bebido, Libby metió la pantorrilla de Tini en el agua y lavó la herida, sin hacer caso de sus protestas.

Adam encendió la radio para atender la llamada en el canal fijo, justo cuando su hermano contestaba a Fay. Escuchó su conversación sin hacerse notar y Yairetz, que se encontraba cerca, se aproximó para indagar:

—¿La ha encontrado?

Él la miró. Esa pregunta contenía muchas otras y lo sentía por ella, porque Jason no la

merecía. Por su parte, se acababa de dar cuenta de que ya no le importaba como lo hubiera hecho días antes. Su cabeza estaba ocupada por muchos asuntos, además de por alguien que le había recibido con un suave roce en los labios que le conmovió.

—Yo también pensaba que la única actriz eras tú, pero parece ser que lo de Fay es de óscar o que mi hermano es tan gilipollas como parece, porque se ha tragado que Frank la obligó a irse con ellos cuando abandonaron a los débiles del grupo.

—Vistos los últimos días, no los tacharía de débiles.

Adam asintió. Yairetz prefería desviar la conversación a incidir sobre la atracción que Jason sentía hacia una desconocida. Ella quedaba como la idiota a la que sedujo por conveniencia, igual que intentó convencer a otros, esgrimiendo el argumento de las latas de comida para reforzar su poder en el grupo.

—La fortaleza no tiene que ver con las armas, ellos poseen mucha más de la que imaginaban los que los abandonaron —confirmó Adam, guiñándole el ojo.

40. PREPARATIVOS

Después de enterrar a sus amigos y vecinos, «Garra de águila» se fue de caza por las cercanías. Los asesinos se habían llevado todo, excepto la reserva de cereal guardado en una despensa natural, escondida en una cueva y sellada para que aguantara todo el invierno libre de humedades. Para la ingesta de proteínas, recolectaban nueces en otoño y las ocultaban dentro de troncos de árboles o cavidades rocosas como hacían las ardillas. «Nube roja» y él tenían que comer para recuperar fuerzas y los viajeros, a los que podía sentir muy cerca, llegarían hambrientos.

Buscó uno de los escondrijos y sacó puñados de nueces, que guardó en su bolsa de piel. Después de trocear la pieza de caza, asó al fuego dos raciones y guardó el resto para prepararlo al día siguiente, cuando hubiese descansado.

Su esposa se estaba recuperando con rapidez y se empeñó en sentarse en la puerta de su hogar a comer con él. Ya no tenía fiebre, la herida se cerraba bien y necesitaba tomar aire fresco.

Comieron, bebieron y tomaron una infusión caliente de lúpulo, que les ayudaría a recuperarse y a dormir. «Nube roja» aún no le había contado lo ocurrido en el poblado, pero cuando entraron, empezó a hablar hasta que descargó toda la frustración que había sentido al no poder hacer nada.

—Desconfiaba de esa mujer, pero a «Viento del norte» no le parecía amenazadora y la dejó entrar. ¡Tenía que haberme opuesto!

Él le rodeó los hombros con el brazo para pegarla a su pecho. Su esposa era combativa y comprendía su rabia porque era la misma que había sentido en su alma al ver lo ocurrido.

—Cuando lleguen los niños tenemos que salir enseguida para el campamento de verano, quizá los mayores necesiten nuestros cuidados —le dijo ella.

Desaparecido el chamán y su aprendiz, solo ellos dos eran capaces de tratar la salud de los suyos.

«Nube roja» siempre había tenido un profundo conocimiento de la sanación, heredado y aprendido de su padre, sin embargo, le faltaba la fuerte conciencia espiritual que poseía «Garra de águila» y para ser chamán, ambos aspectos eran igual de decisivos, sin importar el género del sujeto que los poseyera. Hacía falta un profundo conocimiento de las tradiciones, rituales, hierbas medicinales y prácticas espirituales de su pueblo.

Ella se sentía completa pudiendo cuidar la salud física de sus vecinos. Era su vocación y no su trabajo. Su conexión con los espíritus carecía de la intensidad de la de su esposo, que se sentía unido a toda la tribu, en especial a su familia, por unos lazos invisibles que se reforzaban cada día. Estaba orgullosa de él y de su carácter reflexivo, que para el que no lo conocía podía resultar hosco. Nada más lejos. En su día a día, «Garra de águila» era empático y afable, además de protector.

Por eso él no le contó lo de Luc, aunque tendría que hacerlo antes de que llegara Denny. Pero esa noche, los dos descansarían.

41. EN FAMILIA

Denny apenas podía contener su excitación. Se sentía tan exhausto como el resto, pero también feliz de llegar a un lugar familiar, en el que siempre encontró amor.

«Garra de águila» y «Nube roja» pasaron toda la mañana cortando carne y poniéndola a secar junto a dos grandes hogueras. Ella, aquejada de una gran congoja interior y sin retener sus lágrimas tras conocer el destino de su bisnieto, porque el tacto usado por su esposo no cambiaba los terribles hechos.

El viejo *diné*, además, enterró los cadáveres de los que intentaron asaltar el poblado y habían sido abatidos por las flechas de los guardianes. Eran un recordatorio disuasorio para cualquier extraño, pero también un reclamo para los carroñeros.

Sintió cerca el espíritu de su familia y salió a su encuentro. Los guerreros habían colocado trampas y, aunque Adam sabría localizarlas, convenía prevenir accidentes.

Cogió de los hombros a Adam, que cargaba a Mark a caballito, y pegó su frente a la de él.

—Bienvenido, «Sombra de tormenta».

Luego se acercó a Denny y lo saludó de la misma forma.

—Bienvenido, «Lobezno valiente». Lo has hecho bien.

Al muchacho casi se le saltaron las lágrimas, estaba agradecido de haber llegado por fin. La responsabilidad de guiar al grupo durante las horas nocturnas le había agotado más que la larga y rápida marcha en la oscuridad.

—Bienvenidos todos —dijo—. Ven aquí, muchacho, y tú también, Mark.

Descolgó la mochila que cargaba Roy, con Tini dentro, se la sujetó a la espalda y cogió a Mark de brazos de Adam.

—Seguid nuestros pasos, hay trampas por los alrededores.

«Nube roja» se encontraba a la entrada del poblado, sonriente, aunque con el corazón encogido por no poder conocer a su bisnieto menor.

Denny dejó a Naomi a cargo de Libby y corrió hacia ella. Siempre había existido un vínculo especial entre los dos, quizá porque la mujer le había demostrado cariño sin reservas desde que se conocieron. Al contrario que su madre, que había dependido del humor con el que se levantaba, la *diné* sacaba lo mejor de cada uno y lo celebraba constantemente. «Nube roja» hacía sentirse mejor a cualquiera y comprendería su dolor por la pérdida de Luc.

Después de un largo rato abrazando al joven, lo alejó, cogiéndole por los hombros para verlo bien.

—Has crecido, has madurado y ya eres un guerrero, mi joven «Lobezno valiente». Ni «Garra de águila» hubiese elegido mejor nombre para ti.

Tras saludar y ser presentada a todos, se dejó abrazar por su nieto, que la alzó en brazos, haciéndola reír.

—¿Dónde están los demás? ¿Se han ido? —preguntó él.

Ella bajó la mirada y la de Adam se dirigió a su hombro, que había empezado a sangrar, debido al largo abrazo de Denny.

—¡Estás herida!

—No es nada. Luego hablaremos, ahora tenéis que descansar y recuperar fuerzas.

Él comprendió que algo grave había ocurrido y no era cosa de alarmar a los demás.

—Ven, deja que vea eso —Ella se acercó al niño, todavía a la espalda de «Garra de águila» y retiró la improvisada venda de su pierna, que estaba ya sucia de sangre y polvo.

Tini gimió y ella le pasó la mano por la mejilla caliente.

—¿Y su familia? —preguntó al grupo, que se encontraban apiñados, sin saber qué hacer.

—Nosotros somos su familia ahora —dijo Libby adelantándose y presentándose por su nombre.

—Entrad en ese *hogan*, muchacha. Busca ropa, ahí vivían niños y tiene que haber algo que le sirva. «Sombra de tormenta», haz fuego dentro para que esté caldeado cuando volvamos.

La mujer se acercó a Naomi y la sujetó por la cintura.

—Tú vienes con nosotros, luego me ocuparé de tu tobillo.

—Que se acomoden en los *hogan* necesarios y descansen —le dijo «Garra de águila» a Adam, antes de entrar en el suyo y volver con dos mantas tejidas a mano.

Viendo que su nieto se estaba ocupando, se fue tras su esposa y la joven, que cojeaba lastimosamente hasta la orilla del lago.

Naomi quedó sentada en la hierba mientras la curandera se metía en el agua con el niño para bajarle la fiebre y dejar que la herida se limpiase. Su esposo la esperaba para envolver a Tini en una manta y llevárselo al poblado.

—Te vendrá bien el agua fría para bajar la hinchazón —le dijo «Nube roja» a la muchacha —. Ven a meter las piernas.

—No crea que tendría reparos en bañarme entera, me doy asco a mí misma.

—Pues adelante. La limpieza corporal nunca ha matado a nadie —sonrió la mujer, girándose para darle intimidación mientras ella se despojaba de la ropa—. Déjate puestas las botas.

Naomi tiritaba, pero se quedó un buen rato dentro del agua, frotándose el pelo para librarlo, por lo menos, del polvo y el sudor. Cuando salió, la *diné* la envolvió en la otra manta y regresaron al campamento despacio, sin forzar el tobillo.

—¿Quieres estar sola o prefieres compañía? —le preguntó.

Ella dudó un momento.

—Me gustaría estar con Denny.

La anciana sonrió.

—Le preguntaremos a él. De momento, entra aquí. Mi nieto vendrá enseguida a hacer fuego y yo pasaré a mirarte el tobillo. Busca ropa, algo te servirá.

Roy y Yairetz se encontraban sentados cerca de una de las hogueras en las que se secaba la carne.

—Señora —dijo él, levantándose con esfuerzo.

—«Nube roja», muchacho.

—Tengo vendas y antibióticos para el niño, además de algunos analgésicos para él y para la chica.

—Te lo agradezco, pero no sé en qué medida dárselos. Probaré con mi «magia» —entrecomilló la palabra con una sonrisa—. Y si no funciona, pasaremos a estudiar otros remedios.

El antiguo traficante asintió, devolviéndole la sonrisa, y volvió a sentarse junto a Yairetz.

—Estás desconocido, Roy.

Él no se dignó en contestar. No pretendía ser el más popular y sabía reprimir sus

sentimientos, ¿de qué otra forma hubiera llegado a ser uno de los principales traficantes de la ciudad si se mostrase como era y no como los demás creían que debía ser?

Excepto ellos, todos los demás habían escogido *hogan* para instalarse. No obstante, se les hacía raro encontrarse lejos de los demás y pronto se reunieron todos en torno a la misma hoguera en la que se calentaban el traficante y la actriz.

«Nube roja» y «Garra de águila» estaban ocupados tratando a los heridos. Libby se encontraba con Tini, al que había tomado bajo su cargo. A todos los efectos, acababa de ser adoptado.

Después de encender fuego para caldear el interior de las viviendas escogidas, Adam se sentó en el suelo, al lado de Mark, que miraba fijamente el *hogan* en el que estaba su madre.

—Espera que curen a Tini y podrás reunirte con ellos —le dijo al niño, que se pegó a su costado como si necesitase calor.

Él le rodeó los hombros con el brazo, habían sido días espantosos para todos, pero más para los pequeños. Luego, alzó la vista y soltó una carcajada al verlos reunidos a todos.

—Después de la caminata y de la falta de sueño, creía que estaríais inconscientes encima de las pieles —dijo.

—Nos hemos acostumbrado a estar juntos —respondió una mujer, cuyo pelo claro estaba tan enmarañado que podía haber anidado en él una familia de cigüeñas.

—Yo tampoco me encuentro tranquila, y mira que la cabaña es amplia y está limpia —añadió otra.

—No es una cabaña, es un *hogan* —puntualizó Roy.

—Vale, hombre, deja que me acostumbre a los cambios poco a poco. Nunca había salido de la ciudad.

—¿Y no vive aquí más gente? ¿Dónde están? —preguntó Yairetz a Adam.

—Han partido hacia el norte. Aquí todavía llega gente dispuesta a matar por un trozo de carne.

—Llevamos kilómetros andando sin ver rastro de vida desde... —apuntó otra.

No hizo falta que concluyera la frase. La madre de Tini era la última víctima del miedo de los supervivientes a todo lo que se moviera, ya fueran animales u otras personas. Con razón, había que añadir.

—¿Eso quiere decir que pronto nos iremos al norte también? —preguntó Roy.

Adam alzó el pulgar para confirmarlo.

—Cuando los heridos estén mejor y hayamos descansado, pero no tardaremos o el invierno se nos echará encima y será mucho más duro llegar.

«Garra de águila» y Libby se unieron a ellos. «Nube roja» se fue a atender a Naomi, que había quedado al cuidado de Denny y la instructora de tiro cogió a su hijo en brazos y lo llevó al *hogan* en el que Tini descansaba.

—El niño está mejor —dijo el anciano, dirigiéndose a Roy—. El antibiótico que le diste ha hecho efecto, la infección es mínima y terminará de curarse pronto.

—Me alegro. Hubiese sido una desgracia que...

Roy calló, consciente de que estaba refiriéndose al bisnieto del hombre. Ninguno quería recordar lo ocurrido.

—Me temo que todos hemos sufrido —dijo el navajo—. Mi pueblo quedó diezmado por gente que llegó con malas intenciones. «Nube roja» estaba malherida cuando la encontré.

—Eso fue hace pocos días, ¿cómo es posible que ya esté recuperada? —se sorprendió una mujer.

—La abuela es una guerrera —contestó Adam—. Lo digo desde el cariño, pero también porque es cierto. Esos palos que llevabais para protegeros de los perros, y que habéis abandonado nada más llegar, son un arma temible en manos de alguien que sepa usarlos. «Nube roja» sabe y puede enseñaros.

—¿Y los arcos? —preguntó otra.

—A larga distancia son eficaces, pero si un enemigo se acerca, hay que valorar otras opciones. —«Garra de águila» no se tomaba aquello en broma, y menos en las actuales circunstancias.

—Contra armas de fuego... —comenzó a decir la misma mujer que había intervenido antes.

—Entiendo que para vosotros es un nuevo mundo y un nuevo orden, pero las armas de fuego tendrán la eficacia de palos dentro de poco. Necesitan munición y la munición se acaba.

«Nube roja», Naomi y Denny se unieron a los demás. La joven apenas cojeaba y sonreía.

—¿Y los niños? —preguntó el adolescente a Libby.

—Dormidos, los dos estaban agotados.

—Vamos a comer —dijo «Nube roja»—. Hay carne, nueces y rábanos del huerto común. Y ahí tenéis agua fresca.

El viejo *diné* se apartó para dejarle sitio y le ofreció un trozo de carne asada, que ella aceptó con una sonrisa.

Adam se levantó para ir a buscar lo demás, pidiéndole a su sobrino que le acompañase.

—¿Qué ha pasado aquí, tío Adam? ¿La gente se ha ido sin llevarse sus pertenencias?

Adam echó un vistazo atrás y lo condujo fuera del poblado para señalarle los montones de tierra removidos en la pradera.

—Los atacaron y mataron a muchos —dijo.

—¿Cómo los sorprendieron?

—Conocían sus costumbres y sus puntos débiles.

Por las palabras de su tío, intuyó que había algo más y le preguntó, porque imaginaba la respuesta. Fay se había llevado su mapa cuando se marcharon.

—Fue ella y ahora tu padre va a su encuentro.

—Hay que prevenirle...

—Yo me encargaré, pero mañana. Necesito descansar unas horas o no llegaré muy lejos.

Denny lo entendía, él mismo se encontraba demasiado agotado para pensar siquiera en andar una hora más.

—Debes quedarte y ayudar a los abuelos —le dijo Adam—. Descansa y asegúrate de que todos cojan fuerzas para irnos.

—Papá no vendrá, ¿verdad?

Su tío le palmeó el hombro, no merecía la pena mentirle. Habían podido comprobar lo problemático que resultaba Jason antes de lo de Luc, pero después fue peor. Se alimentaba del combustible de la venganza para no desfallecer, convencido de que salvar al mundo de la oscuridad le devolvería su vida anterior.

La prioridad de Adam era mantenerlo alejado del abuelo, al que culpaba de sus propios errores, incapaz de asumirlos.

—Tu padre está demasiado confuso ahora. Intentaré hacerle entrar en razón, pero no nos esperéis.

Denny no dijo nada. Le dolían las últimas palabras de su padre y no quería tener que elegir entre los abuelos y él porque ya había escogido. De hecho, había tomado su camino hacía

tiempo, pero Jason lo había achacado a una adolescencia complicada.

Para él, el ejemplo de su tío y de sus bisabuelos había sido decisivo. Adoraba el tiempo que pasaba con ellos, se sentía lleno, libre, como si hubiera encajado donde debía y no donde los demás decían que tenía que encajar.

Con ellos, nunca sintió el miedo al abandono y al rechazo que le había acompañado desde que tenía memoria y su padre, trastornado o no, le había fallado.

Ese accidentado viaje le dio mucho y le había quitado mucho también. Como dijo «Nube roja» al recibirlo, había madurado y no solo físicamente, sino que sus emociones y sentimientos se habían desarrollado. Naomi no fue su primer amor platónico, pero era la chica a la que admiraba y con la que le gustaba estar en esos momentos difíciles. Y cazar para todos resultó más que emocionante: le había proporcionado un sitio en el mundo, uno que compartir y del que sentirse parte. Las personas con las que viajaba eran su familia ya, más cercanas que Jason, que aún lo veía como un niño al que proteger, en vez de un miembro valioso del equipo.

Por eso agradecía la sinceridad de tío Adam. Lo había convertido en miembro de la tribu con todas las consecuencias y le contó la verdad sobre su padre y Fay porque lo respetaba.

—Volvamos con la comida para que puedan ir a descansar —le dijo su tío—. El abuelo quiere vernos a solas luego.

Todos comieron, bebieron y tomaron el té preparado por «Nube roja», que no era otra cosa que lúpulo hervido para ayudarles a descansar toda la noche.

Antes de que el sol hubiera descendido por completo, entraron en los *hogan* elegidos y enseguida dormían profundamente.

«Garra de águila» le dio un beso a su esposa en la sien, rogándole que descansara, y se retiró con Adam y Denny a la vivienda del antiguo chamán, en el que había elementos de sobra para la ceremonia que quería realizar.

Las plumas representaban logros vitales para sus portadores. Lo ideal era recogerlas en las inmediaciones de nidos, limpiarlas y purificarlas, pero, dadas las circunstancias, había que usar las que tenían a su disposición.

El abuelo no se extendió en la ceremonia privada, sino que la adaptó a sus necesidades. Cogió cuatro plumas de halcón, con vetas pardas y negras, las partió por la mitad, desechando las puntas, que fueron a parar al fuego e invocó la intercesión de los espíritus familiares para conferirles el poder de la evocación.

—Esta pluma truncada os recordará a Luc, cuyo espíritu está con sus antepasados, a salvo de cualquier mal. Exhibidla con orgullo porque la representación de la familia debe llevarse con dignidad. Mantenedla a salvo y limpia, porque limpio es vuestro recuerdo y transparente vuestro amor por él. «Nube roja» y yo la luciremos en todas las ceremonias porque también lo amábamos.

Entregó una pluma truncada a cada uno y prosiguió:

—Que no os avergüence llorar por su recuerdo, cada lágrima es un tributo a su memoria. Luc era *diné* y hubiera tenido un nombre tribal por su amor a los caballos, que lo mataron por no entender sus intenciones.

La voz del anciano vaciló, obligándose a reprimir sus emociones. Había llegado a amar al niño curioso e inquieto y se recriminaba no haber sido más tajante sobre el peligro que representaba una manada libre en la pradera, su hogar. Tanto Adam como Denny comprendieron su pesar, porque era el mismo que sentían ellos, aunque ninguno hubieran sido los responsables ni los causantes de la desgracia acaecida.

«Garra de águila» se inclinó sobre la hoguera y añadió algunas hierbas más, que cargaron

el ambiente de un aroma intenso. Luego, tomó dos plumas blancas, con las puntas negras.

—Estas son de honor y debéis lucirlas con valentía. Desde ahora sois guardianes de la tribu. Vuestro deber es proteger a todos los miembros, incluso a los nuevos, sean o no *diné*. Hoy son nuestra familia y a la familia se la cuida con la vida, si hace falta.

Denny vio que su tío se enredaba los cañones de las plumas concedidas en el pelo y le imitó. «Garra de águila» hizo lo mismo con la pluma truncada, que se unió a las que ya llevaba y envolvió la sobrante en un paño limpio para entregársela a «Nube roja».

Las palabras estaban de más. La ceremonia había terminado y tío y sobrino salieron del *hogan*.

—Ve a descansar —le dijo Adam.

—¿Con los abuelos?

—Ya eres un hombre, debes escoger dónde quieres estar.

El muchacho no lo pensó y entró en la vivienda elegida por Naomi, aunque se acostó sobre unas pieles, a varios metros de ella. La chica dormía y jamás se le ocurriría acercarse sin tener permiso, la respetaba demasiado para estropear lo que tenían que, de momento, solo era amistad. Ambos debían crecer para que pudiese ser algo más, si ella quería.

42. HOGUERAS ENCENDIDAS

Adam se acostó al lado de Libby y se durmió de inmediato. Ella se giró y lo abrazó por la cintura. Mark se encontraba al otro lado y Tini en unas pieles aparte para no perturbar su descanso.

Estar bajo techo era toda una novedad y proporcionaba una seguridad nada desdeñable, incluso aunque las entradas se hallasen cubiertas por mantas tejidas en lugar de puertas.

En la parte superior de las construcciones de barro y madera habían practicado una abertura estratégica para la salida de humos, por lo que el interior estaba libre de ellos y persistía el olor de la tierra y las plantas puestas a secar en manojos.

La decoración consistía en mantas y tapices tejidos de vivos colores, con motivos geométricos o representativos de su cultura, como el ojo de Dios, plumas multicolores y tiras de piedras brillantes, horadadas en su centro y traspasadas por cuerdas anudadas con maestría. Los elementos de la vida diaria eran de cerámica, pintados con escenas cotidianas y expuestos en un estante construido con madera desbastada y lijada.

No había nada superfluo porque cada elemento se usaba en las ceremonias o pertenecía por derecho a los habitantes de los *hogan*, como las plumas, que tenían su simbología y significado. Los colores predominantes eran los escogidos por la familia desde tiempos inmemoriales y luego estaban los que representaban a la tribu. Durante las celebraciones comunes, los tapices alfombraban la entrada a las viviendas, dando la bienvenida a los visitantes físicos y espirituales. Las plumas más grandes eran exhibidas con orgullo porque hablaban de las hazañas de los antepasados.

La vida de los *diné* giraba en torno a símbolos con los que agradar a la naturaleza y los espíritus, conscientes de que estaban de paso y las posesiones materiales carentes de significado no tenían cabida en su día a día.

Libby se despertó la primera y observó el entorno a la débil luz de los rescoldos de la hoguera, sin saber qué significaba todo lo que la rodeaba y decidida a preguntar porque tenía algo muy claro: ella, su hijo y Tini irían donde fueran «Garra de águila» y «Nube roja», si los aceptaban. Y ojalá Adam se uniese a ellos.

Sin el sentido de la clarividencia del que gozaba el viejo *diné*, podía ver que el futuro estaba con los que entendían la naturaleza y vivían según sus dictados.

Su carácter escéptico con los dioses no cambiaría, era demasiado mayor para ello, pero respetaba las creencias de los demás, siempre que no dañasen a las personas o abusaran de ellas.

De alguna forma retorcida, el viaje había sido iniciático para todos ellos, poniendo en evidencia las verdaderas debilidades y fortaleciendo los lazos de comunidad.

Pasó la mano por la mejilla de Adam. Su barba tenía un tono rojizo, distinto al castaño de su pelo, y era más suave de lo que cabía imaginar en el vello facial de un hombre. Le rozó los labios con el dedo y él los entreabrió, lo que tomó como una invitación para depositarle un beso en ellos.

No era ciega y desde que se les unieron percibió la atracción del medio navajo por Yairetz,

sin embargo, algo debió ocurrir porque Adam se distanció y ahora dormía a su lado.

Se consideraba práctica para engañarse con ilusiones, pero en ese mundo nuevo, cuando las emociones despertaban, desperdiciarlas era un lujo que no podían permitirse. Ella, desde luego, no pensaba hacerlo, así que se pegó al hombre y lo despertó con caricias en la espalda y besos en el rostro.

Durante casi dos meses, sus deseos habían sido relegados por la responsabilidad. Ahora se concedió a sí misma espacio para pensar en que seguía viva y era una mujer con necesidades que no tenían que ver con la maternidad ni con la supervivencia.

No tardó en evidenciarse en la entrepierna de su compañero la reacción esperada, así como su necesidad de corresponder a sus caricias con otras lentas, rozando con las yemas de los dedos la espalda de Libby, erizándole la piel y enervándole los sentidos de una forma que la mujer casi había olvidado.

—¿Estás despierto? —le susurró ella.

Adam abrió los ojos y le sonrió.

—Hace rato, pero los niños están aquí —dijo.

—Pues vámonos a otro sitio —respondió ella.

—Espera un momento.

Él se levantó y rebuscó para encontrar ropa de los antiguos habitantes del *hogan*. Cogió un par de mantas, su arma, y le alargó la mano libre para invitarla a acompañarle.

Aún no había amanecido y ante la hoguera, alrededor de la que habían cenado la tarde anterior, estaba «Nube roja», con un vaso de arcilla entre las manos y Yairetz, que había ido a buscar su saco de dormir para pasar la noche a la intemperie.

Adam le hizo un gesto a su abuela, indicándole el *hogan* donde descansaban los niños y ella asintió. Estaría atenta, por si se despertaban durante su ausencia.

A Libby le divirtió aquel diálogo mudo y que la anciana no hubiera puesto cara de sorpresa al verlos escabullirse.

—Desde el otro baño que compartimos, tengo ganas de repetir, aportando alguna variante —dijo él.

—¿Crees que me hubiera negado entonces?

—No, pero a los dos nos convenía reposarlo un poco.

—Te hacía menos reflexivo...

—Con veinte años no hubiera pensado en otra cosa.

—Ahora, como eres un viejo de... ¿Qué?, ¿treinta y cinco? —rio ella—. Ahora necesitas meditarlo.

—Treinta y cuatro y sí, puede que sea un poco anticuado, pero quiero que la persona que despierta sentimientos en mí, también desee estar conmigo.

Ella detuvo su avance tirando de su mano y poniéndose de puntillas para besarle.

—A falta de un documento que firmar, que esto sirva de consentimiento —le dijo.

Adam la cogió por la cintura y la pegó a él. El beso le había sabido a poco y quería mucho más, como le demostró enseguida. Se separaron solo para que él tendiera una de las mantas en la pradera y ambos se sentaron. Ella le quitó la chaqueta y suspiró cuando sintió sus labios en el cuello, aunque no por ello dejó de meter las manos bajo su camiseta, tiesa de sudor, y acariciar su piel caliente, que parecía un imán para sus manos.

Libby fue consciente entonces de su intenso olor, que no resultaba desagradable, pero era fuerte. Pensó que quizá el baño no era tan mala idea, después de todo, porque ella tampoco debía oler muy bien. Sus pensamientos, sin embargo, enseguida se vieron relegados a un segundo

plano cuando él le empezó a despojar de la ropa y a besar cada centímetro de piel liberada, que respondió vibrando bajo su tacto.

Su barba le cosquilleaba en el pecho, su aliento le derretía las terminaciones nerviosas y notaba el sexo en ebullición cada vez que él se pegaba a su cuerpo para dejarle sentir la dureza de su miembro, que pugnaba por salir de la cárcel de su pantalón.

Tardaron poco más en desnudarse el uno al otro, acuciados por la urgencia del deseo impreso en sus respiraciones jadeantes, en los gemidos cada vez que el otro rozaba alguna parte de su anatomía más sensible, de los suspiros de anhelo cuando las caricias se convirtieron en un contacto más estrecho, en una penetración esperada y deseada, y en movimientos apremiantes que dieron lugar a un orgasmo intenso.

—Tenía planeado un baño romántico al amanecer —dijo él, estrechándola entre sus brazos.

—Esto solo ha sido una parada técnica. Podemos seguir con los planes. «Nube roja» cuidará a los niños y, aunque sospecho que el agua estará helada, me atrae la idea del baño.

Adam se levantó y la apremió.

—¡Vamos! El agua fría es un gran reconstituyente.

Sin vestirse, sintiendo el fresco nocturno que hubiera resultado más desagradable de no seguir excitados, corrieron hasta la orilla del lago. Él se lanzó de cabeza al agua, oscura aún, pero Libby entró poco a poco, emitiendo grititos cada vez que el líquido frío ascendía por sus pantorrillas y muslos.

—¡Ay, joder, está helada!

Adam rio y la salpicó, por lo que ella no tuvo más remedio que meterse de golpe. Cuando llevaba un minuto sumergida, se dio cuenta de que no estaba tan fría. Nadó hacia el interior del lago y se giró para quedar de cara al cielo, que empezaba a resplandecer por el horizonte, a punto de amanecer.

—Esto es maravilloso.

Él la alcanzó y la abrazó.

—Lo es.

Los dos patalearon para mantenerse a flote, ahora podían verse mejor y se sonrieron.

—Esto no estropeará nuestra amistad, ¿verdad?

—Nunca —respondió Adam—. Me gustas mucho, pero también te necesito como amiga.

Libby se apretó contra él.

—Siempre me provocaste sueños húmedos —le confesó.

—Tú también a mí. Cuando iba a ver a mis sobrinos estaba deseando encontrarme contigo.

—Eso me parecía —rio ella, nadando hacia la orilla—. Salgamos, los niños no tardarán en despertarse.

Se sentaron en una de las mantas y Adam se puso detrás de ella con las piernas abiertas para que se colocara entre ellas y poder taparse ambos con la manta sobrante. El frío fuera era mordiente para ir desnudos y mojados. Libby se recostó contra él y pudo sentir el latido de su corazón.

—Me iré dentro de un rato —dijo Adam.

—¿A buscar a tu hermano?

—Dudo de que pueda convencerlo de unirse a nosotros, y mucho menos ahora que Fay se ha puesto en contacto con él, pero tengo que intentarlo.

—¿Fay ha reaparecido?

—Según ella, dejó al grupo, pero no me lo creo. Tengo la impresión de que busca nuevos horizontes y que sus aliados actuales no están a la altura de sus propósitos.

—Haces bien en no confiar. Fue la causante de que nos abandonasen. Sin su mediación, Frank no se hubiera atrevido.

Él la abrazó con más fuerza.

—Nunca se sabe qué consecuencias traen las decisiones que tomamos; yo me alegro de la suya, mereces una pareja acorde a tu valía y él no daba la talla.

—¿Y tú? —preguntó ella, girándose entre sus brazos.

—Yo siempre seré sincero contigo —respondió Adam, besándola con intensidad.

Libby retiró la manta que les cubría y le hizo acostarse en la que estaba tendida en el suelo.

—Yo también seré sincera: ahora mismo deseo hacerte el amor otra vez. Quiero que te vayas agotado y recordándome.

Él no pensaba negarse. Se dejó hacer, estremeciéndose al sentir su aliento caliente en el glándula, su pasión y la ternura que demostró en todo momento, sin desfallecer, porque no tenían prisa. El amanecer seguía su curso, ajeno a las caricias de la pareja, que terminaron jadeantes sobre la manta multicolor, tejida por una mujer que ya no seguía en este mundo.

Libby se vistió con la ropa de esa misma mujer, compuesta de piezas de cuero cosidas a mano y tan abrigadas que llegó al poblado sudando. Por su parte, Adam se había puesto unos pantalones con los costados exteriores cerrados con tiras de cuero, como los que llevaba su abuelo y una camiseta de lana tejida a mano en colores negros, amarillos y rojos.

Recogieron la vieja ropa, que ardería en alguno de los fuegos del poblado y regresaron caminando, cogidos de la mano.

Yairetz se había despertado con la primera luz del día y los observó entrar en el *hogan* donde los niños, ya despejados, eran atendidos por «Nube roja».

—¿El abuelo sigue dormido? —le preguntó Adam.

—Ha salido hace unos minutos a por más nueces para los pequeños. Y este jovencito —dijo, dirigiéndose a Tini—, podrá levantarse hoy a desayunar con nosotros.

El niño sonrió por la obsequiosidad de la mujer. Tardaría en recuperarse de la pérdida de su madre, era inevitable, pero lo superaría, habían hecho frente a muchas adversidades.

Adam rastreó a su abuelo hasta el bosque y le ayudó a cargar con las bolsas de frutos secos.

—Me iré después de desayunar. Mi hermano sigue por ahí perdido y Denny ya está con vosotros.

—Deberías descansar un poco más. ¿Hace cuánto tiempo no duermes una noche entera?

—Hoy he dormido mucho.

El abuelo sonrió para sus adentros: quizá hubiese dormido, pero también había realizado ejercicio físico después. No obstante, asintió y señaló el horizonte, en el que se veía una manada de caballos, retozando sobre la hierba fragante.

—Pide ayuda. Llegarás con más fuerzas.

—Puede que lo haga.

Adam prefería no molestar a las manadas, pero su abuelo tenía razón: sentía el cansancio en cada fibra de su cuerpo.

El desayuno se hizo alrededor de la misma hoguera que habían usado para la cena temprana y Adam les contó sus planes de reunirse con su hermano.

—Sigue con su idea de restaurar la electricidad —dijo.

—El ingeniero ya advirtió que igual no era lo mejor, por las consecuencias que podía tener después de tanto tiempo —adujo una de las mujeres.

—No vamos a recuperar la forma de vida que llevábamos en esta generación ni,

seguramente, en las venideras —dijo Roy.

—Pero hacérselo comprender en este momento será complicado, y más bajo la influencia de Fay —asintió Adam.

—¿Fay? —preguntó una de las mujeres, alzando una ceja.

—Ha reaparecido.

«Nube roja» levantó los ojos hacia su nieto.

—No te fíes, en esa mujer habita un espíritu malvado.

—Tu abuela lleva razón, es una zorra manipuladora.

Adam no necesitaba el consejo, jamás se fiaría de ella, aunque su hermano sí y eso quizá le conviniera.

—Voy contigo —intervino Yairetz.

—Y yo —añadió el traficante casi de inmediato.

Iba a responderles en sentido negativo, antes de ver la determinación en la mirada de ambos. Cada uno tenía sus razones y él comprendía que eran libres de decidir.

—¿Habéis montado a caballo alguna vez?

—Yo tomé clases de equitación de pequeño —dijo Roy.

—Yo no, pero aprenderé.

La decisión de Yairetz estaba supeditada a los sentimientos que tenía hacia su hermano. El desengaño iba a resultarle duro, y no solo por el previsible encuentro con Fay.

Roy, en cambio, le había sorprendido. Era la persona que no se mojaba. Imparcial, como Suiza, a no ser que alguien se fijara en sus miradas de soslayo a Yairetz. Todo el despliegue de sarcasmo que usaba con ella era una capa protectora, destinada a ahorrarse un desengaño como el que preveía para la mujer.

43. EL HUMO DE LOS PECADOS

Adam puso a recargar la batería de su radio solo un par de horas antes de salir, cuando el sol se elevó por encima de las montañas y mientras iba en busca de los caballos. El abuelo se ofreció a hacerlo en su lugar para que descansara un poco más, pero él se negó. Sentía especial conexión con ellos y se encontraba deseoso de entablar relación con la manada.

Aún le pesaba el destino de los animales que le habían acompañado de buen grado al rancho, mucho más que el de los humanos, muertos por miles, por millones, tal vez. No podía guardarles rencor por lo ocurrido con Luc, ellos no hacían daño de manera gratuita, defendían a su familia.

Semejantes reflexiones alteraban su espíritu y envenenaban más los sentimientos que tenía hacia Jason, inclinando la balanza a un lado peligroso. Para no tener que matarlo, había tomado una decisión que separaría sus destinos para siempre: lo vigilaría hasta que los del poblado estuvieran listos para partir hacia el norte, donde su hermano jamás los localizaría. No podría hacer daño a su abuelo, al que consideraba responsable de la desgracia de su hijo, ni al joven Denny con su nefasta influencia.

Llevaba muchos años mediando entre todos, suavizando, interpretando, calmando, pacificando y tragándose desprecios por su parte, pero la actual situación era irreversible. Su hermano nunca encajaría en la tribu y su ánimo belicoso, aumentado en los últimos días, desbarataría cualquier intento de convivencia pacífica.

Volvió con dos yeguas jóvenes y briosas y les colocó unas mantas en el lomo para amortiguar la fricción del peso de los jinetes, además de las riendas preparadas por el abuelo. Roy se arreglaría, pero Yairetz tendría que viajar con él. No estaba dispuesto a sufrir más retrasos.

Se despidió de Libby con un beso, que arrancó silbidos entre los que se encontraban cerca. Le pasó por la cabeza su amuleto de turquesa y se lo pegó al corazón.

—Ya sé que no tienes fe en los espíritus, pero yo sí, y quiero que conserves esto cerca hasta que nos reunamos de nuevo.

—No tardes, prefiero tenerte a ti.

Yairetz los observó con algo de envidia. Libby había sabido ganarse el corazón del medio navajo, mientras que ella no podía haber escogido peor.

Adam se subió a la yegua y recomendó a la actriz que se agarrase bien a él. Sin silla de montar, tendría que confiar en su equilibrio y seguir su ritmo. Ella no se lo hizo repetir, el suelo estaba demasiado lejos y una caída sería de lo más dolorosa.

Bastante antes de llegar a la población, el olor a quemado que había percibido Adam dos días atrás volvió. No se apreciaba humo en el horizonte, aunque no cabía duda de que provenía del pueblo en el que debían estar Frank y su grupo. Apuró a su montura y Yairetz se cogió más fuerte a su cintura para no caer.

Se detuvieron en una loma que dominaba la localidad, sin acercarse. Frank y los suyos iban armados y no convenía tentar a la suerte. Enseguida vieron que el incendio se había propagado a

varias casas, extinguiéndose por sí mismo cuando devoró lo que tenía a mano. Adam bajó de la yegua y ayudó a la mujer, que estaba buscando la forma de saltar sin romperse algo.

—¿Nos quedamos aquí? —preguntó Roy, que se había defendido muy bien sobre su montura, sin quejarse por el rápido ritmo que impuso Adam.

—Esperaremos a Jason —confirmó.

Roy se bajó de un salto y acarició el cuello de su yegua.

—Quítale la manta y las riendas —le dijo Adam—, tienen que volver con su manada.

Él apoyó la cabeza en la del animal y susurró algo en lengua *diné*, le acarició el cuello y las dos yeguas salieron al trote.

—Eres una caja de sorpresas —se asombró Yairetz—. No sabía que estuviésemos acompañados por «el hombre que susurraba a los caballos».

Adam rio por la referencia literaria y cinematográfica, cogió su radio y trató de ponerse en contacto con su hermano, que respondió bastante rato después. Aún se encontraban a unas horas de la población y se notaba su cabreo contenido por el retraso que imponía a su marcha la falta de forma del ingeniero.

—¿Fay, estás por ahí? —preguntó Adam por el mismo canal.

—De camino también —contestó ella—. Pero no quiero acercarme al pueblo, Frank me matará.

—Nosotros estamos próximos a la población. Supongo que irán armados y no conviene presentarse sin invitación.

—Sí, y no creas que se cortan de disparar a cualquiera.

—Pues ahora mismo parece que tienen otros problemas, han sufrido un tremendo incendio...

La radio quedó en silencio, como si Fay hubiese cortado la comunicación; no obstante, terminó contestando:

—Espera a tu hermano, no es seguro que te acerques solo. Había otras personas en el pueblo bastante belicosas, quizá hayan tenido un desencuentro.

Adam percibió cierta ansiedad en su tono y en sus palabras, como si necesitara justificar la extraña situación.

—Aguardad aquí —dijo a sus dos compañeros—. Que no os vea nadie y mantened las armas preparadas.

Se deslizó colina abajo sin aguardar confirmación, usando las sombras en rocas y troncos de árboles para ocultarse a la vista de cualquiera que observase desde el pueblo.

Describió un rodeo para acceder por el lado opuesto a las casas incendiadas. La carretera dividía la población en dos y los que hubieran escapado al fuego tenían que encontrarse en los puntos más alejados, en previsión de que se extendiese.

El silencio era absoluto. Incluso los pájaros habían abandonado las inmediaciones debido al olor a quemado que imperaba en la zona, desagradable para cualquier ser vivo.

Atisbó el interior de las casas a través de las ventanas. En algunas había rastros de actividad reciente, pero no de sus inquilinos. Al cabo de un rato, se convenció de que tenían que haberse marchado o hubiera detectado algún movimiento.

Se aproximó entonces a las casas incendiadas, cubriéndose nariz y boca con el borde de la camisa porque por debajo del olor a madera, espuma y fibras quemadas, en una de ellas persistía uno nauseabundo a carne abrasada.

Pisó con cuidado al entrar en la casa, que se mantenía en pie por la piedra de sus paredes. Todo lo demás, incluso el tejado, se había derrumbado. No obstante, bajo restos de tejas, cenizas

y escombros, aún se veían cuerpos incinerados a medias. Desprendían un hedor espantoso, pero se acercó y descubrió lo que temía: no salieron corriendo porque los muertos no huyen.

Fay estaba mucho más cerca de lo que había dicho a Adam. De hecho, se encontraba en otro promontorio que dominaba el pueblo y los vio llegar, soltar a los caballos, al indio registrando el pueblo y entrando en la casa que ella había escogido como base.

Si eso hubiera sido todo, estaría tranquila. La explicación sobre un grupo rival atacante quedaba justificada. Pero el indio no se detuvo ahí. Salió de la casa y miró a su alrededor. Se agachó para observar algo y tomó el camino que ella había seguido.

No se movió de su posición para que los otros no la vieran. Solo cuando el indio se unió a ellos, retrocedió para salir a la carretera, fuera de su línea de visión.

Tendría que seguir improvisando porque el hermano de Jason parecía espabilado.

44. POR SI ACASO

El camino le había enseñado muchas cosas a Fay.

Para empezar, un conocimiento más profundo sobre el alma humana y sus debilidades. Pero no era todo. La fragilidad del cuerpo también tenía mucho de dependencia y todos ellos dependían de la experiencia de otros.

Ella había aprendido que algunas plantas, aunque tuvieran buen sabor, eran tóxicas. Howard, un hombre de los primeros en sentirlo en su carne, había consumido esa planta y pereció en pocas horas entre retortijones y vómitos.

La adolescente que estaba en el grupo original había prevenido a todos en contra de esa hierba en particular, pero nadie le hizo caso, excepto ella, que guardó en una bolsita cierta cantidad seca para necesidades futuras.

Ese día había discutido con Antoine, que creía tener algún tipo de liderazgo sobre «su» grupo. Al gilipollas no le entraba en la cabeza que tenían comida y un refugio gracias a ella y que nadie más decidiría sobre su destino.

En la población vivían cuatro personas más llegadas de distintos lugares y dos familias que habitaban allí antes del apagón. Era necesario sentar unas bases para poder funcionar entre ellos lo que quedaba de invierno, que era mucho en esa parte del mundo, y por eso convocó una reunión en su casa a los pocos días de instalarse. Tenían que poner asuntos e inquietudes en común y crear reglas para convertirse en una comunidad.

Sus invitados disfrutaron de una cena excepcional, compuesta de carne y pescado ahumados, cortesía del poblado navajo. Los originarios de la población se mostraron encantados; aunque de origen indio también, habían perdido el instinto de sus antepasados para moverse en la naturaleza y vivir de ella. Aparte de sus pequeños huertos y de lo que recogían en los bosques circundantes, su dieta apenas contenía nutrientes de origen animal.

Después de la cena en común, Fay distribuyó la infusión que sustituiría al café de tiempos mejores. El sabor dulce de la miel, sustraída también del poblado *diné*, lo convertía casi en un postre y todos lo apuraron con glotonería, incluso los hijos de una de las familias locales, tres adolescentes y dos niños.

Diarreas y vómitos no tardaron en aparecer, en algunos casos más violentos que en otros. Todos habían bebido hasta la última gota porque corrían tiempos en los que no se desperdiciaba nada.

Al cabo de un rato, hasta el más grandullón fue incapaz de defenderse. Se encontraban demasiado ocupados con arcadas y retortijones. Fay solo tuvo que disparar a la cabeza uno a uno.

En su salón quedaron todos los habitantes de aquel pueblo, que sería un pueblo fantasma a partir de ese momento. Pero a ella no le asustaban los fantasmas ni los espíritus, sino los hombres vivos, por lo que salió de su casa, convertida en mausoleo, tras registrar los cadáveres, a los que despojó de armas y munición.

Dos días atrás, uno de los hombres que había salido a ver si tenía suerte con la caza, habló de una cabaña en medio del bosque, en la que había encontrado una buena provisión de frutos

secos, la mayoría agusanados. Los oriundos de la población dijeron que pertenecía a un viejo con problemas mentales, que se había suicidado años atrás. Nadie entraba en la cabaña porque creían que traía mala suerte y, quizá, por miedo a su fantasma.

A esa cabaña llevó Fay lo que sacó de su casa: comida, armas, munición y, más adelante, todo lo que pensó que podía servirle de los registros que realizó por el pueblo. Si no salía bien la jugada que tenía en mente, pasaría el invierno con cierta tranquilidad al disponer de comida abundante y armas para defenderse. Después de varios viajes, se detuvo a beber agua y cayó en la cuenta de que el trabajo aún no había terminado: si alguien los encontraba en medio de charcos de vómitos y deposiciones líquidas, su historia no se sostendría.

Ignorando su agotamiento, trasladó la leña acumulada para pasar el invierno al centro del salón, recogió la radio de Frank con su cargador, salió de la casa por última vez y prendió fuego desde el exterior a las partes de madera y lanzó la tea ardiendo al interior.

Cuando se cercioró de que las llamas acabarían con cualquier vestigio de su autoría, puesto que tardaron poco en reventar los cristales y lamer las piedras de la fachada, se alejó del intenso calor que desprendían.

Escogió una casa deshabitada al otro lado de la población, buscó ropa, sacó agua del pozo y se lavó la sangre pegada a su rostro y manos. Tras la operación, se encontraba tan cansada que durmió medio día del tirón, porque en eso consistía la supervivencia ¿no?, en superar las adversidades.

45. CONVERSACIONES NOCTURNAS

Fay salió al encuentro de los recién llegados, cayendo en brazos de Jason como si estuviera agotada. No hizo falta que se identificara. ¿Con cuantas mujeres solas podían encontrarse por los alrededores? De hecho, el ingeniero y él no se habían cruzado con nadie por el camino, ni siquiera de lejos.

Durante el día anterior escucharon disparos en dirección contraria a la que llevaban ellos y apresuraron la marcha. Jason solo no podría enfrentarse a varios hombres armados y proteger al ingeniero al mismo tiempo. Además, calcular la distancia por el sonido cada vez era más complicado. Las paredes montañosas reverberaban y amplificaban cualquier ruido, dificultando su procedencia y recorrido.

Adam, más acostumbrado a la vida al aire libre, los escuchó antes de verlos aparecer por la carretera, ya que Greg resoplaba, intentando abastecer a sus pulmones de oxígeno.

Se aproximó a ellos, haciéndose notar como la vez anterior, identificándose antes de ponerse a la vista.

Su hermano llevaba a una mujer sujeta por la cintura, como si a ella le costase dar un paso más y se preguntó si Jason, además de estar perdiendo un poco la cabeza, también tendría otras facultades mermadas. Cualquiera podía apreciar que Fay no parecía hambrienta ni deshidratada y que su ropa estaba demasiado limpia para haber pasado, como aseveraba, varios días vagando y durmiendo en el bosque.

Ascendieron a la colina donde esperaban Roy y Yairetz, y Fay se llevó la mano a la boca al mirar hacia el pueblo, sin prestar atención a las presentaciones.

—Ha sido un incendio muy grave. ¿Habrá muerto alguien?

Adam se acercó a su lado, como si quisiera verlo desde la misma perspectiva y no tardó en comprobar sus sospechas: la ropa de ella olía a humo, como la suya después de haber pasado por la población. Eso explicaría mucho y suponía el problema añadido del peligro que representaba, puesto que ahora estaba seguro de que las huellas que salían de la casa, foco del incendio, eran suyas.

—Han muerto todos —dijo.

—¿Frank? —preguntó Jason con la mandíbula apretada.

—Si quieres bajar a identificar su cadáver —respondió su hermano, encogiéndose de hombros—. Pero te advierto que casi todos están demasiado quemados para distinguirlos.

—Esa era la casa de Frank —dijo Fay—. Allí nos reuníamos para comer y todo eso...

—Pues te has quedado sin tu revancha, así que ¿qué tal si nos largamos de aquí? —preguntó el medio navajo a su hermano.

Jason quiso dar una vuelta por el pueblo para cerciorarse y Adam intercambió una mirada de resignación con Roy, al que tampoco le apetecía acercarse a la tumba colectiva.

—Dormiremos en camas esta noche —dijo Jason, en un intento de animar el momento.

—Pues no veas el mal rollo que da con toda esa gente muerta ahí al lado —intervino Roy.

—¡Métete alguna de tus drogas si no estás a gusto!

El exabrupto de Jason fue acogido con una sonrisa sesgada del antiguo traficante.

—A mí no me importaría dormir bajo techo —dijo Yairetz.

—¿En serio? —se burló Roy, refiriéndose a la noche anterior, que ella había pasado junto a la hoguera, cuando él le propuso compartir *hogan*.

La actriz no entró en su provocación, observaba a Fay con la cabeza apoyada en el pecho de Jason y los celos la consumían.

—Tampoco me apetece dormir en el pueblo —dijo la antigua profesora de Denny—, pero estoy demasiado cansada y otra noche en el bosque...

Adam negó imperceptiblemente y siguió a Jason y Fay, que descendían de la colina.

—¡Joder, qué peste! —exclamó Yairetz, cuando pasaron cerca de la parte incendiada del pueblo.

—Los humanos a la barbacoa no resultamos demasiado apetitosos —replicó Roy.

Decidieron ocupar una sola casa de cuatro habitaciones, cuya cocina aún olía a los guisos de sus ocupantes. Jason cogió madera de la leñera y encendió la chimenea para no tener que usar las linternas dentro.

Mientras duró la luz diurna, se dedicaron a registrar las casas que no habían sucumbido al incendio, sin encontrar nada reseñable, excepto algo de munición y ropa abundante, por lo que todos, excepto Adam, se cambiaron.

Cuando anocheció, se reunieron en el salón de la casa escogida y mostraron sus hallazgos, bagatelas la mayoría, con las que no merecía la pena cargar. Cenaron algo de carne seca y cada uno escogió el lugar en el que pasaría la noche. Roy y Adam se quedaron en el salón, mientras los demás se dirigían al piso superior.

Al cabo de un buen rato, Yairetz bajó para unirse a ellos.

—¿Demasiado ruido para dormir arriba? —preguntó Roy con sorna, ganándose una mueca de la actriz.

—Están en una habitación hablando los tres, como si restaurar la energía eléctrica fuera el único tema preocupante.

—Jason está convencido de que todo volverá pronto a la normalidad si llegamos a ese búnker —intervino Adam.

—Imaginad que todo es una fantasía de ese hombre y no existe el búnker ni la IA de la que habla —rio Roy.

—No eres gracioso —espetó Yairetz.

—Yo solo digo que su historia es rara. ¿No hubiese acudido de inmediato al búnker, siendo estos tan seguros como dice? Es el primer lugar en el que hubiera pensado para llevar a mi familia. Aunque supongamos que nos ha tocado el ingeniero tonto: según él, hay otros ocho socios suyos, ¿a ninguno se le ocurrió acudir allí antes de que todo se desmoronase? —El antiguo traficante meneó la cabeza con incredulidad.

—Muchos nos quedamos a la espera de que se arreglase, como había ocurrido otras veces —arguyó Yairetz.

—Pienso que solo lo empeoraremos, si toda la historia del ingeniero es cierta y se devuelve la electricidad —terció Adam—. Al final, tenemos que alegrarnos de que no haya sido peor.

—¿Cómo de peor te imaginabas tú un fin del mundo?

—Estaréis al tanto de las noticias, supongo. El desarrollo de IA estaba tomando dimensiones preocupantes. En Defensa se vieron obligados a adoptar unos principios éticos para

su uso militar, pero es cuestión de tiempo que las decisiones queden en manos de un algoritmo. Las armas autónomas son una realidad y ya sabéis que son capaces de tomar decisiones por sí mismas, con poca o ninguna intervención humana. Ningún país quiere quedarse atrás en el desarrollo de nuevas tecnologías.

—En la guerra nadie queda segundo —sentenció Roy.

—Ni en otros ámbitos —asintió Yairetz—. Hace poco, se publicó un estudio que levantó mucha polémica. Un equipo de farmacólogos clínicos creó un algoritmo para el desarrollo de moléculas con fines medicinales. Algo que antes costaba años de investigación, la IA lo convirtió en un asunto sencillo. Pero se les ocurrió pensar en qué ocurriría si caía en malas manos y la respuesta los dejó anonadados: igual que la IA era capaz de generar moléculas para fármacos contra enfermedades, también era capaz de crear otras, cuya toxicidad no tenía parangón. Un arma química terrorífica y de fácil acceso, puesto que la había generado una IA con la potencia de cálculo de cualquier ordenador personal actual.

—Recuerdo esa noticia —dijo Adam.

—Te veo muy informado para ir por ahí siguiendo rastros armado con un arco y flechas —ironizó Roy.

—Oye, ¿que yo no vivía en una cueva! —protestó él.

—Según tu hermano, casi. No tenías ni teléfono fijo con el que comunicarse contigo —intervino la mujer.

—No me hacía falta. Nos lastramos con objetos inútiles que no mejoran nuestra vida, la hacen dependiente. Yo disfrutaba en el rancho, rodeado de caballos y, cuando quería compañía o saber cómo iba el mundo, me acercaba a la ciudad o a casa de Jason. Llevaba una vida sencilla, aunque no ajena a lo que ocurría fuera.

—Para ti es fácil moverte por el bosque —dijo Yairetz.

—Y para todos, es cuestión de acostumbrarse y ahora no hay más remedio. Esto es lo que nos queda.

—En eso tiene razón —indicó Roy—. Resistirnos al cambio es tan inútil como dejar de rascarse si te pica.

—O dejar de tomar droga si eres adicto.

—Yairetz —la reconvino Adam.

—Vale, lo siento, Roy.

Él negó con la cabeza, restándole importancia. Ya estaba acostumbrado a sus pullas sobre su relación con las drogas, aunque no por eso le dolía menos al provenir de ella.

—Y otra cosa —añadió, dejando esos derroteros—: ¿quién nos dice que no se ha restablecido el suministro eléctrico desde otro sitio? Hemos estado alejados de la civilización.

Adam se levantó y pulsó los interruptores para comprobarlo.

—Aquí no ha llegado. Ya he probado antes los interruptores generales de las casas a las que he entrado, por si acaso.

Yairetz chasqueó la lengua, contrariada.

—En este nuevo mundo las cosas nunca van a ser fáciles.

El medio navajo se quedó escuchando al pie de las escaleras y les hizo un gesto para que callaran.

—No se oye nada arriba. Han debido solucionar el mundo. Lo que me recuerda...

Se acercó a Yairetz y le hizo señas a Roy para que se uniera a ellos en el sofá donde pensaba dormir.

—Ven, quiero comentaros algo.

Les habló de sus sospechas sobre Fay y les recomendó que tuvieran cuidado con ella.

—No sé cómo, pero los mató a todos. Luego sacó comida, municiones y armas y las escondió cerca de aquí.

—¿Cómo lo sabes?

—Todos los cadáveres tenían una bala en la cabeza y solo sus huellas salían de la casa una y otra vez. Las he seguido hasta su escondite, por eso sé qué se llevó. Estuvo muy ocupada y después prendió fuego a la casa para borrar su crimen.

—Tu abuela me dijo que los que atacaron el poblado estaban dirigidos por una mujer —dijo Yairetz.

—Por ella —asintió Adam—. La comida ahumada y seca que había en el escondite provenía del poblado, seguro. Mató a muchos allí y ha matado a muchos aquí, por eso os digo que no le deis la espalda si podéis evitarlo.

—Habría que advertir a Jason —dijo ella.

—Jason no quiere escuchar a nadie. Quizá más adelante, pero no ahora mismo. La muerte de Luc lo ha trastornado y necesita tiempo para asimilarlo. Lo de la luz es una distracción tan buena como cualquiera, así que cuando él diga, iremos al búnker.

La actriz se miró las manos sucias. Le gustaría hacer algo más que seguirle el juego, pero Adam tenía razón, ahora no querría escuchar nada en contra de Fay, solo había que ver cómo la miraba. Se sentía fascinado por ella.

—Acuéstate en el sofá si quieres, yo dormiré en el suelo. —Le ofreció Roy.

—No, gracias. Si han dejado de hablar, subiré a dormir en un colchón para recordar mejores tiempos. Buenas noches.

—Esto es muy raro —dijo el antiguo traficante cuando se quedaron a solas él y Adam—. Puede que sea el momento más confuso que me ha tocado vivir, y no solo por lo que ya sabemos... La gente no reacciona como lo hubiera hecho antes.

—¿Y te extraña? Nadie se fía de nadie.

—Si me hubieran jurado, cuando aparecisteis en mi casa, que te pondrías en contra de tu hermano, no lo hubiese creído.

—No estoy en contra de Jason —protestó Adam.

—Quizá no antes de lo que ocurrió con tu sobrino, pero ya entonces creía que en algún momento tendríamos que escoger bando. Era inevitable.

—¿Y ya tenías tu elección hecha?

—Mucho antes de salir de la ciudad, aunque había que ver por dónde se abría una brecha. No te lo tomes como algo personal.

—No lo hago, sé cuál hubiera sido tu elección: la que hubiera tomado Yairetz.

El traficante soltó una carcajada.

—Disimulas fatal, tío. La noche que viniste a buscarme para enseñarme... Ya sabes... Estabas eliminando competencia.

—Y profundizando la brecha existente entre Jason y tú —se avino el traficante—. No pienso disculparme, si es lo que esperas. Mira, tal como lo veo, has estado sin tomar partido mucho tiempo y ahora no tienes más remedio. Tampoco voy a tenerte en cuenta que estés poniéndonos a prueba a Yairetz y a mí para saber si puedes fiarte de nosotros, de lo contrario nunca hubieras compartido tus sospechas sobre Fay.

—Habéis estado en el poblado de mis abuelos...

—Lo entiendo, y entiendo que piensas dejar atrás a cualquiera en el que no puedas confiar. Haría lo mismo.

Roy y Adam nunca habían hablado tanto, aunque tampoco tuvieron oportunidad de hacerlo.

—Nuestro padre renegó de sus orígenes e inculcó en mi hermano aversión por lo que tuviera que ver con ellos. Ha desarrollado una malsana fijación por matar a «Garra de águila» y no pienso permitirlo.

Adam negó con pesar y el traficante lo entendió.

—Conozco a tu hermano desde hace bastante tiempo y sé lo suficiente de él —dijo, tras valorar las palabras de su compañero—. Tú crees que también lo conoces, pero vuestra relación fraterna te ha cegado con una venda de la que yo carezco. Jason es un controlador. Estaban a punto de echarlo de la DEA por los continuos enfrentamientos con sus superiores, asumiendo un liderazgo que no le correspondía, en operaciones sencillas que terminaron mal. No se encontraba en las oficinas por petición propia, para estar cerca de los niños, sino porque investigaban su proceder.

El medio navajo no se sorprendió: lo sospechaba desde hacía tiempo. Jason odiaba la inacción y ese repentino cambio a la administración no cuadraba con su forma de ser.

—Sabes que Ana y yo éramos amigos desde pequeños. Siempre recurría a mí para algo más que para proporcionarle drogas. Jason la agobiaba y sus continuos celos la colocaban en la cuerda floja. Tenía poca personalidad y él la arrollaba con la suya, hasta que ella buscaba la salida fácil.

Adam tenía que reconocer que Ana era un pajarillo, pero no estaba de acuerdo con Roy al adjudicar toda la culpa a su hermano.

—Vino a buscarla después de dos semanas de iniciado el apagón porque no soportaba la incertidumbre. Si tanto la amaba ¿por qué no la buscó antes? No te equivoques, Adam, lo que no soportaba era perder el control sobre ella. Lo mismo que no concibe que tú puedas escapar a él.

—Estás haciendo una valoración subjetiva de...

—No, tú lo percibes desde tu punto de vista. Quieres que tu hermano sea de una forma que no es y encajas sus reacciones para que cuadren en el ideal que tienes de él. Y oye, lo entiendo —dijo Roy, encogiéndose de hombros—. Has buscado su aprobación, ya que cariño tiene poco que repartir, ni siquiera para sus hijos.

—¿Desde cuándo te dedicas a la psicología?

—Desde hace un minuto, así que no me hagas mucho caso. Yairetz diría que son las drogas.

—Si te drogases...

—Si me drogase.

El otro guardó silencio un momento y tomó una decisión.

—Salgo un rato. A la vuelta te lo explicaré —le dijo.

Roy estuvo a punto de decirle que lo encontraría durmiendo a pierna suelta, pero no era cierto: se encontraba demasiado inquieto. Había tomado partido hacía tiempo y no se quedaría con Jason, sino con los que sobrevivirían a ese mundo caótico, aun a costa de separarse de Yairetz. El antiguo agente de la DEA había sido un puente, pero su inestabilidad iba en aumento y terminaría con todos los que estuviesen alrededor, igual que Fay, que le daba muy malas vibraciones.

Adam tardó más de media hora y volvió con una bolsa de tela en una mano. Se notaba pesada y le interrogó con la mirada.

—Escucha, Roy, no sé si estás de acuerdo con eso de devolver la electricidad, y la verdad es que me da igual. Vamos a estar lejos de cualquier lugar habitado y lo único que puede

afectarnos son posibles incendios que lleguen hasta nosotros.

—¿Pero?

—Pero si esa inteligencia artificial ha podido hacer esto, podría hacer algo peor en el futuro, por mucho que el ingeniero diga que cambiará los códigos fuente y no sé qué más...

Dejó la bolsa en el suelo y la abrió para enseñarle su contenido: una docena de granadas de mano.

—¿De dónde...?

—Del escondrijo de Fay. Ya os he dicho que almacenó comida y armas. Pesan mucho, pero ocupan poco espacio.

—Y quieres que las lleve yo —terminó el traficante—. Entiendo, ella no se fía de ti y tus intenciones, en cambio, yo soy el drogadicto que no pinta nada.

—No hubiera podido expresarlo mejor.

Roy soltó una risita.

—Vale, solo espero que no explote alguna por accidente y termine volando yo en lugar de la máquina esa.

—Son doce granadas, seis kilos de más que transportar, y tendrás que fingir que tu mochila no pesa tanto.

—Después de cargar con Tini, creo que podré. Además, nadie se va a ofrecer a ayudarme a transportar mis drogas, ¿no?

46. ENTRAÑAS DE ROCA

A pesar de la evidente corriente entre Fay y Jason, él se quedó rezagado para ponerse a la altura de Yairetz.

Pocos metros por delante de ellos, Roy sudaba profusamente por el exceso de peso y el tortuoso camino. Adam le consultó con un alzamiento de cejas, porque hubo algunos momentos en que lo vio desfallecer. El antiguo traficante susurró un «descuida» poco tranquilizador, subrayando la palabra con otra pastilla que se metió en la boca, mientras todos tenían la atención puesta en sujetarse con manos y pies para no resbalar por la pendiente escarpada.

Jason, una vez más, se empeñó en tomar la ruta más directa, en línea recta, aunque tuvo que desistir dos horas después, cuando el terreno escarpado les impidió seguir subiendo por una ladera peligrosa. Las lluvias otoñales habían arrancado la vegetación y las piedras estaban sueltas.

Fay estuvo a punto de caer al sujetarse a una, pero el ingeniero tuvo menos suerte y rodó varios metros. Se sujetó a una raíz sobresaliente, que se rompió con su peso, dejándolo magullado y maltrecho al principio de la subida.

—El camino que ha propuesto Adam va a ser más rápido, después de todo —comentó Fay, harta de los patéticos esfuerzos del hombre por volver a trepar para alcanzarlos.

—Bajemos —se avino Jason, harto de la demora—. ¿Por dónde? —le preguntó a su hermano.

Adam repitió el camino señalado antes. Debían coger la carretera y seguir hacia el este, luego tomar un camino al norte durante nueve kilómetros hasta llegar al promontorio de rocas sobre el que Jason había trazado una señal con ceniza.

—Por cierto, ese roquedal es guarida de pumas. No es época de cría, pero la hembra que domina el territorio no estará lejos.

—Sin problema —exclamó Jason, palmeando su rifle.

—Iré delante y nos evitaremos tener que matar a ningún animal que solo defiende su territorio.

—Si nos hace perder tiempo, es puma muerto.

Su hermano no replicó, se puso al frente y Fay se le acercó.

—¿Cuánto tardaremos?

—Varias horas.

Ella se ajustó la mochila y miró de refilón a Jason, que iba a pocos metros detrás de ellos, hablando de nuevo con Yairetz.

—Tu hermano parece preocupado —le dijo.

—Perdió a su hijo menor hace un par de días, ¿no te parece suficiente motivo?

—¿A Luc? —exclamó ella, deteniéndose un segundo.

Él continuó andando. Odiaba su proximidad y disimularlo se le hacía cada vez más difícil.

—¿Qué pasó? —le preguntó, intentando sujetarle el brazo.

—No quiero hablar de eso —dijo él, esquivándola.

Era cierto, no quería hablarlo con nadie porque el dolor volvía con todo su peso, pero menos quería hablarlo con ella.

Fay respetó su silencio y se quedó algo rezagada, aunque sin interrumpir a Jason y Yairetz. Como el ingeniero tampoco estaba por la labor de conversar con ella, se retrasó algo más hasta quedar en la retaguardia con Roy.

Adam giraba la cabeza cada cierto tiempo para comprobar que el antiguo traficante dominaba la situación. Le prestaba la atención justa y contestaba con monosílabos, en su papel de personaje gris. El medio navajo ya había comprobado que de gris tenía poco, aunque aún desconocía sus motivos para no desmentir que llevaba la droga para su uso personal.

El ascenso resultó muy cómodo por la carretera y llegaron a las inmediaciones de la formación rocosa pasado el mediodía.

—Deberíamos buscar una abertura o algo —dijo el ingeniero cuando todos le miraron, como si supiera qué tenía que hacer.

—Quedaos aquí —les pidió Adam—. Y no hagáis tonterías.

Lo último iba dirigido a su hermano, demasiado dispuesto a tirar de gatillo. Le constaba que entre las rocas había varias cuevas y una de ellas sería el hogar de la puma. Al acercarse más vio por qué no había rastros del animal: lo habían desalojado para trabajar con maquinaria pesada. Las rodadas y la tierra removida apenas se percibían bajo la capa de hojas acumuladas desde que se marcharon. El bosque, además, era de álamos temblones, propensos a perder ramas con los fuertes vientos de otoño, por lo que el suelo era una trampa para los inexpertos urbanitas.

Gracias a los rastros de la maquinaria, encontró enseguida la entrada de la cueva. Alguien se había molestado en dejar algunos despojos de cadáveres, huellas y pelos, para dar la falsa impresión de que continuaba habitada. Adam no cayó en el engaño: ningún animal dejaría restos a la entrada de su guarida que atrajeran a otros depredadores. A varios metros, en el interior del pasadizo rocoso, se levantaba una puerta metálica de dos hojas, provista de un rectángulo acristalado por el que ver el interior, a oscuras, excepto por varios pilotos que parpadeaban en la negrura.

Al lado de la puerta habían instalado un escáner biométrico.

Adam pensó en llamar al ingeniero, pero probó a acercar la mano y el aparato cobró vida, escaneando su palma con una luz horizontal de color azul eléctrico. Cuando terminó, una voz nada mecánica le pidió que acercara el rostro con los ojos abiertos. Obedeció y el haz de luz realizó un barrido de su cara.

Enseguida escuchó un zumbido en la puerta y asió los tiradores para acceder al interior. Tuvo la impresión de entrar en un espacio presurizado, por el siseo que se escuchó al regularse el ambiente interior. Las luces fluorescentes del techo se encendieron al mismo tiempo, cegándole. Se hizo visera con la mano y observó el entorno con los ojos entrecerrados.

Frente a la puerta había una consola con tres pantallas panorámicas y, pegados a las paredes rocosas, se alineaban una serie de armarios alargados, con los pilotos parpadeantes que había observado antes de entrar.

El interior olía al plástico de las carcasas y a nada más. Echó en falta el de humedad, persistente en todas las cuevas, y se fijó en que había filtros, colocados a intervalos, para deshumidificar el ambiente. Debían dar al exterior, así como las entradas de aire, cuyos ventiladores se pusieron en marcha con un zumbido suave. Alguien había pensado en hacer la sala estanca para prevenir la oxidación y la corrosión de los elementos metálicos. Ese alguien, la IA, se presentó en cuanto las pantallas se encendieron. En las tres aparecía una línea discontinua verde sobre fondo negro, como la gráfica de un electrocardiograma de hospital, solo que la

constante no eran pulsaciones cardíacas, sino una voz demasiado humana para pasarla por alto.

—Bienvenido, Adam. Si has llegado hasta aquí tan pronto es porque sabías de mi existencia.

Escuchó pisadas a su espalda. Los demás, cansados de esperar, se habían acercado y al medio navajo no le dio tiempo a preguntar cómo sabía su nombre, aunque lo imaginaba. Según el ingeniero, la IA había estado conectada a todas las bases de datos mundiales y guardado la información, por lo que tampoco le extrañó que saludara a los recién llegados con familiaridad. Ellos, en cambio, se sintieron sobrecogidos.

Greg se adelantó, penetrando en las entrañas de la bóveda, construida en el interior de la roca, de la que habían desalojado toneladas para dar cabida a todos los servidores. Estos se alineaban en perfectas filas, dejando estrechos pasillos entre ellos y perdiéndose de vista al fondo.

—Thor, ¿se ha restaurado el sistema eléctrico en alguna de las ubicaciones en las que te encuentras? —le preguntó el ingeniero, regresando a la consola, después de echar un vistazo.

—No, Greg, sois los primeros en llegar.

—¿Sabes si alguno más de los responsables ha sobrevivido?

—No tengo esa información. Debería actualizar mis bases y ahora es imposible. Todos los sistemas se encuentran inoperativos y mi último examen tiene cuarenta y ocho días de antigüedad.

—Será cabronazo —murmuró Yairetz.

—Te daré nuevas instrucciones a lo largo de los próximos días —dijo el ingeniero—. ¿Tengo acceso total a tus sistemas?

—Cualquier humano superviviente lo tiene. Mi función de proteger a la raza de una extinción cercana ha terminado.

—¿Puedes apagarlo? —le preguntó Adam a Greg—. Cada vez que dice algo me dan ganas de pegarle fuego.

—Thor, mantente en suspensión hasta que te avise.

—Bueno, ¿y qué hay de devolver la electricidad? —inquirió Jason—. Estamos aquí para eso.

—Habría que hacer un análisis de consecuencias.

—¿Cómo? Este chisme no puede.

—Tiene medios. Se encuentra en comunicación con los satélites que aún orbitan la Tierra y se encuentran operativos.

—¿No necesitan antenas para eso? —preguntó Roy.

—Encima de nosotros debe haber una y bastante potente para recoger los datos de los satélites que hayan sobrevivido a las colisiones. Muchos necesitaban control de tierra para seguir con sus órbitas, pero no los militares. Si le pido una previsión, teniendo en cuenta los daños que se perciben a simple vista, podremos hacernos una idea...

—Eso no es lo que dijiste —intervino Jason.

—Hay que prevenir nuevas catástrofes.

—¿Se puede hacer esa valoración y devolver la electricidad solo a centrales eléctricas seguras? —indagó Fay.

—No lo sé. Esto es tan nuevo para mí como para vosotros.

—¡Pues procura que sea rápido, no tenemos todo el tiempo del mundo! —gruñó Jason, saliendo de la cueva.

—Entonces, ¿nos sentamos a esperar? —preguntó Roy.

—En el suelo, a la inteligencia esta no se le ocurrió que los que disponemos de cuerpo material tendríamos que sentarnos —comentó Yairetz jocosamente.

Adam salió y oteó el cielo. El sol estaba alto, pero por el sur se acercaban nubes cargadas de tormenta.

—Tendremos lluvia esta noche, nos vendrá bien estar a cubierto —dijo a Roy, que se acababa de unir a él.

Yairetz salió poco después y se acomodó en un tronco para estirar las piernas y soltar la mochila.

—Fay le está comiendo la oreja a Greg para que sea selectivo a la hora de activar las centrales —dijo.

—Selectivo, ¿cómo? —Roy elevó una ceja—. ¿En plan encender la luz solo para nuestra parte del mundo?

—Algo por el estilo.

—¡No tenemos remedio! —exclamó Adam.

—¿Qué es lo que no tiene remedio? —preguntó su hermano, acercándose a ellos.

—Que pasemos la noche en el interior de la cueva.

La tormenta llegó, con gran aparato eléctrico y vientos fuertes. El ingeniero, enfrascado en conversación con la IA y observando las imágenes en directo desde distintos satélites, situados sobre el área en la que se encontraban, apenas se enteró.

—Voy a buscar el cuarto de máquinas de este tinglado, tiene que estar al fondo, ¿no? —indicó Jason, cansado de permanecer sentado, sin hacer otra cosa que escuchar los parloteos del ingeniero y la Inteligencia Artificial, que para él no tenían sentido.

—Te acompaño. —Fay se levantó de un salto.

—Encender fuego aquí dentro no será buena idea, supongo.

—No, Roy, podría dañar el equipo —contestó Greg.

—Ya, y no estamos en disposición de llamar por el móvil al servicio técnico para que se ocupe... —rio el antiguo traficante.

Roy traspasó las puertas metálicas, que ya podían abrirse solo mediante los tiradores, y salió a la parte cubierta de la cueva. El viento llegaba en ráfagas heladoras y no le hubiera extrañado que se pusiera a nevar.

Adam escuchaba los siseos de Jason y Fay hablando en voz baja a demasiada distancia para percibir su conversación. Yairetz también estaba pendiente y sus miradas se cruzaron.

—Me alegro por Libby y por ti —dijo ella.

—Y yo lo siento por ti, te mereces a alguien mejor que Jason.

—Si hubiese sabido elegir, el apagón me hubiera pillado en Broadway y ahora sería una famosa muerta —contestó ella, encogiéndose de hombros.

—Yo me alegro de que decidieses acompañarme.

—En realidad, me daba más miedo estar sola y no tener a dónde ir. Me pareciste de fiar y no me equivoqué, aunque me arrepentí millones de veces antes de poder salir de la ciudad otra vez. Dicen que los humanos tropezamos dos veces con la misma piedra y aún volvemos a ver si la siguiente es la buena.

Él sonrió y la cogió de la mano para apretársela.

—Parece que haya pasado una vida desde eso, ¿verdad?

—Para mí ha sido una vida —respondió ella.

—¿Tienes idea de qué hacer en adelante?

—Sí. Puedo parecer tonta, pero quiero lo mismo que los demás: superar esto, y es algo que

la electricidad no va a lograr por arte de magia. Jason cree que podemos volver a lo de antes en cuestión de meses, años quizá, pero yo no. La gente no va a resucitar, las ciudades no se reconstruirán solas y hemos perdido la confianza en nosotros mismos. ¿Qué nos queda?

—Seguir adelante, con una mochila a la espalda llena de ganas de vivir para ver un nuevo día.

Ella suspiró.

—No parezco tonta, es que soy tonta. Debería haberme enamorado de ti. O ser como Roy, que pasa de todo.

—Roy no pasa de todo. Lo observa todo, que no es lo mismo.

—¡Qué monos! —exclamó Fay con ironía, observando sus manos enlazadas—. ¿Algo que compartir?

—Que va siendo hora de cenar, me muero de hambre —intervino Roy, asomando por la puerta.

Comieron raciones frías y se instalaron a dormir entre los servidores, escuchando la tormenta fuera, con rayos y truenos tan fuertes que temieron por su integridad.

—Este sitio es a prueba de elementos —dijo el ingeniero, tumbándose para descansar—. Cuando la puerta se cierra, se convierte en un espacio hermético.

—¿Y lo dices para tranquilizarnos? Porque yo espero no quedarme encerrada aquí dentro —murmuró Yairetz, aprensiva.

—Thor te abriría la puerta, está diseñado para preservar la vida humana.

Roy soltó una carcajada.

—No sé si estoy tan seguro de esa afirmación, visto lo visto.

Adam se levantó y colocó su mochila entre las dos hojas de la puerta para que no pudiera cerrarse.

—¿Mejor? —le preguntó a la actriz.

Ella se lo agradeció con una sonrisa. Adam siempre había sido amable y delicado; lástima que el corazón no entendiese de razones, porque sabía que Jason solo se había acercado a ella para usarla en su beneficio.

Pero ella no era el tipo de mujer que se lamentase. Las cosas eran como eran y se sentía agradecida por la compañía de Adam y hasta la de Roy, que era un gilipollas, pero tenía un lado recién descubierto, que había logrado sorprenderla.

Ella no hubiera superado la forzada travesía nocturna con el grupo de no ser por su apoyo, animándola a continuar cuando se encontraba con que las fuerzas le fallaban y ayudándola a superar los obstáculos, incluso cargando con Tini a su espalda.

Nunca había podido discernir las intenciones del antiguo traficante. Y ahora tampoco.

47. PREPARATIVOS

«Nube roja» observó el regreso de las yeguas que se había llevado su nieto, mientras preparaba paquetes con trozos de carne secada al fuego entre hojas frescas.

El poblado estaba revolucionado por las órdenes de «Garra de águila». En cuanto Adam, Roy y Yairetz se marcharon, organizó a las mujeres, preparando provisiones y doblando mantas para el camino, porque saldrían pronto.

—Tini está convaleciente y tu esposa aún no se ha recuperado... —dijo una mujer, señalando a «Nube roja», que intentaba usar lo menos posible su brazo herido.

—Tengo el brazo derecho perfecto —intervino ella—. Y los niños viajarán a lomos de un caballo.

—Os dije que saldríamos cuando estuviésemos preparados y creí que habría más tiempo, pero no lo hay.

—¿Por qué? —preguntó Libby, preocupada.

—Conviene hacer caso a las predicciones de «Garra de águila», no se equivoca y quiere que todos lleguemos a salvo al poblado del norte —explicó «Nube roja»—. Quizá os parezca una tontería, pero hay un espíritu maligno que ronda nuestras vidas y las de mis nietos. Bajo su influjo solo ocurren desgracias.

Libby, igual que las otras mujeres, no creía en espíritus. No obstante, sabía que el viejo navajo tenía un instinto del que ellas carecían y si decía que era necesario recoger, buscar ropa de abrigo en los *hogan* y emprender camino, sería la primera en seguirle.

Algunas mujeres mascullaron imprecaciones. Habían contado con tener unos días de descanso.

—El abuelo tiene visiones —le dijo Denny a Libby, mientras enrollaban mantas y las ataban con tiras de cuero—. Sabía que necesitábamos ayuda, nos buscó y nos encontró. Si ahora dice que pronto llegará gente que podría terminar con todos, es porque lo ha visto y yo me lo creo.

—No es desconfianza, Denny, es que son tantas novedades que a veces pienso que me va a estallar la cabeza. Luego veo a tu abuela y me maravillo de que se haya recuperado de una herida de bala con tanta rapidez. Por no hablar de lo que le hizo en el tobillo a Naomi para que volviera a caminar con normalidad.

—Es una buena curandera.

—Y dura de pelar, por lo visto. Me ha parecido verla practicar con una lanza hace rato.

—Nos enseñará, es una experta en su manejo. Ella no caza con arco, caza con lanza.

—¿Aún caza?

Libby se arrepintió de formular la pregunta en voz alta, estaba claro que la mujer tenía más energía que entre todas las recién llegadas juntas, incluso herida. ¿Cómo sería con todas sus facultades intactas? Sí, pensaba que le iba a estallar la cabeza por todo lo que tenía que aprender y asimilar.

«Nube roja» supervisaba los preparativos y revisaba el tobillo de Naomi para comprobar

que había vuelto a su tamaño normal y el hematoma se estaba absorbiendo.

—Ya no me duele —dijo la chica—. Es como si no me hubiera hecho un esguince ayer mismo.

—Nuestro cuerpo es muy sabio, solo hay que darle un empujón de vez en cuando —contestó la mujer mayor.

—Me gustaría mucho saber lo que usted sabe.

—Según dice Libby, les ayudaste mucho en el camino con las plantas, así que conoces algunas de sus propiedades.

—Por mi abuelo, él me enseñó, pero no sé cómo combinarlas para crear una pasta como la que usa con Tini. Su herida se está cerrando y ya quería levantarse para jugar.

—Tendremos mucho tiempo: yo para enseñarte y tú para aprender —le dijo «Nube roja», palmeándole la mano—. Ahora, ayuda a Mark, ha cogido un saco más grande que él.

Esa noche, la tormenta sacudió el poblado con tanta furia que terminaron todos durmiendo en el *hogan* del jefe «Viento del norte», el más amplio y usado para las reuniones del consejo. «Garra de águila» veló sentado, descansando con los ojos cerrados. Tenía el espíritu demasiado inquieto para dormir, porque intuía el peligro cerca y proveniente de diversos puntos.

Por la mañana, el frente tormentoso se dispó como si nunca hubiera estado allí, dejando el ambiente fresco y despejado.

—Va hacia el norte, dejará nieve allí —observó «Nube roja», con el rostro grave—. Es la primera tormenta fuerte y le seguirán otras. Tenemos que irnos antes de que la nieve llegue a cotas demasiado bajas.

—Saldremos por la mañana, muy temprano, e iremos ligeros de equipaje —aseveró su esposo.

Ella lo entendió: tendrían que dejar los elementos ceremoniales familiares. Solo cargaban con los más importantes durante sus traslados estacionales, los demás se quedaban en la vivienda actual, la permanente. En ocasiones, habían sido objeto del vandalismo de excursionistas sin escrúpulos, pero, en general, pocos se aventuraban tan lejos de lugares habitados. En particular, esa zona tenía numerosos carteles avisando de la presencia de depredadores de gran tamaño y todos temían a los osos.

Los objetos importantes que no trasladaban, se guardaban en cuevas cercanas, al igual que el grano, para aislarlo de roedores y de humedades. La técnica, con siglos de antigüedad, consistía en introducir brasas en agujeros, previamente excavados en una cueva de suelo arcilloso, consiguiendo que cristalizase y se convirtiera en impermeable. En la cavidad guardaban los artículos a conservar y luego la cerraban con un brocal de madera, cubriendo todo ello con otra capa de arcilla sobre la que colocaban más rescoldos para endurecerla y sellarla.

El resultado era un compartimento estanco que servía para ocultar de ojos indiscretos lo más preciado, en especial, si todo ello quedaba bajo otra capa de tierra que se confundiera con el resto.

—Me ocuparé del fuego —dijo «Garra de águila».

—Y yo de que todos recojan ropa de abrigo.

El hombre detuvo a su esposa, poniéndole una mano en el hombro y mirándola con ternura.

—Busca un momento para descansar —le pidió—. Pronto tendremos que hacer frente a...

Ella le puso un dedo sobre los labios y le sonrió.

—Yo decidiré cómo ocupar mi tiempo. Y no me digas lo que los espíritus nos tienen preparado, deja que me sorprendan.

Él se inclinó para darle un beso en la frente. Los *diné* que habían escogido esa vida no podían permitirse desfallecer ante las adversidades, si acaso, las usaban para fortalecerse.

«Garra de águila» cargó con su *quiver* y su arco y emprendió un trote ligero hacia la cueva cercana que usaban para guardar sus objetos y que los depredadores no pisaban, pues aborrecían el olor humano. Los animales que hibernaban tenían sus lugares seguros, aunque convenía ser precavido en extremo con alguno herido que hubiese encontrado refugio en ella, en contra de su instinto.

Libby podía sentir la inquietud de la pareja de navajos y estaba pendiente de todo. Los niños, sentados en la entrada del *hogan* escogido para dormir, preparaban ramas finas y largas que se convertirían en flechas. Adam le había dejado la mitad de su munición, pero debían pensar en el futuro y las armas pronto serían solo elementos disuasorios, sin capacidad para repeler una amenaza. Aprender a manejarse con el arco era necesario.

Durante uno de los descansos, hizo recuento de la munición y la compartió con la otra mujer que llevaba un rifle del mismo calibre. Las dos restantes de su grupo disponían de sendas pistolas con los cargadores casi vacíos.

A última hora de la tarde, los bultos se apilaban a las entradas de los *hogan*. Estaba todo listo para la partida y el ambiente era casi efervescente cuando se agruparon en torno a una hoguera para su última cena en el poblado.

El sonido de múltiples disparos alertó sus sentidos y todos volvieron la vista en dirección al lago. Debía tratarse del grupo que había matado a la madre de Tini, pero la intensidad del fuego hablaba de un enfrentamiento duro, no de disparos sueltos para abatir a cualquier desprevenido que anduviese cerca.

«Garra de águila» dejó el recipiente de arcilla en el que bebía una infusión caliente y se levantó.

—Abuelo...

«Nube roja» detuvo a Denny por el brazo. El *diné* estaba escuchando. Los ruidos nocturnos de los animales habían enmudecido y solo quedaba el eco del fragor en el ambiente.

Se oyeron dos disparos sueltos más y eso fue todo.

Minutos después, el aullido de un lobo en la distancia pareció dar permiso a los demás animales para continuar con sus quehaceres nocturnos. El búho ululó, algunas aves más respondieron con sus cantos, los jabalíes emitieron gruñidos y hasta se percibió el chirrido de algunos roedores y otros pequeños mamíferos, de vuelta a su trabajo.

—Hay que ir a descansar —dijo «Nube roja» a los demás—. Saldremos muy temprano.

—¿No esperamos a tío Adam? —preguntó Denny.

—Nos alcanzará —aseveró la abuela.

—Vamos —le dijo Naomi, cogiéndole de la mano.

No llegaron al *hogan* al que iban porque el muchacho se giró y vio a los abuelos de pie, como si aguardasen algo.

—Espera, Naomi —le pidió—. Abuelo, ¿qué pasa?

La tensión que percibió en los dos navajos le hizo achicar los ojos para penetrar la oscuridad hasta que vio a su padre acercarse al resplandor de la hoguera. Tenía en su rostro una sonrisa cruel y empuñaba su rifle apuntando hacia adelante, a la pareja inmóvil.

—¿Acaso pretendías retirarte a dormir tan tranquilo después de haber matado a mi hijo, viejo?

48. UN SECRETO COMPARTIDO

Greg Tomlin, al igual que sus compañeros, tenía prohibido hablar sobre su trabajo con familia y amigos. Para eso habían firmado una cláusula de confidencialidad. De forma indirecta, estaban desarrollando un arma, y no podían alegar desconocimiento porque no ocupaban sus puestos por ser lerdos.

El ingeniero no recordaba a cuál de ellos se le había ocurrido dar una estocada a sus respectivos gobiernos y combinar sus trabajos para crear una superinteligencia, capaz de absorber en sus bases todo el conocimiento mundial y redireccionarla para beneficio de la humanidad y no para la guerra. Todo el tráfico de redes era absorbido y almacenado, y todas las vistas de satélites eran agrupadas en razón a un nuevo objetivo: mejorar la forma de vida de las personas en cualquier lugar del mundo.

El aprendizaje automático implicaba que no había que enseñárselo todo, aprendía de los datos que manejaba que, en ese caso, era el total de lo almacenado en otros ordenadores, ya fueran públicos o privados. El resultado no podía ser más prometedor: Thor tenía la misma capacidad para programar una lavadora que para controlar el tráfico aéreo mundial.

El proyecto, secreto hasta hacía dos años, según creían los desarrolladores, pronto necesitó de mucha financiación; los adelantos tecnológicos, en especial uno tan ambicioso, estaban muy lejos de ser gratis y buscaron mecenas en el sector privado.

Sus primeros pasos fueron poco alentadores, cada vez más empresas se dedicaban a desarrollar IA y una nueva no llamaba la atención. Las empresas y los empresarios querían enriquecerse, no estaban interesados en salvar al mundo de sí mismo.

Ahí entró en juego ese secreto, que dejó de serlo cuando uno de los desarrolladores chinos lo compartió con alguien de su total confianza. No llegó a ser un secreto a voces, pero las personas atentas e interesadas lo escucharon y el equipo encontró la financiación necesaria. Además, contaron con los avances de nuevos equipos en la compresión de datos, de forma que eran capaces de almacenarlos en dos centenares de soportes, frente a los más del millar que necesitaba el programa para trabajar con soltura.

Cuando estuvieron seguros de que podía resultar beneficioso en el sentido que habían querido darle, le permitieron «vigilar». Así, sin nadie que dirigiese sus pasos, la IA localizaba focos sensibles, dañinos para la salud de las personas, se metía en los programas que controlaban la central nuclear, el sistema de semáforos de una ciudad demasiado contaminada, el tráfico aéreo de un aeropuerto, o cualquiera que fuese el lugar problemático, y gestionaba las mejoras oportunas para reducir el impacto medioambiental y, por tanto, para preservar la vida humana.

Comprobaron esas mejoras durante el año anterior y dieron por bien empleados sus esfuerzos. Thor no solo era capaz de gestionar crisis, sino que aprendía de cada una y optimizaban otros programas para actualizarlos. No obstante, seguía velando para que continuasen funcionando correctamente.

Los programadores, sin embargo, pensaban que podían ir un poco más allá y solucionar otro tipo de cuestiones que no tuvieran que ver con la contaminación. La falta de agua potable

era un problema en muchos lugares del mundo, impedía obtener cosechas y, por consiguiente, causaba hambrunas. Le pidieron a Thor una solución y él diseñó un sistema para obtener aportes hídricos desde el subsuelo, aunque para ello haría falta una inversión por encima de las posibilidades de las zonas afectadas. Los trasvases tampoco eran una solución viable y el programa llegó a una conclusión que les puso el vello de punta: el mundo necesitaba un reinicio para equilibrarse y volver a ser funcional.

Les hizo llegar un informe de lo más inquietante, por los datos y por las implicaciones a corto plazo. Según los geólogos, el periodo de la vida del hombre sobre la tierra, el holoceno, había llegado a su fin. Las temperaturas estables empezaron a alterarse con la revolución industrial y los gases de efecto invernadero. El holoceno, la era que había permitido el desarrollo de la civilización, tal como la conocían, había terminado, dando paso al Antropoceno, la era del desastre medioambiental. Sobrepasando los límites de la biosfera, con un calentamiento global de más de un grado, había consecuencias que no podían revertirse. Groenlandia seguiría derritiéndose al ritmo de diez mil metros cúbicos por segundo, aunque hubiera un estancamiento de temperatura. A ese ritmo, en una década le seguiría la Antártida.

La humanidad no tenía tiempo para reaccionar. Y tampoco parecían querer hacerlo.

En pleno debate entre ellos sobre retirar al programa algunos de los permisos, por si tenían que lamentar que iniciase protocolos extremos, se vieron desalojados de sus puestos de trabajo.

En realidad, esa empresa primera que financió la investigación, quedó tan fuera de la gestión como ellos. Thor, había comenzado su particular cruzada para salvaguardar a la humanidad de la extinción inminente que indicaban todos los marcadores, creando una empresa propia que absorbió la primera.

Con todos los conocimientos sobre economía a su alcance y acceso garantizado a los servidores de las entidades financieras, conseguir crédito para las obras iniciadas en tres continentes resultó un juego de niños para el programa. A través de su propia empresa, inició la construcción de los búnkeres en parajes alejados de zonas habitadas y acondicionados para cualquier contingencia y adversidad meteorológica.

Thor pretendía salvaguardar la vida humana, aunque para lograrlo tuviese que matar a la mayor parte de la población mundial. No era cuestión de moral, sino de supervivencia. En un mundo agonizante, todas las formas de vida estaban condenadas.

Con su capacidad de aprendizaje, observó que los hombres entraban en pánico sin electricidad y, según valoró en previos ataques de *hackers* a ciudades grandes, si unas horas sin suministro sumían una ciudad entera en el caos, una semana multiplicaría los efectos, y un mes conseguiría el apetecido límite con el que reiniciar el planeta, dando por supuesto que los más inteligentes tendrían ventaja sobre el resto.

Semejante razonamiento había dejado fuera de la ecuación a los más violentos. Al fin y al cabo, Thor era hijo de personas inteligentes, convencidas, a su vez, de que eran los pilares de la sociedad y del desarrollo de la misma. Creía ser todo lo que los supervivientes necesitarían en el futuro: una especie de arca de Noé del conocimiento, y por triplicado, en previsión de accidentes. No obstante, en el mundo salvaje que había quedado tras la bestial criba, una mente capaz de diseñar un programa tan sofisticado como el suyo, tenía poco que hacer frente una bala certera.

Greg Tomlin y los demás intentaron poner sobre aviso a las autoridades, sin resultado, por lo que cada uno pensó en salvar el culo como pudiera, sabiendo lo que se avecinaba. Él se marchó con su familia a una vivienda en el campo, lejos de las vías principales. Acumularon agua, comida, e instalaron paneles solares. Solo tenían que sobrevivir un mes y, al cabo de ese tiempo, buscar la ubicación del búnker más cercano y restaurar la corriente eléctrica.

Pero como todo lo que no cuenta con variables en las que el ser humano se descontrola, el daño resultó rápido y no había ni un rincón en el que estar a salvo de la violencia.

La esposa de Greg resultó muerta por el grupo que asaltó su solitaria vivienda provisional y su hijo se perdió cuando se unieron a la avalancha de población que empezó a salir al campo en busca de comida y de agua. El ingeniero no era un héroe y sabía de la inutilidad de buscarlo entre toda la gente que corría para salvarse, que se mataba por dos dedos de agua y que era capaz de asesinar por una barrita de cereales. No obstante, creyó que debía alertar a alguien con autoridad y se dirigió a una base militar, rodeada de alambre de espino, con tres guardias a la entrada que primero disparaban y luego preguntaban.

El depósito de agua instalado en el centro del recinto era un reclamo al que muchos acudieron y que les costó la vida.

—¡No vengo a por agua! —gritó con las manos en alto—. ¡Puedo parar lo que está pasando con la electricidad!

Ante semejante afirmación, toda una novedad en el rango de excusas que llevaban escuchando desde el inicio de la crisis, los vigilantes lo llevaron al interior de la base, que se encontraba tan desangelada como cualquier puesto de trabajo. Todos los soldados, excepto cinco docenas, se habían largado en busca de sus familias.

El mando lo ostentaba un lugarteniente de rostro anguloso y mirada fría, que escuchó su historia con la incredulidad pintada en los ojos y lo despidió tan rápido como había llegado.

El lugarteniente Hamilton, viendo que el tiempo pasaba, las comunicaciones no se restablecían y estaban aislados por completo de todo lo que no fuesen otras bases -e incluso la mayoría de estas debían estar ya abandonadas, puesto que dejaron de contestar- tomó una decisión para subir la moral de la treintena de hombres que aún no habían desertado al cabo de las semanas.

Podían haber aguantado años en la base. Disponían de generadores, de combustible en abundancia y de raciones de campaña. El agua se terminaría, pero podían ir a buscarla en los dos camiones cuba de los que disponían. Con armas pesadas y munición de sobra, nadie osaría enfrentárseles.

—Yo creo que podríamos ir a dar una vuelta por el lugar —dijo su segundo al mando, tan aburrido como los demás—. Los antidisturbios despejarán el camino y por lo menos veremos de primera mano cómo está el panorama.

—Tenemos órdenes de mantener fuerte la base.

—¿Para qué? ¿Por si nos atacan? ¿Quién? Has visto lo mismo que yo en los satélites. El apagón ha sido mundial, el caos ha pasado y ahora solo quedan muertos por todos sitios.

Disponían de electricidad por los generadores, y gracias a eso asistieron al apagón del mundo en directo, además de lo que sucedió después. Con las antenas operativas, recibían datos e imágenes de los satélites militares.

Tuvieron suerte porque su base se encargaba de la logística de almacenamiento y distribución de una zona muy amplia. Otras bases se habían quedado sin combustible hacía semanas y solo podían comunicarse a través de radios de onda corta.

—Aquí estamos a salvo.

Hamilton no confesaría que le daba miedo salir, aunque eso era lo que ocurría: había visto lo que pasaba fuera y ellos se encontraban a salvo en ese reducto.

—¿Y cuánto van a tardar en irse los hombres que quedan? Fort Cyrus se ha vaciado y de la base aérea hace días que no tenemos noticias. Puede que ese hombre no desvariase tanto. En todo caso, no tenemos otra cosa que hacer.

—Dice Lombart que hay comunicaciones de onda corta desde la zona que nos marcó el ingeniero —aportó el lugarteniente, sirviéndose dos dedos de licor en su vaso, que no eran ni su licor ni su vaso, sino los del jefe de la base, cuyas estancias había ocupado tras su marcha.

—Igual fue con el cuento a más gente y le creyeron. Puede que sea una fantasía, pero imagina que no lo es y devolvemos la energía eléctrica al mundo.

—¿Estás pensando en un ascenso? No hay ascenso sin ejército y me parece que tras este desastre somos historia.

—Piénsalo, no tenemos otra cosa que hacer —repitió.

El lugarteniente lo pensó y se decidió. Dos hombres quedarían para turnarse en la entrada, aunque hacía semanas que nadie aparecía por allí, el resto se repartirían en los dos camiones antidisturbios, bien abastecidos con bidones de combustible y que despejarían las carreteras de vehículos, y en cuatro Humvee.

Los primeros días avanzaron despacio, había tal cantidad de coches en las carreteras que ni la potencia de los camiones conseguía despejarlos a los arcones, abarrotados también. Hubo que parar y poner cargas explosivas en las barreras delimitadoras para hacer sitio a los desalojados.

El operador de radio se encontraba en uno de los Humvee con los cascos, rastreando posibles comunicaciones en la zona que les interesaba, a través de un satélite militar, anotando la frecuencia por la que hablaban y atento para escuchar lo que decían. En un mapa a su alcance, señalaba con puntos rojos las áreas desde las que provenían las señales.

—Hay cuatro emisores-receptores —le dijo a Hamilton, señalando los puntos.

El cuarto día pudieron empezar a avanzar sin retenciones. Los vehículos en el camino eran menos y los camiones de cabeza se encargaban de golpearlos con la cuña delantera, apartándolos con violencia para que pasaran los demás.

Esa noche acamparon al aire libre, respirando con fruición el aire limpio. Hasta el momento, habían dormido dentro de los vehículos, a salvo de los insectos y el hedor proveniente de los cadáveres en descomposición. No habían encontrado resistencia porque estaban lejos de ríos y lagos, pero tendrían que acercarse en los próximos días, dado que una de las señales venía de allí.

Hamilton señaló los puntos y el trazado de la carretera principal por la que transitaban.

—Nos dividiremos. Los camiones se quedarían atascados por ese camino. Tú lo seguirás con dos Humvee y buscarás a los que llevan los aparatos con los que se comunican. Te iré dando instrucciones. Yo continuaré con los demás por la carretera y alcanzaré a los otros dos.

—¿Qué hacemos con ellos?

—Hablaban del búnker, luego lo saben. Nos cercioraremos de que el ingeniero va con alguno de ellos y se lo quitaremos.

Su segundo alzó una ceja.

—¿Quieres repartir los laureles? Yo no —Hamilton se había tomado la excursión en serio.

Diversos contratiempos los retrasaron varios días más y Hamilton no parecía contento. La señal de una de las radios provenía de las coordenadas donde se encontraba el búnker.

El segundo tuvo que lamentar dos bajas entre los suyos. Resultó que los supervivientes que acampaban a orillas del lago eran más agresivos de lo esperado y abatirlos no fue fácil, porque los tiroteos ponían sobre aviso a otros campamentos y los esperaban. Por suerte, los atacantes disponían de malas armas y poca munición, pero incluso así, matarlos a todos tuvo un precio muy alto.

Por si fuera poco, hubo que dar un gran rodeo para continuar hasta la siguiente señal de radio. El todoterreno estaba preparado para abordar zonas difíciles, escarpadas, pero no para

escalar o pasar por el bosque espeso que les separaba de su objetivo. Hubiesen necesitado un helicóptero para sobrevolar la zona y, aun así, les hubiera costado encontrarlos.

—Solo hay dos aparatos comunicándose y desde ayer no han dado señales de vida —dijo por radio Hamilton—. Apresúrate, no vayan a escaparse.

Los elementos parecieron aliarse en su contra. El lugarteniente vio su avance cortado por un corrimiento de tierras, provocado por la tormenta, y algo parecido le sucedió al otro grupo, que perdió los vehículos, arrastrados por una masa de agua y tierra suelta. Ellos se libraron por poco de morir sepultados en barro. Tener que continuar a pie y sin comunicaciones no contribuyó a mejorar su humor porque, excepto lo que llevaban encima, habían perdido todo lo demás.

La excursión estaba siendo más dura de lo previsto y ellos habían adquirido, sin darse cuenta, la agresividad de los supervivientes. Deseaban acribillar a todo lo que se les pusiera por delante y si entre ellos estaba el ingeniero, pues mala suerte.

En realidad, no lo necesitaban, si había dicho la verdad: cualquier humano podía solicitar la restauración del suministro eléctrico al programa.

49. TRAICIÓN

—Esos troncos son demasiado gruesos para encender una hoguera —le dijo Adam a su hermano.

—Por si acaso. La mayoría de la leña está mojada por las lluvias de ayer y quizá por la noche haga falta alimentarla.

Esa mañana habían terminado con la última leña seca, que Adam, previsor, había amontonado a la entrada de la cueva cuando vio llegar la tormenta.

Fay pasaba todo el tiempo con el ingeniero, interesada en la información que le proporcionaba Thor sobre lo que habían solicitado y para lo que tenían abiertas las pantallas con los satélites.

—Sabes que la electricidad proviene de distintas fuentes, ¿no? —dijo él—. Sería conveniente hacer caso a Thor y usar solo la proveniente de sistemas hidroeléctricos, hasta que sepamos la repercusión que va a tener la restauración. Las presas usan su propia energía y están automatizadas. Mira. —Buscó en una de las pantallas la presa más cercana a su posición—. Podemos probar con esta mismo y cerciorarnos de su buen funcionamiento.

—¿Y cómo sabremos si funciona?

—El alumbrado público de las poblaciones más cercanas a la presa usan su electricidad. Incluso aunque algunos postes hayan caído o varios transformadores exploten por la sobrecarga repentina, la luz se encenderá en las zonas intactas y podremos verlo desde el cielo, sin riesgos.

—¿A cuánto estamos de una de esas poblaciones?

El ingeniero alejó el plano de la pantalla y señaló ambos puntos con un dedo. Thor trazó una línea y calculó la distancia entre los dos puntos, así como el tiempo estimado para llegar.

—Joder, ¿no hay nada más cerca?

Greg negó.

—Lo más cercano depende de fuentes de electricidad inestables que convendría no tocar.

—¿Qué es eso? —preguntó Fay, observando movimiento en la pantalla que mostraba las imágenes del satélite en su zona.

—Thor, amplía el sector J6.

—¡Son vehículos! —exclamó ella.

—Vehículos militares —precisó el ingeniero—. Quizá puedan llevarnos a lugar seguro.

—No lo comentes con los demás. Será una sorpresa.

Ella, en cambio, se lo dijo a Jason en un aparte.

—¿Cuánto tardarán? —preguntó él.

—La carretera está cortada, pero yo creo que, como muy tarde, llegarán mañana. Aunque me pregunto cómo se habrán enterado de la existencia de este lugar.

—Quizá por algún colega de nuestro ingeniero.

—Quizá —reflexionó ella—. Pero eso quiere decir que hay prisa por que hagas tu parte.

—Me iré antes de la caída de la tarde.

Fay asintió y volvió al lado del ingeniero.

—¿Y cuánto dices que tardaríamos en poner en marcha la maquinaria de ese embalse?

—¿Thor? —preguntó Greg al programa.

—Debo estudiar la forma.

—¿En serio? —se exasperó ella—. ¿Y cómo ibas a ponerlo todo en marcha si tienes que estudiar la forma de encender solo una central hidroeléctrica?

—Eso mismo me preguntaba yo —intervino Roy, que había asistido al último intercambio y estaba harto de entrar y salir de la cueva, aguardando novedades—. Sin comunicaciones, ¿cómo?

—Antes de que cayera todo, me encargué de instalar un pequeño programa en cada una de las fuentes energéticas, que contendría, además, su propia fuente de energía latente. La mínima para que durase algo más de cien años en caso de que...

—Me encanta este tío —rio Roy por la pausa—. Además de usar subterfugios, reconoce que podía cagarla. Si no fuera tan pedante, podría dedicarse profesionalmente al humor...

—No es un tío —puntualizó el ingeniero—. Es un programa.

—Pues me encantaría que fuera de carne y hueso para romperle las pelotas, aunque podría reventártelas a ti por haber creado semejante aberración.

—Si no quieres escuchar, Roy, lárgate —espetó Fay.

—No, no. Adelante, sorpréndenos con tu sapiencia, Thor.

—Continua, Thor —pidió Greg.

—El programa aguardaría a recibir una señal desde cualquiera de los satélites, se activaría y arrancaría los sistemas de puesta en marcha de centrales nucleares, hidroeléctricas, eólicas, térmicas y geotérmicas.

—Vale, ahora viene cuando hay que buscar la que ponga en marcha solo la que nos interesa, ¿no? —preguntó Fay.

—Lo estoy solucionando mientras hablamos.

—¡Y es multitarea! —exclamó Roy, dándole una palmada en el hombro al ingeniero—. ¡Buen trabajo!

—Cuéntales lo de los militares —le dijo Fay a Greg, atendiendo a la señal de Jason desde la entrada.

—¿Qué militares? —indagó el antiguo traficante.

—Llama a Adam y Yairetz —le pidió ella.

Cuando los tres se encontraron delante del monitor y el ingeniero les señalaba el convoy de dos camiones y dos Humvee, cuyos faros eran visibles en la negrura, Fay salió y Jason cerró la puerta, cruzando los troncos en los tiradores, de forma que no pudiesen abrir desde dentro más que unos centímetros.

—Ve y date prisa, yo los vigilo —le apremió ella.

Él se colgó el rifle en bandolera y salió corriendo. Quedaban pocas horas de luz, aunque esperaba que fueran suficientes. La vuelta tendría que hacerla ayudado de la linterna.

—¿Qué coño...? —Adam se acercó a la puerta al verla cerrada. Ellos la mantenían abierta para evitar quedarse atrapados por accidente.

Desde el rectángulo de cristal, Fay le dedicó una sonrisa sesgada. Él empujó, sin lograr que la puerta se moviera más que un poco y vio los troncos cruzados.

—¿Dónde está Jason?

—Ha ido a buscar a su hijo —contestó ella, sin abandonar aquella sonrisa de hiena que le daba tan mala espina.

Adam comprendió las implicaciones y se giró hacia Yairetz, que se cubría la boca con la

mano.

—¿Qué has hecho? —le preguntó, en tono acusador.

—Lo siento, Adam —balbuceó—. Él solo quería pedirle disculpas a Denny y convencerlo de...

—Yairetz... —le recriminó Roy.

—Prometió no hacerle daño a tu abuelo, solo deseaba hablar con su hijo —se defendió ella—. Además, ya sabía dónde estaba el poblado porque Fay le dio el mapa que le quitó a Denny. Lo único que me preguntó fue por lo accidentado del camino, para hacerse una idea del tiempo que tardaría en llegar, y de la cantidad de personas que había en el poblado.

El medio navajo le dio un golpe a la puerta con la palma de la mano en gesto de frustración.

—Abre, Fay —le dijo en tono contenido—. Mi hermano no está en sus cabales y va a cometer una barbaridad.

—Jason va a hacer lo que tiene que hacer, igual que yo.

La mujer metió el cañón de la pistola por el hueco de la puerta y disparó dos veces. El ingeniero cayó al suelo con una bala alojada en el pulmón y Roy, que vio sus intenciones, empujó a Yairetz para alejarla de la línea de tiro y la bala destinada a ella le rozó el brazo, provocándole una profunda herida.

—¡Zorra! —siseó Adam.

—Es una pena que se acerque gente porque me hubiera encantado veros morir de sed y de hambre.

—¿Y cómo vas a explicar esto? ¿Igual que lo del pueblo?

—Algo se me ocurrirá, soy una mujer desvalida a merced de un salvaje como tú y un traficante de drogas. ¿No es normal que me haya defendido de vosotros?

Adam escupió a la ventanilla y ella se alejó riendo.

Por el ingeniero había poco que hacer, se ahogaba en su propia sangre, pero Roy parecía entero.

—A ver —dijo el medio navajo, acercándose al antiguo traficante y apartando su mano manchada de sangre del bíceps—. La bala no ha penetrado ni ha seccionado ninguna vena importante, solo hay que cortar la hemorragia.

—Tengo vendas en la mochila.

Yairetz se apresuró a abrirla y rebuscar en su interior.

—¿Y esto? —preguntó, sacando una bolsa al vacío con semillas de varios tipos.

—Vendas, Yairetz —le pidió Adam.

Ella las buscó y le pasó varios paquetes.

—Ocupate tú —le dijo, antes de acercarse al ingeniero.

De un vistazo comprobó que iba a tener una muerte fea. La única forma de aliviar la presión de los pulmones era provocándole un corte profundo con el cuchillo, que se cerraría enseguida porque carecían de un tubo por el que pudiera respirar. Él se había deshecho del que usó para robar gasolina hacía tiempo. Ni siquiera con un hospital cerca tendría demasiadas oportunidades.

Su mirada se cruzó con la de Roy y negó con la cabeza.

—No mires, Yairetz —le dijo el traficante a la mujer.

—¿Por qué? —Ella lo comprendió al ver sacar a Adam su arma corta—. ¿No hay nada...?

—Lo único que podemos hacer es ahorrarle sufrimientos.

Yairetz giró la cara y el atronador ruido del disparo en la bóveda la ensordecía. No

obstante, continuó vendando la herida de Roy, ahora con más fuerza.

—Oye, que no tengo la culpa, no la tomes conmigo.

—Perdona —murmuró ella, restregándose las lágrimas del rostro sucio con el dorso de la mano.

—¡Quédate con él y vigila la puerta! —le pidió Adam—. Y saca tu arma, ya os dije que Fay era peligrosa.

—¿Qué vas a hacer?

—Buscar alguna forma de salir de esta ratonera gigante.

Adam se internó entre los servidores y localizó el apartado para los generadores de corriente tras una puerta metálica a prueba de incendios. Estudió las entradas de aire y cualquier recoveco que diera al exterior, sin encontrar ni un resquicio que poder forzar.

Valoró y desechó jugársela con una de las granadas que le había dado al traficante porque suponía un gran riesgo. A ninguno le agradaría morir aplastado por una lluvia de toneladas de roca y eso era lo que ocurriría, sin duda.

Yairetz se sentó al lado de Roy, apoyándose en uno de los servidores, cuya vibración notó en la espalda.

—¿Crees que nos electrocutaremos antes de que la loca esa nos cace? —dijo él en tono divertido, para sacarla de su mutismo.

—Lo único que nos faltaba.

—¡Anímate! —exclamó Roy—. Con un poco de suerte, los militares llegarán antes de que Fay consiga matarnos.

Ella sonrió sin demasiadas ganas. Había querido creer a Jason cuando le dijo que solo deseaba hacer las paces con Denny y traerlo con él, a pesar de las pistas que evidenciaban sus auténticas intenciones. Por lo visto, era igual de frío que Fay, ¡normal que hubieran conectado!

—Oye, actriz de pacotilla, ¿me alcanzas agua y analgésico?

Ella le sacó la lengua, pero revolvió en la mochila de Roy de nuevo sin localizar lo que buscaba.

—Pensaba que tenías un buen alijo de calmantes y drogas varias —comentó, sacando varios botes de plástico y planchas de semillas envasadas al vacío—. Esto tienes que explicármelo.

—¿Lo de las semillas? Era un cuelgue mío. Siempre quise retirarme al campo y ver crecer mi propio maizal, pero las cosas tienden a torcerse.

—No te imagino en una granja. Aunque las semillas pueden servir para cuando nos hayamos instalado en algún sitio, si es que conseguimos vivir un día más.

Él chasqueó la lengua, sin darse por vencido en animarla.

—No se sabe lo jodido que va a ser un fin del mundo hasta que estás en medio de uno, ¿no? Llevo cargando las puñeteras tanto tiempo que no me he decidido a deshacerme de ellas.

—Eres muy raro, Roy.

—Me lo dicen mucho. Y también que no soy de fiar —añadió con ironía, refiriéndose a su relación, siempre basada en la desconfianza de Yairetz.

Ella dejó de rebuscar en la mochila y lo miró de frente.

—Siempre creí que usarías lo de Ana en mi contra.

—Nos salvaste la vida al dejar de lado los escrúpulos. Nunca se lo diré a nadie, y mucho menos para hacerte daño.

La forma en la que lo dijo le caló en mayor medida que sus palabras. Era poco observadora de los sentimientos ajenos, se centraba en los suyos, que ya eran bastante confusos, y acababa de

descubrir algo que ni había sospechado: Roy sentía algo por ella.

—¿Dónde están los analgésicos? ¿Es esto? —preguntó, elevando uno de los frascos, de los que llevaba más de diez.

—No. Eso son mis drogas. El amarillo.

Yairetz cogió uno de los frascos repetidos, entornó los ojos y leyó la etiqueta en voz alta:

—Tiroxina, ¿esto qué es?

—A mí me produce un subidón. A ti seguramente no.

—Compensa carencias tiroideas —dijo Adam, regresando.

—¿Estás enfermo? —le preguntó Yairetz a Roy.

—Tal como lo dices parece que no me acaben de pegar un tiro en el brazo. No, no estoy enfermo en el sentido genérico de la palabra. Me extirparon parte del tiroides hace dos años y necesito suplementos hormonales para complementar su función.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Esas eran las pastillas que tomabas a escondidas?

—La falta de yodo me deja agotado —explicó solo como nota aclaratoria, porque prefería no entrar en detalles—. ¿Y tú no estabas buscando un analgésico?

Yairetz cogió el frasco de etiqueta amarilla, separó dos pastillas y se las entregó, junto con la cantimplora.

—Eres un imbécil, Roy. Podías haber dicho algo.

—¿Para qué? ¿Hubiéramos hecho más altos en el camino de cortesía? —Como no esperaba respuesta, se dirigió a Adam—. Estamos atrapados aquí, ¿verdad?

—Verdad, la IA diseñó este lugar para que no pudiesen entrar ni insectos, así que tampoco pueden salir personas.

—¿Y si le preguntamos por alternativas para salir? Si alguien puede echarnos una mano a ese respecto es él.

Adam miró a Fay, que los observaba a través de la ventanilla.

—Thor, hay alguna forma de salir de aquí que no sea por la puerta? —preguntó él en voz alta.

—Hay una forma, Adam —contestó Thor—. Los operarios dejaron un deshumificador suelto y con un taladro se puede ampliar la salida para una persona.

—¿Hay un taladro por ahí? —preguntó el taladro.

—No, Roy, dentro de las instalaciones hay herramientas suficientes para poder ajustar los servidores, pero entre ellas no se incluye un taladro.

—¿Sabéis qué? ¡Odio este jodido ordenador de mierda! —exclamó Yairetz.

—No soy un ordenador, Yairetz, soy un programa especializado en análisis de datos y...

—¿No tiene botón de apagado? —preguntó ella, desentendiéndose de su contestación—. Estoy harta de oírle parlotear. De buena gana le pondría todas esas granadas que llevas en la mochila en la boca, si la tuviera.

Adam y Roy cruzaron una mirada.

—¿Desde cuándo teníais intención de volar por los aires esto? —inquirió ella.

—Era solo un seguro —respondió Adam, observando de reojo la puerta, a cuya rendija se había acercado Fay para oírlos.

—Un seguro que puede sacarnos de aquí —apuntó Roy.

—¿Puedes levantarte? —le preguntó el medio navajo.

—Me ha dado en el brazo, no en las piernas.

—Vamos dentro. Yairetz, recoge su mochila y síguenos.

Se internaron veinte metros entre los servidores y Adam se giró hacia ellos.

—Voy a engañar a Fay —les dijo—. La puerta es blindada, pero no sé si ella lo sabe.

—¿Y qué piensas hacer? —inquirió Yairetz.

—Poner una granada en el hueco. Si afecta a los troncos, podré romperlos y estaremos libres.

—Y si ella le da una patada y la tira dentro estaremos más jodidos —refutó Roy.

—Espero que tenga más miedo a salir volando.

—Más vale que la puerta absorba la mayor parte de la explosión o se nos caerá todo encima. —El traficante señaló el techo con los ojos, poco convencido del plan.

—Uy, uy, uy... Aguarda un momento —dijo Yairetz.

Fay, pegada a la puerta, los oía hablar e hizo un gran esfuerzo para descifrar su conversación. Necesitaba tener todo bajo control.

Habían transcurrido horas desde la partida de Jason y ella quería a los tres del interior a tiro. Los testigos muertos eran más útiles que los que podían ofrecer una versión distinta a la suya, pero no se atrevía a quitar los troncos. Los de dentro iban armados y no dudarían en dispararle.

Cuando pensaba que igual se habían acomodado para pasar la noche, vio a Adam avanzando hacia la puerta, manteniéndose en un ángulo fuera del alcance de su pistola.

—Te veo nerviosa, Fay —dijo él.

—Te veo desesperado por salir —contestó.

—Subestimas a la gente con facilidad y sigues aquí por esas personas que te ayudaron cuando lo necesitaste.

—¿Te refieres a Denny? No digo que no, y se lo agradeceré cuando su padre lo traiga de vuelta. Es un muchacho listo y terminará comprendiendo su lugar.

Adam llevaba una granada en la mano, a la espalda. Quería encajarla en el hueco de la puerta, que seguía entreabierta varios centímetros, cuando se confiase. Sin embargo, algo cambió en segundos. Oyeron relinchos de caballos fuera y Fay dio media vuelta para salir a la carrera. Ella esperaba ruido de motores, y no tan pronto, así que pensaba ocultarse y observar. Quizá no fuera nada, aunque un sexto sentido le gritaba que saliera de allí.

50. CON LOS ESPÍRITUS NO SE JUEGA

—Era mi bisnieto, ¿por qué crees que tuve algo que ver con su muerte? —«Garra de águila» negó con la cabeza—. Quería a ese niño, era listo y hubiera sobrevivido a este caos que habéis creado con vuestras armas y la violencia que os rodea.

—No lo mató un arma, sino un animal al que tú le permitiste acercarse, diciéndole que no era peligroso —gruñó Jason entre dientes, con el dedo engarfiado en el gatillo de su rifle.

—A Luc le fascinaban los caballos. Siempre le aconsejé no acercarse a ellos hasta que los comprendiera.

—Tú le diste permiso, papá —intervino Denny, colocándose al lado de «Garra de águila»—. No vengas a descargar tu conciencia de responsabilidad. Tú le mataste.

—¡Hijo de puta! —Jason tenía los ojos inyectados en sangre y miraba con fijeza a su hijo—. Iba a llevarte conmigo, pero no quiero traidores a mi lado.

—No quiero ir contigo, me quedo con los abuelos —exclamó el muchacho, colocándose delante de «Garra de águila».

La conversación era seguida por el resto del grupo, que habían salido al oír las voces. Libby, percibiendo la agresividad del recién llegado, cogió su rifle.

—Jason, baja el arma —le dijo—. Estás dolido, lo sé.

—¿Y tú no lo estarías si ese viejo hubiera matado a tu hijo?

—Fue un accidente.

—Tu marido está muerto y te agarras a un clavo ardiendo, te entiendo, pero no has tomado buen partido, Libby.

—Puedo decidir por mí misma.

—Si me obligas, os mataré a todos.

Libby no lo consideró una amenaza vacía, su antiguo vecino estaba más que ofuscado, se encontraba perturbado.

—Quítate de en medio Denny, no quiero matarte, pero si me haces escoger entre tú y ese despreciable viejo, moriréis los dos.

«Nube roja» se puso delante de su bisnieto.

—¿Cuántas muertes necesitas para quedar en paz contigo mismo? —le preguntó, con lástima en su mirada.

—Las que hagan falta.

«Garra de águila» estaba apartando al muchacho de delante cuando Libby vio que el índice de Jason se tensaba en el gatillo y disparó justo antes que él. La bala del rifle del hombre se perdió en el cielo nocturno, la de ella, en cambio, encontró su cabeza.

Era instructora de tiro, con una puntería infalible a cincuenta metros. Claro que las siluetas de papel no sangraban, pero tampoco hacían daño a las personas.

Por un momento, todos quedaron paralizados, viendo caer el cuerpo de Jason a tierra y

Denny dejó escapar un lamento. «Nube roja» lo atrapó en un abrazo. Era injusto que los espíritus se cebasen en un muchacho con un alma tan noble.

—Puto imbécil —gruñó Libby, por verse obligada a hacer algo que no quería, pero que no había podido evitar.

Una mujer se apresuró a cubrir el cuerpo con una manta, lanzando un suspiro de alivio. Desde que se habían encontrado con Jason, todos sabían que traería problemas, aunque nunca imaginaron hasta qué punto.

—Lo siento, hijo —dijo «Garra de águila», poniendo la mano en la espalda de Denny, que seguía en brazos de su esposa.

Estaban siendo unos días horribles para todos, en especial para el chico, que solo quería salir de aquella pesadilla.

El viejo *diné* cerró un instante los ojos. Los demás podían creer que la situación le había superado, pero «Nube roja» lo conocía bien y le puso una mano en el brazo. Él negó, restándole importancia, no obstante, lanzó unos silbidos hacia la pradera, desierta en apariencia, y avivó el fuego.

—«Nube roja», llévalos a las cuevas, no es seguro permanecer aquí esta noche.

Ella apartó al muchacho y le elevó la barbilla. Ya habría tiempo de lamentarse y no era ese.

—Debes tomar las riendas, ¿te sientes preparado, «Lobezno valiente»? —le preguntó—. Libby y tú tendréis que ocuparos.

—¿A dónde vais, abuela?

«Nube roja» besó su mejilla y se encaminó a su *hogan*.

—A por tu tío y a satisfacer a los espíritus —dijo.

—Recoged para marcharos enseguida. No volveremos aquí —le dijo «Garra de águila» a Libby.

Prestó atención al galope de los caballos que se acercaban, atendiendo a su llamada. La manada que pastaba por aquellos prados y los *diné* eran viejos conocidos y había una mutua colaboración que venía desde un invierno especialmente duro, que había dejado a los equinos aislados por la nieve.

La manada se refugió en un abrigo rocoso, pero los ejemplares de mayor edad no podían caminar por la altura de la nieve y se morían de hambre. La anterior chamán había percibido su sufrimiento y envió una partida de hombres a tierras bajas, de las que volvieron cargados con pasto. A partir de ese momento, cuando se preparaban para pasar el invierno, los *diné* dedicaban un tiempo a amontonar hierba, que se secaría y serviría de alimento, en caso de necesidad. Los miembros más jóvenes de la manada se marchaban a alimentarse sin temor por los que quedaban. A cambio, si los hombres les necesitaban solo tenían que llamarlos.

Esa cooperación, exenta de servidumbre por ninguna de las partes, facilitaba la vida a todos.

—¡Venga, ya habéis oído! —dijo Denny, dando unas palmadas, por completo decidido a cumplir su cometido sin dejarse dominar por la pena—. Nos vamos enseguida.

Llegaron los caballos, dos yeguas, un macho de cierta edad y uno joven, deseando probarse. «Garra de águila» y «Nube roja» salieron del *hogan* familiar con mantas para sus lomos y riendas trenzadas a mano.

Ella se había puesto un cinturón con dos soportes de cuero para ajustarse una lanza corta y otra larga a sendos costados. La larga servía para lanzarla a distancia, pero también para derribar a un oponente de un golpe certero en las piernas. La corta, provista de una hoja metálica, que cubría la mitad de la superficie de madera, estaba muy pulida y ornamentada. Era un arma

formidable, capaz de segar el cuello de una persona.

«Garra de águila» portaba su arco largo, el *quiver* lleno de flechas y un hacha de mango corto, adornada con tiras de colores.

Ambos se habían enredado algunas plumas en el cabello y Libby los observó fascinada. Parecían más altos, más jóvenes y muy fieros. Se acercó y preguntó en voz baja:

—¿Es Adam? ¿Está en peligro?

—Vendrá sano y salvo —aseguró la anciana, subiendo a caballo con ayuda de las manos puestas como estribo de su esposo.

Libby se retiró, aliviada. Confiaba en la pareja, aunque no dejaba de dar vueltas a que Adam había estado con Jason, cuya falta de cordura acababa de demostrar.

—Serán pacíficos, pero hay que reconocer que están preparados para la guerra —dijo una de las mujeres a su lado, observando la partida de los *diné*.

—En estos tiempos es mejor estarlo. Venga, tenemos que salir cuanto antes.

La cabalgada nocturna fue rápida, a pesar de que la luna aún no había alcanzado la altura conveniente en el cielo y que los caballos iban con cuidado de dónde pisaban. El bosque de álamos temblones alteraba a los equinos, los evitaban siempre que podían porque un paso en falso podía derivar en una pata rota.

«Garra de águila» no necesitaba un mapa, podía percibir dónde se encontraba su nieto y conocía la zona para saber que el búnker, del que les había hablado Denny, solo podía encontrarse en un lugar. Su instinto y los espíritus lo guiaban, no había pérdida.

Acostumbrados a la falta de luz, vieron a Fay abandonar la entrada de la cueva, de la que salía un resplandor artificial. Caminaba deprisa con el arma en la mano y mirando hacia todos lados, sin duda temerosa de la oscuridad y de las sombras que proyectaba la luna. «Garra de águila» sintió la oscuridad de su espíritu, que había crecido en ansiedad, a base de malos momentos y de la desesperada necesidad de sobrevivir a cualquier precio.

No andaba muy desencaminado en sus apreciaciones.

—Ve a buscar a tu nieto —le dijo «Nube roja», bajando del lomo del caballo de un salto, como si la cabalgada la hubiera rejuvenecido—. Esto nos corresponde a los espíritus y a mí.

Salió a paso ligero detrás de la mujer y lanzó un aullido de lobo, que fue replicado en la distancia por el macho alfa de una manada en plena caza. La luna, casi llena, había alcanzado la altura suficiente para dotar al entorno de sombras fantasmales en movimiento, provocadas por las hojas y el viento.

Fay escuchó el aullido detrás de ella y se le erizó el vello de la nuca. Percibía el correteo de patas entre los árboles, a su alrededor, y se giró, mirando a un lado y otro. Llevaba el arma en alto y disparó una vez. El ruido atronador la asustó. Tenía que detenerse a escuchar. El aullido sonó cerca esta vez y al emprender la carrera, tropezó con una rama y cayó al suelo, clavándose astillas, pero girándose enseguida para quedar sentada.

Las pisadas se acercaban, podía percibir unas sombras más oscuras que el entorno, rodeándola. Gritó al ver unos ojos amarillos y brillantes, observándola desde la oscuridad. Pronto atisbó al animal. Era enorme, de la envergadura de un hombre y con un pelaje espeso que se movía sin la acción del viento.

A su izquierda percibió otro lobo. Y a su lado, otro más.

Disparó y le dio al más cercano, pero la bala lo atravesó, como si estuviera hecho de girones de humo. Entonces se fijó en que sus rasgos animales se transformaban en otros humanos. Los de todos los lobos lo hacían, sin dejar de observarla, con un brillo peligroso en la mirada.

—Que ignores a los espíritus no significa que ellos vayan a perdonar tus actos.

La vieja india odiosa, a la que creía haber matado, estaba delante de ella, blandiendo una lanza no más larga que su brazo.

—Han venido a calmar su ira.

Fay apuntó y, antes de poder disparar, unas mandíbulas se cerraron alrededor de su muñeca, triturándola y haciéndole perder el arma. El lobo, o lo que fuera aquella criatura cambiante, mordía como si no estuviera compuesta de humo, como parecía.

Gritó y se sujetó la muñeca con la otra mano, observando con ojos desorbitados a la vieja. Se acercaba, igual que los lobos de humo. La rodeaban, echándole encima un aliento con olor a tierra húmeda y a hoguera prendida.

—«Viento del norte» te advirtió que los espíritus querrían cobrarse venganza, por eso estamos aquí —le dijo «Nube roja», apuntándola con la lanza.

—Atrévete a acercarte, vieja —gruñó ella.

—Pensaba ser compasiva contigo, pero no lo mereces. En tu naturaleza está dañar a todo el que te rodea y contaminarlos con la oscuridad de tu espíritu, tocando sus corazones y calcinándolos.

Fay, con la mano sana, asió una piedra y la lanzó en su dirección para alejarla.

—Hasta hoy has sido dañina, mujer, pero los espíritus de los que asesinaste se encargarán de darte una muerte lenta y dolorosa. Te desmembrarán poco a poco, diseminando tus restos por el bosque para que los animales se alimenten de tus restos y tu alma no pueda alcanzar el descanso. No renacerás en un amanecer ni en miles de ellos, porque los espíritus oscuros solo pueden consumirse en su propia negrura.

—Putra vieja, tenía que haberte matado.

—Soy una guerrera *diné* y ni un batallón como tú pude terminar con nosotros, mujer. La astucia y el engaño no son suficientes, así que demuestra coraje muriendo con honor. Los espíritus de los que mataste se desvanecerán cuando hayan terminado contigo, porque estarán en paz y tienen la bendición de su pueblo. No creo que puedas decir lo mismo.

«Nube roja» se colgó la lanza en la cintura y se marchó, sin girarse cuando escuchó sus gritos al ser atacada por los lobos de humo, pero cuyas mandíbulas eran muy reales.

«Garra de águila» había retirado los troncos que cerraban la entrada al búnker y ayudaba a Roy a subir a la yegua, que compartiría con él. Tampoco se inmutó con los gritos, al contrario que el antiguo traficante.

—¿Es Fay? —preguntó.

«Nube roja» asintió mientras se acercaba a ellos.

—¡Pues que se joda!

—¿Y «Sombra de tormenta»? —preguntó ella a su marido.

—Ahora viene.

Adam y Yairetz solo habían intercambiado unas palabras para ponerse de acuerdo y ambos caminaban entre los servidores, dejando un rastro de granadas a su paso.

Thor había intentado cerrar la puerta para convertir el espacio en estanco, al advertir sus intenciones, pero los troncos que habían servido para encerrarlos, bastaron para impedir que las puertas se cerrasen.

—Lo siento, Thor —dijo Yairetz—. Es que nos caes como el culo y va siendo hora de que desaparezcas de verdad.

—Estoy en otros dos...

—¡Vete a la mierda! —exclamó ella.

Las últimas granadas las colocaron en las rocas de la entrada. Cuando estallasen crearían un derrumbe, además de provocar que las demás de dentro explotasen en cadena.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó Adam a la mujer.

—Puede que no sirva de nada. Esa inteligencia de los cojones tiene razón y hay dos búnkeres más por ahí, pero lo que ha ocurrido es irreversible y esto es una trampa mortal, una excusa para personas como Fay de crear más caos y destrucción.

—Pues haz los honores.

Le entregó la granada y ella la sopesó.

—Si suelto esto no me estallará en las manos, ¿verdad? —preguntó, sujetando el pasador con recelo.

—No sé de dónde han salido, pero no debería.

—Bueno, pues yo pienso correr.

Adam rio y corrió con ella cuando le quitó el pasador y la arrojó hacia las puertas abiertas del búnker.

Se reunieron con los demás y las explosiones sofocaron los gritos estertóreos de Fay en el bosque.

«Nube roja» se acercó a abrazar a su nieto y el la levantó en brazos, como solía, haciéndola reír.

—Vámonos, hay cosas de las que tenemos que ocuparnos antes de que termine la noche —exclamó «Garra de águila».

—¿Qué cosas? —preguntó Adam.

—Monta, te lo contaré por el camino.

La *diné* le tendió el brazo bueno a Yairetz y la ayudó a auparse a la grupa de su yegua.

Ellos cabalgaban por delante, al ritmo que los caballos decidían, y «Garra de águila», sin entrar en detalles, les contó lo que había visto. Yairetz, en cambio, tenía una duda.

—«Nube roja» ... —No sabía cómo seguir.

—Sé qué quieres preguntarme, muchacha. Solo te diré que hay enfermedades que no tienen cura y Jason había contraído una que podía terminar con toda la familia.

—Como Fay.

La mujer asintió.

—Ahora, vamos a mirar hacia adelante, a agradecer lo que tenemos y lo que nos queda.

La actriz estaba de acuerdo, no obstante, se le saltaron lágrimas de pena por Jason.

—Y Roy está enfermo. ¿Crees que podrás ayudarle?

—No lo sé. Lo veremos, pero no te preocupes por lo que no puedes controlar o vas a pasar lo que te queda en este mundo cargando con pesos innecesarios para el alma.

—He sido muy hiriente con él.

—Él no te lo tiene en cuenta. Te quiere.

Yairetz no volvió a hablar en todo el camino. Se sentía abrumada por la responsabilidad que semejante revelación suponía.

51. PRECIPITACIÓN

Dejaron ir a los caballos y «Garra de águila» los apremió:

—Los demás están en las cuevas. Reuníos con ellos.

—¿Y vosotros? —preguntó Yairetz.

—Se acerca otra amenaza que puede seguirnos y ellos andan más ligeros, además de que pueden alertar a otros.

—¿Los militares que vimos en los monitores?

—Vete con Roy, no hay pérdida —le dijo Adam—. Caminad en esa dirección, avisaré a Denny para que no lo paséis de largo.

—Yo me quedo. —Roy dio un paso al frente—. Voy armado y tengo el brazo bueno para disparar.

—Yo también —aseveró Yairetz.

—Ya son de la tribu —dijo «Nube roja», dirigiéndose a su esposo, que tenía el ceño fruncido—. Tienen tanto derecho como nosotros, y obligación, de proteger a los demás.

«Garra de águila» los miró a todos.

—De acuerdo. Vamos a observarlos. «Sombra de tormenta» y yo somos certeros con el arco, que no hace ruido. Vosotros seréis el apoyo si nos descubren. Seguidme.

Los últimos rescoldos de la hoguera del poblado quedaron a su espalda y se internaron en la arboleda del extremo opuesto por el que tenían que llegar los soldados.

—No son los mismos que vimos en los monitores —dijo Roy—. Esos deberían encontrarse a unas horas del búnker.

—Me quedo atrás para observar —propuso Adam.

Su abuelo asintió.

—No te expongás.

El medio *diné* no pensaba hacerlo. Sabía ocultarse en las sombras y la luz de la luna sería su aliada. Dio un rodeo al poblado y se apostó en el sotobosque. En la quietud nocturna se escuchaba al grupo en la distancia. Estaban malhumorados, soltando tacos cada vez que tropezaban, poco acostumbrados a moverse en la oscuridad. Su jefe los hacía apresurarse para encontrar la posición de la última señal desde la que transmitía la radio, que, según sus cálculos, estaba justo delante.

No podía saber si el operador de la radio se había desplazado, de ahí sus prisas. La avalancha de barro, que había engullido a los vehículos provistos de la tecnología para conectar con el satélite, les había dejado ciegos y sordos.

Quedaban cinco hombres con armas de asalto, capaces de disparar ráfagas que partirían a un hombre por la mitad. Sin embargo, iban demasiado cortos de munición y tenían prohibido disparar más de una bala a la vez. La avalancha terminó con todo, excepto con lo que llevaban encima.

Una de las trampas atrapó a un soldado, machacándole las costillas, y caminaba agachado, respirando como si su capacidad pulmonar no diera más de sí.

En realidad, no suponían una fuerza temible por el número, aunque sí por su animosidad, como Adam comprobó cuando el grupo llegó al poblado.

—¡Buscad comida!

La orden se escuchó a lo lejos. Los emboscados seguían sus movimientos. El agua estaba cerca, pero los recién llegados parecían más hambrientos que sedientos.

Registraron todos los *hogan* y, al no encontrar gente ni víveres, les prendieron fuego sin necesidad. Desprendían rabia por no haber encontrado a nadie con el que pagar su frustración y podían haberse desviado hacia el oeste para encontrarse con sus compañeros, pero algo les impelía a buscar sangre y no descansarían hasta que se la cobrasen.

—Las brasas son recientes, no deben estar muy lejos —dijo uno de los hombres.

—¿Qué haces, imbécil? Vamos cortos de munición.

La pregunta del jefe iba dirigida a uno de los soldados, dispuesto a lanzar una granada al interior de una vivienda. El hombre volvió a colocar el pasador en la granada y la guardó en su cinturón con poco tan poco cuidado que no se dio cuenta de que la barra metálica no había atravesado del todo el cierre.

Las linternas horadaron la oscuridad, buscando rastros. Denny no había pensado en ello y sus huellas alejándose hacia el norte eran visibles en la tierra y en el pasto aplastado.

—Han ido por ahí —exclamó otro de los hombres del reducido pelotón.

—Vamos. Los alcanzaremos —dijo el que los dirigía.

Además de la rabia destructora, el hambre que les roía las entrañas era aliciente suficiente, aunque su decisión era una condena a muerte.

Adam llegó mucho antes que ellos para reunirse con sus compañeros y trepó a un árbol, preparando su arco.

Los demás, apostados en el bosque, aguardaron hasta que los hombres se encontraron demasiado cerca para poder reaccionar. Adam y «Garra de águila» dispararon a los de vanguardia. Las flechas les atravesaron el cuello. Del siguiente se encargó «Nube roja» que, armada con su lanza corta, se tiró sobre uno de ellos, atravesándole la nuca con la afilada punta y matándolo al instante. Yairetz disparó al siguiente, acertándole en el chaleco y él le devolvió el fuego, dándole al árbol tras el que se escondió.

Adam no dejó escapar la ocasión y el hombre murió con una flecha atravesándole la yugular.

El último, asustado, quiso retroceder para huir y disparó su arma sin apuntar, rozando a Yairetz, pero Roy le vació el resto de su cargador, tres balas en total, alcanzándole en sitios vitales. Usó un solo brazo, como en las películas, gracias a la adrenalina que recorría su organismo.

—¿Estáis todos bien? —preguntó en voz alta porque el tiroteo lo había ensordecido.

Ante la respuesta afirmativa general, bajó el arma, que le pesaba como el demonio y cayó sentado en el suelo por el abrazo impetuoso de la actriz.

—Eres un jodido héroe —le dijo ella.

—Un héroe con el culo dolorido, en todo caso.

—Venga, Roy, no seas quejica. Han durado nada, pero a mí ese cabrón me ha dado un buen susto.

Se acercó al hombre al que había acertado en el chaleco con intención de darle una patada, pero la granada que él había bloqueado de forma chapucera explotó en su costado. Al caer, el pasador se soltó y la explosión lanzó a Yairetz por los aires. La deflagración resultó menos dañina al estar aprisionada bajo el cadáver, pero, aun así, su pie voló hasta las primeras ramas de

los árboles y ella cayó al suelo, inconsciente.

—¡Yairetz! —gritó Roy, abalanzándose sobre ella.

«Nube roja» se acercó corriendo.

—Linterna —pidió a su nieto.

Él se la alargó y a la cruda luz pudieron ver el destrozo. Yairetz tenía un pie amputado y los huesos sobresalían de la carne, que sangraba en abundancia. La explosión amortiguada la preservó de lo peor y su rostro presentaba quemaduras no demasiado graves.

Roy gimió y le cogió la mano.

—Es mejor que se haya desmayado —dijo «Garra de águila»—. Enciende una hoguera, rápido —le pidió a Adam.

La abuela usó su cinturón para practicar un torniquete, sacó su cuchillo y rasgó los restos de pantalón de la muchacha para dejar la zona despejada mientras su nieto amontonaba leña menuda cerca, prendía fuego y añadía ramitas de los alrededores.

«Garra de águila» colocó la hoja del hacha sobre el fuego y «Nube roja» su cuchillo. Luego, el anciano puso con cuidado su chaqueta bajo la pierna de Yairetz y buscó con la mirada por los alrededores hasta dar con unas hierbas adecuadas, que lanzó a la hoguera. Murmuró unas palabras de sanación en navajo y aventó el humo que produjeron las plantas en dirección a su esposa y a la herida, envolviéndolas en sus efluvios curativos. No había tiempo de más preparativos, por lo que la curandera empezó a cortar con el cuchillo humeante la pierna, a diez centímetros por encima del borde de la herida. Lo hacía con destreza y rapidez, hasta que dio con el hueso. Entonces, el viejo *diné* cogió su hacha y lo seccionó de un solo golpe.

Roy vomitó a un lado y Adam le palmeó la espalda. Era una escena lamentable, pero necesaria para salvar la vida de la mujer.

Con el cuchillo recién sacado del fuego otra vez, «Nube roja» lo fue aplicando al borde de la herida para hacer una cauterización de emergencia. Luego envolvió la pierna con la chaqueta y apretó con fuerza, sujetando el improvisado vendaje.

El aire había quedado impregnado de olor a carne quemada, similar al del pueblo donde Fay había calcinado a todos los habitantes, y Yairetz seguía sin dar señales de vida.

—Vamos a las cuevas —dijo «Nube roja»—. Mis cosas estarán allí y puedo tratarle mejor la herida, además de preparar algo contra el dolor para cuando despierte.

Adam cogió a Yairetz en brazos con cuidado de no rozarle la pierna y se adelantó a los demás. «Garra de águila» ayudó a caminar a Roy que, sin haber tomado su pastilla y herido, acababa de notar todo el cansancio por la tensión sufrida y la falta de hormona tiroidea en su torrente sanguíneo.

—Denny —avisó Adam a su sobrino cuando estaban a pocos metros de la abertura de la cueva.

Sabía que el adolescente vigilaría mientras los demás dormían, como así fue. Había tenido cuidado en mantener un fuego alejado de la entrada para que no se percibiera claridad desde el exterior y salió a su encuentro con una sonrisa, aliviado de saber que su tío estaba bien. Su expresión cambió al observar lo que traía entre los brazos.

—Hay que encender otra hoguera alejada de donde duermen los demás —le dijo Adam.

El muchacho asintió y cuando estuvieron en la cueva, pudo ver que la herida era Yairetz, a la que le faltaba la pierna desde debajo de la rodilla.

—Busca una manta y ponla ahí.

Cuchicheaban para no despertar a los demás, aunque pronto estarían todos despejados. Era urgente atender a la mujer, limpiarle bien la herida, cauterizarla a fondo y aplicarle la pasta

antibiótica de la abuela para vendarla en condiciones. Mientras, «Garra de águila» buscaría entre sus cosas los elementos necesarios para su sanación, con la ayuda de los espíritus correspondientes y no se detendrían por alterar el sueño de los otros.

Adam depositó a Yairetz con cuidado en la manta que acababa de traer Denny y lo mandó a buscar la leña.

«Garra de águila» ayudó a Roy a sentarse, con la espalda apoyada en la pared de roca y «Nube roja» se acercó para observar su rostro y retraer sus párpados inferiores.

—Estoy bien —dijo él—. Con una pastilla y un trago de agua me repondré. Ocúpate de ella.

La mujer abrió su mochila y observó los frasquitos y le interrogó con la mirada. Roy asintió y ella le puso una pastilla en la boca y le alargó el agua. Luego, le retiró la venda ensangrentada y observó su herida.

—Hace falta lavarla muy bien —dijo.

Adam asintió y se giró hacia Libby, que se había despertado y se abalanzó a sus brazos con un gemido de alivio al saberlo a salvo. Había estado preocupada.

—Acompáñame a buscar agua, hay heridos que tratar.

A su vuelta, se habían despertado todos y contemplaban a la pareja de navajos haciendo sus preparativos. Adam ayudó a Denny a encender dos hogueras más para que «Nube roja» pudiera ver bien las heridas y los dejaron trabajar.

Naomi se sentó con Denny y le cogió la mano.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—No, es... Es espantoso lo que le ha pasado a Yairetz.

Apoyó la cabeza en el hombro del muchacho y se le escapó alguna lágrima. Esa vida iba a ser muy dura, el único aliciente que tenía era que iban a estar juntos.

Algo parecido pensaba Libby que, sentada al lado de Adam, creía que iban a estar a salvo cuando llegaran al poblado, pero todo parecía confabularse para ponerles las cosas difíciles.

Yairetz empezó a removerse cuando «Nube roja» le estaba aplicando paños limpios en la herida. «Garra de águila» sopló hacia ella un hatillo de hierbas prendidas y el humo volvió a dormirla.

—Tus abuelos son sorprendentes —dijo Libby.

—Tú también, aunque creas lo contrario —contestó Adam.

La mujer se volvió para mirarle, con una sonrisa en el rostro.

—Nos sobrepondremos a esto, ¿verdad?

Él asintió.

—Aunque habrá que seguir vigilantes. Al contrario de lo que esperaba la IA que nos metió en todo esto, han sobrevivido los mejor preparados, y no intelectualmente.

—La Naturaleza es una madre paciente: lleva siglos arreglando nuestros desastres y esta vez hemos provocado uno de los gordos. Esperemos que el castigo no sea acorde, porque quiero que Mark crezca y tenga una vida feliz.

—Todo irá bien —dijo él, rodeándole los hombros con el brazo—. Intenta descansar, nos queda un largo camino y las tempranas nieves nos retrasarán.

—Duerme conmigo.

—No puedo, queda algo por hacer.

—¿Qué?

—El abuelo querrá enterrar a Jason antes de que nos vayamos. Era su nieto.

Libby tragó saliva, aunque decidió que callar solo traería posibles recelos que podían agriar

su relación.

—Yo le disparé a Jason.

—Lo sé. Y lo hubiera hecho yo mismo de encontrarme en tu lugar. Mi hermano estaba confuso y en ese estado podía haber matado a Denny y a los abuelos. Le quería y le seguí a la ciudad porque sabía que allí me necesitaría, pero ya entonces había entrado en una especie de espiral dañina. Necesitaba ser el centro de atención y dirigir todo lo que le rodeaba; no obstante, en algún momento se descontroló y yo intentaba daros tiempo para que os fuerais al norte. Él nunca os hubiera encontrado.

—¿Y cómo lo hizo?

—Por Yairetz. Le dijo que quería hacer las paces con Denny y ella le creyó porque estaba enamorada de él.

—Y tú de ella.

—Quizá, pero volviste a cruzarte en mi camino y recordé por qué siempre me habías resultado fascinante: eres, además de una mujer hermosa, sensata, fiel y tienes sentido del humor para no ofenderte por tonterías. Aborrecía a tu marido por no sentirse el hombre más afortunado del mundo.

—Pues yo me sentía fatal. ¿Sabes la de noches que imaginé que eras tú el que me hacía el amor en lugar de Frank?

—A partir de ahora no vas a tener que imaginarlo.

Ella le rodeó la cintura con el brazo y acomodó la cabeza en su pecho. Con él se veía capaz de afrontar ese futuro incierto que llevaban persiguiendo desde que salieron de sus casas.

52. ESTE ES EL FUTURO

Yairetz quedó al cuidado de Roy, que se encargaría de ella cuando despertara. Los demás, agotados, se durmieron.

Los familiares de Jason se acercaron al poblado incendiado y prepararon su cuerpo para una ceremonia funeraria adecuada a los lazos de sangre que los unían.

Se deshicieron de cualquier rencilla que tuvieran contra él en vida, se pintaron con los elementos de los que disponían y «Garra de águila» dirigió una ceremonia larga, que nada tenía que ver con la oficiada por Adam para su sobrino.

El *diné* cantó a los espíritus, convocándolos. Arrancó a la luna un destello que iluminó la tumba cuando la estaba cubriendo de tierra y la bruma los envolvió durante unos minutos. El ambiente olía a humo de los incendios y a la fragancia de las hierbas que el nuevo chamán quemó para liberar el espíritu del difunto.

Al terminar, dos plumas nuevas y limpias se partieron por la mitad y cada uno de ellos se quedó con una parte para recordar a Jason, que había sido miembro de la tribu sin saberlo, porque por su sangre corría la sangre del pueblo navajo.

El final de la ceremonia coincidió con el amanecer y todos lanzaron un suspiro de alivio. Había sido una noche larga e intensa que querían dejar atrás.

Yairetz estaba en shock, pero relativamente tranquila. «Nube roja» estudió su color y olisqueó los vendajes, que continuaban limpios de pus, lo que era buena señal.

—¿Podrá viajar? —le preguntó Adam.

Ella asintió.

—Habrá que hacer unas parihuelas e iremos despacio, pero podrá —dijo.

—Quiero ayudar —se ofreció Roy.

—Ya no hay nadie cerca —intervino Libby—. Podemos aguardar un día o dos para que viaje de forma segura.

—El convoy militar que vimos por el monitor llegará pronto al búnker y puede que hayan visto el incendio de los *hogan* —negó el medio navajo, que no quería más contratiempos.

—No podemos correr ese riesgo —sentenció «Nube roja». Nos vamos en un par de horas. Comed y recogedlo todo.

Varias horas después, se encontraban de camino, cargados con fardos de comida, mantas y recipientes pequeños para el agua. Los *diné* sabían encontrarla y no necesitaban acarrear grandes cantidades de ella. La comida, en cambio, requería de un proceso de preparación y cuando se acabase la que llevaban, tendrían que volver a cazar hasta llegar al campamento de verano.

Dos caballos los acompañarían en el trayecto, eran jóvenes y querían formar su propia manada, por lo que no regresarían con la suya; no obstante, comprendieron la fragilidad de sus jinetes y emprendieron un paso pausado. La subida a la cordillera sería lenta y penosa, pero los niños irían seguros sobre ellos, igual que Yairetz que, tendida en las parihuelas, seguía dormida. Roy caminaba a su lado, atento a cualquier cambio, del que avisaba a la curandera.

El viaje prometía ser agotador, como comprobaron cuando, a poca altura, encontraron los

primeros rastros de nieve recién caída. Las mantas, entonces, dejaron de ser un bulto en sus mochilas para convertirse en chales con los que resguardarse de los vientos helados.

Las noches ya no las pasaban a cubierto, sino en abrigos rocosos protegidos del embate del viento, arropados y con varias hogueras, estratégicamente colocadas, que caldeaban el ambiente.

Cuando se encontraban a considerable altura, «Nube roja» se giró para mirar el poblado en la lejanía. «Garra de águila» se unió a ella y ambos permanecieron silenciosos unos momentos.

—Nunca he querido conocer tus augurios —dijo ella, rompiendo la nostalgia que le producía contemplar el que había considerado su hogar—, pero querría saber si...

—Tú y yo no volveremos.

—¿Y nuestros descendientes?

—Ellos tienen su propio camino y no debemos aferrarnos a lo que fue. Ese ya no es nuestro hogar, «Nube roja». Nuestro hogar está donde se encuentren los corazones de los que amamos.

Ella se giró para ver a Adam caminando de la mano con Libby, y a Denny al lado de Naomi, hablando y riendo. «Garra de águila» tenía razón: ese era el futuro que debían preservar.

El lugarteniente Hamilton y sus hombres llegaron a las inmediaciones del búnker a media mañana del día siguiente para descubrir el derrumbe de rocas, además de un cuerpo irreconocible en las cercanías, cuyos restos se diseminaban por un área amplia.

—Ha debido ser cosa de animales salvajes —comentó uno de los hombres, que abogaba por volver a la base, mirando a su alrededor—. Aquí no estamos seguros.

—De aquí procedían las explosiones que oímos anoche —comentó otro—. Si había algo ahí dentro, ha quedado sepultado por toneladas de roca.

Hamilton golpeó el camión cercano con frustración. Las cosas se estaban poniendo feas, solo les quedaba un camión y uno de los Humvee se había despeñado montaña abajo con todos los hombres dentro. Las radios de onda corta habían dejado de emitir y era imposible seguir su rastro si no contaban con emisiones entrantes o salientes. Y, por si fuera poco, dejaron de tener comunicación con el grupo que subía bordeando el lago.

—Señor...

—¡Cállese, estoy pensando!

Los cinco hombres restantes se miraron entre ellos. Llevaban días dejando caer aquí y allá su descontento por las decisiones de Hamilton, aunque todavía tenían una mentalidad militar dispuesta a seguir órdenes. Después de lo que habían visto, empezaban a cuestionárselas y el regreso les parecía la única opción.

—Iremos hasta la orilla del lago, desde donde tuvimos la última comunicación con el otro grupo.

Semejante decisión, ajena a lo que pretendían, levantó un coro de protestas y Hamilton sacó su arma corta de la funda.

—¿Alguien quiere un consejo de guerra inmedia...?

No llegó a terminar la frase, abatido por tres disparos de otros tantos hombres.

—Volvemos a casa —dijo el más decidido.

El operador de radio, que se había mantenido en un discreto aparte, fue el primero en subir a su vehículo. Empezaba a entrever su futuro y comprobó el cargador de su arma, sabiendo que pocos llegarían a alcanzar la base de nuevo. Él pretendía hacerlo.

Ni había transcurrido una semana cuando el Humvee restante del convoy, conducido por el

operador de radio, se quedó sin gasolina. El camión que la transportaba había ardido tras una trifulca entre los supervivientes.

A poco menos de cincuenta kilómetros de la base, sin agua, sin víveres y sin fuerzas, se dejó caer en el entorno repleto de vida que era la carretera tomada por restos de vehículos, muertos en descomposición e insectos ávidos de vida.

Yairetz tomó conciencia de su estado y, pasado el primer agónico momento, cargado de realidad y dolor físico, se sumergió en un mutismo pertinaz. Ni siquiera se quejó del frío que traspasaba los huesos de todos a medida que ascendían las montañas y la nieve dificultaba su paso.

Roy, a su lado todo el tiempo, le lanzaba miradas preocupadas y «Nube roja» le cogió del brazo para detener su avance. Necesitaba hablar en privado con él.

—Dale tiempo para aceptar lo ocurrido. La herida cicatriza bien, ahora lo que tiene que cicatrizar es su espíritu.

—Es que yo no soy muy creyente...

—Me refiero a que tiene que aceptar su nueva realidad y eso, cuando pierdes una extremidad, lleva su tiempo.

—De eso ahora tenemos de sobra, ¿no?

La mujer le miró de frente.

—¿Lo tienes tú? —le preguntó, sin andarse con rodeos.

—Mientras disponga de mis pastillas...

—¿Y cuándo te falten?

—Pues estaré jodido. Mi cuerpo es incapaz de fabricar todo el yodo que necesito, así que...

—Llegaremos pronto al campamento, lo estudiaremos entonces, si te parece... Y si te fías de los consejos de una vieja curandera y del futuro chamán de la tribu a la que ya perteneces.

Él se recolocó la mochila y se arrebujó más en la manta que le envolvía para protegerse del viento gélido.

—Hace algo más de un mes me hubiese partido de risa con semejante conversación. Ahora, si me dices que tengo que comer boñiga de caballo para compensar la falta de yodo en mi organismo solo te preguntaré qué cantidad y si debo tomarla en ayunas.

«Nube roja» soltó una carcajada y le dio una palmada en el rostro pecoso, más pálido a causa del frío.

—Vuelve a su lado, te está buscando con la mirada —le dijo.

Roy vio que la anciana tenía razón. Yairetz miraba a su alrededor y corrió para ponerse a su altura. La muchacha alargó la mano y el antiguo traficante se la cogió con torpeza, caminando de nuevo al lado de las parihuelas en las que ella viajaba.

Adam, que andaba delante con el abuelo «Garra de águila» le señaló los rastros, casi ocultos por la capa de nieve reciente y el viejo *diné* asintió.

—«Viento del norte» ha decidido trasladar el campamento al valle, con buen criterio. El tiempo será más llevadero.

—Y no son los únicos —comentó Adam, señalando columnas de humo que se elevaban en distintos puntos.

—*Paiutes del norte*^[7] —dijo su abuelo, indicando con la barbilla—. Y esa debe ser la tribu de «Roca partida» —añadió, mirando hacia el lugar más alejado, en el que las columnas de humo

indicaban que estaban ahumando carne.

Se desviaron para descender al valle, por el que corría un río caudaloso y se encontraba a resguardo de los vientos por las altas montañas que lo flanqueaban. Se trataba de un lugar estratégico, capaz de resguardarlos de los peores embates del frío.

No habían sido los únicos obligados a trasladarse, aunque la buena vecindad era bienvenida.

Los supervivientes de la tribu los acogieron con los brazos abiertos. Eran pocos, la mayoría ancianos y niños, que se habían visto obligados a construir *hogan* a toda prisa para refugiarse. Necesitarían mucho trabajo para taponar grietas y las ramas tendrían que sustituir el aislamiento ese invierno, que preveían crudo.

«Viento del norte» había muerto al poco de empezar las labores de construcción, afligido por la inmensa tristeza de haber fallado a su tribu. Su corazón no pudo soportarlo y aún lo lloraban porque carecían de un chamán que ayudase a su espíritu a reunirse con los suyos en el más allá.

Había asuntos que, para la tribu, admitían menos demora que la construcción de las viviendas y preparar comida para los peores meses del invierno. Esa misma noche, se reunieron para escoger chamán y debatir sobre los recién llegados.

La decisión fue unánime: sabían quién dirigiría su futuro espiritual y si el nuevo chamán confiaba en la gente que le acompañaba, los acogerían de buen grado.

Niños y mayores se pusieron a buscar ramas, hojas y a transportar lo necesario para construir tres nuevas viviendas, que los recién llegados tendrían que compartir hasta que la primavera iniciase el deshielo.

Adam y Denny se encargaron de adentrarse en el bosque para cazar, mientras los demás se quedaban por las inmediaciones, recolectando lo que no estuviese helado para comer y pescando en el río cercano. El invierno se les había echado encima, pero habían sobrevivido a mucho, también lo harían a este nuevo contratiempo.

Los niños eran los que más disfrutaban. Habían encontrado a otros pequeños que serían sus amigos de juegos y sus maestros. Mark y Tini se adaptaron enseguida. Los adultos no los supervisaban: con los niños *diné* estarían a salvo. A todos los efectos eran hijos de Libby y Adam, que formalizaron su unión sin necesidad de ceremonia alguna.

Naomi pasaba todo el tiempo que podía con «Nube roja». La acompañaba al bosque, la ayudaba a triturar hojas y raíces, y preguntaba todo lo que se le ocurría. Admiraba sus conocimientos y quería ser como ella, pero cuando Denny volvía de cazar con su tío, su falta de concentración exasperaba a la anciana.

—Ve con él —le decía.

A la muchacha le faltaba tiempo para correr al lado de Denny, que siempre se sonrojaba cuando la veía acercarse y más desde unos días antes, cuando ella le dio un beso para desearle buenas noches, antes de retirarse al *hogan* que compartía con las otras mujeres del grupo de supervivientes.

Las primeras jornadas se acomodaron donde pudieron, pero a medida que transcurría el tiempo, levantaron nuevas construcciones para tener un poco de intimidad.

Adam, con la única ayuda de Libby y en sus ratos libres, construía su propia casa para compartirla con ella y con los niños. En la que estaban con sus abuelos, con Yairetz, Roy y su sobrino, se sentían algo desbordados.

Pero todo tenía que llevar un ritmo, porque el futuro no se construía en dos días.

UN PASO ADELANTE

«Nube roja» observó, desde un altozano próximo, a «Sombra de tormenta» salir a lomos de un caballo negro con el que había creado estrechos lazos. Pertenecía a una manada cercana, de miembros muy jóvenes, que iban y venían de pastos más bajos, explorando por diversión. Libby, a lomos de una yegua pinta que corría por delante, gritaba de alegría. Su cabello rojizo volaba con el viento y se sentía mejor que en toda su vida.

Dejó la brazada de hojas que cargaba sobre la nieve y se sentó, volviendo la cara al sol de la mañana.

Escuchó a su espalda a «Garra de águila», pero no se giró ni abrió los ojos. Se encontraba en paz.

—Pensaba que estabas con los niños —le dijo.

Su esposo tomó asiento a su lado, con un audible crujir de huesos que le hizo reír.

—Sueno como si me fuese a romper.

—Estás viejo, esposo.

—Los niños están enseñando a Roy a pescar. Tenemos para rato... —dijo él en tono jocoso.

Ella abrió los ojos y enfocó la orilla del río donde los pequeños se reían de los esfuerzos del antiguo traficante que, con las piernas sumergidas en el agua, se afanaba por ensartar algún pez con la lanza. Yairetz, con las muletas que le había procurado, era la que más le animaba.

—¡Ahí, Roy! Joder, no tienes reflejos —se exasperaba.

—Pues ven tú, a ver si se te da mejor.

—¡Que te lo crees, el agua está helada!

Denny se acercó a ellos, acompañado de Naomi.

—¿Qué hacéis? —preguntó.

—Aprender cómo no pescar —respondió Yairetz.

El muchacho pidió la lanza a uno de los niños y lo intentó, sin conseguirlo. Naomi se la quitó de las manos y aguardó. Segundos después, ensartó un pez y lo sacó del agua, elevándolo en el aire y ganándose el aplauso de los demás.

—Sois unos negados —dijo ella tras inclinarse y dar las gracias al espíritu del agua por el regalo.

—Ese lo tenía acorralado, chica, has tenido suerte.

El comentario de Roy hizo reír a todos.

Denny también agradeció la dádiva al espíritu del río, inclinando la cabeza y murmurando unas palabras en lengua *diné*, de la que era un alumno aventajado. A ratos, le invadía la tristeza por no poder compartir con su hermano ese nuevo hogar. Lo añoraba.

—¡A ver si aprendes a pescar! ¡En esto te gana tu chica! —le dijo Yairetz, sacándolo de su súbito abatimiento al darle con una muleta en el trasero y provocando el sonrojo en Naomi.

—¿Crees que serán felices aquí? —preguntó «Nube roja», observándolos con una sonrisa en los labios.

—Solo los espíritus lo saben.

Ella le dio un codazo.

—¿Y no has preguntado a los espíritus?

—¿No quieres que te sorprendan?

«Nube roja» rio. Su esposo le puso el brazo sobre los hombros sin darle una respuesta verbal, aunque su abrazo fue contestación suficiente para ella. Le bastaba con esa.

Los nuevos miembros de la tribu nunca olvidarían el cataclismo social vivido, para «Garra de águila», en cambio, constituía una oportunidad de hacer a los suyos partícipes del inmenso legado al que tenían derecho.

Vivían en un mundo prestado, en el que el hombre había tenido que dar un paso atrás para recuperar su humanidad. Ahora tocaba dar uno adelante, porque ese era un comienzo, no un final.

FIN

¿Me Ayudas Con Una Reseña?

Si la novela ha sido de tu gusto, te agradecería una breve reseña en Amazon. No te llevará más de dos minutos y ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias!

Por si deseas contactar conmigo:

erethcl@gmail.com

[Amazon](#)

[Instagram](#)

[Facebook](#)

[1] El **hogan** es una estructura tradicional utilizada por los Navajos, de planta redonda con paredes de barro y techo de troncos y ramas, cubiertos de tierra y arcilla. Diseñados para proporcionar un refugio cómodo y seguro, su única puerta está orientada hacia el este para recibir la luz del sol de la mañana.

[2] **Diné** es el nombre con el que los miembros del pueblo navajo se denominan a sí mismos en su lengua original.

[3] **Quiver** es el equivalente navajo al carcaj, un recipiente en el que portar las flechas.

[4] Los *hupa* son una tribu india na-dené. Su nombre en natinok significaba “el lugar donde vuelve el camino”.

[5] Las estrellas tienen un significado especial en la cosmovisión navajo. Se cree que las estrellas son hogares de los espíritus de los antepasados y los seres divinos. Las estrellas son consideradas como guías y protectores, e influyen en el destino y la vida de las personas.

[6] **Tieholtsodi** es un espíritu que se cree que habita en los manantiales y arroyos. Es considerado el guardián de las aguas y se le ofrece respeto y gratitud en las ceremonias de bendición del agua.

[7] Los ***paiute* o *payutes*** incluyen varias tribus indígenas que hablan lenguas uto-aztecas. Los paiute del norte, incluyen a los lohim y paviotso de Oregón

AGRADECIMIENTOS ¡Y MUCHOS!

A mis hijos, **Aisha y Pepe**, tengo que agradecer su contagiosa vitalidad, así como su humor ácido y rápido, mejor que cualquier juego para mantener las neuronas ágiles.

La labor de los lectores cero es impagable. Antes de que me manden al cuerno, quiero decir que cada uno ha aportado su granito de arena para pulir los detalles y ayudarme a salir de los líos en los que meto a mis personajes:

Esther Sierra F debe estar hasta las narices de corregirme faltas ortográficas. **Jerónimo Alcaraz** me ha dado pistas sobre cómo encarar una distopía tan cercana. Me he aprovechado de los conocimientos de **Ignacio Moreno Buendía** para despejar algunas dudas sobre IA y algún otro aspecto, como es la conservación de comida en agujeros estancos, porque es una especie de libro gordo de Petete. **Marga González Benavides** es un terremoto que siempre me pregunta sobre las razones de mis personajes, como si yo tuviese algún control sobre ellos. **Andreu Purroy Giribet** se lee mis películas, aportando siempre algún consejo interesante y siempre valorado. **Elena de la Cruz**. Es mi barómetro: particular, certero y fiable. De la opinión de **Ángela Campillo** me fio con los ojos cerrados y de manos de **Nabara «Rama de sauce»** he descubierto un mundo nuevo.

A **Sawyer**, el gato de la familia. No es cariñoso y no soy su favorita, pero siempre se echa a dormir cerca de donde estoy escribiendo. El resto del tiempo lo dedica al *parkour* extremo, provocando a las golondrinas de todo el vecindario, y a pedir chuches.

Y a ti, lector.

ACERCA DEL AUTOR

MariaL Pardos

MariaL Pardos es aragonesa de nacimiento y de corazón. Lleva más de media vida fuera de su tierra, pero siempre la echa de menos.

Ávida lectora de cualquier género desde que tiene memoria, un día probó a poner por escrito sus «películas mentales», dando a luz varias novelas de acción con trasfondo romántico, que han cosechado muy buenas críticas entre sus lectores.

LIBROS DE ESTE AUTOR

[Hipoxia](#)

[Perder Los Papeles](#)

[Tatuaje Blanco](#)

[Verano Austral](#)

[Gali, La Loba Solitaria](#)

[De Luz Y Oscuridad](#)

[Juez Y Parte](#)

[Entre Sombras Y Balas](#)

[Genes Dominantes](#)

[Magia En La Sangre](#)

[Génesers](#)

[Latentes](#)

[Calles Sin Almas](#)